• Yanira García •

Los CABRONES también se enamoran



LOS CABRONES TAMBIÉN SE ENAMORAN

YANIRA GARCÍA

Edición en formato digital: octubre de 2018.
Título original: Los cabrones también se enamoran
Copyright @ Yanira García, 2018
Diseño de portada: Alexia Jorques.
Correctora: Yanira García.
Maquetación: Raquel Antúnez
Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Soy compleja y soy sencilla.

Soy fuerte y débil

No soy perfecta, pero me gustan mis imperfecciones.

Tengo buen corazón, pero sé odiar.

Me pierdo. Me encuentro. Me entrego.

Soy libre.

Para todas esas mujeres que son esto, o que son más, mucho más.

Para todas las que nos sentimos libres de ser lo que cojones queramos ser.

Sin más, sin explicaciones, sin dudas. Sin miedos…

Yanira García.

NOTA DE LA AUTORA
PRÓLOGO
1-¿CÓMO SOBREVIVIR A UNA ENTREVISTA?
2- LLAMADA SORPRESA
3- MI CASA, TELÉFONO…
4- PIM, PAM, PUM, BOCADILLO DE ATÚN
5- ¡A LAS TRINCHERAS!
6- ¡LA VERDAD ESTÁ SOBREVALORADA!
7- ¿TRES SON MULTITUD?
8- ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡ESTO ES UNA EMERGENCIA!
9- UNA NUEVA COLUMNA
10- NOCHES DE FANTASÍA, LAS QUE VIVÍ ¿CON ELLAS?
11- SE ME LENGUA LA TRABA
12- ¿QUÉ PASARÁ? ¿QUÉ MISTERIOS HABRÁ?
13- ¡MALDITA DIANA!
14- VODKA DE MELOCOTÓN… ¡ALÉJATE DE MÍ!
15- LÍNEA ERÓTICA, ¿DÍGAME?
16- DUELO AL AMANECER
17- CONOCIENDO AL ENEMIGO
18- REUNIÓN DE PASTORES…
19- ALERTA ROJA, ALERTA COBRA, ALERTA MÁXIMA
20- SECRETOS DE ESTADO, DERECHO DE AMIGAS
21- BESANDO AL SAPO
22- CON TINTA COMIENZA TODO
23- VODKAS, AMOR Y MÁS VODKAS
24 - Y YA NOS VAMOS, NO NOS CASAMOS…
25 - ¿TE MOLO? ¿ME MOLAS? ¿NOS MOLAMOS?
26- CUCHILLO, HACHA Y OTRAS FORMAS DE ASESINAR
27- ¿LA SEGUNDA CITA O LA PRIMERA DE MUCHAS?
28 - ¡Y SE DESTAPA EL PASTEL!
29- UNA BARRA DE PAN, UNA FIESTA DE SOLTERA Y QUÉ BUENO ESTÁ EL MALDITO
30- BUITRAGO DE LOZOYA
31 - MI PASADO, TU FUTURO
32- CUANDO EL CORAZÓN LE PUEDE A LA RAZÓN
33- LOS CABRONES TAMBIÉN SE ENAMORAN
34- ¿QUIERES JUGAR?
EPÍLOGO HELENA MILLER
EPÍLOGO SIMON BAKER
AGRADECIMIENTOS

NOTA DE LA AUTORA

¿Por qué este título? Puede que os preguntéis eso y os lo voy a contar.

Las cosas surgen de forma natural, a veces no es necesario meditarlo o pensarlo demasiado porque simplemente surge: imágenes, momentos del libro, nombres de los personajes, profesiones y hasta un título.

En este caso, surgió en una conversación de Whatsapp con mi mejor amiga. Hablamos mucho y analizamos muchísimas cosas; de todo y de nada, pero en este caso hablábamos de hombres. No voy a entrar en detalles, pero mi frase exacta fue: «a veces, los cabrones también se enamoran» y una vez lo dije, escribí: «¡ostras! esto es el título de un libro y ella me mandó muchas manitas de esas aplaudiendo».

En ese momento, no era nada, un simple título, pero que luego sumé a una historia. Y sigo con las explicaciones.

Cuando comencé a escribir, hace ya un par de años, supe que en algún momento tendría que hacerlo sobre una historia en la que hubiese un jefe y una empleada, porque esos libros han marcado en muchas ocasiones un antes y un después en mis lecturas. Puede que sea un recurso muy usado y que haya miles y miles de historias con este tipo de personajes, pero yo quería hacerlo, aunque el argumento fuese el típico. Lo adapté, lo hice mío y creé unos personajes principales con carácter: ella es loca, muy loca, divertida, dramática… una auténtica lengua larga. Él, pues él es lo que el título indica, espero haber conseguido que no se le odie, simplemente que nos haga enfadar y que queramos matarlo en ocasiones (y comérnoslo en otras tantas). Los secundarios tienen historia y enamoran, ya sabéis que en todas mis novelas los secundarios son casi tan importantes como los principales, como la vida misma, como el título, como cualquier historia.

Tras esto, y ahora viene esa parte que también hay que contar, llegaron los miedos. Quise cambiar el título miles, millones de veces, hasta el último momento, porque me parecía muy directo, muy fuerte, muy lo que es, pero mi mejor amiga (mi marido y mis canarionas) me decían que no, que el título era perfecto porque lo era y punto. No lo he cambiado, porque la historia gira en torno a él y si lo cambiase, no sería lo mismo.

Si has llegado hasta aquí y te atreves a leerlo, espero que te guste, que te saque muchas sonrisas, que te caliente (en todos los sentidos de la palabra) y que al adentraros entre estas páginas descubráis que el amor es mágico y que llega, simplemente llega y no podemos escapar de él. Si por el contrario, crees que no es para ti, no pasa nada y hay miles de autores/as ahí fuera maravillosos/as esperando una oportunidad.

Por otra parte y pase lo que pase, estaré encantada de saber vuestras opiniones.

Puedes contactar conmigo a través de mi correo electrónico: Info@yaniragarcia.es

También en mis redes sociales:

Yanira García (página)

yanira.garciafernandez (perfil)

yanira_garcia_f (Instagram)

Yanira_G_Autora (Twitter)

PRÓLOGO

Érase una vez, una chica de veintiocho años que trabajaba en una revista y odiaba a su jefe. Aclaro: lo odiaba a muerte.

Y así es como se supone que empieza mi historia, pero no quiero ser tan negativa ni pesimista…, tampoco tan directa, por lo tanto, mejor empiezo de nuevo…

Érase una vez, una chica llamada Helena Miller, nacida en un pequeño pueblo de Madrid, pero criada en Nueva York. Tiene veintiocho años y lleva escasamente dos semanas trabajando en una revista neoyorquina y ya puede afirmar que odia a su jefe.

¡Vaya! He tardado más de lo que esperaba en volver a contarlo, puede que sea… ¿Porque odio a mi jefe? En realidad, lo odio desde el primer minuto pero la cosa… la cosa se ha ido complicando por momentos, ¡ya entenderéis a lo que me refiero!

Trabajo en New York Style y llevo una columna sobre hombres, mujeres y amor. Soy como la columnista Carrie Bradshow salvando las diferencias: no soy adicta a los Manolo´s y tampoco vivo sola, en el resto sí que nos parecemos. Soy rubia, guapa, me encantan los hombres y, además, tengo tres amigas que bien podrían parecerse a las suyas. Comparto piso con Guille, otro español por el mundo.

En fin, que me lío y adelanto acontecimientos.

Hasta hace escasas semanas, trabajaba en una cafetería cerca de Central Park. Terminé mis estudios, pero ya sabes lo que pasa… hay que pagar facturas, ser independiente, comer y bla, bla, bla…todas esas cosas que si las unes tienen la misma raíz: responsabilidades.

Loren, una de esas amigas que ya iréis conociendo, me dijo una tarde, mientras se zampaba un *pancake*, que buscaban a alguien dentro de su empresa. Sí, sí, ella trabaja en New York Style como asistenta de la jefa de prensa.

Y ese es otro asunto que no entiendo del funcionamiento de esta revista: hay cargos que no deberían existir, es decir, ¿para qué existe la jefa de prensa cuando esto es una revista cosmopolita que habla de las cosas comunes que le suceden a personas comunes y racionales en el mundo común y racional que existe?

¡Vaya! ¿Lo habéis entendido? ¡Porque a mí me ha costado!

El caso, que me vuelvo a enrollar —ya iréis descubriendo que no se me da nada bien esto de resumir—, es que Loren me comentó que había una vacante y decidí echar mano de todos mis recursos para conseguir ese puesto, un poco a regañadientes, porque la realidad es que me gusta mi trabajo en la cafetería.

Soy periodista y siempre me ha gustado ese mundo. Lástima que la entrevista fuese con el temible señor Baker, también conocido como «el señor microbio», por su dulce, afable y tierno carácter de mierda —nótese la ironía, gracias—. Y ahí comienza mi caótica existencia y

mi malhumor constante.

Guille me dice que tengo cara de seta podrida.

Loren me recomienda ir a un spa.

Sarah cree que necesito centrarme en mi trabajo y en producir.

Mia garantiza que todo se soluciona bebiendo y follando hasta que perdamos el sentido.

Y con estas sencillas frases os podéis hacer una idea de cómo son mis amigas —y digo amigas en femenino porque son mayoría mujeres—.

Lo que tengo que hacer es volver con mi abuela a Madrid y mandar al carajo a mi jefe, a la jefa de Loren —a la cual odio también, ya iréis entendiendo los motivos— y a todos mis amigos, menos a Mia, que da unos consejos que son la repera.

Pero la vida no es tan sencilla. Me encanta vivir aquí, me gusta la cotidianeidad de mi vida y soy súper fan de los retos, por lo tanto, he decidido tomar los consejos de todos mis amigos y unirlos en uno solo: produciré en mi trabajo con cara de seta pocha, me iré al spa a relajarme y beberé y follaré como si no hubiese un mañana. Y entonces os preguntaréis ¿todo en un mismo día? ¡No! ¡Claro que no!

Paso a paso, que para eso, ésta es mi historia y tenemos mucho por delante, no os olvidéis que no sé resumir, así que… id preparando las palomitas, los vodkas de melocotón o frambuesa y el chocolate, porque tengo mucho que contar, por lo pronto, empecemos por donde se empiezan las historias: el principio.

¿Cómo una camarera terminó en una revista? Pues no me queda claro. Loren puso mucho de su parte para convencerme de que fuese a esa entrevista, cosa que mi cuerpo ya me decía que no hiciera. Me mandaba señales contradictorias. La noche antes de la entrevista, estuvo Mia en casa, y con ella ya os podéis hacer una idea de cómo fue la cosa.

Bebimos.

Mucho.

Demasiado.

En cantidades desorbitadas.

Guille cayó el primero en coma. Dad gracias que no fue un coma etílico, sino que bebió más rápido y se quedó dormido en el sillón. Mientras él dormía, nos dedicamos a dibujarle un bigote negro con rotulador permanente y una polla en la frente. Que ojo, escribo una columna, pero lo de dibujar pollas se me da genial. Fue la primera asignatura que aprobé en la carrera… Hubiese sido esa, si la hubieran impartido, pero como no es el caso… ¡Me lo invento!

Nos reímos todo lo que nos dio la gana, hasta que caímos en coma nosotras también y a la mañana siguiente Guille nos la devolvió. Porque sí, nos dibujó una en cada frente. Confieso que más gorda que la que le hicimos nosotros.

—¿Esto es algo así como un autorretrato?

Esa fue mi primera pregunta, tras perdonarle. Que poco podía perdonar cuando habíamos empezado nosotras. En fin… Hasta lógico lo veo.

—Cuando quieras verla, te la enseño. Sabes que para ti estoy siempre dispuesto, rubia.

Ese es Guille. Un ligón nato, pero a mí me encanta. Compartimos piso desde hace mucho tiempo, pero desde el primer día congeniamos. Mia afirma que Guille me quiere dar salami. Yo afirmo que Guille le daría salami hasta a una farola si pudiese. Lleva en la sangre el coqueteo. Aun así, es el mejor compañero del piso del mundo. No me dice nada cuando encuentra mi ropa —muchas veces interior— tirada por el suelo, o cuando traigo a algún maromo a casa, o cuando pido pizza y como más que él… A veces, mis amigas me dicen, que parezco un tío.

Esa fatídica noche en la que terminamos con falos en la frente, Mía me convenció para ir a la entrevista.

—¿Qué vas a hacer en esa cafetería?

—¡Me gusta esa cafetería!

—No puedes estar siempre trabajando ahí. Estudiaste una carrera, lo lógico es que intentes encontrar trabajo en algo más próximo a tus estudios.

Y la muy cabrona tenía razón. Cuando quiere lo hace bien. Otras no tanto, porque me anima con consejos descabellados y terminamos cometiendo locuras, como mi última visita a la peluquería…

Así que fui a la entrevista. Con el tiempo justo para ir a trabajar, con restos de una polla aún dibujada en la frente pero tapada bajo capas y capas de maquillaje y con mala gana. Ya sabéis lo que se dice, lo que mal empieza…

Y entonces comienza mi historia.

Érase una vez…

CAPÍTULO 1

¿CÓMO SOBREVIVIR A UNA ENTREVISTA?

Mierda, mierda, mierda, mierda.

—Guille, ¡joder! Sal del maldito baño de una vez, que me lo hago encima y tengo que ir a esa entrevista para poder llegar a la cafetería en hora.

Mi jefe me ha dejado entrar más tarde. No he podido decirle que estoy optando a una vacante en otra empresa, a pesar de que Stephen es como un padre para mí. He tenido que decirle que acompañaría a Guille al médico porque se había torcido un tobillo. Barajé la opción de decirle que le había salido una almorrana, pero creo que Guille habría dejado de hablarme si se entera y mi jefe no me habría dado la hora porque se habría olido la mentira.

—¡Qué pesada eres!

—Pareces una tía. Mascarilla por aquí, sérum por allá, crema hidratante por acá, me depilo este pelillo de la ceja, me pongo pepino en los ojos para aliviar la fatiga… ¡Ni Loren hace todo eso!

—Pepino te daba yo a ti —declara ladino—. Hay que cuidarse, porque ya sabes lo que dicen…Si te cuidas…

—Follas —le interrumpo.

—¡Estás todo el día con la polla en la boca! —se mofa mi compañero de piso.

—Aparta, bellaco. Deja entrar a una dama. Tengo que intentar tapar esto de aquí —señalo el falo negro con mi dedo y lo miro mal, todo lo mal que puedo dado el momento.

—No te quejes, empezaste tú, rubia.

Y entonces, me hago con el baño. Ducha, alcohol —para el manchurrón, no os vayáis a pensar que estoy borracha desde tan temprano— maquillaje y varios ibuprofenos. Tengo una resaca del copón y no puedo con mi vida. Ni con mi cabeza.

Salgo envuelta en una mini toalla, y Guille, como todas las mañanas, intenta quitármela.

—Pervertido —le grito entrando a mi habitación con premura y dando un portazo.

—Algún día te la quitaré —le oigo desde la distancia.

—Algún día te cruzaré la cara si lo haces —respondo a gritos. Esto comienza a parecer un mercado en vez de un apartamento de West Side.

—¡Uhhhh! Con amenazas desde tan temprano —prosigue en el mismo tono.

Abro la puerta y le lanzo la toalla hecha una bola. Tras cerrar, sigo oyendo sus carcajadas.

No tengo intención de ponerme nada exageradamente sobrio, ni sexy, ni sensual. Algo cómodo es la mejor elección: vaqueros, camiseta de los Rolling Stones —mi favorita—, All Stars blancas y chaqueta de cuero. Voy de malota *rompecalzoncillos*.

—Deséame suerte, moreno.

—Suerte, rubia.

Le lanzo un beso antes de coger una manzana verde e irme en dirección al metro.

Loren me ha dicho que New York Style se encuentra en Lexington Avenue. Esa es una zona de rascacielos bastante céntrica y transitada. Al final de ella se encuentra el Edificio Chrysler. Lo mejor de trabajar en esta zona es que tengo una parada de metro bastante cerca, por no hablar de la Estación Central.

Voy en metro hasta el lugar y ojeo el mapa improvisado que me he hecho en una servilleta. Cuando Loren me llamó para contarme lo de esta vacante, estaba trabajando en la cafetería; era una servilleta o mi mano. En mi mano hubiese sido más que probable que la tinta, pasadas las horas, no existiera, por lo que soy consciente de que he tomado la mejor decisión. O no, todo dependerá de lo que halle tras la puerta que se encuentra frente a mí.

A priori, percibo que es un edificio moderno y elegante. Sobrio, sin grandes pretensiones para lo que «la ciudad que nunca duerme» puede dar de sí. Accedo a él, y me quedo obnubilada por la amplitud del *hall* y los techos altos del mismo. Una de las cosas que más me impactan de Nueva York, es su inmensidad; podrías perfectamente ir mirando al cielo y ver siempre algo nuevo y diferente.

Tiendo a observar todo lo que me rodea, es algo que me caracteriza y me hace tener una idea de lo que puedo encontrar: puntos débiles, fuertes, detalles que mejorar…, todas esas cosas que te hacen comportarte de una forma u otra, e incluso, tomar decisiones. O las que te llenan una lista mágica de pros y contras.

Un portero con cara de piruleta me recibe. No, no es que tenga la cara redonda —que también—, sino es su gesto tan dulce y tranquilo el que me da esa sensación.

—Buenos días —me saluda con esa voz que acompaña a su gesto y confirma mis sospechas—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenos días —respondo contagiándome de su buena sintonía—. Tengo una entrevista con el señor Baker. Dentro de —echo un vistazo a mi reloj de muñeca para responder con cierta precisión—, dos minutos.

—¿Su nombre? —pregunta sin cambiar el gesto.

—Helena. Helena Miller —aclaro.

El señor piruleta me sonríe antes de descolgar el teléfono y marcar el número de lo que intuyo que es el despacho del supuesto señor Baker.

Habla entre susurros y me sonríe al colgar el aparato.

—La está esperando, señorita Miller. Última planta, por el ascensor privado, el de la izquierda, que se encuentra más cercano a las escaleras.

—¿Tiene un ascensor privado? —pregunto asombrada ante tantas puertas—. Lo digo porque hay muchos aquí y aquel de allí está apartado del resto.

—Efectivamente, es el ascensor privado. Hay varias estancias en esa planta, pero prácticamente solo se utiliza para las reuniones privadas. El señor Baker se encuentra allí ahora.

—Entiendo —finalizo.

Hago caso a sus palabras y llamo al ascensor. Entro en el cubículo y pulso el botón de la última planta. No suelo ser una persona inquieta o nerviosa, suelo ser bastante segura de mí misma —o eso he intentado creer siempre—, pero he de confesar que en este momento me siento bastante inquieta, supongo que porque es una situación nueva, Loren me ha recomendado y en el fondo me gustaría conseguir este trabajo.

El pitido del ascensor me indica que he llegado a la última planta. Salgo de él y observo todo a mi alrededor. Un pasillo lleno de puertas cerradas y un mostrador de cristal al final. Vacío. Mi gozo en un pozo. No me queda nada más que tirar de mi mejor recurso: el carraspeo.

Recorro los escasos metros que separan el ascensor de la mesa de cristal y me planto frente a ella. Coloco mi mochila negra encima y comienzo a hacer uso de mi táctica para hacerme notar.

Carraspeo a la de uno, carraspeo a la de dos, carraspeo a la de tr…

—Buenos días.

Tres… Y sí, he carraspeado, pero se me ha cortado y ha salido algo parecido a un esputo de esos que suelta la gente que tiene flemas. No doy más detalles, porque no es un libro escatológico. Por ahora, no quiero prometer nada…

Me limpio las comisuras de los labios por si quedara algún resto de sustancia rara y no identificada y me coloco en posición firme y segura.

—Buenos días.

Este hombre que tengo frente a mí y que entiendo que es el encargado de hacerme la entrevista, me observa con atención. Normal, teniendo en cuenta mi actitud de hace menos de un minuto. Retasada mental, he quedado como una retrasada mental. Pero lo puedo solucionar fácilmente. «Actitud, Helena, es cuestión de actitud».

—Soy el señor Baker. Y tiene permiso para llamarme señor Baker —un tono de seriedad y sin ápice de dulzura colma su frase de arrogancia.

¿Cómo? ¡Debe ser una broma! Parece que empezamos bien. Odio los chulos arrogantes. Es más, me los comería con patatas si pudiese.

—Soy la señorita Miller. Puede llamarme señorita Miller —repito su frase y me permito la licencia de ironizarla.

Una sonrisa perenne pugna por aparecer, pero él y su maldita arrogancia no se lo permiten.

—Debe tener la corbata muy apretada —suelto por mi boquita de piñón.

—¿Perdone? —Su gesto cambia. Está sorprendido y no es para menos.

Llevo mis manos a esa parte del cuerpo llamada «boca» para cubrirla con urgencia, no vaya a ser que vuelva a soltar más estupideces. En fin, he perdido el tiempo porque tras esto no me van a dar el trabajo.

—Nada —dejo que la frase salga, pero no aparto mis manos de ese hueco por donde salen las palabras y en mi caso, por donde sale todo lo que se me pasa por la cabeza.

—Sígame, señorita Miller —lo repite con burla, pero voy a obviarlo. De nuevo, por ahora…

Vamos en dirección a la derecha, por un minúsculo pasillo sin otros despachos. O salas. Lo que sea. Una puerta reluciente de doble hoja, se encuentra al final de ese pasaje. El señor Baker la abre y me cede el paso. Vale, es arrogante pero caballeroso. Empate: un punto negativo y un punto positivo.

—Adelante.

Doy varios pasos hasta que me encuentro en la propia sala. Efectivamente, tal y como dijo don Piruleta, es una sala de reuniones.

—Puede tomar asiento donde quiera —me indica educadamente—. No tengo mucho tiempo. Debería usted haber llegado antes. A las entrevistas siempre se llega con suficiente antelación —retiro lo dicho.

—He llegado dos minutos antes de lo previsto —le reprocho sin amilanarme.

—Dos minutos no es suficiente.

—¿Acaso es usted un maniático de la puntualidad?

—Lo soy —admite sin reparos.

Vale. Arrogante, caballeroso y maniático de la puntualidad. Todo un jefazo, sí señor.

—Yo también tengo prisa, por lo que la primera interesada en realizar la entrevista con prontitud, soy yo —¿Qué pensaba, señor microbio?, ¿qué iba a amedrentarme? Este señor no sabe con quién se ha topado.

—Perfecto.

¡Vaya! ¡Qué desilusión! Pensaba que iba a preguntarme el motivo de mis prisas o algo así. No parece ser un cotilla. También es verdad que es un jefe, los jefes no deben serlo. Salvo yo, que si algún día soy jefa, pondré en las normas que tras fichar, deben pasar por mi despacho a contarme todas las novedades habidas y por haber… Debería plantearme eso de dedicarme a la prensa rosa.

—¿Es usted un jefe? —Dado mi razonamiento anterior, lo mejor es saber si lo es, que yo creo que sí, pero sin confirmación alguna, poco puedo saber más que seguir haciendo conjeturas. Y a mí me gustan las conjeturas más que a un tonto una tiza.

—Es obvio que no soy el conserje —responde tosco.

—No. El conserje es más simpático que usted un rato—. ¡Otra vez! Pongo mis ojos en

blanco y me reprendo mentalmente por mi capacidad de omitir información —nótese la ironía—, y con esto me refiero a no ser capaz de cerrar el pico. No voy a conseguir el maldito trabajo por culpa de la bocaza que tengo.

—Parece ser usted muy graciosa, puede que se haya equivocado de oferta laboral y debiera estar postulando para un puesto en el circo.

—No me van las contorsiones —replico—, soy elástica, pero no lo suficiente—. Otro ademán de sonrisa quiere brotar de sus labios, pero nada, no hay manera. Es un témpano de hielo —. Sonreír es sano —y follar, follar también es muy sano, porque parece que tiene un palo metido por el culo. Esto mejor no lo digo, puede que acabe en comisaría, o en el manicomio. ¡A saber cuál de las dos opciones elegiría porque encajo en ambas!

—¿Lo dice por…?

Esto ya no es una entrevista, es una consulta psicológica.

—Porque le han hecho gracia varios de mis comentarios, pero reprime su sonrisa.

—Me parece, señorita Miller, que se cree usted con un beneplácito que no se ha ganado.

Pues tiene razón...

—Cierto —claudico—, creo que mejor será que comencemos con la entrevista, no quiero robarle su escaso tiempo, ni el mío que es demasiado valioso —ironizo.

Tampoco tengo esperanza de conseguir el puesto y necesito volver a la cafetería, la excusa del esguince de Guille no me va a dar inmunidad durante muchas horas.

El señor Baker se limita a asentir. Tomo asiento en la primera silla que encuentro. Dejo mi mochila y mi chaqueta de cuero en la butaca contigua y él se sitúa frente a mí.

—¿Ha traído su currículum?

—¡Hostias! —Eso es todo lo que atino a decir. Como podéis comprobar, mi respuesta es muy esclarecedora.

—Obviando esa palabra tan malsonante, entiendo que eso es un no.

El susodicho se levanta y se dirige a un pequeño armario que hay al fondo y es entonces cuando me permito observarlo con detenimiento. A él, en todo su esplendor.

Alto, moreno, delgado, ¿tonificado?, trajeado, pelo corto, piel morena, ojos castaños, barba de varios días pero exquisitamente cuidada, pose casual. Podría parecer una descripción de lo más normal, pero no, nada más lejos de la realidad, porque es un hombre guapo y sexi. O quizás es mi forma de verlo, ya sabes que en perspectivas y gustos no hay nada escrito. En resumidas cuentas: está como un queso, lástima que su actitud de chulo prepotente le reste puntos, porque le resta, ¿verdad? ¡Claro! No me gustan los chulos, ni los canallas, ni los sinvergüenzas… Nada de nada. No. Cero. Me niego… Me creéis, ¿cierto?

A lo que voy, últimamente me suceden este tipo de cosas. Conozco a hombres guapos, porque yo soy divina, es obvio —y aquí no hay ironía, simplemente me quiero mucho, si no lo

hago yo, ¿quién lo va a hacer? —, pero luego, cuando abren la boca, pierden el encanto: bordes, serios, graciosos de turno que no tiene gracia, chulos que se creen *mojabragas*… Y así, una lista interminable de hombres que no valen para nada. Eso que mi abuela Lucía dice habitualmente de «más vale sola que mal acompañada» es real, aunque yo le añadiría un pequeño epígrafe: «más vale sola que mal acompañada… Y un vibrador jode lo mismo y molesta menos». ¿Os asustáis? Seguro que en alguna ocasión lo hemos pensado todas, haced memoria.

—No me parece serio acudir a una entrevista de trabajo sin el currículum. Es tu carta de presentación ante cualquier empresa y en este caso, ante mí.

Cabrón. Sin anestesia. Llevo de nuevo mis manos a la boca, no vaya a ser que se lo suelte.

—Hay formas más sutiles y menos pedantes de reprender. Ha sido un despiste —cabeza alta, Helena, que nadie te diga nada fuera de lugar.

—Hay formas más elegantes de acudir a una entrevista y yo no he pronunciado palabra sobre ello, por lo tanto, no entremos en lo que está o no fuera de lugar.

No voy a volver a decir que es un cabrón, ya lo sabéis, yo también y probablemente él sea más consciente que todas nosotras juntas. Vive consigo mismo, es inevitable saber sus defectos o carencias.

—Tengo prisa —eso, o te voy a escupir si sigues así. Y esto se ha convertido en una pérdida de tiempo.

—Nombre completo.

—Helena Miller —observo que apunta mi nombre mal y decido corregirle—. Helena se escribe con hache —le explico.

Él, con toda su socarronería, arrogancia, presunción y soberbia, alza la vista y me observa, pero esta vez es diferente, porque sí, sonríe y es ese momento en el que su sonrisa me encandila.

Sexy. A rabiar. Eso es lo único que puedo pensar tras ver su gesto.

Y eso que no me gustaban los cabrones arrogantes…

—Helena con hache —repite, saboreando mi nombre al pronunciarlo.

Es involuntario e inevitable, pero un leve escalofrío me recorre la piel y debo inspirar con fuerza para dejar de pensar en ello más de lo que es medianamente aceptable.

—¿Está usted riéndose de mí? —Debo romper ese momento de confusión y qué mejor que con peguntas serías e importantes.

—¡Jamás osaría yo a ello! —Se excusa sin borrar esa maldita sonrisa.

—Pues es lo que parece —sigue igual, sin cortarse un pelo—. Mire, creo que usted no está interesado en contratarme y yo empiezo a tener serias dudas sobre si quiero o no este puesto.

Estas últimas palabras parecen captar su atención, porque coloca sus manos cerradas

sobre la mesa y se yergue. Borra ese gesto chulesco y es sustituido por otro bien distinto: curiosidad.

Vale, la lista de adjetivos de mi «no» jefe, va en aumento: arrogante, caballeroso, maniático de la puntualidad, sexi, curioso y cabrón. ¡Todo un partido! Debe ser un jefe de la hostia.

—Dígame, señorita Helena con hache, ¿por qué se supone que no estoy interesado en contratarla y por qué usted no quiere este puesto?

—Vale. ¿Quiere la versión extendida o la resumida? —bien podría informarle sobre mi escasa capacidad de síntesis, pero me apetece más que los descubra él solito.

Mira su reloj y alza la vista de nuevo, tras comprobar la hora.

—Resumida —me demanda.

—Mi amiga Loren trabaja aquí —el señor Baker se lleva la mano a la barbilla y desliza sus dedos por esa magnífica y cuidada barba que tiene (y que no me gusta nada de nada), supongo que intentando ubicar a Loren dentro de New York Style. Esto es pura intuición, por eso de su curiosidad, adjetivo esclarecedor que obtuve antes. Como os dije, soy muy fijona—. Me comentó que había una vacante y que era un puesto que me vendría bien. Soy periodista pero trabajo en una cafetería desde hace mucho y siempre me ha gustado escribir, hablar también, como puede ver y soy bastante perspicaz. Antes de que lo pregunte, sí, sí tengo abuela, y sí, yo me quiero mucho. No sé exactamente qué es lo que busca, si es usted quién lo busca, pero yo soy lo que ve. No tengo claro que no me guste trabajar en mi cafetería, está muy guay y las propinas son excelentes, pero mis amigos y hasta mi hermana, insisten en que debo buscar algo mejor. Mi hermana se llama Diana, y es bloguera, siempre está insistiendo en que perfeccione y tenga aspiraciones, así que, ese es uno de los motivos por el cuál estoy aquí.

—Y dígame, Helena con hache ¿cuál es el otro motivo por el que está usted aquí?

—El horario mola y seguro que cobro más.

¿No querías sinceridad? ¡Pues toma trescientas tazas!

—Había pedido la versión resumida, pero se ha lanzado en su discurso y llevamos demasiado tiempo en la entrevista. No tengo tiempo de saber más. Tampoco sé si quiero, teniendo en cuenta lo que habla y las cosas que suelta por esa boca. Envíeme su currículum a este correo electrónico —escribe en una de las hojas de la libreta y me la tiende—. Y nada de mentiras. Quiero que ese documento tenga la verdad…

—Y solo la verdad —me burlo.

—Le diremos algo en unos días. Ahora si me disculpa —se levanta y se abotona la chaqueta, que juro que no percibí que se desabrochase en ningún momento.

—Para ser mi jefe, no queda bien un correo electrónico en una hoja —me quejo.

—¿Quién ha dicho nada de que yo sea su jefe? —También es cierto—. Que tenga buen

día, Helena con hache.

De todo esto saco en claro que no voy a conseguir este trabajo y para colmo, voy a llegar tarde a la cafetería. Espero no quedarme sin mi puesto…

Por otra parte y esto podría considerarse que roza lo obsesivo, su caligrafía es exquisita. Como podéis ver, soy muy dada a fijarme en los detalles de las personas porque ellos nos dicen mucho de quiénes son.

Decidí estudiar periodismo porque era lo que me apasionaba. Me gustaban mucho los medios de comunicación y siempre pensé que trabajar en la tele, delante de una cámara, era mi gran sueño. Aún en Madrid, en Buitrago de Lozoya, corría por las calles y paraba a los vecinos para entrevistarlos —también robaba bragas, pero eso es otra historia y no viene al caso—. Muchos reían con mis locuras; podéis imaginaros a una niña pequeña con un bolígrafo en la mano haciendo miles de preguntas: «¿qué opinas sobre lo fría que está el agua del río por esta época? ¿Crees que se avecina una tormenta? ¿Los Reyes Magos me traerán la maquinita que he pedido?» Eran preguntas absurdas pero la gente me respondía con amabilidad y a mí me encantaba sentirme tan arropada.

Apuntaba maneras desde pequeña y al final conseguí terminar mi carrera y tener el título que tanto había soñado, pero empecé a trabajar con Stephen y me gustó mucho estar en esa cafetería; hablar con las personas que se apostaban en aquella barra y me regalaban una sonrisa, un comentario o una conversación por muy banal que fuese. Así conocí a Sarah…

Estos son los motivos que no le explico a Mia o a Diana de por qué me gusta estar allí pese a que no tenga nada que ver con lo que elegí estudiar. Puede que si lo hiciera, me entendieran, pero la vida son etapas y hay oportunidades que tenemos que valorar y en ese sentido Loren tiene razón y debo intentarlo.

El resto… El resto tendremos que descubrirlo.

CAPÍTULO 2

LLAMADA SORPRESA

Corro a la estación de metro, tan rápido como mis pies me permiten. Ahora me alegro de llevar unas All Stars y no unas botas con taconazo de esas que Loren y Sarah se empeñan en que me ponga.

Me apeo en mi parada y vuelvo a correr, esta vez en dirección a la cafetería. Stephen me va a matar. Nos llevamos muy bien, pero eso no quiere decir que me perdone por llegar tarde. Es un viejo zorro —desde el cariño, ¡claro!—.

—Lo siento, lo siento, lo siento —empujo la puerta de cristal y entro como un vendaval, excusándome sin saber si me ve o si escucha mi disculpa.

Los allí presentes me observan como si tuviese un cuerno en la frente o un moco pegado en la mejilla. Algunos simplemente me ven y siguen con su bebida, su conversación o su periódico. Esos son los asiduos y los que ya me conocen y saben cómo soy y lo que pueden esperar de mí.

Stephen sale de la cocina, paño en mano y me llama con su dedo inquisidor. Siempre ese maldito gesto, me exaspera tanto como me divierte.

Nos conocemos hace bastante tiempo. A mis padres siempre les ha gustado venir a esta cafetería, antes de que decidieran mudarse a la costa oeste de Estados Unidos, más concretamente a La Jolla, en California. ¡Dios! No sabéis la suerte que tienen de podérselo permitir. También es cierto, que han trabajado durante muchos años y son acérrimos defensores de ese dicho tan común: «trabajar para vivir, no vivir para trabajar». Quiero pensar que esto no solo lo dicen por nosotras, que le dimos mucha lata mientras éramos pequeñas. Diana más que yo, porque era más traviesa, ya desde que era enana apuntaba maneras y conforme han ido pasando los años, la cosa no ha mejorado mucho. Mantenemos muy buena relación, a pesar de la distancia, pero es verdad, que entre mis tareas pendientes o cosas a mejorar, debería encontrarse la de llamarlos con más asiduidad e incluso, ir a verlos. En eso, mi hermana, sí que me gana.

En fin, que me lío y no termino de contar lo que ellos pensaban de este local. Decían que en Stephen&Co se hacían los mejores *pancakes* de todo Nueva York y no les falta razón. Yo pedía doble ración y mi hermana Diana no se quedaba atrás. Muchos fines de semana, veníamos a desayunar aquí. Se oye y se dice, que Nueva York puede llegar a ser una ciudad impersonal, que vamos mucho a lo nuestro y estamos metidos en el corre corre habitual, pero nada más lejos de la realidad. Hay de todo, no puedo negarlo, pero muchas veces encuentras lugares de esos que te hacen sentir en casa y como bien decía antes, se llenan de personas que se sientan frente a ti y te hablan como si te conocieran de toda la vida y eso mola.

Y más allá de dónde viven mis progenitores, os cuento que mi madre es griega y mi padre español. Español pero no de pura cepa, porque mi abuela se casó con un marino neoyorquino y

de ahí mi apellido. Podéis daros cuenta de que mi casta es variada, por ello, tengo el carácter que tengo, o eso es lo que me dice mi abuela, que me compara con un mix de frutos secos; dice que Diana y yo hemos heredado lo mejor de todo o de todos. Y puede que no le falte razón.

Mi padre viajó a Grecia de vacaciones con sus amigos y conoció a Aegea, que así se llama mi madre. Mi progenitor tiene un nombre mucho más convencional y más español: Toño, de Antonio, por supuesto.

Mi madre resultó ser la guía turística en el viaje programado. Toño, listo como él solo, le echó el ojo —y el cabo—. Debo decir a su favor, que mi madre era guapísima, pero es que ahora lo es más aún. Sus facciones son dulces y acompañan a su carácter. Diana y yo tenemos una personalidad mucho más parecida a mi padre y sobre todo, a mi abuela Lucía. Que es un bicho con piernas. Es mayor, pero sigue siendo todo un elemento. El caso, es que mi padre como buen español que es, la vio y dijo: «esta es para mí o para más nadie», como la Shakira con el Piqué ese… Fue de vacaciones y se quedó más tiempo del previsto, ¡no es listo ni nada! Y debo agradecer que lo hiciera, porque así nací yo y la pesada de mi hermana, que la quiero mucho, pero es plasta como ella sola. Ya la conoceréis y juzgareis por vosotras mismas…

Y así comenzó todo, no bailando, ni nada de eso, sino con fornicio y ya sabes, pim, pam, pim, pam… Al final, se casaron y mi padre tuvo que trabajar una época aquí. Es corresponsal en una cadena de noticias, puede que eso hiciera que su hija mayor, es decir, yo, corriera por el pueblo con un bolígrafo en la mano a la voz de la reportera más dicharachera, y tras meses en Nueva York, lo trasladaron definitivamente, aunque ya de eso hace muchos años. Mi madre no dudó en venirse con él, total, ya se había marchado de Grecia por amor, qué más daba cambiar de país de nuevo.

Ella también encontró trabajo aquí, como guía turística. Yo me adapté fácil, porque era pequeña y Diana nació en la Gran Manzana. Y esa es, a groso modo, la historia de mi familia. Sencilla, sin grandes pretensiones.

—¿Ya estás otra vez en tu mundo?

Stephen interrumpe mis pensamientos, esos que me estaban haciendo divagar sobre mi pasado y con los que os estaba poniendo al día.

—Puedo pensar y trabajar. Soy mujer —sí, sí, un poco chula también soy a veces.

—¿Cómo te fue con tu compañero de piso?

—¿Ehh? ¿De qué hablas? —no me entero de nada.

—¿No ibas a ir al médico con tu compañero por no sé qué de un pie? —Stephen es viejo y sabio. Es verdad que con la edad se incrementan los sentidos, sobre todo el del olfato, pero no precisamente para captar olores. Mi abuela Lucía es igual, es una cazadora nata y no de corderos —. No me estarás engañando, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Cómo puedes pensar eso de mí? —Joder, la estoy liando, si es que yo no sé

mentir, a mí las cosas se me notan. Agacho la mirada y creo que estoy empeorando la situación.

—¿Dónde fuiste? Porque al médico con tu amigo, no. Si fuese así, no rehusarías mi mirada…

¡Joder! Es como mi abuela, salvo que ella lo nota incluso por teléfono. Vive en España, eso no lo conté.

—¡Vale! —claudico—. Estuve en una entrevista de trabajo, pero no quería que te enfadaras conmigo por estar buscando otro empleo. Me gusta estar aquí, pero Loren se empeñó en que debo intentar aspirar a algo más cercano a lo que estudié y yo no sé si tiene razón, así que fui a ver qué pasaba, pero me encontré con un tío raro que dice no ser jefe pero se comporta como tal y fui demasiado espontánea y no supe resumir y claro, no me va a contratar, hasta me olvidé de llevar mi currículum y eso da mala impresión y tampoco llevé el título pero puede que ya no sea necesario, ni siquiera sé que pinto yo en una revista cuando nunca he estado en una y menos trabajando, como mucho leyendo consejos de belleza, por eso de aprender a sacar los puntos negros con sumo cuidado y no destrozarte la piel…

Stephen me sujeta por la mano para que pare de hablar y de limpiar vasos. Creo que comienza a temer por su cristalería.

—Si has hablado la mitad de lo que me has dicho a mí, una de dos: o lo has vuelto loco o te da el trabajo.

—Es probable que lo haya vuelto loco, me miraba con cara rara —confieso.

—Eso es porque eres guapa.

—No empieces a adularme, no pienso salir con tu hijo por muy guapo que sea y muy soltero que esté.

Stephen siempre intenta emparejarme con su hijo y yo sigo reacia a salir con él. Es guapo, pero tiene lo mismo de guapo que de picaflor. No me puedo fiar de ningún hombre, todos son iguales. Mucho prometo hasta que la meto. Ese es el eslogan, creo que hay un musical en Broadway que se llama así. Es un éxito total.

—Me gustaría tenerte de nuera, aunque hables tanto que vuelvas loco a un santo.

—A mí no me gustaría tenerte de suegro. Mal asunto si eres mi jefe y también el padre de mi pareja.

—Puede que te den ese trabajo.

—Puede que debas dejar de fumar lo que quiera que fumes —me burlo. Stephen intenta mirarme con mala cara, pero no le sale—. Vale, lo siento, no quería decir eso y tampoco quería decirte que iba a una entrevista. No quiero perder este trabajo. En realidad, me gusta mucho trabajar contigo, aunque seas un jefe tirano que está todo el día moviendo el dedo índice y señalando las cosas que hay que mejorar. «Eso. No, ahora eso. Y esto. Puede que esto también. Sí, sí, esto» —le imito moviendo el dedo como él.

—Si no fuese así, es muy probable que este negocio no siguiese en pie.

—Te lo tienes muy creído, ¿no? Siento ser yo la que te lo diga: la gente viene por los *pancakes*, no por el dueño del local.

—Hace años hacían cola por mí, cariño —se defiende.

—Eso sería en el Paleolítico.

—¡Ay lo que ha dicho! Si no fuese porque te tengo aprecio, te despedía.

—¡A ver a quién vas a contratar!

—A tu hermana, Diana.

Me río. Me río de forma absurda. Hasta ronquidos me salen de la risa que me entra.

—Diana ahora es bloguera, dudo mucho que quiera venir a trabajar contigo.

—Si le digo que es para echarte a ti, viene la primera.

—Eso seguro —bufo.

Diana y yo nos llevamos muy bien, no penséis lo contrario, pero nos llevamos tan bien como discutimos. Parecemos el perro y el gato. No puedo contarle nada porque es rápida contándoselo a mi abuela o a mi madre, depende de cómo tenga ese día o lo que quiera hacerme enfadar. Mi abuela suele ser más sinvergüenza y me chincha más, mi madre es más de soltarme algún rollo y hacerme pensar en la vida. Pues eso, que no me puedo fiar de Diana, ahora bien, si alguien la toca, mato. Y ella igual, o eso espero. Pero tenemos mal carácter, creo que eso también es gracias a la genética de mi abuela Lucía. Diana y yo nos llevamos apenas tres años. Yo veintiocho y ella veinticinco. Es una niñata. ¡Esto lo digo porque no me oye! La verdad es que nos vemos poco, pero intercambiamos mensajes y nos llamamos lo justo. Normalmente porque terminamos discutiendo por algo y pasamos tiempo sin hablarnos hasta que se nos pasa el enfado o nos olvidamos de él y entonces volvemos a llamarnos.

Como dije, es bloguera, ahora le ha dado por eso. Tiene un blog sobre hombres y le va bastante bien, tiene muchos seguidores. Apuesta por ese trabajo junto a su inseparable amigo Hugo. Yo le he aconsejado que busque un trabajo que le de unos ingresos seguros, hasta le he comentado que venga a echarnos una mano en la cafetería esporádicamente, pero ella es así de cabezota y no hay manera de que entre en razón.

También es cierto y debo reconocerlo, que siento verdadera admiración por ella, porque defiende lo que verdaderamente quiere y le gusta. Aunque ese tipo de valores, a día de hoy, no paguen las deudas.

Termino mi turno de trabajo. Esta semana estoy de mañana. Mis horarios son rotatorios: mañana, tarde y jornada partida. Stephen pasa mucho tiempo aquí, así que nos echa una mano a mi compañera Livia y a mí. A veces viene su mujer, pero no es lo habitual. Está enferma y necesita descanso.

Muchas veces pienso que por eso Stephen está tanto tiempo en la cafetería, porque la

realidad de su casa es dolorosa y esto le distrae. Es muy duro ver como esa persona que amas y con la que has compartido tu vida, se apaga lentamente. No tocamos el tema, no hace falta. Soy joven pero no estúpida.

Regreso a casa a pie. Me gusta callejear cuando tengo turno de mañana, ver escaparates, personas desconocidas, transeúntes, trabajadores de Wall Street… Es lo mejor de Nueva York, que realmente no saber que te espera en cada esquina.

Decido que es el momento de parar en uno de esos puestos callejeros y pedir un perrito caliente. Puede que el aspecto no sea el mejor, pero están súper sabrosos. Me gusta este tipo de detalles, apreciar las pequeñas cosas, como es un perrito y una cola en un banco de un parque cualquiera.

Sentada viendo a un chico pedalear con premura por el parque, caigo en la cuenta de que no he enviado el currículum al señor sin nombre que dice no ser jefe pero lo es. Tengo el papel guardado en el bolsillo trasero, por lo que inclino el cuerpo para sacarlo. Quien me vea de esta guisa, pensará que me estoy tirando un pedo, porque es lo que realmente parece. Le guiño un ojo a un perro que me observa en el banco de al lado y él me responde ladrando. Parece que me ha entendido.

Navego en mi teléfono y me conecto al Drive para descargar el archivo. Es un sistema práctico y sencillo. Copio la dirección que pone el papel y escribo uno de esos mensajes llenos de cortesía que normalmente están compuestos por frases hechas: «adjunto remito mi currículum. Bla, bla, bla. Espero su respuesta. Bla, bla, bla. Un cordial saludo. Bla, bla, bla». Poco más.

Intento hacer el resto del camino con la mente en blanco. Debería apuntarme a clases de yoga o algo de eso que me evada de todo y de todos y que establezca una conexión mental con el mundo. ¡Uys! Qué profundo me ha quedado eso… No sé poner la mente en blanco, por lo que me paso todo el camino pensando cómo lograrlo, pero sin hacerlo. Al final voy a ser algo así como una obsesa mental que necesita resolver los enigmas de la vida para dormir tranquila.

—Guille, he llegado. Espero que estés vestido, no quiero verte el rabo nada más entrar en casa.

Este no debería ser mi saludo habitual, pero lo es desde que mi amigo decidió que podía pasearse en pelotas por la casa mientras yo no estaba. No contó con que un día llegase antes de tiempo y le viese su falo balanceándose cual badajo. Y sí, la tiene bastante grande, no se pueden quejar sus amantes. Muchas amantes. Guille cambia de chica como de calzoncillos. Tiene tres reglas que Mia ha empezado a usar y que creo que deben ser merecedoras de mi atención y cariño: las citas están sobrevaloradas, los teléfonos falsos son buena idea, para qué repetir si tienes donde elegir.

En un principio, cuando me lo contó —y de esto ya hace bastante— puse cara de horror.

Ya sabéis, yo era esa clase de mujeres que pensaba que los hombres son el ser más maravilloso que pisa la faz de la Tierra y luego comienzas a encontrar cabrón tras cabrón y te das cuenta de que no, que lo mejor que existe es un amigo a pilas que es como los monos esos del WhatsApp: ver, oír y callar. A esto hay que añadirle que no se quejan, no piden y siempre cumplen. En fin, tardáis en buscaros uno. Yo, de hecho, tengo varios. ¡Hay hasta de colores!

—Puedes pasar tranquila, hace cinco minutos que he tapado todo lo que no se debe ver y que ya has visto. No entiendo la manía tuya de querer obligarme a esconder mi cuerpo.

—No es manía —le explico—, es vergüenza ajena. ¿Qué pasaría si viniese Mia conmigo?

—Que querría follarme —suelta convencido.

—Mal ejemplo, porque tienes razón. Pido cambio.

—Concedido —afirma.

—¿Qué pasaría si viniese con Loren o con Sarah? —pregunto.

—Loren miraría hacia otro lado sonriendo y Sarah ahogaría un gemido llevándose una mano al pecho.

Sarah es así, se ha vuelto muy púdica. Yo creo que se quedó en el siglo pasado, o en el anterior. No habla de su vida sexual, no comenta nada íntimo y le da pudor hablar del cuerpo en general. Del cuerpo no, a ver, que de anatomía no hay problema, la cosa se complica si añadimos fluidos y escenas picantes. Entonces comienza a hiperventilar y cambia de color.

Mis amigas son todas distintas. Menos Mia y Guille, que se parecen mucho, ellos sí que son como hermanos separados al nacer. A veces hasta salen juntos. Una vez les dije que ellos deberían follar, por eso de que están todo el día picándose y tentándose pero sin llegar a nada. Mia pasa de los hombres, más aún tras lo sucedido, y Guille creo que simple y llanamente no quiere mezclar las amistades con el sexo. Porque, aunque nosotros juguemos y nos lancemos pullas, tampoco hemos pasado ningún límite. Mentira. Un beso. Una vez nos dimos un beso, pero estábamos borrachos y ninguno de los dos lo recuerda.

—¿Por qué sonríes? —Guille se ha percatado de mi gesto y es curiosos por naturaleza, como yo. Al final va a resultar que somos almas gemelas y nos evitamos por estúpidos.

—Estaba pensando en ese día que nos dimos un beso y que no nos acordamos porque estábamos fatal.

—No puedo salir contigo. Bebes más que yo —me provoca.

—La culpa es tuya que me pinchas y me retas —bromeo.

—Y no sabes decir que no…

—Verdad, verdadera.

—En cuanto al beso, sabes que no me acuerdo, pero me gustaría, tienes pinta de folladora.

—No seas guarro, Guille, que entre verte la polla y esto, voy a tener que mudarme. Qué

digo mudarme, echarte, que aquí llegué antes yo que tú.

Guille es un chico excepcional. Antes de vivir con él, vivía en un piso con otra chica. Pero era un desastre. No pagaba, no limpiaba… Así que, comencé a buscar opciones y me marché de allí cuando encontré algo que me gustaba y que estuviese relativamente en el centro. Lástima que no pudiera vivir sola y acarrear con los gastos que ello conlleva. Tuve que buscar un compañero de piso y eso pasaba por poner un anuncio y esforzarme en ello.

Vivimos en West Side, o lo que es lo mismo, en el lado oeste de Manhattan, más concretamente en Tribeca y no es lo que se dice una zona especialmente económica. También es cierto, que qué parte de Nueva York lo es, porque hasta el barrio chino ya tiene un caché.

Pues con todo este apuro económico, necesitaba buscar a alguien para ya, a ser posible, porque no iba a poder subsistir mucho tiempo yo sola con un sueldo de camarera.

Sé que mis padres me hubiesen ayudado, pero necesitaba buscarme la vida, salir adelante y reforzar mi sentimiento de independencia. Mi abuela también habría estado la primera para tenderme su mano —y su cartera, que la mano está muy bien pero eso no me pagaba las facturas —, pero tenía que intentarlo, no puedo acudir en busca de ayuda económica a la primera de cambio. Eso está muy bien cuando eres adolescente, pero no cuando tienes veintipocos años.

Varias chicas pasaron por casa. Ninguna terminó de convencerme, no sé exactamente qué sucedía. No había nada que me hiciese eliminarlas, nada que las tachase, como por ejemplo: tener piojos caminando por su pelo, oler a pie sudado, las uñas negras… Pero tampoco me terminaban de convencer. Insistí a Mia para que fuese ella la que viviese conmigo, pero le quedaba muy lejos de su trabajo y me dijo que ella gritaba mucho mientras se corría. Cosa que me hizo replantearme la petición, puesto que Mia es como un tío, pero sin polla. Le gusta más follar que a un tonto una tiza. Y yo necesito dormir muchas horas para estar fresca como una lechuga. Me imaginaba comprando tapones para poder conciliar el sueño, contando ovejitas en la oscuridad de mi habitación o asesinando a Mia a medianoche mientras era empotrada por un desconocido cualquiera. Esta última opción era más que factible, me vi enviando una carta a Loren para que me llevase tabaco a la cárcel donde me encerraran, por eso que dicen de que el tabaco te abre las puertas en un sitio como ese. En fin… que desvarío de nuevo. Al final va a tener razón Stephen cuando me dice que hablo mucho, si él supiera…

Con Sarah no lo intenté, puesto que vive con su pareja y no me parecía a mí eso de tener que vivir con ellos o ellos conmigo. Y menos teniendo en cuenta cómo son, o cómo es él. Es difícil de explicar: Sarah es meticulosa, ordenada, seria, sobria y muy responsable. No dice palabrotas, peca de ser excesivamente correcta y trabaja muchísimo. Pues si ella es así, su pareja, Chris, es lo mismo pero elevado al cubo. Vivir con ellos debe ser una fiesta constante —venga, va, permitido añadir aquí veinte puñados de ironía y treinta de sarcasmo, os hacéis una idea, ¿verdad?—. Sarah antes no era tan excesivamente correcta, nunca ha sido el alma de las fiestas,

pero desde que apareció él y se coló por completo en la vida de mi amiga, ella se ha vuelto mucho más seria. No parece la chica que conocí. Todas lo pensamos y todas opinamos igual, creo que hasta Sarah se da cuenta pero no lo verbaliza o prefiere esconderlo bajo una alfombra para no pensar en ello, ya sabes lo que se dice: si no lo ves es como si no existiera. Lo que ella no sabe, es que, girar la cara hacia el otro lado no hace que el problema disminuya, solo que se haga cada vez mayor y te angustie un poco más.

Loren no tiene pareja, pero no le gusta vivir con nadie. Es rara cuando quiere y con quien quiere, pero en el fondo un amor de chica. También es verdad, que con ese trabajo que tiene en la revista a la que fui hoy, no es necesario compartir piso. Gana dinero y se lo puede permitir. A veces le lloro para que me adopte, pero dice que prefiere arrancarse las tripas con sus propias manos antes de hacer eso. Y luego se jacta de que es mi amiga. Si es que nadie me entiende, yo soy un sol —y no, aquí no va ni sarcasmo ni ironía, que soy un sol de verdad, no me hagáis faltaros al respeto, por favor, que acabamos de empezar a conocernos—. Cierto es, que Loren cuenta con una familia de alto *standing*, ¿se dice así? ¡Vamos! Que tienen pasta y aunque ella no les pide dinero, no tiene necesidad de pasar momentos malos, puede mantenerse sin ayuda de ellos, pero ellos no lo permiten. No siento nada de envidia por ese tema, la verdad, porque a pesar de ello, Loren es súper cercana y jamás te mira por encima del hombro, puede que eso también tenga que ver con su carácter o con que salió de casa a estudiar muy joven e hizo que aprendiese a valorar muchas, muchas cosas. En fin, que nos adoramos aunque no me quiera adoptar.

Y sin más, Guille un día toco el portero. Yo no esperaba a nadie y se plantó en mi casa. Me dijo que se había enterado de que buscaba a alguien para compartir mi apartamento por una chica que había venido. Resulta ser que la susodicha le dijo que ella no quería compartir el piso conmigo porque se había topado con una estirada y que tenía halitosis. Creo que lo hizo con mala intención, porque ni soy estirada ni me canta el aliento pero no está de más decir que es una perra mala. Puede que algún día me cruce con ella y me vengue, que oye, una tiene su corazoncito ahí dentro.

Cuando cogí confianza con Guille, le dije que esa chica quería copular con él —y sí, usé esa palabra, hubo un momento en el que fui fina y Sarah se apoderó de mi cuerpo, luego me di cuenta de que Guille era como yo y me dejé llevar por mi verborrea sin pudor alguno—.

Conectamos muy rápido. Me cayó bien y me pareció buen tío. Nunca barajé la opción de compartir piso con un hombre, pero visto lo visto… ¡Qué más daba! También pensé en que estaba guay si me colaba en su habitación por las noches semidesnuda y le hacía guarradas, pero le cogí cariño y no quise estropearlo. Salvo por ese beso del que no nos acordamos y que siempre decimos que debemos repetir, pero no lo hacemos. Es la falta de alcohol o el exceso de prudencia. O ambas.

Y tras todo este embrollo, acabamos viviendo juntos y así llevamos un año y medio aproximadamente. Él aguantándome a mí y yo a él. Cosas de la vida.

Pero me gusta mucho, es divertido y me hace reír. Vemos pelis, series, hablamos de tías, de tíos, de ligues, de trabajo, de todo. No tenemos secretos. Como veis, elegí bien.

No conozco apenas cosas de la vida de Guille, sé que se lleva bien con sus padres, pero que su madre está empeñada en que formalice una relación con la hija de algunas de sus amigas y que su padre no opina nada al respecto. Es reservado para hablar de esas cosas y yo tampoco me siento con ganas de presionarlo para que me explique, no me va ese rollo de salvadora de almas, soy más de disfrutemos del momento, bebamos como cosacos y por favor, no nos dibujemos más pollas en la frente que cuesta que salga esa maldita tinta negra de la piel.

—¿Cómo te fue en la entrevista de hoy? —Me he tumbado en el sofá y Guille, como buen compañero de piso que es, me ha traído una cola bien fría, con hielo, limón y una cereza roja. A falta de vodka…

—Mal. Fue una concatenación de errores, empezando porque no llevé el currículum y que mi verborrea es apabullante.

—Deberías practicar eso de no decir lo que piensas, por lo menos, no a la primera. No sé, quizás contar hasta tres antes de responder sería un buen método.

—O hasta diez —propongo.

—No quise ser tan cruel —se jacta—, pero sí, es mejor hasta diez.

—¡Eres un capullo! —Le insulto.

—¡Oye! —protesta—, que fuiste tú la que propuso el número, yo solo me limité a darte la razón.

—Como a los tontos —me cruzo de brazos enfadada.

—No. Te di la razón para hacerte sentir mejor. A mí, en realidad, me gusta que seas así.

—No pienso follar contigo, no insistas.

—¡Me tienes fichado!

—Mucho tiempo juntos —especifico.

—Bueno, no desesperes —Guille me giña un ojo y me aprieta contra su cuerpo. Es un gran amigo. Creo que ese es otro de los motivos que nos ha hecho que no tengamos contacto carnal, porque guapo es un rato, la verdad. Así triunfa donde va. Si lo viese mi abuela Lucía, me pelearía por dejarlo escapar. Encima es trabajador. Es arquitecto y gana dinero. Sigo sin entender cómo comparte piso pudiendo permitirse vivir solo. Puede que sea un ahorrador compulsivo que necesita dinero para practicarse una operación de esas que se agrandan el pene. En realidad, no le hace falta. No sé, quizás es por el placer de mi compañía. Soy única e irrepetible.

—Para ser francos, a mí me gusta mi trabajo. Me gustaría ganar más dinero, pero es lo que hay.

—Brindemos —propone—. Por los próximos trabajos.

—Por mi actual trabajo —remarco alzando el vaso y llevándolo a su encuentro del suyo —. Es raro que no estés brindando con una taza de leche con cereales —bromeo—, estás siempre con eso en la mano.

Guille me mira y entrecierra los ojos, justo antes de hacerme cosquillas. Mi cola termina sobre su pecho y parte del sillón. Menos mal que es de piel.

—Me voy a la ducha, ¿te vienes? Tengo que quitarme esto que acabas de echarme por encima —me reprocha sin maldad.

—Gracias, pero no quiero enjabonarte la espalda.

—Puedes enjabonarme la polla.

—Cuántas soeces juntas, por favor. ¡Qué dinero mal invertido el de tus padres en tu educación!

Oigo las carcajadas de Guille mientras se aleja y yo soy consciente de que sigo sonriendo. Fue todo un acierto, sí.

—Dejaré la puerta entreabierta, por si eres de esas a las que les gusta mirar.

—Gracias, dejé de ser *voyeur* hace unos meses —grito desde el sofá.

Mientras Guille entra en el baño, oigo mi teléfono sonar. Dejé el bolso en la entrada, en una de las sillas. Pensé en dejarlo caer al suelo, pero lo necesitaba cerca por si Guille no se había vestido y tenía que repartir golpes para que entrara en razón. O taparme con él para poder dormir tranquila esta noche sin pensar en ese cacho de carne colgante.

Cojo el teléfono y contesto con celeridad.

—¡Mía! ¿Qué pasa? ¿Estás sola? ¿Puedes caminar? —Todo esto es fruto de la angustia que tengo por saber cómo le fue la cita de anoche.

—Buenas tardes —una voz seria me sobresalta. Separo el auricular de mi oreja y observo el número. Definitivamente no es Mia y yo la he cagado. Para variar…

—Disculpe —respondo con voz de angelito desvalido—. ¿Quién es?

—Soy Simon Baker y preguntaba por Helena con hache.

—Un momento, que ya le paso la llamada. Yo soy la vecina —disimulo mi voz y entro en pánico. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!—. Helena, te llaman por teléfono —finjo de nuevo tapando el auricular—. ¿Quién es? —dejo el teléfono en la mesa y me alejo para gritar—. Simon Baker —de nuevo voz fingida—. Voy —yo otra vez.

Esto es una maldita locura. En serio. Mi corazón bombea acelerado porque me huele a cagada total y absoluta. Pero ya de perdidos al río.

—¿Sí? —respira, Helena, respira.

—Buenas tardes, ¿Helena con hache?

—Yo misma, señor. Pero no hace falta que me llame así —le reprocho. Una vez vale,

pero la misma broma me cansa.

—Es su nombre —responde altanero—. He recibido su currículum —no me deja responder ni defenderme, prosigue mientras yo recuerdo a sus ancestros—. Es cierto que no tiene experiencia, pero habla mucho y creo que eso es bueno. Necesitamos a alguien y el resto de candidatas eran bastante más calladas y comedidas, sobre todo esto último. No tiene que hablar, pero sí escribir y ser ingeniosa. Venga mañana por la oficina y detallaremos los pormenores del puesto.

—No sé qué decir… —Y eso ya es bastante raro en mí.

—Con que no vuelva a fingir que ha sido su vecina la que ha cogido el teléfono, me basta. Ha sido una actuación de lo más penosa, Helena con hache. Si no se le da este trabajo, intente postular por uno de actriz. Quizás cuele con otro.

Y cuelga. El muy cabrón, cuelga.

Vale. Él gana, pero a mí me gustan los juegos.

CAPÍTULO 3

MI CASA, TELÉFONO…

A ver. Esto es un auténtico disparate. ¿Qué hago yo ahora para solucionar la papeleta en la que me he metido? Que sí, fui yo la que decidió ir a esa entrevista, pero no porque quisiera, que también quise, sino porque Loren me dijo que era una oportunidad y yo oportunidades tengo pocas. Ya empiezo otra vez a desvariar y a hablar sin parar. Muy típico en mí. Tengo una verborrea que ni yo misma me la aguanto. Pero la cosa empeora cuando sumamos lo parlanchina que soy a lo dramática que me puedo poner…

—¡Guilleee! —Grito como si no hubiese un mañana y me hubiese poseído el espíritu de Tarzán. Ya saben «ahahahhahahaha». A lo loco, como yo y mi vida.

No me contesta, todo el día molestándome, hablando tanto o más que yo y no me contesta cuando lo necesito. No hace falta que os diga qué hice, ¿verdad? Venga, os lo cuento, recorrí toda la casa en su busca y lo pillé en el baño de su habitación. Tal y como me había dicho.

Llamo con suavidad. Mentira. Llamo con la intención de que me oiga él y todo el bloque al completo. Eso de que iba a dejar la puerta entreabierta ha sido un farol.

—Guille, si te estás depilando las ingles, tápate por lo que más quieras, tengo que entrar y hablar contigo. Si por el contrario estás defecando, me da igual, abriré la ventana pero igualmente tengo que hablar contigo.

—Yo que tú no entraba —su voz suena rara y empiezo a pensar que lo que está haciendo no tiene nada que ver con el váter o con la depilación integral, más bien con algo relacionado con cargar peso, lo pilláis, ¿verdad?

Cuento hasta tres. Uno, dos y ¡tres! Con decisión abro la puerta y sí, desnudo como Dios lo trajo al mundo.

—¡Joder! Te dije que no entraras. Vamos a tener que establecer unos límites.

—¿Te la estás cascando? —¿Esto es en serio?

—Mi habitación. Mi baño. Mi intimidad.

—Tu polla —finalizo señalando su entrepierna, que ahora mismo está tapada con ambas manos—. Definitivamente tienes un buen rabo —y me quedo corta.

—¿Quieres usarlo?

—Me lo pensaré.

No es la primera vez que Guille y yo nos hacemos bromas de este estilo. Mia dice que Guille quiere empotrarme en todas y cada una de las posiciones posibles, agujeros disponibles y lugares que haya. Loren la secunda solo que ella no menciona la palabra empotramiento, lo de ella es más bien hacer el amor, o alguna cosa similar. Sarah pasa de todo y no opina, solo me dice que no es juicioso acostarse con tu compañero de piso.

Mia, Loren y yo coincidimos en que Sarah folla poco y por eso siempre hace ese tipo de

comentarios. Tan correcta ella, tan prudente y todo tan meticulosamente controlado. Es la dueña del control. Siempre me dice que soy una «*dramaqueen*» y en eso estamos de acuerdo todas, hasta yo, ¿no me veis? He entrado en *shock* y necesito contárselo a alguien. Ese alguien es Guille, que es quien me aguanta con estoicidad en todas mis crisis, ya sean de personalidad o las que provoca el alcohol y sus consecuencias. En fin, que me lio de nuevo y hablo demasiado. No, no sé resumir.

—Antes de que me cuentes que se te ha roto una uña —me dispongo a contestar, pero el cabronazo no me deja—, repito; vamos a tener que establecer unos límites. Uno ya no puede venerar su propio cuerpo con la intimidad necesaria porque la loca de tu compañera de piso no te lo permite.

—Esto es un asunto de vida o muerte. De todas maneras, podrías haber girado la llave, ¡listo! Así me ahorras tener que soñar con tu rabo esta noche.

—No hace falta que sueñes con él, sabes que estaré encantado de que «éste» —dice señalando su miembro semierecto—, te proporcione dulces y placenteros sueños.

—Algún día voy a aceptar alguna de tus proposiciones y vamos a ver que excusa me das.

—Ninguna. Yo también estoy dispuesto a desvirgarte.

Rompo a reír con ímpetu y ganas.

—¿En serio crees que soy virgen? La virginidad está sobrevalorada.

—Lo que está sobrevalorado es el amor. El sexo debería valorarse más. Deberías valorarlo tú con tu compañero de piso.

—Dejemos ahora el sexo a un lado y centrémonos en lo verdaderamente importante.

Guille se gira y abre el grifo.

—Te estoy viendo los huevos colgar.

—Puedes tocarlos también —me reta.

—Podría. Quizás algún día —bromeo.

—No tenías tantas ganas de contarme algo, ¿ahora te distraen mis testículos?

—¡Qué fino me has salido!

—Soy arquitecto. Se mantener las formas. ¿Me lo vas a contar? ¡Me exasperas! Hablas mucho.

Pongo los ojos en blanco e inspiro con fuerza.

—Me acaban de llamar del trabajo al que fui esta mañana.

—¿Ese al que supuestamente no podrías optar porque te había ido «fatal»? —noto que Guille remarca este último adjetivo y frunzo el ceño indignada.

—Ese mismo y deja de reírte de mí y de mis desgracias. La entrevista fue mal, ¿quién iba a pensar que me iban a llamar? Si hubieses estado allí, pensarías lo mismo que yo, estoy convencida de ello.

—Pues algo no me cuadra, porque si te lo han dado, muy mal no te ha salido. ¿Le enseñaste las tetas?

—¿Qué? ¿Estás mal de la cabeza? —pregunto horrorizada.

Y me imagino la escena. Entrando a esa sala de reuniones, cabizbaja y sonrojada por la vergüenza de lo que se avecina, me siento al estilo Instinto Básico pero con vaqueros. Recta, sensual y sexy. Llevo una camisa lencera por lo que dejo entrever mi más que prominente escote y coloco mis brazos sobre la mesa, aumentando la presión de mis pechos para que se intensifique mi canalillo. Me lo imagino a él, frente a mí, embobado mirando la turgencia de mis curvas sin saber qué pregunta formular y sin más, me soltaría: «¡contratada!». Qué fácil es soñar despierta y que rápido consigo trabajo.

—Tienes buenas tetas —Guille es experto en devolverme a la realidad.

—¿Y qué? ¡Con eso no se consigue un trabajo? ¿En qué siglo crees que estamos, so neandertal?

Se está riendo, aunque no lo veo por la mampara del baño y el calor de la habitación que ha dejado un halo de vapor.

—¡Me está dando calor! —me quejo.

—Entra conmigo, yo te ayudo con eso.

—Subnormal —me burlo.

Podéis pensar lo que queráis, pero tenemos una relación que mola mucho. Hoy le ha tocado a él provocarme, pero otras tantas veces lo hago yo. Tenemos esa amistad sana que no excede ningún límite. No entiendo bien el motivo de esto, porque ambos estamos solteros y a mi Guille me pone burraca, ¡para qué negarlo! Pero no ha surgido, simplemente no se ha dado esa situación. Cuando es no, es no y punto.

—¿Y qué piensas hacer? —¿Habéis visto ese meme en el que se ve a una chica poniendo cara de «¿eres retrasado/a o qué?»? Pues esa es mi cara ahora mismo.

—Para eso he venido. Tu inteligencia se esfumó tras pronunciar la palabra testículos. ¿Para qué voy a venir al baño entonces?

—Para cumplir tus fantasías ocultas.

—Menos lobos, caperucita.

—Vale. Entonces, ¿cuál es la idea? —pregunta de nuevo.

—¿Tú qué opinas?

Guille saca la cabeza y lo veo lleno de jabón. La verdad es que es sexy a rabiar. Ale, mi entrepierna comienza a pensar por sí misma lo que indica que tengo que poner remedio o eso que antes os decía que nunca había pasado, va a empezar a tomar fuerza para que deje de ser así.

—Que deberías probar. No pierdes nada. El trabajo en esa cafetería está muy bien, pero necesitas algo más. Tienes inquietudes… —Y Guille dice eso de probar y yo me imagino

probando el sabor de su cuerpo, de su piel, de su… ¡Madre mía qué calores más poco aconsejables tengo!

—Pero no tengo experiencia —tengo que centrarme y dejar de pensar en banalidades relacionadas con carnes duras y prietas y pollas, pollas por doquier.

—Algún día tendrás que empezar. Cuando terminé arquitectura, nadie me dijo cómo tenía que desarrollarme profesionalmente, los conceptos teóricos estaban geniales, pero el resto debía averiguarlo yo. Tú sabrás hacerlo bien. Sé positiva, rubia.

—¿Y si ser periodista no es lo mío? —No quiero pensar en eso, no me gusta la negatividad y menos que me contamine, pero a ver, soy humana y tengo dudas, no soy *Wonder Woman*. Mis padres y mis abuelos, siempre me decía que yo llegaría tan lejos como quisiera y esos ánimos vienen muy bien, pero a veces desarrollar una carrera profesional no consiste en llegar, marcar una casilla y tenerlo todo resuelto. No. Hay profesiones que se llevan en la sangre y para las que se es más válida. Por ejemplo, a mí me sientas delante de un grupo de alumnos y tengo que enseñarles cualquier asignatura de ciencias y terminaría como en el Club de la Comedia, dando un discurso sobre la soledad de las mujeres que adoptan veinte gatos y cenan todas las noches delante de una pantalla mientras sus pies se pelean por no colarse dentro de los doscientos tarros llenos de *Friskies* con los que tiene decorado el suelo de su salón.

—Pues ya te darás cuenta de que profesión lo es. No sé, quizás prefieres ser veterinaria, actriz, bailarina, pintora… ¡Yo que sé!

—Encantadora de serpientes —me burlo.

—Pues comienza por esta —me pincha mientras se señala eso que ya sabéis.

Lo dejo hablando solo en el baño, pero inevitablemente, salgo con una sonrisa en la cara de lo más amplia. Hablar con Guille es lo que tiene, que de todo hace una broma y además da unos consejos de la hostia. Tan buenos como los de Mia.

La cosa está así: Guille quiere que le haga un par de favores. Yo le haría un par de favores, pero no quiero cagarla. Necesito consejo. Consejo y un libro de autoayuda para resolver todas las cuestiones que se plantean en mi vida. Si algo está claro, es que de aburrimiento no me voy a morir…

En fin, pasemos al siguiente plan: llamar a Mia.

Regreso a mi habitación y busco el móvil. Entre todas esas cualidades que tanto os molan de mí —hablo mucho, sin parar y sin filtro, no sé resumir, y soy una *dramaqueen*—, también está la de que soy un desastre de mucho cuidado.

Bajo la almohada, está mi teléfono. A saber, cómo ha llegado hasta ahí, cosas de esa última característica mía que os acabo de contar.

Le indico a Siri que quiero llamar a Mia y me hace caso. Me molan las nuevas tecnologías. Los hombres deberían ser así: «yo ordeno y tú obedeces», ¿a qué se os ha pasado en

alguna ocasión esto por la cabeza? Quien conteste que no, ¡miente!

—Helena, ¿qué tal?

—Esa no es tu respuesta habitual a una llamada mía, ¿qué haces y con quién estás?

—Con un cliente —confirma.

—Eso lo aclara todo. ¿Puedes hablar?

—Dame un minuto.

Mi amiga Mia, esa que da unos consejos que son la repera y ese es el motivo para que la llame constantemente, es diseñadora gráfica. Tuve que preguntarme varias veces qué era eso que hacía. Para mí era algo así como una tía que dibuja y se gana la vida haciendo chorradas… Luego tuve que retractarme porque curra un montón y no tiene nada que ver con hacer dibujos en un folio con ceras de colores. En fin, que se pega todo el día detrás de una pantalla y yo la admiro por ello.

Tampoco es que de unos consejos de la leche, la realidad es que están tan bien como los de Guille, incluso molan más… No, no molan más porque Guille siempre me ofrece su cuerpo, pero Mia me manda a follar. Bien visto, si uno ambos consejos podrían sacar una buena tajada —y no, no hablo de la tajada de Guille, no me seáis unas *guarronas* mentales—. Tras todo ese repertorio que suelta, siempre me aporta un punto de vista distinto.

Lo mejor es cuando nos reunimos todas en casa de Loren o de Mía, de Sarah nunca porque su novio no nos soporta, y en mi casa poco hacemos porque terminamos queriendo arrinconar a Guille y me pide por activa y por pasiva que no lo volvamos a hacer. Para que esto no pase, intento ir a otra vivienda. Aunque a veces no es posible. Normalmente suele ser Mia la que quiere arrinconar a Guille, en su habitación, desnuda y a oscuras. Se llevan genial y eso me gusta, porque ellos son vitales en mi vida, son mis hermanos siameses.

—¿Qué llevas puesto? —Y esa, señoras y señores, es la frase con la que siempre me contesta mi amiga Mia, ahora sí sé que está sola y disponible.

—Estoy desnuda —respondo yo, como siempre—. ¿Mucho trabajo?

—Un cliente nuevo, nada del otro mundo. ¿Qué pasa?

—¿Estás sentada? —intento crear expectación.

—No, estoy en la tercera con la setenta y cinco.

—Ohhh, ahora mismo mataría por una hamburguesa con champiñones de Candel Café. ¡Anda! Sé buena amiga y tráeme una.

—Ven a buscarla tú, bonita —contesta mi amiga—. Déjate de rollos y dime qué ha pasado. ¿Cuál es el asunto de estado?

—Me han llamado.

—Vale. ¿Y?

—Para la oferta de trabajo a la que fui esta mañana.

—¿A esa en la que no llevaste currículum y que llorabas como una hurraca porque no te iban a coger?

—No lloraba —protesto.

—Lloriqueabas —insiste mi amiga.

—Venga, va —claudico— tienes razón, lloriquee un poco, no voy a negarlo.

—¿Y? —repite.

—Empiezo mañana.

Separo el auricular de mi oreja antes de que los daños ocasionados por el grito que pega mi amiga sean irreversibles. Cuando percibo que ya ha pasado ese énfasis que ella le pone a las cosas, lo acerco de nuevo, no sin cierto miedo.

—¿Y qué le vas a decir a Stephen? Se ha portado muy bien contigo y ahora te vas y lo dejas colgado.

—Gracias, Mia —le reprocho—, me estás haciendo sentir mejor, si quiero ese tipo de respuestas no te hubiese llamado, ya las produce mi mente sola.

—Tienes razón. No te preocupes, siempre serás nuestra *dramaqueen* —se mofa.

—No me voy a molestar en insultarte. Para eso te llamo, necesito consejo.

—No tengo mucho que decirte, salvo que cojas el bolso, muevas tu culo blanco hasta esa cafetería y le cuentes a Stephen la oportunidad tan grande que se ha presentado ante ti.

—Ni siquiera sé si es de verdad una oportunidad —añado con cierto deje de duda.

—Cualquier cosa que te pueda aportar algo más que trabajar en una cafetería, es una gran oportunidad.

—¡Oye! ¡No te pases! Que a mí me encanta trabajar en una cafetería.

—Cielo, no te digo que no, pero, ¿te ves trabajando ahí dentro de quince años?

—Mmmmm.

—Responde y deja de hacer esos ruidos de gato asustado —me exige mi amiga. Si es que cuando ella quiere se pone en un plan… Entiendo que sea su propia jefa, nadie la aguantaría.

—No sé… Tampoco sé si me veo trabajando en una revista.

—Nadie dice que este sea el trabajo de tu vida, pero tampoco lo es Stephen&Co.

—Vale —cedo—, tienes razón.

—Como siempre —me imagino a mi amiga al otro lado del aparato haciendo ese gesto tan característico de ella cuando cree que tiene razón, y eso es la mayor parte del día. Pone la palma de su mano derecha hacia arriba y arruga el gesto. Traducción: «a buenas horas te enteras, retrasada».

—Tengo que dejarte, voy a seguir tu consejo.

—Por fin haces algo bien.

—¡No te pases! Mira que se lo digo a Guille y aún no te ha perdonado el dibujo que le

hiciste en la frente.

—Más debería hacerle —protesta riendo—. Se las busca él solo.

—No te metas con mi compañero, que lo quiero mucho.

—Buaggggg. Fóllatelo ya y acaba con este tipo de comentarios llenos de azúcar *glass*.

—¡Basta! —exclamo risueña.

—Yo también te quiero —me replica.

Cuelgo el teléfono tras decirle que a ella también la quiero y me encamino al salón con la firme convicción de seguir el consejo de Mia.

Guille se está comiendo un bol de leche con cereales de esos que tanto le gustan y que come a todas horas.

—Eso que comes, es puro hidrato de carbono, no entiendo como mantienes ese cuerpo que tienes.

—Hago deporte —responde con la boca llena y los dientes todos manchados, es todo sexapil.

—Vale, no quiero saber a qué clase de deporte te refieres.

—Tienes una mente muy calenturienta, yo hablaba de uno que se practica en el gimnasio.

—¡Anda! Y yo… En el gimnasio también se puede hacer —lo digo en serio, no es coña.

—No entiendo por qué aun no te has casado conmigo, si eres todo lo que busco en una mujer.

—Porque no me lo has pedido, ¡bastardo! —bromeo.

—A ver si el día que te lo pida me vas a decir que no. Partirás mi pobre corazón.

—Y tardarás nada en buscarte a otra.

—¿Por qué clase de hombre me tomas? Yo soy un chico serio, que también puede sentar la cabeza.

—Eso no te lo cuestiono —le especifico—, pero antes prefieres sentar otras cosas.

—Mis posaderas —responde irónico—, eso es lo único que pienso sentar durante un tiempo.

—Mi abuela Lucía, te diría que a tu edad ya estaba casada y tenía un hijo.

—Pues agradezco que no esté tu abuela aquí, y por otra parte, soy joven. Estoy en la flor de la vida, ya sabes…

—Anda, pulgón, te toca sacar la basura y está llena. Tengo que salir.

—¿A dónde vas?

—A contarle todo a Stephen.

—Suerte. Y trae un *pancake*, pídelo antes de que le digas que te vas, por si se pone de mal humor y no te lo hace.

—¡Cállate! —le hago una peineta y me marcho.

Guille, es mucho Guille.

CAPÍTULO 4

PIM, PAM, PUM, BOCADILLO DE ATÚN

La visita a Stephen fue mucho mejor de lo que esperaba. Resulta que él tiene más fe en mí que yo misma. Evidentemente, no tiró cohetes ni bailó *breakdance*, no me hizo la ola ni contrató mariachis, pero entendió la situación y antes de irme, me confesó que sabía que algún día sucedería esto y que, a su vez, era lo mejor para mí y se alegraba.

Me sentí culpable y le dije que hablaría con Diana para que le echase una mano hasta que encontrara alguien que supla mi ausencia. No sé si ella aceptará, porque Diana es especial, pero por intentarlo que no quede.

La he llamado, pero no me ha contestado, suele decirme que cuando está escribiendo necesita concentración y últimamente escribe bastante, porque ese blog que tiene no se llena de comentarios solo. Yo le digo que si se hace famosa, me lleve de viaje a un lugar paradisiaco y exótico, y ella suele mandarme al carajo.

Debo reconocer que me gusta mucho la forma en la que lo ha enfocado y hasta yo la sigo con asiduidad; es sexi y pícara, y eso la define mucho. Hugo también la ayuda bastante. A mis padres no les quiere contar demasiado, por eso de que habla de sexo sin tapujos y prefiere que no le hagan ningún tipo de comentario al respecto. Y yo, que soy una santa, no les diré nada, hasta que nos veamos, ahí cantaré como David Bisbal. ¿Os he dicho ya que canto mal? Pero hablar sí que se me da bien.

He puesto el despertador antes de tiempo, quiero causar buena impresión al señor Baker o a quien me vaya a atender hoy. Tampoco me contaron demasiado y odio no tener el control sobre lo que voy a hacer. Luego pienso que no debo estresarme, porque los primeros días son para adaptarse y no creo que me vayan a tirar a los leones tan rápido. O eso es lo que espero…

—¿Qué tal estoy? —He bebido café, mucho café y ahora me siento como una locomotora a punto de descarrilar. Guille, por el contrario, tiene las gafas puestas, los ojos pegados y unos pectorales de infarto—. Deberías ponerte una camisa, luego hablan de violaciones.

No lo puedo evitar, me gusta provocarlo.

—Mmmm, si me prometes que me violas, garantizo quitarme también los pantalones.

—Tendrá que ser mañana, hoy no puedo llegar tarde al trabajo. El primer día debe ser sagrado. ¿Qué tal estoy? —repito.

—Buenísima —sentencia.

—Me vale —bromeo—. ¿No estás comiendo cereales de esos?

—Se me han acabado —gimotea.

—¡Fastídiate!

—Anoche cuando llegué de hablar con Stephen no te vi, ¿saliste?

—Salí a dar una vuelta y ver qué se cuece…

—¿Te picaba el rabo? —No me responde, no con palabras, se limita a asentir—. No me siento culpable de no haberte dejado acabar lo que te traías entre manos —pronuncio haciendo alusión a ese momento épico en el baño—. En fin, me piro. Deséame suerte.

—Suerte.

Salgo de casa y me dirijo a coger el metro para ir hasta Lexington Avenue. Loren me ha dicho que quiere hablar conmigo antes de que comience, espero que no sea para soltarme uno de esos rollos sobre la responsabilidad en el trabajo, aunque conociéndola como la conozco, es más que probable que sea para eso. No tiene pinta ella de hacerme un recorrido por la empresa. Es muy buena y conmigo tiene el cielo ganado, pero también es cierto que es muy meticulosa en el trabajo —y en el resto de aspectos de su vida—, en eso se parece bastante a Sarah. Mia dice que las ve en un futuro sentadas en una mesa, con la espalda recta, una taza de té en la mano y el dedo meñique recto. Como si el meñique le diera ese punto pijo.

Como veis, somos muy distintas unas de otras, pero en la vida, las personas son así, todas diferentes y eso a su vez, nos hace especiales. Mia es la más loca de las cuatro, yo la más dramática y con una verborrea bastante considerable, Loren es positiva y busca soluciones a todo y Sarah se ha vuelto demasiado estricta. Sí, muy distintas todas.

Al final termino recorriendo la sesenta y tres con Lexington a toda velocidad, me lo he tomado con calma y se me ha echado el tiempo encima.

Entro en el edificio donde va a comenzar mi jornada laboral y me sorprendo pensando qué me deparará mi vida dentro de un año, quizás dos. Me gustaría verme entrando aquí, pero con otro cargo. Me estoy precipitando y soy consciente de ello, pero me gusta soñar despierta, es gratis y me motiva.

El mismo portero de la última vez, ese con la misma cara de piruleta, me recibe tras el mostrador. Está observando las cámaras de seguridad. Hasta hoy, pensaba que las cámaras de seguridad no las revisaba nadie nunca, es más, creía que estaban para que cuando sucediese algo llegase la policía y pidiese pruebas contra el asesino en serie. «Hola, gracias por cedernos parte de su tiempo, señor Baker, necesitamos su colaboración como magnate del mundo empresarial, por favor, cédanos las imágenes de sus cámaras de seguridad, estamos convencidos que con ellas daremos caza a nuestro criminal». Eso que os he dicho de que soy un poco melodramática cada vez lo veis más claro, ¿cierto?

En fin, que estoy divagando y haciendo conjeturas y al final ni siquiera sé si el señor que me hizo la entrevista es mi jefe o es compañero del conserje.

—Buenos días… —dejo mi saludo en el aire porque me doy cuenta de que no sé su nombre y a mí me gusta mucho conocer a las personas con las que trabajo, en realidad, lo que me gusta es conocer a todo el mundo e indagar sobre sus vidas porque soy muy cotilla y me encanta hacer conjeturas cada cual más loca— Soy Helena Miller, hoy es mi primer día.

El conserje me sonríe y cada vez se dulcifica más su gesto, creo que me llevaré bien con él.

—La estaba esperando, señorita Miller. Me han dado orden de que la acompañe hasta la planta en la que trabaja la señorita Loren.

—¿Ha dejado ella esas indicaciones?

—Sí. Me llamo Bob —finalmente se presenta y asiento, en realidad, afirmo porque creo que le pega mucho su nombre—. Vamos.

El susodicho coge un llavero inmenso repleto de llaves de distintos colores y formas y coloca encima del mostrador un cartel que pone «regreso en diez minutos». Nos dirigimos a los ascensores, en esta ocasión, a donde se encuentran muchos y no al exclusivo por el que subí para ir a la sala donde me entrevistaron.

—¿Llevas mucho trabajando aquí? —no es la curiosidad, es para evitar esos silencios incómodos.

—Mucho tiempo —contesta sin dejar de sonreír.

Me contagia el gesto y vuelvo a la carga.

—¿Y qué tal?

Bob me observa con atención, creo que pretende analizar el fin de todas mis preguntas, eso sí, sin perder la sonrisa.

—Muy bien, señorita Helena. Si lo que quiere saber es si hay un buen ambiente de trabajo, puede estar segura de que es así.

Bajo la cabeza un tanto avergonzada, porque tampoco era mi intención hacerlo sentir mal, raro o incómodo.

—Disculpa, Bob. Es mi primer día de trabajo, he trabajado en la misma cafetería mucho tiempo, no tengo una carrera profesional prometedora y no sé si soy lo que buscan o he tenido un buen día y eso se ha transformado en una propuesta laboral —le explico—. Mi amiga Loren trabaja aquí, pero ella no es lo que se dice una de esas personas que hablan y especifican, tampoco chismorrean… Por lo que pensé que podría tener mejor suerte contigo —confieso.

Bob me mira y ya no sonríe, se ríe abiertamente, a carcajada, todo eso mientras llega el ascensor lleno de personas que ni siquiera conozco.

—¿Qué te hace tanta gracia? —ni siquiera sé cómo tomarme su desfachatez. Yo le confieso cómo me siento y él se ríe.

—Me ha hecho gracia usted, señorita —me dice sin un ápice de vergüenza—. Creo que es la persona más divertida que conozco.

—¿Le hace gracia mi sinceridad? —pregunto atónita.

—Me hace gracia su espontaneidad —suelta resuelto.

Entramos en el cubículo, ahora vacío y pulsa la planta número ocho. La de Loren. Me

encojo de hombros ante su última respuesta, cuando él vuelve a mirarme.

—Creo que va a ser muy divertido —resuelve.

—¿El qué?

—Usted.

—¿Yo? —juro que no quiero, pero me empiezo a mosquear.

—Escuche, señorita Helena…

—Helena —le corrijo. No me gustan los formalismos, no entre iguales.

—Helena… —rectifica—. Esta es una empresa donde hay muchos trabajadores, encontrará personas muy buenas y dispuestas a ayudarle y personas que no lo estarán tanto. ¿Quién es tu jefe? —¡Bien! Ha empezado a tutearme.

—Buena pregunta…

—Cuando lo sepas, me cuentas, te diré cuál de las dos especificaciones que he hecho se encuentra catalogada esa persona.

—¿Es usted un chismoso? —Que yo buscaba alguien que me de pistas, pero esto me hace pensar si debo o no fiarme del conserje con cara de piruleta.

—No. Pero me has caído bien —me dice con esa sonrisa tan humilde de nuevo en su cara.

Llegamos a nuestro destino antes de que pueda formular otra pregunta y tengo una curiosidad que alimentar y para ello me quedan muchas cosas que saber. Lástima que el tiempo sea oro y no me dé tiempo de más, tendré que posponerlo para el desayuno, o la salida, ni siquiera sé cuál es su horario de trabajo. Para ser más exactos no sé ni cuál es el mío. ¡Qué desastre! No he preguntado nada, me he lanzado a la aventura sin más… Si es que… Al final cada día me parezco más a Mia y menos a Sarah.

Nos acercamos al mostrador y permanezco en un segundo plano observando el inmenso pasillo que abre paso a varias puertas que conjeturo serán despachos. Porque entiendo que todas esas puertas con carteles colgados, lo serán.

Una chica rubia, con un moño de lo más tenso nos atiende. No sonríe, no emite ninguna emoción en su gesto. Se limita a escrutarnos con su mirada.

Bob pregunta por Loren y le explica que me ha acompañado porque soy nueva. Ella sigue rígida y la visualizo tomando té con Loren y Sarah, con su dedo meñique igual de tenso que el de las otras acompañantes, batallando por ganar el primer premio a la más pija de las tres. Me pregunto si en esta empresa serán todas así de estrictas y disciplinadas.

Pulsa un número en el teléfono y habla por el chisme ese que tiene por diadema.

—Ya viene —responde mirando a Bob e ignorándome deliberadamente.

No se ha dignado a mirarme directamente, no sé si es que ella cree que es más guay o mejor. Creo que ésta es de las que no ayudan. Espero que esta no sea mi planta. No quiero que

me echen el primer día por arrancar moños rígidos. O despelucar a alguien.

Antes de verla, ya sé que Loren se acerca. No, no tengo ojos en la nuca, pero siento el repiqueteo de sus tacones. Me giro y ahí está, el vaivén de sus caderas es tan fascinante que me deja embobada hasta a mí. No entiendo cómo sigue soltera, porque sigue soltera, ¿no? Tengo que preguntárselo. Ella no suele hablar mucho de su vida privada, es bastante reservada para esas cosas, es eso, o que no tiene, porque de trabajo sí que habla un rato. Debería llamarla Sarah II, aunque ésta si nos habla de su vida privada, pero es una mierda y aburrida por lo que es comprensible. Os lo cuento aquí, pero a ella se lo digo constantemente.

Se planta frente a mí, mira su reloj y no se pone colorada al soltarme lo que me suelta.

—Llegas tarde.

Bob se marcha sonriendo, en esta ocasión sé que se burla de mí. La lista del moño tieso no dice nada, pero gira la cara para que no la vea sonreír.

—Técnicamente llego quince minutos antes, perfectamente podría no haber venido a verte e irme a mi puesto —me defiendo.

—¿Tú puesto? ¿Acaso sabes cuál es tu puesto? —cuestiona con altanería.

La observo con los ojos abiertos de par en par, Loren es borde cuando quiere con quien quiere, en eso sí que nos parecemos, pero nunca jamás me ha tratado como me está tratando ahora. Ella parece darse cuenta porque se lleva ambas manos a la sien y las masajea.

—Perdona —se justifica—, tengo un mal día.

—Dime que llevas trabajando cinco horas y por eso defines cinco minutos como un mal día.

—Es mi jefa —me explica.

—Ya lo entiendo todo —la consuelo sin resquemor.

La jefa de Loren, conocida mundialmente como «pequeña *zorrasca* del inframundo» es mala. Pero no de esas personas malas que se han convertido en eso porque la vida las ha obligado. No. Es mala de cojones. Nosotras bromeamos diciendo que su madre en vez de parirla decidió cagarla. Somos crueles, ya contamos con eso, pero nos volvemos así cuando estamos bajo los efectos del alcohol. ¿Me entendéis? Ahora encima han sacado unos Absolut Vodka de melocotón y otro de frambuesa que no te enteras al beberlo, pero sube que da gusto. Nos hemos vuelto unas consumidoras fieles de esos sabores. Y cuando nos juntamos las cuatro y bebemos… Podéis haceros una idea de la que liamos. Por eso Guille es reacio a celebrar fiestas en casa con nosotras…

Me había quedado en que la «pequeña *zorrasca* del inframundo» es mala y os explico por qué. Trata a Loren como si fuese una fregona, le pone trabajos que una sola persona no lograría sacar en un tiempo demasiado limitado, la obliga a tener disponibilidad horaria y además, la llama a cualquier hora del día para que le haga recados personales. Es mala, mala. Y Loren

subnormal profunda, porque no sabe decir que no. No, a ella, que yo le pido dinero cada poco tiempo y me manda al carajo en menos que canta un gallo. Es de negación selectiva.

—Esta no es tu planta, pero subiré contigo para que veas cuál es y te presentaré a Sophia. Ella te ayudará en todo lo que necesites.

—¡Loren! —un pequeño grito me sobresalta. Me inclino cual suricato y miro en la dirección desde la que proviene esa voz chirriante y me encuentro con otra mujer y otro recogido tenso. ¿Es la última moda? Tendré que escribir sobre ello.

—¿Sí? —Mi amiga dulcifica el tono y cambia de actitud por completo. Entendido, es la jefa. Esa a la que criticamos borrachas y no tan borrachas.

—Tienes muchas carpetas encima de la mesa como para que estés atendiendo a personas que no debes atender. Eso es trabajo de ella —señala en dirección a la recepcionista y siento pena por toda persona que tenga que trabajar para esta mujer.

—Es la chica que comienza hoy, la que va a llevar la nueva columna.

—¿Tú? —Me señala con su perfecta mano, seguida de su perfecta uña, acompañada de su impecable manicura roja y yo, que debería sentirme pequeña como Loren, me siento poderosa y respondo con seguridad.

—Yo —nota mental, hacerme la manicura.

—Esta no es tu planta —percibo que no lo ha gustado que haya respondido así, cosa que realmente me resbala.

—He venido para que me pongan al día. Loren y yo somos amigas —más ancha que pancha me quedo.

—¿Amigas? —Parece que mi respuesta le ha interesado—. Aquí no hay amiguismos.

Definitivamente, esta mujer es una de esas que entran dentro de la categoría de las que, no solo no te ayudan, sino que te joden si tienen la oportunidad.

—Le enseñaré cuál es su planta y volveré directa al trabajo.

—No respondas así —murmullo.

Loren me mira y me reprende con sus ojos de gatita desvalida. Está acojonada.

Veo a la «pequeña *zorrasca* del inframundo» dispuesta a objetar algo, pero suena su teléfono y sonríe antes de responder a la llamada.

—¿Sí? —dulcifica su voz y se gira para seguir hablando coqueta.

—¿Qué coño le ha picado? ¿Es algo así como el Doctor Jekyl y Mister Hyde?

—Es el tono de voz que pone cada vez que la llama Simon.

—Ese es el que me entrevistó a mí —me apresuro a contarle.

—¿Te entrevistó el señor Simon Baker?

—Sí, ¿por qué?

—No suele hacer entrevistas.

—Pues no solo me hizo la entrevista, sino que me llamó para decirme que el puesto era mío.

—¿Que hizo qué? —Ahora la que creo que necesita un vodka es mi amiga, porque su cara es un poema.

—Lo que oyes —alzo los hombros en señal de completa indiferencia porque no sé los tejemanejes de esta empresa.

Loren me coge de la mano y se apresura con diligencia hacia el ascensor. Pulsa el botón de llamada, quiero preguntar qué sucede, pero no me lo permite. Aprieta mi mano para que calle. Loren lee mentes, ¿debo empezar a preocuparme?

Nos metemos dentro y pulsa el número diez, dos plantas por encima. Bien.

—Simon nunca hace entrevistas y mucho menos llama a nadie.

—¿Es el jefe supremo?

—Es el hijo del jefe supremo, pero su padre prácticamente ha delegado todo en él. Quiere desvincularse de la revista. Es un hombre muy amable y simpático, siempre ha sido cercano con sus empleados. Simon no es mal chico, pero creo que está estresado porque quiere que le respeten y cumplir con todos los objetivos. Mi jefa quiere cazarlo, está todo el día tras él como una perra faldera.

—O una perra en celo —apostillo.

—También —afirma Loren—. Has debido caerle en gracia.

—No lo sé —respondo.

Nos acercamos con premura al mostrador y una chica pelirroja con flequillo y unas gafas de pasta súper molonas me recibe con una sonrisa.

—Sophia, necesito ayuda. Mi intención era la de enseñarle yo misma a Helena el lugar, pero tengo que volver al trabajo. Astrid no está de buen humor y tengo mucha faena acumulada. ¿Podrías encargarte tú?

La pelirroja risueña asiente y me tiende la mano.

—Sophia —se presenta.

—Helena —respondo.

Me despido de Loren en lo que Sophia sale de detrás del mostrador.

—Loren, ¿cuál es el despacho de Simon?

—En breve lo averiguarás —mi amiga me guiña el ojo y sale disparada en dirección al ascensor.

—¿Lista? —me pregunta mi nueva acompañante.

—Lista —respondo segura de mí misma.

Recorremos el pasillo en dirección a mi despacho, es la última estancia. Hay un cuadro minimalista, lleno de líneas color plata sobre un fondo rojo intenso. Me gusta, es de mi estilo. En

cada una de las puertas se especifican los nombres y cargos de las personas que lo ocupan. La mayor parte son hormigas productivas, nada de altos cargos.

Mi despacho es bastante pequeño, pero bien equipado, por lo menos contiene lo que creo indispensable para lo que quiera que tenga que hacer en esa columna que ha dicho Loren y de la que a mí nadie me ha informado. ¡Mierda! Tenía que haber llamado ayer a Loren en vez de a Mia, ella me habría dado más información, no lo pensé…

—Sophia, no te asustes, pero no tengo claro cuáles son mis funciones.

Cojo una de esos membretes que antes visualicé en las puertas colindantes y me la tiende: «Asistente de prensa y comunicación».

—Ya lo sabes —me vacila… ¿Me vacila?

—Vale, leer sé, pero nadie me ha dicho en qué consisten mis funciones, no sé absolutamente nada —omito ese pequeño detalle en el que Loren ha nombrado una columna, puede que Sophia me dé pistas y, en estos casos, es mejor hacerme la ingenua.

—¿Quién te hizo la entrevista?

—El señor Baker —respondo contundente.

—Ahora lo entiendo todo. Supongo que a lo largo de la mañana te llamarán para que firmes la documentación pertinente para tramitar el alta y en ese momento puedes preguntar todo lo que quieras.

—¿Todo?

—Todo dentro de ciertos límites —me guiña un ojo como si quisiera que entendiese lo que me quiere decir sin palabras.

—Vale, ahora que somos algo así como compañeras del alma —nótese la ironía con la que formulo esta frase tan molona—, ¿podrías decirme quién será mi jefa y de quiénes no debo fiarme?

—Lejos de lo que se pueda pensar, somos todos buena gente —y vuelve a guiñarme el ojo. Que digo yo, quizás es un tic y yo pienso que es algo estudiado y premeditado—. Todos salvo la jefa de Loren, Astrid, intenta mantenerte alejada de ella, es muy dominante y le encanta tener el control de todo. En ocasiones, disfruta humillando al personal.

—¿Y cómo permiten eso?

—Supongo que nadie habla. Ya sabes…

Mi mente maquiavélica piensa en muchos planes para asesinarla sin dejar huellas si se atreve a meterse conmigo. No soy Loren y nunca lo seré.

—Si necesito ayuda… —confieso temerosa.

—Mi extensión es la 224, y mi puesto sabes dónde está. Cualquier cosa que necesites estaré encantada de ayudarte. Ahora debo irme.

Me sujeta por los brazos, me da dos besos con rapidez y sale del despacho, dejándome

plantada en el sitio.

Saco el teléfono del bolso y le mando un mensaje a Guille: «ayúdame, esto es como Pearl Harbor». Lo suelto encima de la mesa y tomo asiento en la silla. Hay un *post it* pegado a la pantalla del ordenador con un usuario y una clave. «¡Cámbiala!» Finaliza el texto del mismo.

Entro con los datos facilitados y doy gracias al cielo por tener un máster en redes sociales, para que digan que sin eso se puede vivir, gracias a todas las horas que paso respondiendo con frases ingeniosas y emoticonos chulos, domino a la perfección los ordenadores, ¿quién necesita un curso de OpenOffice teniendo Facebook, Twitter e Instagram? Los cursos están sobrevalorados. He dicho.

Extraigo varios lápices del cubilete y decido sacarle punta, a la antigua usanza, por matar el tiempo. Luego volveré con las redes sociales, hasta que alguien se digne a venir y decirme qué hacer.

Coloco un lápiz en cada oreja, uno en la boca y el último lo sujeto entre los dedos. Esto se enseña en cuarto de circo. Si os preguntáis para qué quiero tantos lápices, no sabría bien explicarlo, puesto que en la lista de prioridades sobre lo que quiero saber, en primer lugar, están mis funciones y quién es mi jefa.

Comienzo con la función, lo bueno de todo esto es que me están pagando por ello. Se abre la puerta mientras sigo afilando. Se me cae el lápiz de la boca cuando veo al señor Baker de pie, frente a mí con el rictus más serio que nunca jamás haya podido contemplar, más incluso que el de mi abuela Lucía cuando le quitaba el dinero para ir a comprar chicles a la venta del pueblo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Vale, asúmelo Helena, lo de la entrevista del otro día no fue comenzar con mal pie, ¡esto es comenzar con mal pie! Encima su actitud no me lo pone nada fácil—. ¿Acaso te pago para esto?

Retiro, sin mostrar ningún ápice de nerviosismo, los lápices que tengo en las orejas, cual profesional de la carpintería y los coloco de nuevo en el cubilete.

—Puede que si alguien se hubiese dignado a venir y contarme cuáles son mis funciones, a estas alturas, habría comenzado a ser productiva.

Vale, no lo estoy mejorando.

Dulcifica su gesto y percibo que intenta de nuevo contener una sonrisa que pugna por salir. Me atribuyo un galardón y me cuelgo la medalla cuando vuelve a la carga.

—Esto no es un patio de colegio, señorita Helena con hache —remarca la hache de mi nombre y me sale humo por las orejas tras esto—. A veces tenemos que ser resolutivos y buscarnos un poco la vida. Esto es una empresa, no somos tus niñeras…

¡Me mintió! El portero con cara de piruleta me mintió, este tío es un completo cabronazo. Odio decir palabrotas… Ya, vale, no lo odio, pero quiero quedar bien, luego me tachan de soez y

empiezo mi historia con mal pie.

—Primero, quiero aclararle que mi nombre es Helena y sí, lleva hache pero no es necesario que lo diga cada vez que me llame por él, si lo prefiere, puede llamarme «la más top» y lo dejamos resuelto, prometo no enfadarme por ello. Dicho esto, quiero aclarar que lo justo y a su vez, lo más lógico, es que cuando alguien se incorpora, mi jefa venga a mi despacho, se presente me diga cuál serán las funciones a desempeñar. ¿Ha visto usted a mi jefa? Porque yo no. De nada —he sonado chula, prepotente, arrogante e incluso una chica del Bronx pero en mi defensa diré que ha empezado él. Tengo justificación por ello.

—¿Así que quiere conocer a su jefa? —me pregunta disciplente.

—¿Le divierte mi actitud? —inquiero altanera.

Me he incorporado, he cruzado mis brazos y he olvidado que es el jefe. Mejor voy llamando a Stephen para que olvide eso de buscar a alguien. Incluso, obviando eso que dije de llamar a Diana para ello.

—Un poco —confiesa—. Al final sí que parece que estamos en un puñetero patio de colegio. Traeré a su jefa y la conocerá en cuestión de segundos.

No me da posibilidad a réplica, ahora, me gusta tener la última palabra por lo que añado confiada un comentario que en mi cabeza suena de lo más elaborado, perfecto y profundo.

—Así me gusta.

He dicho que en mi cabeza sonaba así, pero no quiere decir que al final fuese tal cual lo imaginé. Corramos un tupido velo.

El señor Baker me observa con atención, arquea una ceja y se da la vuelta sin más. Me estoy ganando el despido a pulso. Seré la primera persona a la que despidan en su primer día de trabajo… Formaré parte del Libro Guinness de los récords a la más estúpida. ¿Existe esa categoría?

Cojo el teléfono y veo que Guille me ha contestado «¿Hay tanques y varios escuadrones con escopetas y bombas?».

Ja, ja. Chistoso es un rato, eso no se le puede negar.

«Gilipollas» respondo concisa, pero precisa.

Sophia abre la puerta, con cara de circunstancias y entra cohibida.

—¿Qué pasa?

—Te presento a tu jefa.

—Vuelve a entrar el señor Baker y yo muevo el cuerpo y la cabeza hacia los lados, por si estoy perdiendo visión o si es que se ha escondido tras él porque le tiene miedo, o miedo de mí, vete a saber, quizás es una de esas chicas que son tímidas y le cuestan las presentaciones. O puede que tengo cara de loba feroz y piense que me la voy a comer, todo puede ser posible…

—¿Y bien? No veo a nadie.

El señor Baker carraspea y se señala con los pulgares.

—No lo pillo —claudico.

—Él será su jefe —me explica Sophia.

—Obvio, también es el tuyo —esto ya roza lo absurdo.

—Será tu jefe directo —especifica la pelirroja.

El emoticono ese del WhatsApp asustado no es nada comparado conmigo en este momento y con el tamaño de mi boca. Me cabría un tráiler de mercancías en ese espacio si me lo propongo. Guille me ofrecería su polla si me viese, pero ese es otro tema en el que mejor no adentrarnos.

—¿Quieres decir…?

—Quiero decir que seré tu jefe, no tu jefa.

—¿Pero por qué? —Es el karma, me está castigando por todo lo que hablo y la verborrea que poseo. Hasta yo me castigaría si no me quisiera tanto.

Sophie alza los hombros. El señor Baker sonríe malicioso, como el señor Burns en Los Simpson cuando trama un plan malévolo, solo le falta unir los dedos y decir «excelente» yo me imagino lloriqueando y corriendo con las manos a lo loco, alrededor de la mesa del despacho. Todo un espectáculo.

—Porque es una columna nueva y quiero ser yo quién le dé el visto bueno a lo que en ella se publique.

Sophia alza la vista y abre los ojos con asombro. Yo frunzo el ceño y apunto en mi bloc de notas mentales que tengo que hacerle un interrogatorio sobre todo esto.

—Puede irse —le pide mi jefe a Sophia.

Sophia hace caso a la petición del jefazo cabrón y sale sin siquiera despedirse.

—Tengo una reunión en cinco minutos. Puede aprovechar el tiempo para mirarse las uñas, buscarse algún pelo que no deba tener o continuar sacando punta a los lápices. Una vez vuelva, no permitiré que pierda el tiempo con nimiedades, ¿lo ha entendido?

Opción uno: le saco los ojos con la tijera.

Opción dos: respiro, cuento hasta tres y le saco los ojos con la tijera.

Opción tres: asiento.

Definitivamente, opción tres, por cualquiera de las otras acabaría en la cárcel y eso no entra en mis planes.

—¿Entendido? —repite con más énfasis.

Opción tres. ¡Opción tres! Me limito a asentir.

Sale de mi despacho con el pecho henchido por la satisfacción que le produce que claudique. Lo percibo y no soy bruja.

Cojo uno de los lápices y lo lanzo con saña contra la madera. Retumba y cae al suelo.

Ahora todo encaja, para este tipo de cosas necesitaba tantos lápices.

CAPÍTULO 5

¡A LAS TRINCHERAS!

Como podéis imaginar, la cosa no quedó ahí. Regresó, con más chulería que antes. Él más altanero y yo más enfadada. Estaba por largarme y no volver más, pero Loren, tras una llamada y posterior visita a mi despacho, me convenció de lo contrario. Eso y mi maldita conciencia, que me decía que no hay que ceder a la primera de cambio.

—¿Cómo que piensas largarte? A ver, Helena, que tú eres capaz de superar esto y todo lo que te propongas —Loren, en su faceta de psicóloga es la mejor.

—Soy buena trabajadora, lo que no llevo bien es tener que soportar al jefe. Me ha traído esta pila de documentos y se ha marchado sin más. Solo me ha dicho que quiere que lo lea antes de que finalice el día —miro mi reloj apesadumbrada—, quedan exactamente tres horas y veinte minutos para ello.

—¡Te ayudaré!

Mi amiga es súper trabajadora y tiene buenas intenciones, pero no puedo estar cargándola de un trabajo que me corresponde a mí.

—Loren, eres un sol cuando quieres, pero este es mi problema y debo intentar resolverlo yo. Esto es algo así como demostrar mi valía ante el diablo y con diablo, me refiero a ese que se hace llamar jefe.

—No sé qué diantres le pasa al señor Baker, pero él es buena persona, siempre ha sido atento conmigo y con nuestro departamento. Creo que si preguntas al resto de empleados, todos apoyarían mi testimonio.

—Puede que tenga doble personalidad —le rebato.

—Puede que tú le hayas sacado de sus casillas —me explica—, porque aguantarte a ti no es sencillo.

—Puede que finja ser bueno contigo y ya puedes definir «aguantarte a ti no es sencillo» —le suelto con retintín.

Mi amiga parece dudar de lo que le digo.

—Eso es por mi jefa, lo acosa y él hace todo lo posible por huir. Quizás no muestra su verdadera personalidad porque no le da tiempo de ello.

—¿Cómo sabes que huye? Es verdad que dijiste que tu jefa quiere pillarlo, pero nunca has querido dar detalles y mira que te damos Vodka para que se te suelte la lengua. Es importante para mi desarrollo profesional conocer todos los tejemanejes de esta empresa, sin ello, no podré dar todo de mí —ironizo.

—Eres muy cotilla y a mí no me gusta meterme donde no me llaman —protesta Loren.

—Eres mi amiga y eso debe ser un código no escrito de la amistad. Si me lo cuentas, te diré como tiene Guille la polla —intento usar el chantaje pero soy consciente de que Loren es un

hueso duro de roer.

—¿Y para qué quiero saber yo como tiene tu amigo su pene?

—¡Uysss! ¡Lo que ha dicho! ¿Pene? ¿En serio?

—¿Qué tiene de malo la palabra «pene»? —me rebate Loren.

—Ya te veo —yo que soy muy melodramática me explayo en la forma de narrarlo, eso y que hablo mucho, mucho—: por favor, chico apuesto, bien cuidado e higiénico, introduce tu pene en mi caliente cavidad y hazme que me burbujee la vagina. Follar contigo debe ser todo un aliciente —me mofo.

—Eres súper zafia.

Loren tiene cara de querer asesinarme sin ningún tipo de piedad, aunque ella es muy así. Le gusta mucho ir de tía dura, pero es un trozo de pan. Ya nos iréis conociendo, pero Mía y Sarah son las duras, Loren es trabajadora y blanda y yo…Pues yo soy la mejor de las cuatro —baja Modesto, que sube Helena—.

—Tengo que irme —me explica Loren mientras se pone en pie.

—¿Y lo de tú jefa y mi jefe?

—Eso tendrá que ser en otro momento. No conoces bien a la «pequeña *zorrasca* del inframundo», probablemente cuando llegue a mi mesa tendré veinte carpetas más que archivar y facturas por doquier.

—¿No se supone que eres asistenta de la jefa de prensa?

—Podemos hacer miles de suposiciones, pero la realidad es que hago de todo —Loren alza los hombros restándole importancia a su confesión, pero yo que la conozco bien, sé que le frustra no poder desarrollarse como ella quiere.

—Ánimo, Loren, que tú puedes con esto y con más —la consuelo usando sus mismas palabras.

Mi amiga me lanza un beso antes de irse y me vuelvo a ver sola y desamparada con esta montaña de lectura poco erótica y muy profesional.

Loren y yo nos conocimos desde muy pequeñas. Como he dicho, nací en España, pero al poco me vine a vivir a Nueva York con mi familia. Mis padres me matricularon en un colegio cercano a nuestro bloque de viviendas, fuera de Manhattan. Por aquella época, me gustaba vivir en Brooklyn, que es el barrio en el que mis padres habían decidido asentarse. Cuestión de economía, imagino. Yo no me enteraba, a mí lo más que me preocupaba era salir a la calle a jugar con mis amigas y que mi madre me dejara ponerme unos leotardos rosas con corazones rojos todos los días.

Teníamos uniforme en clase y era un colegio muy estricto, eso sí que lo recuerdo de forma nítida. Nos obligaban a sentarnos con la espalda recta y a recitar todos los días la última hoja que el día anterior habíamos estudiado. La realidad es que, estábamos tan desesperadas por

salir de clase, que no prestábamos atención.

Lloriqueaba a mis padres todos los días para decirles que no me gustaba mi profesora porque era severa y tenía una mirada extraña. Tiempo después supe que su mirada era producto de un defecto de fábrica, ¡vamos!, que era bizca y por eso tenía esa mirada tan, llamémosla, «peculiar».

Loren llegó cuando yo llevaba varios años ya en ese centro. No, al final no logré convencer a mis padres de que me cambiasen de colegio, pero hoy lo agradezco porque así está ella en mi vida.

No fui una niña especialmente empática y tampoco lo soy ahora, esas características las tiene ella. Pero si es cierto que me sentí mal al verla varios días seguidos sentada en una esquina que colindaba con un jardín de grava, con una fiambrera rosa y un zumo con pajita. Siempre igual. Y simplemente me acerqué. Me senté a su lado y le ofrecí medio sándwich de crema de cacahuete con mermelada de fresa. Mi favorito.

Ella lo aceptó de buena gana y me tendió como recompensa un tomate cherry. Por supuesto, lo acepté y se lo lancé a la cabeza a Andrew, un enemigo acérrimo que tenía en clase. Quería tener mejores notas que yo y eso no lo iba a consentir. Que a competitiva no me gana nadie —sigue siendo así a día de hoy—. Loren sonrió, le hizo gracia mi ataque gratuito pero no dijo nada. Tampoco hizo falta.

Comenzamos a establecer esa rutina, todos los días compartíamos desayuno en las escaleras y siempre me traía un tomate para que pudiera vengarme vilmente de mi contrincante. Nos hicimos amigas, buenas amigas y por suerte, ha sido de esas cosas que han permanecido en su sitio.

Tras el paso de los años, estudiamos lo mismo pero en distintas universidades, porque Loren decidió irse a Europa unos años para aprender alemán. Ahora la envidio, porque cada vez que quiere insultar a alguien lo hace en ese idioma, y yo lo más que sé del alemán es el chiste ese malo que se suele contar: «¿cómo se dice en alemán subir al metro? Suban, empujen, estrujen, bajen», ¿a qué mola, ehh?

En esos primeros años no entendía nada y me planteaba mucho menos, pero conforme íbamos creciendo y madurando —Loren antes que yo—, empecé a darme cuenta de la vida de mi amiga y de lo que la admiraba. Sus padres pasan la mitad de sus días en Manhattan y la otra mitad en Alemania. Según me contó un día, ya con la suficiente entereza como para poder hablar abiertamente de ello, la madre de Loren viene de una familia acomodada y de ahí que ella disponga de cierto alivio económico. Y la admiro, lo confieso con la boca grande o con mayúsculas, porque teniendo los recursos que tiene y las posibilidades que dispone, ella ha preferido labrarse su futuro, su vida y su camino sin necesidad de nada de eso.

No hablamos de ello, pero a veces pienso que Loren se siente algo sola, porque sus

padres viajan mucho y cuando están aquí son los típicos que van de cena en cena y no participan en la vida de mi amiga. Por otra parte pienso, que las personas nos adaptamos y que quizás todo ese tipo de carencias ella las ha convertido en propósitos y por eso es como es.

Y creo que somos conscientes, las cuatro, de que si en algún momento nos sucede algo del tipo «una panda de mafiosos rusos con mucho músculo y poca ropa nos secuestra y pide un rescate a cambio de no romper nuestras extremidades», ella sería la primera en pedir ayuda a pesar de no querer hacerlo. Si bien, yo le diría que les hiciera una contraoferta, un *striptease* a cambio de su dinero, puestos a pedir, mejor conocer bien todos los músculos de esos mafiosos, ¿no?

Soy su amiga y tengo los mejores deseos que se pueden tener para todas, pero creo que Loren necesita a alguien bueno a su lado, tan bueno, como lo es ella.

—¿Has terminado? —La inconfundible voz de mi «adorado» jefe irrumpe mis pensamientos, y la historia tan chula que os estaba contando. Tendré que contaros otro día cómo conocí a Sarah y a Mia.

De nuevo se me cae el lápiz que tengo sujeto entre los dientes y alzo la vista sin miedo alguno.

—Es matemáticamente imposible que termine de leer todo esto en un par de horas —protesto enfurruñada.

—¿Estudiaste ciencias? —inquiere con chulería.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Porque no deberías estar haciendo supuestos matemáticos de algo que consiste en leer. La lectura es básica y se comienza a enseñar en infantil. ¿Acaso te saltaste las clases desde tan pequeña?

Esto no es para nada empezar con buen pie. Podría contestarle y quedarme tan pancha, pero la voz de Loren susurra constantemente dentro de mi cabeza y me explica de nuevo que es un buen puesto y que debo esforzarme por cerrar mi bocaza.

—Si tanto le preocupa mi educación, sepa usted que no me salté ninguna clase, tampoco ningún curso. Soy una chica eficiente y cumplo con mis cometidos. Pero también entenderá, que esta montaña de papeles que me ha dejado, no se leen en dos horas, ni en cuatro, mucho menos cuando pretende que entienda lo que en ella se explica. Podría dar por sentada la lectura y contentarle, tras eso preguntar a alguien que me quiera ayudar y que sepa resumir.

—Sería imposible, porque este tipo de información no la posee cualquiera ni la ha leído todo el personal.

—¿Y por qué yo?

¡Por joderme! ¡Estoy segura de que quiere responder que lo ha hecho por joderme!

—Porque es la nueva columnista, debe saber qué se ha hecho con anterioridad.

¡Eso es lo mismo que por joderme!

—¿Y por qué no me ha hecho un resumen?

—Porque es más divertido que usted lo lea.

—¿Divertido para usted o para mí? —inquiero molesta.

—Para mí, obviamente —responde chulo.

¿Lo veis? ¡Lo que yo decía! ¡Por joderme!

Ahora sí que se permite sonreír abiertamente, y mostrar esa hilera de dientes blancos y perfectamente alineados que quieres tocar, lamer y recorrer. ¿Quién será su dentista? Me doy cuenta de que me he quedado embobada mirándolo y él también se ha percatado de ello porque se ha cruzado de brazos y me observa con fijeza. Es sexi y guapo, pero esto ya os lo he contado. ¿Os he dicho también que con un esparadrapo en la boca me lo follaría? Puede que sin el esparadrapo para que me pueda devorar… Puede ser también que el espíritu de Mia se esté adueñando de mi pobre cuerpo necesitado de sexo.

Sería conveniente salir, o follarme a Guille, que siempre está dispuesto y está tan bueno como este que tengo enfrente. ¡Madre mía la de cosas que suelto por mi boquita de piñón! Pero la realidad ahora mismo es bastante absurda, y es que este espécimen que tengo en frente me excita.

—Si tanto le divierte, recuérdeme que mañana le traiga un monito de feria. Será todo un placer agradarle —pedazo de subnormal, pero esto me lo callo, como tantas otras cosas que ha despertado este hombre en mí en tan corto periodo de tiempo.

—No, pero no me molestaría si viniese con peluca y nariz de payaso. Apuesto a que le sentaría como un guante.

Nos retamos. Nos retamos con las miradas. Esto ahora mismo es como un duelo al amanecer, pero sin arma y sin el sol saliendo por el este.

—Definitivamente he tenido que terminar en el peor departamento de la empresa. Me habían dicho que era usted un buen jefe… —porque Loren me lo dijo, ¿verdad?— y ha resultado ser un… un…

—¿Un qué? —para mi asombro, no muestra ningún ápice de enfado, desagrado o molestia. Al contrario, parece divertido con todo este asunto que nos traemos entre manos.

—Un gran jefe, por supuesto.

—¿Te has dado cuenta que has caído en una contradicción, Helena con hache?

Mierda. No agaches la cabeza, Helena. No agaches la cabeza.

Y efectivamente, agacho la cabeza, pasándome por alto todos los consejos sabios que mi razón ha intentado enviar a mi cuerpo. Esto de no saber mentir es un súper *rollazo*.

Alzo la vista sin mover la cabeza e intento fijarme en su expresión.

El señor Baker me mira de nuevo, intentando analizar mi expresión. Estoy convencida

que este hombre en otra vida fue juez o abogado o mafioso, pero no mafioso como los rusos esos, aunque bien podría serlo pero no sé si con grandes… músculos, otra opción posible es que sea el mismísimo Lucifer reencarnado en cuerpo del pecado. Obvio, ahora van cuadrando muchas cosas…

—¿Así que es de las que rehúye la mirada cuando miente? ¡Vaya! Al final me está dando información sin siquiera ser consciente de ello.

—No quiero ser inoportuna, señor Baker, pero estoy trabajando. Resulta que mi jefe me ha pedido que lea estos papeles porque cree que de esa forma aprenderé las maravillosa forma de escribir una columna que ni siquiera me ha dicho en qué va a consistir y además, espera que también saque en claro cuáles son las funciones de la asistenta de prensa y comunicación —eso o que me quiere joder, como bien he dicho antes en repetidas ocasiones—.

Separa su sexy cuerpo de la pared y camina con fiereza. Es un hombre dominante, de esos que conquistan el espacio simplemente con estar en él, es una de esas características que resulta magnética y me hace sentir abrumada.

No soy una mujer con prototipos, con las ideas muy claras sobre lo que busca en un hombre, al contrario, más bien dejo que sea el destino el que me indique qué quiero y con quién. Dicen que hay que besar muchos sapos hasta encontrar el príncipe, y a mí eso de besar se me da realmente bien. Mia dice que mi prototipo de hombres ese ese que me trae problemas, los que me retan y suponen un desafío en mi vida. Suelo negarlo, pero a veces creo que Mia me conoce mejor de lo que yo misma me conozco.

Una vez se sitúa frente a mí, vuelve a observarme con atención. No me siento nerviosa, ni inquieta, me encuentro muy lejos de todos esos sentimientos que suelen causar opresión. Más bien me siento curiosa, con ganas de saber qué piensa y con ganas de que hable para responder. Es un juego altamente adictivo.

Rompe el contacto con mis ojos y comienza a descender la mirada. Percibo como su vista se detiene en mis labios, quizás más tiempo del estrictamente necesario y un escalofrío me sacude. Me descubro observando esa misma parte en la que él tiene su mirada fija y, una vez más, siento ese deseo de tocarlos y comprobar su sabor y si resultan tan adictivos como ese carácter que tiene y que me pone de mal humor, pero a la vez me confunde y me hace sentir aturdida.

Y es entonces cuando caigo en la cuenta de que hasta ahora, no había pensado en él como hombre sino como un jefe arrogante y cabrón, autoritario y mandón, déspota y dominante y quizás sería excitante saber si es así en todas sus facetas, o si es así en su vida fuera de este lugar.

—Tome su lápiz. Tiene mucho trabajo por delante y le quedan pocas horas para finalizarlo. Que tenga buena tarde, Helena con hache.

Sujeto el lápiz entre mis dedos y sonrío socarrona. Lo lanzo contra la pared antes de que

abandone la estancia y el señor Baker se gira de nuevo con una sonrisa en los labios.

—Debería mejorar su puntería, señorita Helena con hache.

El señor Baker se gira y abre la puerta. Nuevamente sonrío, pero esta vez maléfica.

—¿Simon? —Es la primera vez que lo llamo Simon.

—¿Sí?

—He fallado a propósito —¡Y victoria para Helena Miller!

—¿Helena?

Mi mente ahora mismo celebraba una fiesta digna de la Super Bowl.

—¿Sí?

—Nadie le ha dado permiso para llamarme Simon, para usted soy el señor Baker —se agacha, recoge el lápiz que tan hábilmente he lanzado y me lo tira, cae sobre mi mesa y rueda hasta chocar con la montaña de papeles que tengo justo delante—. Utilice el lápiz para anotar toda la información, no vaya a ser que se le olvide.

Y creo que esta es la primera vez en mi vida, que me quedo sin palabras.

CAPÍTULO 6

¡LA VERDAD ESTÁ SOBREVALORADA!

No vais muy mal encaminados si pensáis que no acabé de leer todo lo que me dejó el señor Baker —sí, vuelve a ser el señor Baker pero creo que definitivamente, empezaré a llamarlo señor microbio— en mi despacho. Evidentemente, no leo a la velocidad de la luz, aún no he desarrollado esa capacidad, pero haré un máster sobre ello si me decís en qué universidad se imparte.

Regresé a casa cargada de papeles metidos dentro de un par de carpetas. Eso es como volver a la adolescencia, cuando tenías que estudiar para un examen que te habían puesto al día siguiente y lo tenías marcado en la agenda desde hace semanas, pero estudiabas el último día porque antes habías preferido estar con las amigas en algún parque o cafetería hablando sobre el chico que te gusta.

—Guille, ya estoy en casa. Esconde todos los cuchillos y las hojillas, porque estoy al borde de cortarme las venas o arrancármelas a mordiscos, lo que sea más rápido y menos doloroso.

Guille no responde y comienzo a dudar de si está en casa.

Me dirijo hacia mi habitación y dejo encima de la cama la montaña de papeles, esa que tanto aprecio —nótese de nuevo la ironía—. Me voy al baño, me hago un moño alto y me encamino hacia la habitación de mi compañero de piso.

Oigo ruidos dentro, así que prefiero tocar antes de hacer ningún otro movimiento.

—Estoy ocupado —grita desde el interior Guille. Pues vale, resulta que sí está.

Pego la oreja a la madera de la puerta, cual cotilla nata y oigo un par de gemidos femeninos. Vale, Guille está en plena misión en busca y captura de un orgasmo, y por lo que parece, su compañera también.

Guille es de esos hombres que son felices con su estado civil, especifico, con su soltería por bandera. En realidad, a mí me gusta ese estado civil.

Cuando una noche, hace ya varios meses, me contó mientras se cenaba un bol de leche con cereales, que tenía tres reglas para con sus ligues, mi boca era *giganorme*. Os podéis hacer a la idea.

No es que yo sea una mojigata, ni mucho menos, pero no teníamos tanta confianza como para contarme que su especialidad eran las mujeres de una sola noche, facilitar teléfonos falsos y follar, solo follar sin dar nada a cambio, ni siquiera una cena. No era de esos que promete hasta que la mete, no, ni mucho menos, él solo la metía, sin más… ¡Y vaya que si la mete!

Esa misma noche lo medité fríamente y tuve que concederle la razón. Eso fue tras reflexionar un par de horas y acudir a su habitación a la una de la madrugada. No había podido dormir pensando en ello. En el momento en el que me lo contó corrí a mi habitación, tras cavilar,

me dije a mi misma que tenía muchísima razón y lo nombré mi consejero particular, sin menospreciar a Mia, porque ella también lo borda cuando quiere.

Decido prepararme un sándwich a la plancha y un vaso de leche caliente. Los cereales no son lo mío aunque a veces haga uso y disfrute de ellos.

Me lo tomo frente a la ventana, observando el deambular de los viandantes. Resuelvo restarle importancia al hecho de que sea mi compañero de piso el que esté «dándole al tema» y no yo, básicamente porque la envidia es muy mala y yo para estas cosas soy demasiado recelosa. No por Guille, sino por el sexo en sí.

Meto el plato y la taza en el lavavajillas y me encamino en dirección a la ducha. Sigo oyendo ruidos y pienso que debe tener demasiado aguante, o quizás es de esos que se recupera pronto, ¿lo será también el señor microbio? No es sano para mi salud mental están dándole vueltas a este tipo de cosas, porque al final, la curiosidad impera y tendré que informarme en New York Style sobre la vida sexual y amorosa de mi jefe. La curiosidad mató al gato, pero, ¿y lo que ha disfrutado en el camino…?

Me enfundo en mi pijama invernal, me gustan largos y cómodos, en realidad todo me gusta largo —sí, sí, pensad mal y acertaréis— y me tumbo en la cama. Enciendo la luz de la mesa de noche y también la de la habitación. Me arrepiento de no haber ingerido café en dosis elevadas, para poder continuar con esta labor tan divertida y festiva —ahora ironía, gracias—.

Finalmente claudico en mi propósito y decido llamar a Diana, por fastidiarla y ver en qué anda metida.

Un par de tonos después, la voz nada dulce de mi hermana me responde escueta y concisa.

—¿Qué quieres pedazo de pesadilla con piernas y orejas?

Todo dulzura y amor.

—Hablar con mi hermana, esa que debería idolatrarme y besar el suelo por el que piso.

—Pues espera sentada.

—Tanto amor me abruma —ironizo.

—¿Qué pasa?

—Quería contarte una cosilla de nada.

—Si es lo de tu nuevo trabajo, se te han adelantado —confiesa.

—¿Quién? —De verdad, no me dejan ser la protagonista de nada. Si mi vida fuese una película se titularía: «la triste protagonista que siempre termina siendo una secundaria». Eso, porque «la devoradora de hombres» ya está cogido, obvio.

—Ha sido abuela.

—¿Abuela? ¿Lucía? ¡Joder! Si que vuelan las noticias. Luego ponen en entredicho las promociones de la tienda en casa. Esa gente debería estudiar las técnicas que haya empleado el

portavoz de la noticia.

—Ha sido Stephen —me cuenta Diana.

—¿Y cómo ha llamado él a nuestra abuela? —me da en la nariz que aquí, mi hermana, cuece habas.

—Pues no tengo ni la menor idea.

—Diana Miller —a veces, cuando me enfado e incluso cuando decido ponerme en plan inspectora o justiciera, utilizo el nombre completo, básicamente, porque impone más— es más sencillo y menos engorroso que confieses la verdad. Has sido tú.

Mi hermana parece dudar al otro lado de la línea, lo cual me indica que efectivamente, tengo razón.

—Vale —claudica—, he sido yo.

—Eres una chismosa —le reprocho.

—Esa es una de las cualidades que compartimos, ¿qué quieres que haga? No se me da nada bien callarme —confiesa.

—En eso también nos parecemos —medito mientras pienso en la cantidad de veces que hablo y hablo sin parar.

—Stephen ha llamado a mamá y a papá, les ha contado que dejas la cafetería. A su vez ellos me han llamado a mí para decirme que le eche una mano al repostero molón, enterándome por el camino de tu nuevo trabajo y para finalizar yo he llamado a abuela. Hemos hecho una videollamada, ya sabes que a ella le encantan esos rollos.

—Es lo único que sabe utilizar de las nuevas tecnologías —apostillo.

—Y da gracias, la veo haciendo la compra *on line* —bromea Diana.

—Fíjate que yo también —concedo.

—Bueno, ¿y qué pasa con tu nuevo trabajo?

Al final estamos un rato hablando, no solo de mi trabajo sino también de su blog. Debo reconocer que mi hermana está luchando y trabajando en pro de que salga adelante eso que tanto le motiva.

Es verdad que los hermanos no tienen por qué parecerse, que eso de compartir sangre no implica nada, pero conforme pasa el tiempo y analizo la situación, me doy cuenta de que mi hermana y yo tenemos más en común de lo que quizás queramos ver o reconocer.

Tras colgar, vuelvo a la cama, a sumergirme en ese montón de papeles que tanto pavor me dan. No es que no me guste, es que resulta tedioso leer sin saber el fin de lo que lees.

Tras una cantidad de bostezos imposibles de enumerar, varias posiciones y un debate mental entre mandarlo todo al carajo o no hacerlo, mi compañero de piso llama a la puerta.

—Rubia…

Guille es guapo, siempre es guapo, de cualquier forma, pero ahora, despeinado, lo está

más aún…

—¡Vaya! Mira quien se digna a hacer acto de presencia.

—Estaba ocupado, ya sabes… —coloca en su cara una de esas sonrisas ladeadas y lo veo más atractivo si cabe.

Me gustan mucho las sonrisas de los hombres, es algo que me conquista. La sonrisa del señor microbio también me ha llamado mucho la atención, me gusta que quiera reprimirla pero que no sea capaz de ello, le da ese toque de tío duro que finalmente claudica… No debería estar pensando en él.

—Tienes cara de recién follado, no hace falta que me cuentes más ni me des más detalles.

—Si te va ese rollo, puedo especificarte las cosas que hemos hecho entre esas cuatro paredes —dice refiriéndose a su habitación.

—No, gracias, no me apetece, prefiero vivir en el desconocimiento de tus artes amatorias —y lo digo en serio.

Guille se tumba a mi lado, peligrosamente cerca y sé que se prepara para soltarme una de sus frases que consiguen provocarme y despertar esa parte curiosa que habita en mí.

—Puedes descubrirlo por ti misma y dejar de fantasear en cómo sería follar conmigo.

¿Lo dije o no lo dije? Si es que es todo un provocador nato.

—¿No has tenido suficiente? —No sabría decir si esta pregunta la formulo con curiosidad, con envidia o con ganas de incitarlo a que continúe jugando.

—Para ti siempre guardaré un hueco —me estrecha entre sus brazos y noto el calor que desprende su cuerpo, me reconforta y me hace sentir cómoda.

—Guille…

Gira su cara y centra su atención en mí.

—Dime, rubia.

—¿Por qué nunca hemos follado? —Puede que me arrepienta de hacer esta pregunta, pero es ese sentido de la curiosidad que tengo.

Guille sonríe canalla y medita su respuesta mientras observa la lámpara que decora el techo de mi habitación. Como si fuese a encontrar las claves para poder responder.

—Porque no has querido —muchas claves no ha encontrado.

—Pero, ¿tú sí? —vuelvo a la carga.

—Yo he querido follarte desde el mismo día que me hiciste la entrevista para compartir piso —bromea sin un ápice de pudor en sus palabras.

—Supongo que si tiene que ser, será —añado.

Guille cruza los brazos bajo su cabeza. En esa posición, sus bíceps se marcan mucho más.

—Deberías dejar de ir al gimnasio, estás cada día más bueno. Así las tienes a todas locas.

—A todas, menos a ti —me dice.

—Conmigo no tienes nada que hacer —y no entiendo el porqué.

Hay momentos, en los que nuestras conversaciones se tornan más profundas, en las que pienso si este juego que nos hemos traído Guille y yo durante tanto tiempo, será simplemente un pasatiempo, o si es algo más. Tampoco me gustaría abordar el tema, porque puede que esté viendo cosas que son simples fantasías, pero es cierto, que hay circunstancias en las que pienso que Guille no siempre juega y que, entre col y col, lechuga. Luego esos momentos terminan por romperse y volvemos a la normalidad: a ser Guille y Helena y a pincharnos y provocarnos.

Por otra parte, él continúa con su vida, con sus tres reglas de oro y sus citas. Yo hago exactamente lo mismo, pero en menor medida.

—Me apetece salir este viernes —esta propuesta sale de mi boca sin filtro, como muchas de las cosas de mi vida, ya sabéis, esa verborrea tan chula que me caracteriza—, ¿qué me dices?

—Me apunto —simple y llanamente. Concreto y conciso.

—Avisaré a las chicas. Trae algún amigo —propongo pensando mal, muy mal.

—¿Quieres follarte a mis amigos y no a mí? ¡Qué triste mi vida! Nunca pensé ser el segundo plato de nadie y ¡mira!, ha llegado el día…

—¡Subnormal! Es para que no vayas solo entre tantas mujeres, pero ahora que lo dices… —en realidad lo propuse con esa intención, pero no quiero romper el corazón de mi fiel amigo.

—Yo siempre me siento bien rodeado de mujeres, tengo polla para todas —se jacta.

—Eres un pretencioso.

—¿No te gusta? —vuelve a acercar su cuerpo al mío con ímpetu.

—Me dan ganas de arrancarte la cabeza.

—¡Me gusta más que la besen!

—Hablaba de…

—De mi polla, lo sé —me interrumpe.

Me río. Con ganas. Guille es así, tiene la capacidad de hacerte sentir bien hablando de su polla, o quizás no es su capacidad y es simplemente la conexión de ambos, esas cosas que surgen sin más entre las personas y hacen que encajes y te sientas realmente bien con alguien y que no tengas que usar máscaras o fingir ser quién no eres. Y con Guille es así, sencillo, y lo que es complicado, de nuevo lo convierte en fácil.

—Bueno, ¿entonces qué? ¿Llevas a unos amigos o tenemos que buscar presas fáciles donde quiera que vayamos?

—¿No decías que no querías ligues? ¿Has cambiado de idea? —sonrío como una niña pequeña que quiere conseguir el regalo de su vida y pone ojitos a su papá para ello y ¡funciona! —. Veré que puedo hacer —dice mientras me guiña un ojo—, aunque ya sabes que si necesitas carne, aquí tengo para darte —sujeta su polla entre las manos y observo que hasta en estado de reposo, tiene un miembro considerable. Bendita la suerte de quién logre cazar a este elemento.

—Ya que me has preguntado y veo que estás inquieto y preocupado por mi primer día de trabajo te haré un breve resumen: mi jefe es un asco, un cabrón y lo odio.

—No te había preguntado —me dice cayendo en la cuenta de que se acaba de comportar con un pésimo amigo.

—Ya me había dado cuenta —respondo poniendo los ojos en blanco y haciendo un puchero gigante.

—Dudo que sea para tanto —me cuestiona Guille intentando fastidiar mi momento dramático.

Le señalo con el dedo el montón de papeles y carpetas que hay sobre la mesa.

—Eso que ves ahí, antes era mi tocador —Guille se queda perplejo. Vale, no se queda perplejo pero a mí me hace ilusión imaginar que esa es su reacción.

Tira de mi mano y me incorporo con torpeza intentando no perder mis piños en el intento. Por poco tiro el resto de documentos que tenía a mi lado y que debería estar leyendo—maldita conciencia—. Guille me guía hasta llegar a su habitación y abre la puerta con determinación.

Me tapo la nariz y entro con recelo, tras lo que he escuchado antes, es sencillamente ser prudente.

—No pienso venir a tu habitación a cambiarte las sábanas, tampoco quiero ver restos de preservativos en la papelera, ni semen en caso de que hayas hecho algo peor… —protesto imaginando manchas en la cama, pared, escritorio, puerta, armario… ¡Yo que sé! Quizás tiene una capacidad de proyectar increíble. Madre mía, la de conjeturas que hago.

Guille me acalla con una mirada y me señala la mesa de su habitación, esa que yo creí llena de esperma hace escasos segundos. Está llena de papeles y carpetas, de rollos de papeles enormes que entiendo son planos, porque yo de arquitectura entiendo bastante poco, lo más que sé yo de construir, se acerca a las casas hechas de palos de helados que erigía cuando estaba en el colegio o las de macarrones y garbanzos que mi abuela Lucía me obligaba a hacer para que me callase y la dejase un rato tranquila. Ya desde pequeña apuntaba maneras, no podía parar de hablar y era de esas niñas que además de ser preguntonas, encadenaban un tema con otro. Pero eso es súper bueno, gracias a todo lo que pregunté y a las respuestas tan sinceras que me daba mi abuela y mi madre, he sido capaz de llegar a donde estoy ahora, ese momento maravilloso en el que reprimo preguntas para no caer pesada. Bueno, vale, lo confieso, es mentira cochina, en realidad, ellas, muchas veces no me respondían con tanta sinceridad, porque cuando les pregunté de dónde venían los niños, me dijeron que los traía una cigüeña y no que se hacían follando. Es verdad que, en esos casos, la sinceridad está sobrevalorada y si le dicen a una niña de cinco años eso, le pueden crear un trauma de por vida. En mi caso no creo que me hubiesen creado un trauma ni mucho menos, a mí me habría despertado mucho más la curiosidad y habría seguido investigando. Puede que hasta hubiese recabado más datos hablando con mi padre o mi profesora

en el colegio, pero hoy en día, entiendo que mi madre quisiera ahorrarse el mal trago de ser llamada por una profesora para que le explicaras como una niña pequeña le exponía que el pene se introduce en la vagina y con ímpetu y ganas, termina llenándola de simiente y eso hace que se pueda fecundar un óvulo. Y que conste que lo estoy explicando de forma tímida y fina, podría ser peor pero no sé si es mejor que no diga las cosas tal cual la pienso. La realidad, es que me gusta decir las cosas tal cual las pienso, menos con mi abuela, que aún me da collejas y tengo veintiocho años.

—¿Ves eso? —cuando Guille se pone en plan profe mandón, intimida.

—Sí —afirmo con cierta timidez.

—Pues deja de quejarte.

—Me dejaré de quejar, pero eres mi compañero de piso, por lo que pienso darte la lata con todos mis problemas, es una cláusula que estaba en el contrato que firmaste.

Guille pone los ojos en blanco y se masajea la sien.

—Debería mudarme —sisea.

—No encontrarías una compañera de piso tan divertida como yo.

—Ni con unas tetas como las tuyas.

Bajo la mirada hasta mi más que prominente escote y debo confesar que tiene razón. ¿Qué? Sí, tengo abuela, pero ¡oye!, que yo me quiero muchísimo.

—Mierda, me acabo de dar cuenta de que no firmé mi contrato —tampoco me queda claro cómo me viene a la mente algo así tras nombrar mis tetas. Simon… Simon chupando ávidamente mis tetas… Introduciendo uno de mis pezones en su…

—¿Te despistaste? —pregunta Guille haciendo que regrese a la realidad y deje mi mundo paralelo a un lado.

—En realidad, Loren me dijo que firmaríamos el contrato y que me llamarían de recursos humanos, pero no lo hicieron. Qué raro…

—Espero que no te estafen.

—No creo —quiero pensar que no, pero se ve cada cosa en el mundo que ya no sabes de quién fiarte y de quién no—. ¿Crees que debería preguntarle a Loren?

Salimos de nuevo al pasillo y regresamos a mi habitación, donde la montaña de papeles lloraba mi ausencia. Es tan dramática como yo.

—Creo que Loren no sabe nada de ese tema, más bien deberías preguntarle al responsable del departamento o a tu jefa más directa.

—Jefe. Es un jefe. El que me hizo la entrevista, lo he bautizado como «el señor microbio». ¿Te gusta?

Guille se descojona, literalmente, eso es que sí le gusta pero no puede responder hasta que se le pase ese estado de gracia por el que pasa ahora mismo, si empieza a roncar como un

cerdo mientras se ríe, le grabo un vídeo y lo subo al Youtube.

—Pobre jefe, no sabe la que se le viene encima —intento reprimir las profundas ansias que nacen en mí de darle un codazo, pero es imposible y termino cediendo ante mis instintos asesinos y le asesto, con total acierto, en el costado. Guille deja de reír y comienza a quejarse.

—Auuuu —lloriquea.

—Eso te pasa por tenerle pena a alguien que no conoces, en vez de proteger a tu amiga y compañera de piso.

—Eso ha dolido —me reprocha aun con la mano en el costado.

—Ohhh —comienzo a ponerme en esa fase de *dramaqueen* que tanto me motiva y chincho a Guille como solo yo sé hacerlo—, te ha dejado KO una chica, a ver cómo le explicas eso al séquito de mujeres que te tienen por un superhombre inalcanzable y nada terrenal, digno hijo de un Dios —le advierto jocosa.

Y Guille decide hacer eso que tanto odio y tan bien se le da: cosquillas. Me hace cosquillas.

—¡Para! —digo entre jadeos—. ¡Para! —grito con más ímpetu.

Mi teléfono suena justo en ese momento en el que pensaba atacar con mis piernas sobre la cara de mi compañero de piso y destrozar su perfecta y apetecible mandíbula. Sí, tengo que comenzar a pensar en salir de esta casa y buscar alguien que ocupe mis pensamientos y le dé solución a esa necesidad que comienza a nublarme la razón.

—Tengo que contestar —protesto aún con las manos de Guille en mi cintura.

—¿Sí? —pregunto mientras me falta el aliento.

—¿Señorita Helena con hache? —¡Mierda!

—Sí —Guille sigue haciéndome cosquillas, supongo que porque no sabe quién llama o porque si lo supiese es probable que lo continuase haciendo solo por fastidiar e intentar ponerme colorada. Aunque bien es sabido, que yo solo me pongo colorada cuando me lleno de rabia, de resto… ¡Misión imposible! —Para, Guille.

Salgo de la habitación mientras sigo amenazándole con mi dedo índice, al estilo Stephen. Él, en cambio, me guiña un ojo seductor.

—Perdón, no pretendía interrumpir —se excusa mi jefe.

—No interrumpe, es Guille, siempre es así —aunque él no tiene por qué saberlo ni yo por qué explicarlo—. ¿Cuál es el motivo de su llamada, señor Baker?

—Solo… Solo quería decirle que se olvidó usted de firmar el contrato.

¡Vaya! Si hasta parece que no es tan ogro.

—Hace nada me acordé de ello. Mañana lo firmaré. Gracias por llamar —tengo que ser educada, aunque con él me cueste horrores después de todo lo que me ha hecho—. ¿Algo más?

Parece dudar, oigo su respiración inquieta, agitada. Quiere decirme algo.

—Nada más —finaliza intentando parecer rotundo.

—¿Seguro? —inquiero, obviamente él dice eso, pero su forma de respirar me demuestra lo contrario.

—Seguro —confirma.

—Vale —desisto.

Esto parece una conversación de besugos, me gusta más cuando me pincha y le respondo.

—¿Señorita Helena con hache?

—¿Mjaaaa?

—No llegue tarde mañana, tenemos mucho trabajo y necesitará todos sus sentidos para poder anotar todo lo que le pretendo explicar. Debería ponerse las pilas, no crea que el trabajo va a ser tan sencillo como el de hoy. No necesito becarias estúpidas y habladoras, necesito personal competente y entregado a la causa. Le recomendaría que descanse.

¿Había dicho que parecía amable? ¡Lo retiro!

—Desconozco qué clase de becarias ha tenido usted y tampoco sé cuáles son las personas que ha contratado, pero yo soy muy profesional —y súper guapa y divertida, no tenéis más que verme, pero eso no se lo digo, ya lo sabe y por eso se pone en plan «macho alfa», y ¡maldita sea! Pero ese plan me gusta demasiado y comienza a ser algo que no me termina de convencer que sea así, a los hechos y mis pezones me remito— y no es necesario que me diga cómo debo trabajar o qué interés le debo poner a las cosas.

¡Uyss! Me encanta cuando me pongo en plan «soy la reina del mundo y con una sola frase te dejo impactado con mi verborrea y mi seriedad».

—¿Señorita Helena con hache?

Bufo exasperada ante su forma de dirigirse hacia mí.

—¿Va a seguir llamándome así? ¿No hay ningún protocolo de acoso en su empresa? Empiezo a preocuparme por su forma de dirigirse hacia mi persona, quizás debería hacérselo mirar —no coquetees, no coquetees, no coquetees.

Para mi sorpresa, una carcajada sale del otro lado de la línea.

—Ver para creer, el señor microbio se ríe.

—¿Qué me ha llamado?

—¡Mierda! Tengo que colgar —me apresuro a añadir.

—No…

Pero cuelgo sin dar posibilidad a réplica, no quiero que me reprenda o mucho peor, que me despida sin haber firmado el contrato, si lo va a hacer, por lo menos que cuente como experiencia en mi currículum este día.

¡Qué triste! Despedida el primer día… Si es lo que yo digo, la sinceridad está sobrevalorada.

CAPÍTULO 7

¿TRES SON MULTITUD?

¿Creéis que la cosa quedó así? ¡Qué equivocadas estáis!

Cuando colgué, guardé mi teléfono en el pantalón, entré de nuevo en mi habitación y eché a patadas a Guille de ella. Me dijo que me iba a ayudar y lo que hizo fue molestar. Y yo lo único que quería, era acabar con esa puñetera montaña de papeles que me estaba sacando de mis casillas y mermando la moral.

Me metí en la cama y mi teléfono volvió a sonar, pero esta vez no era una llamada. Era un mensaje.

Simon Baker
Mañana tendrás que explicarme eso de «señor microbio».

¡Yo que tenía la pequeña esperanza de que no lo hubiese escuchado! Despedida el segundo día de trabajo… Mi siguiente empleo será de bruja, porque se me empieza a dar genial esto de las predicciones. A ver si acierto con la lotería y ya me retiro del mundo laboral, porque se ve que mi lengua no quiere dejar de hacer de las suyas.

Helena Miller
Creo que debería hacerse una revisión de su sistema auditivo porque yo jamás osaría a llamarlo así.

Espero que lo de mentir se me dé tan bien como lo de ser una bruja con la lengua larga.

Dejo caer el teléfono en la cama e intento centrarme de nuevo en los papeles que tengo entre manos. Lástima que no tenga ganas algunas de hacerlo, lo de concentrarme digo…Lo otro sí que me apetece —pensad sucio y entenderéis lo que os quiero decir—.

Helena Miller
Mia, ¿qué haces? Este viernes salimos, necesitamos desconectar.

Al final resulta que me interesa más el teléfono que cualquier otro asunto. ¡Qué buena soy y qué poco me cuesta!

Vuelve a sonar y sé que es él, a pesar de haberle mandado el mensaje a Mia. No preguntéis, cosas de brujas…

Simon Baker
Mi sistema auditivo está perfectamente, en realidad, tengo todo perfectamente.

¿Perdona? Arrogante, caballeroso, maniático de la puntualidad, serio, curioso, cabronazo, sexy a rabiar y encima chulo… ¡Todo un partidazo!

Helena Miller
¿Está usted soltero?

¿En serio he preguntado eso? ¡Dios! La cosa va de mal en peor.

Simon Baker

¿Por qué pregunta usted eso? ¿Acaso hemos empezado con las preguntas personales y yo no lo sabía?

Tiene razón. Yo lo sé, él lo sabe y tú también lo sabes.

Helena Miller
Disculpe. Es mi curiosidad. Los superhéroes tienen superpoderes y yo tengo preguntas y preguntas por doquier.

Veo que está conectado y me figura en la pantalla, bajo su nombre «escribiendo». Ahora se sentirá triunfal porque me ha hecho pedir disculpas, que a ver, pedir disculpas no es malo, pero si él va de macho alfa es normal que yo vaya de mujer beta, ¿no?

Simon Baker
Estoy soltero, ¿y usted?

Estoy tumbada sobre mi más que mullido colchón y probablemente sea la mejor forma de haber recibido esta respuesta/pregunta, porque de estar de pie, estaría a punto de perder mis preciosos dientes contra el parqué de mi habitación —o el suelo de cualquier lugar en el que me pueda encontrar—.

Helena Miller
¿Está usted coqueteando conmigo?

Escribo con celeridad antes de arrepentirme de lo que he escrito. Y si le hago esta pregunta a él, debería plantearme si debo responderla yo misma, porque fui la que dio comienzo a este tipo de cuestiones.

De nuevo ante mis ojos la palabra «escribiendo» toma forma.

Simon Baker
Empezó usted.

Y razón no le falta.

Helena Miller
Estoy soltera.

Simon Baker
No lo parecía antes.

¿Antes?

Helena Miller
¿Antes cuándo?

Simon Baker
Cuando le decía a ese tal Guille que la dejara.

¿Alguien me explica cómo hemos podido pasar de pincharnos a hablar sobre nuestras vidas privadas?

Helena Miller

Es un amigo. ¿Tiene usted amigos?

¡Responde a eso, señor microbio!

Simon Baker

Tengo más amigas que amigos.

¡Cabronazo!

Helena Miller

¡Anda! ¡Como yo!

Simon Baker

¿También tiene usted más amigas que amigos?

No lo veo tras la pantalla, pero puedo imaginar su sonrisa triunfal ante su pregunta. ¿Cómo lo sé? Porque a mí me pasaría exactamente lo mismo si yo estuviese en su lugar, me sentiría victoriosa, lástima que él no sepa quién es su contrincante.

Helena Miller

Sí, tengo más amigas que amigos. Porque yo con los hombres solo follo.

Simon Baker

¿Con todos?

¿Qué clase de pregunta es esa?

Helena Miller

Con los que yo decido y cuando yo decido. Buenas noches, señor Baker.

Es mejor zanjar este tipo de conversaciones, básicamente, porque ahora mismo, en mi perturbada mente, me imagino follando con el señor Baker. Sería ese tipo de sexo sucio, perverso, muy ardiente y pasional, en definitiva: muy guarro. Ese tipo de sexo que hace que ahora mismo me palpite la entrepierna y sienta necesidad de comprobar si efectivamente sus manos podrían sujetarme con fuerza y presionarme con ímpetu contra su polla, que me espera ansiosa por poseerme... ¡De repente siento mucho calor!

Simon Baker

¿Ha decidido ya cuál será su próxima víctima?

No, no me lo está poniendo fácil para zanjar este tema.

Helena Miller

Aun no, ¿tiene usted algún amigo que quiera presentarme?

¡Es mi jefe! ¡Es mi jefe! ¡Es mi jefe!

Simon Baker

Buenas noches, Helena con hache.

¿Y ya está? ¿Empieza a buscarme las cosquillas para dejarme de esta forma?

Helena Miller

¿Eso es todo?

Sigue en línea.

Simon Baker

No. Traiga mañana consigo un café largo americano. Me gusta sin azúcar.

Puede que deba sentirme indignada o simplemente, pasar por un momento de esos de estupor ante todo esto que acaba de suceder, pero para mi asombro, no consigo borrar la sonrisa perenne que ha aflorado en mi rostro. Es un cabrón, sí, pero creo que también es humano.

El sonido del despertador me sobresalta. Estaba tan cansada que me he dejado dormir rodeada de papeles y con el teléfono sobre mi pecho. De ahí, el susto con el que me despierto.

Por suerte no noto ningún líquido raro y pegajoso rodeando mi boca y no, no hablo de semen, pervertidas, hablo de babas.

Miro la pantalla de soslayo y veo que Mia me había contestado al mensaje que le envié. Decido no contestar, sino llamarla directamente.

Pongo en funcionamiento un dispositivo que le robé a Guille hace un tiempo y es como un pequeño altavoz que se conecta por Bluetooth y puedes escuchar música y hablar por teléfono a través de ese altavoz, no me preguntéis cómo se llama porque yo de tecnología sé bastante poco, lo mío es la moda y los hombres y comienzo a dudar que esas cosas se me den tan bien como creo. Hablar, hablar sí que se me da de vicio.

Un par de tonos después, la voz aletargada de Mia me responde al otro lado.

—Dime que acabas de despertarte sola y que no estás así porque llevas toda la noche follando como una perra en celo.

—Buenos días para ti también.

—¡Dímelo! —le exijo.

—Estoy sola.

—Suficiente, ya no te odio —respondo.

—Yo sé de alguien que hace tiempo que no se corre.

—Esa soy yo —alzo la mano como si pudiese verme a través del altavoz.

—¿Qué ese ruido? —pregunta Mia.

—Soy yo, estoy preparando la ropa para ducharme y vestirme. ¡Mia! —grito cayendo en la cuenta de que no le he contado el súper bombazo de anoche y el motivo de mi llamada. Es horrible esto de comenzar a hablar, perderte en otro tema y no saber bien luego para qué llamabas. Al final terminas gastando dinero en una nueva llamada. Creo que los de mi compañía de telefonía deben estar muy contentos conmigo, porque este tipo de situaciones me suelen pasar más de lo que me gustaría reconocer.

—¿Qué? —pregunta alzando la voz. Ahora me la imagino incorporándose en la cama, asustada, pensando que le voy a decir que necesito ayuda para esconder un cadáver porque me he cargado a alguien con uno de mis bolsos o con mi mirada *quemahombres* que tan bien se me da, fruto de ir perfeccionándola todos estos años.

—Tengo que contarte algo. Anoche me escribió mi jefe.

—¿Tú jefe? —ahora ya no la veo sentada en la cama, sino de pie, caminando alrededor de la habitación porque ya ha desaparecido el cadáver de su mente y ahora mismo cree que me quiero liar con mi jefe, que no va muy desencaminada y me liaría con él, pero solo si no habla, porque cuando habla, echa bichos por la boca y pierde todo el sexapil que tiene cuando sus labios están juntitos y no emiten sonido alguno. O cuando sonríe, cuando muestra esa perfecta sonrisa que causa estragos en mí. En realidad, le dejaría emitir algún que otro gemido y gruñido mientras me embiste, porque eso me pone. Me pone mucho.

—Creo que estuvimos coqueteando —confieso eufórica—. Voy a meterme en la ducha, pongo el aparato cerca para que me oigas.

—Voy a por café. Estas conversaciones sin café no saben igual. Es más, esto en realidad, deberías contármelo en persona porque así puedo analizar tus gestos y no solo imaginármelos.

—Nos veremos el viernes para salir. Guille va a llevar a unos amigos suyos.

—Esa parte me la cuentas luego, comienza por lo del jefe.

—Le pregunté si estaba soltero —ya está, lo he soltado.

Silencio. Silencio absoluto y ensordecedor, de esos en los que te da tiempo de hacer una lista de la compra mental y crees que puedes solucionar la paz en el mundo si continúas así dos minutos más.

—Necesito un cigarro.

Esa es la típica respuesta de mi amiga cuando algo se pone interesante.

—Dejaste de fumar hace años.

—Este es un buen momento para retomarlo —dispone con celeridad.

—Déjate de boberías. Le pregunté eso porque se estaba poniendo chulo.

—¿No se supone que tú odias a los chulos? —pregunta mordaz—. ¿Me quieres explicar por qué le hiciste esa pregunta?

Le resumo de manera detallada la conversación, desde el momento en el que me llamó y Guille estaba por allí, hasta el último mensaje, y su petición de café sin azúcar.

—No es un hombre dulce —inquiere Mia.

—Dime algo que no sepa —respondo sarcástica—. Y me da igual si no lo es —admito.

—Puede que sea una máscara y que sea un oso amoroso.

—Lo dudo —confieso.

—No lo conoces —inquiere Mia.

—Tú tampoco.

Y es así como dos amigas se sumen en un debate de lo más infantil en el que siempre terminamos riéndonos porque somos iguales pero distintas. La cosa es que Mia tiene razón, ella no lo conoce pero yo tampoco, sencillamente, me estoy haciendo una idea de cómo es por los

pocos contactos que hemos tenido. De lo que si puedo estar segura, es de que despierta mi curiosidad y mis ganas de cruzarme con él solo por sumirme en uno de esos duelos que tan bien se nos dan. Somos un continuo desafío y eso me seduce, por mucho que me cueste reconocerlo, es la realidad.

Termino de enjabonarme y extiendo mi brazo hasta el perchero donde tengo colgada mi toalla.

—¡Mierda, Guille! ¿Nadie te ha enseñado a no violar la intimidad de las compañeras de piso?

—¿Guille está ahí? —pregunta Mia.

—Aquí estoy —confiesa el susodicho mientras ingiere un bol de cereales.

—¿Has estado cotilleando?

—Todo, todito. Pero las curvas de tu cuerpo no se definen bien en esa mampara. Recuérdame que hable con los dueños para cambiarla —propone socarrón.

—¡Puaggg! ¡Guille, por favor! —le reprende Mia.

—Hay Guille para las dos, nena, no te pongas celosa —le toma el pelo a Mia entre risas.

—Ya que somos tres y que Guille está al tanto de todo, ¿podéis decirme con qué actitud llego hoy a esa oficina? Porque para más inri, no me terminé de leer la montaña de papeles que me traje a casa.

—Pretende explotarte —me defiende Mia.

—Quiere conocer tus límites —explica Guille tras ingerir el contenido de la última cucharada de su desayuno.

—Desayunar en el baño es asqueroso —le reprendo al reparar en lo que está haciendo.

Pero, por encima de esto, lo que Guille acaba ha dicho despierta dudas en mí porque tiene su lógica.

—¿Exactamente con qué fin? —pregunto mirando a Guille—.

—Pues el desayuno es una de las principales comidas del día y es la más impor…

—No me refiero a eso —le corto—, quiero que me expliques eso de que quiere explorar mis límites y date la vuelta, *cerdaco* —le pido en español.

Él niega con la cabeza así que me envuelvo en la toalla y salgo con la cabeza bien alta.

—Supongo que es porque has llamado su atención.

—¡Puagg! Guille ya está en modo gallito al que no quiere que le arrebaten a su presa.

—Yo no soy la presa de nadie —me defiendo—. Guille y yo no vamos a follar nunca —aunque lo haya pensado en los últimos días más de quince veces, no va a suceder, ¿estamos?

—Porque tú no quieres, porque si me pruebas querrás repetir una y otra y otra vez.

—Por eso la cola de mujeres que hay en el portal.

—Efectivamente —concede— y a muchas las echo antes de que tú llegues, para que veas

que te espero solo a ti.

—Guille, deja de hacerte el Dandi y compórtate. Intentas meterte entre sus bragas a la mínima de cambio —le reprocha Mia.

—Y en las tuyas, Mia, pero siempre me dices que no. Aunque yo soy un hombre de retos. Podríamos hacerlo entre los tres y así os descubro a las dos y ustedes descubrís el aguante que tengo —propone con aires de superioridad.

—Me lo pensaré —responde Mia.

—¿Qué? —pegunto asombrada mirando el aparato por el que sale la voz, no el de Guille, que ya estáis otra vez pensando mal.

—Es que estás muy buena, Helena, hasta yo te miro con deseo —se mofa Mia.

—En fin, omitiré todos esos detalles, sobre todo esos en que mi amiga me mira con ojos de devorador, y me centraré en lo que nos atañe de verdad. Lo que quiero saber es por qué mi jefe quiere ponerme a prueba —retomo el tema, zanjando el posible trio.

—Sencillo —dice Guille.

—Porque quiere follarte —afirma con rotundidad Mia.

Guille cabecea afirmando.

Mia probablemente lo esté haciendo también.

¿Yo? Yo quiero saber qué hay de cierto en esa afirmación.

—¿Y lo del viernes? —pregunta Mia dando por concluido el tema. Obviamente, ella cree que ya lo ha explicado todo y que su argumento es inescrutable.

—Eso se lo cuentas luego, por teléfono, este aparato es mío y vengo a recuperarlo —se queja Guille.

—¡Más vale que lo escondas bien, porque volveré a por él! —le amenazo mientras sale del baño con el altavoz entre sus manos—. ¡Esto no va a quedar así! ¿Me has oído? —No sé si me ha escuchado o no, pero si Helena dice que volverá a robarle ese aparato, es que volverá a robarle ese aparato. A cabezota no me gana nadie.

He llegado tarde a la oficina. No solo porque Guille casi no me deja vestirme, tras esconder el aparatejo ese, volvió sin camisa lo cual hizo que me volviese torpe al perder mi mirada en sus oblicuos. ¡Dios, cómo está Guille y qué necesidad tengo yo! Sumemos a todo esto, que tuve que parar para comprarle el maldito café a mi jefe. No sé por qué lo hice, pero lo hice.

Lo he pedido con azúcar, solo por fastidiar. Me haré la despistada y así me vengaré por la dichosa hache de mi nombre.

Subo a toda mecha hasta mi despacho y le doy los buenos días a Sophia, ella responde escueta y me guiña un ojo. Le hago un pequeño gesto con la cabeza para que vaya a mi despacho y me cuente las novedades y ella asiente, parece que va entendiendo mi idioma. Aprende rápido esta chica.

Coloco la mochila encima de la mesa y la carpeta con los papeles en la mesa auxiliar y decido que es el momento de llevarle el café al señor microbio.

Y es entonces, cuando yo misma comienzo a ser consciente de que estoy algo nerviosa y yo no me suelo poner nerviosa por nada ni por nadie. Pero es él quien causa ese efecto y aún me pregunto qué sucede para que sea así.

Me provoca y lo provoco.

No se amilana y yo no me achanto.

Es borde y yo soy una lengua larga.

Anoche coqueteamos. Los dos.

Pero aquí somos jefe y empleada.

Me da morbo. Mucho morbo.

Y por encima de todo, no lo conozco y no me conoce.

Muchas incógnitas dentro de esta ecuación.

Respiro con fuerza y me encamino hacia su despacho. Freno mis pasos en medio del pasillo y me doy cuenta de que no sé exactamente dónde se encuentra el de él. Dirijo mis pasos hasta el mostrador de Sophia para preguntarle pero no se encuentra allí.

Loren. Ella debe saber.

Regreso a mi despacho rezando en silencio para que el café no se enfríe y me mande a buscar otro.

Llamo al teléfono de mi amiga.

—¿Qué has hecho? —así responde mi amiga y podéis comprobar por vosotros mismos cuál es su confianza en mí.

—Aun nada, pero no sé cuál es el despacho del señor microbio y tengo que llevarle su café.

—¿El señor microbio? —inquiere sorprendida Loren—. Te van a despedir si empiezas a poner motes tan pronto.

—La estirada de tu jefa también tiene uno y no lo voy a cambiar porque me gusta.

Loren bufa al otro lado del auricular, empieza a perder la paciencia.

—El despacho del señor Baker es el que se encuentra al fondo del pasillo, en dirección opuesta al tuyo. Es el único que hay en esa ala del edificio.

—Entendido. Gracias, Loren. Luego te llamo y te cuento. Vamos a salir este viernes.

—¿Este viernes?

—¿Tenías planes? —pregunto—. Luego me lo explicas, ahora no tengo tiempo, necesito entregar el pedido aún caliente.

Caliente sí que estoy yo.

—¿Hele?

—¿Sí?

—Procura que no te despidan.

Ese es un gran consejo, lo intentaré, pero no puedo prometer nada.

Obviamente, no se lo digo, me limito a asentir antes de colgar.

CAPÍTULO 8

¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! ¡ESTO ES UNA EMERGENCIA!

Me encamino con prontitud hacia el despacho. El pasillo cada vez se hace más estrecho, no sé si es un efecto visual provocado por esa congoja que siento ahora mismo en el estómago, o por la expectativa de lo que puedo encontrar tras esa puerta. O la suma de ambas.

Un par de golpes en la madera antes de abrir la puerta y quedarme plantada en el sitio como una niña de doce años al ver al profesor que tanto desea, enrollándose con otra.

En este caso, ni él es mi profesor, ni yo tengo doce años, tampoco se está enrollando con otra, pero porque parece que él no quiere, puesto que Astrid sí que tiene esa actitud devoradora enmarcando su rostro.

—¿Nadie te ha enseñado a esperar hasta que te den permiso antes de entrar a un despacho?

No, no es él, es ella la que me increpa de esa forma.

—Mi exquisita educación está muy desarrollada, señorita —y digo señorita porque lo que en realidad me apetece decirle es «pequeña *zorrasca* del inframundo» pero me contengo, por eso de la educación que te acabo de explicar.

—Pues no lo parece, teniendo en cuenta que estamos en medio de una reunión y entras sin permiso de Simon.

—Pues para ser «tú» jefe —remarco el pronombre personal—, deberías llamarlo señor Baker y no Simon, puede que esto de ser educada y trabajar en ello, no sea aplicable solo a mí —¡Chúpate esa, pequeña *zorrasca* del inframundo!

Astrid me mira como si quisiera comerme y Simon me observa incrédulo. De nuevo percibo la fehaciente intención de esconder su sonrisa y lo maldigo por ello. Debe ser que no le circula bien la sangre o que directamente le corre por las venas cianuro. O de nuevo, la suma de ambas.

La susodicha, retira su mano del hombro del señor Baker y se aproxima a mí.

—Esto no va a quedar así —me dice al oído antes de abandonar el despacho, no sin antes, darme un pequeño empujón al pasar por mi lado.

Vale. Me he ganado una enemiga por mi bocaza. Si es que… Ya me lo dice mi abuela constantemente: cierra ese pico que tienes porque un día te va a costar caro.

Ella me dice eso, pero la realidad es que lo mío viene de familia y en esta ocasión, mi boca ha sido cosa de Lucía y su genética. Diana también ha pillado algo de eso… En fin, ¿qué le vamos a hacer?

—¿Qué te ha dicho?

Alzo los hombros restándole importancia antes de responder con sinceridad.

—Que me matará en cuanto pueda —dramatizo.

—Deja ese café aquí —dice siendo consciente de lo que porto entre mis manos—, y vuelve a tu trabajo.

¿Qué esperaba que sucediese tras la escena que acaba de acontecer en este despacho? Evidentemente, cualquier cosa menos ese tono de desprecio que ha utilizado conmigo.

Deposito con cuidado el vaso en su mesa y me alegro de haberlo pedido con azúcar.

Yo, con toda la dignidad que poseo, me giro y me encamino hacia la salida, mientras me sale humo por las orejas.

—¡Cabronazo! —espero que no me oiga, aunque no me importaría que lo hiciera.

Entro en mi despacho y doy vueltas por él como una veleta sin rumbo. Suena mi teléfono y veo que es la extensión de Sophia.

—¡¿Qué?!

—El señor Baker quiere verte en diez minutos en su despacho. Está enfadado —me advierte.

—¡Lo que a mí me importa!

¿Cómo puede ser así? Si Guille tiene razón e intenta ponerme al límite, le ha costado un par de días conseguirlo.

Una entrevista, una montaña de papeles, un par de mensajes y unas respuestas que dejan mucho que desear son el resultado de mi estado.

Divago y cavilo sobre ello los minutos previos a la reunión, pero desisto y me encamino hasta el despacho de mi jefe porque ya lo único que me falta es llegar tarde y que me caiga un rapapolvo por eso también.

Llamo a la puerta y en esta ocasión sí que espero a que me inviten a pasar. Cuando su voz resuena con un distante «adelante» entro y veo a la pequeña *zorrasca* del inframundo sentada frente a él.

¡Esto tiene que ser una broma!

Sonríe y sé que nada bueno me espera. Esto es por culpa de mi lengua larga. Tengo que aprender a callarme y contenerme.

—Tome asiento —hago caso y me sitúo frente a él y al lado de la pequeña *zorrasca* del inframundo. No estoy nerviosa, a pesar de que quizás sí que debería ser así pero mi estado de ánimo se encuentra en otra fase muy distinta: enfado—. La he llamado porque considero que lo que ha sucedido en este despacho hace escasos minutos ha estado fuera de lugar. La señorita Astrid es su superiora, aunque no trabaje directamente con ella —y sé que sonríe complacida por el trato que ella está teniendo por parte de él, ya no solo porque, como dice Loren, ella quiera cazarlo, sino porque esto la deja por encima de mí y es un claro indicio de victoria por su parte —. Por lo tanto, considero que debería usted pedirle disculpas a la señorita Astrid.

Ácido, eso es lo que percibo subiendo por mi pecho y amenaza con salir por mi boca.

Ácido porque esta «señorita», que se cree la Madre Superiora de este convento, ahora mismo ha visto reforzado su poder, no solo conmigo, sino con él y su trato. Bien pensado, tiene lógica, porque en realidad ella ocupa un cargo superior al mío, pero no puedo con esas personas que creen que son mejores que los demás.

—No es que no quiera pedir disculpas, porque me considero una persona bastante racional y cuando meto la pata, sé reconocerlo, pero si yo pido disculpas, creo que ella —la señalo con desprecio aunque no debo hacerlo—, debería hacer lo mismo para conmigo. Creo que no son formas de tratar a un empleado cuando entra en un despacho. Me parece perfecto que quiera meterse entre sus calzoncillos, pero no creo que eso sea justificativo de cómo me ha tratado a mí.

Astrid ahoga un gemido de sorpresa, Simon me observa con los ojos abiertos y yo me quedo satisfecha hasta que me doy cuenta de que mi maldita bocaza de nuevo ha soltado lo primero que se le ha venido a la cabeza. La sinceridad está sobrevalorada y yo sigo sin tenerlo en cuenta.

Despedida el segundo día de trabajo. ¡Vaya panorama!

—¿Perdona? —esa es Astrid.

—Lo siento —claudico. O lo digo ya, o terminaré diciendo que tenemos un mote para ella y que mola muchísimo.

—Creo que una persona como tú no encaja en esta empresa. Eres una irrespetuosa y no confío en tu capacidad de trabajo —dardos envenenados suelta por los ojos la pequeña *zorrasca* del inframundo.

—Sobre mi capacidad de trabajo no tiene usted nada que decir porque soy una persona muy competente. Cumplo con mis obligaciones, con todas mis obligaciones —espeto mientras observo el vaso de café para que entiendan a qué me refiero—. Sin ir más lejos anoche —y esta vez sí que clavo mi vista en él—, me llevé trabajo a casa porque no había terminado cuando mi jornada laboral había finalizado y no pretendo que me cuelguen una medalla por ello, ni un reconocimiento, pero no voy a permitir que se me tache de algo que se desconoce —evidentemente, omito que me quede dormida tras coquetear con mi jefe por mensajería instantánea.

A pesar de mi discurso más que elaborado sobre mi capacidad y mi empeño, a la pequeña *zorrasca* del inframundo parece darle igual porque vuelve a la carga.

—Eso no te exime de tu actitud. Simon —esta vez se dirige a él—, creo que esta chica no es lo suficientemente competente como para trabajar en New York Style. Sabes lo que necesitamos y no es lo que ella puede aportar.

—¿Qué sabe usted lo que puedo aportar? —ya no es cuestión de que me caiga mal o no, es cuestión de que me está juzgando sin conocerme. Juzgando mi trabajo sin siquiera ser

conocedora de los resultados. Por ser, no es ni mi jefa.

—Basta —el señor Baker interviene y pone punto y final a esto que ahora mismo nos traemos entre manos. Y juro que lo único que quiero es cogerla por el pelo y arrastrarla por el pasillo hasta llegar al baño. Este instinto asesino es el que asusta a Mia y también es culpa de mi abuela, que me enseñó a matar gallinas en el pueblo. En esta vida hay que saber de todo. Eso es un gran consejo que os doy—. Helena —esta vez sin hache—, pide disculpas. La señorita Astrid es tu superior y debes respetarla como tal.

Me sale humo por las orejas, ¿qué yo debo respetarla y pedir disculpas? ¿Y ella? ¿Ella qué?

—Lo siento —formulo de nuevo. Tengo que decirlo, porque aunque me queme por dentro y tenga ganas de usar la técnica de mi abuela Lucía para matar las gallinas y retorcerle el cuello, creo que debo ceder porque tengo educación y debo parar.

—Gracias —dice el señor microbio. Astrid no pronuncia ni media palabra, está sonriendo, probablemente porque ella no tiene que decirme nada y se siente victoriosa. —Vuelve a tu trabajo —me ordena mi jefe.

Me levanto, todo lo digna que puedo tras lo sucedido y me contengo antes de dar un tremendo portazo como me gustaría. Ahora soy yo la que piensa que esto no va a quedar así.

Llego hasta la mesa de Sophia, con llamaradas de fuego saliendo de mis ojos. Percibo el sudor resbalando por mi cuello y siento que me ahogo entre estas cuatro paredes.

—Necesito un poco de aire.

—No salgas si no es hora del descanso —me recomienda.

—Necesito estar sola un rato.

—Baja al garaje, a mano derecha vas a encontrar una puerta de emergencias que da acceso a unas escaleras. A veces, cuando estoy saturada, voy ahí. No suele ir nadie, podrás estar sola.

—¿Se puede fumar?

—¿Tú fumas?

—No —confieso recordando a Mia—. Solo en situaciones de emergencia, es eso o darme a la bebida en horas de trabajo y no he traído mi vodka, no suelo cargar eso en el bolso. Para mi cumpleaños quiero una petaca —le digo sincera.

—Abre la ventana que da a la calle y no tires la colilla al suelo.

Asiento convencida y me encamino hacia donde me dice. Ahora debo encontrar a alguien que me deje un pitillo.

Acudo a Loren, pues es mi única aliada, ella no fuma y nunca lo ha hecho. Mia y yo sí que hemos estado años fumando. Sobre todo, cuando salíamos de noche. Lo dejamos hace tiempo, yo antes que ella, pero es verdad que cuando estamos muy indignadas, nerviosas u

ofuscadas, solemos recurrir al tabaco. ¡Está mal! Lo sabemos, pero es una manía que se nos pasará con el tiempo, ¿verdad?

—Loren —entro en el despacho sin llamar y me imagino de nuevo a su jefa diciéndome cuan poca educación tengo. Educación los cojones. Fina, fina, lo que se dice fina, no acabo de ser tampoco—. Necesito un cigarro.

—¿Qué ha pasado?

—Tu jefa.

Loren se lleva la mano a la frente y murmulla un insulto por lo bajo.

—Dos días y ya tienes de enemiga a Astrid. Vete buscando otro trabajo, porque tus días aquí están contados.

—Gracias. Me estás animando mucho. Eres la mejor amiga que se puede tener —no sé si pilla la ironía, ahora bien, no hay que ser demasiado inteligente para darse cuenta de mi intención.

—Lo siento.

—Necesito un cigarro —añado de nuevo.

Loren sale del despacho y me deja allí. Sigo maldiciendo a la pequeña *zorrasca* del inframundo y de paso, al señor microbio. ¿Cómo puede comportarse así conmigo? ¿Solo conmigo? ¡Atacar hemos atacado las dos! ¡Joder!

Cuánto más lo pienso, más me indigno.

Loren regresa y me tiende un pitillo y un encendedor.

—Tráemelo luego de vuelta, su dueña me lo ha prestado bajo amenaza de muerte.

Le doy un beso antes de salir de allí, puesto que al final me ha echado una mano y no al cuello y le prometo devolver el mechero y contarle luego con detenimiento lo que ha sucedido.

Pienso en regresar a mi planta, coger el teléfono para llamar a Mia. Pienso también en llamar a Sarah pero ella me reprochará que fume y me dirá que lo mejor es volver al trabajo y hacer como si nada hubiese pasado. Y puede que tenga razón, pero yo soy demasiado cabezota y *dramaqueen* para hacer eso y no morir envenenada por no desahogarme un poco, aunque sea fumando, porque patadas no está permitido dar a los jefes, ¿verdad? Aunque quizás un juez me absuelva si le explico lo sucedido…

Deshecho todo pensamiento de volver a buscar mi teléfono, básicamente, porque no quiero encontrarme con él. Apuesto a que el maldito karma me jugaría una de sus tretas para cruzármelo en el ascensor, o en el pasillo, o a saber qué me tendría preparado.

Bajo hasta la última planta y encuentro la puerta de emergencia que me dijo Sophia cerca de la salida del ascensor.

Accedo con cierto recelo y me coloco en el segundo tramo de escaleras, ese que está justo bajo la ventana y que puede evitar que me vean a la primera de cambio si a alguien se le ocurre

entrar.

Me siento en el segundo escalón y coloco el cigarro en mi boca. Hace mucho que no fumo, básicamente porque no lo he necesitado. Lo dejé porque soy consciente de lo nocivo que es y hay cosas que son prescindibles, pero es verdad, que a veces, en situaciones como esta, me doy cuenta de que necesito evadirme un poco.

Fumar no hace que tu mente se expanda y que encuentres las soluciones, es una de esas manías de mierda a las que recurres cuando estás es estado de confusión. Me bebería un Absolut Vodka pero creo que eso es mucho más complicado de conseguir en este edificio.

Enciendo el cigarro y dejo que el humo entre por mi boca hasta llegar a mis pulmones. Es sucio, banal e innecesario, pero ahora mismo, me sabe a gloria.

Oigo el ruido de la puerta y exhalo el humo con sumo cuidado.

¡Mierda! ¿No se supone que aquí no viene nadie?

Intento no hacer ruido y rezo todo lo que sé para que nadie se quede mucho tiempo, el olor es inconfundible y no hay que tener un máster para saber que hay alguien fumando cerca. Ahora creo que todo esto es una idea pésima y que debería haberme quedado en el despacho con esa montaña de papeles. Pero claro, esto lo piensas ahora, cuando te entra ese miedo de ser pillada.

La puerta se cierra y respiro aliviada. Coloco de nuevo el cigarro en mi boca y me dispongo a dar una larga calada cuando unos zapatos negros, caros e impolutos se quedan justo a la altura de mis ojos.

Despedida el segundo día de trabajo.

¡Mierda!

No tengo ganas de decir absolutamente nada. Ni siquiera quiero preguntar y eso ya es muy raro en mí.

Alzo la vista y nuestros ojos conectan. Veo una mezcla de asombro y enfado en los suyos. No sé si él sabrá distinguir las emociones en los míos.

Coge el cigarrillo de entre mis labios y los lleva directamente a los suyos. Da una fuerte calada y cierra los ojos cuando el humo entra en su cuerpo.

—No sabía que fumases.

—Ni yo que tuvieses la lengua tan larga —me reprocha mientras el aire sale por su boca acompañando sus palabras. Percibo algo en su mano, pero no atino a ver qué es.

—Pues eso es que no has sido suficientemente observador, porque es de lo más característico en mí.

Me levanto y cojo el cigarro para darle una calada yo también. Compartir un cigarro, en unas escaleras de emergencia es algo íntimo, demasiado para mí.

—¿Sigues molesta?

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí?

—He ido a tu despacho y no te he encontrado. Sophia me lo ha contado.

Tuerzo el gesto ante su respuesta. Pensaba que podía fiarme de esa pelirroja.

—Es mi secretaria, no se lo tengas en cuenta —me explica leyendo mis pensamientos—. Soy muy persuasivo cuando quiero —dice robándome de nuevo el cigarrillo y dando otra larga calada.

No digo nada más. Sigo enfadada y no me apetece nada que no sea darle una patada en la espinilla. Recupero mi cigarro, le doy otra calada y tras esto, le tiendo lo que queda y me dispongo a salir de allí y regresar a mi puesto de trabajo.

El señor Baker me sujeta por la mano e impide que prosiga mi camino.

—Deja que me vaya —le pido cortante.

—No.

—¡Deja que me vaya! —exclamo con más ímpetu.

—No —responde de nuevo.

—Ya me he disculpado por mi actitud. Me ha quedado muy claro que Astrid es mi superior y que usted también lo es. Sé cuál es mi lugar y me sé comportar, aunque no lo parezca.

—Lo que ha pasado en ese despacho me ha demostrado que estás más loca de lo que pensé el día que te hice la entrevista. Sabía que tu cordura pendía de un hilo, pero nunca creí que realmente fueses capaz de saltarte todas las normas…

No sé si me lo dice con cierto deje de enfado, molestia, impresión o admiración, ni siquiera sé si esto último es producto de mi imaginación o si es lo que me gustaría que sucediese.

—Yo… —no puedo responder con cordura, porque es evidente que tiene razón. Mi boca, me pierde mi boca y ya lo sabemos todos.

—No me gusta que me desafíen. No me gustan los impulsos y no me gusta que me lleven la contraria. No me gusta que seas una bocazas y que no pares de hablar, tampoco que me respondas cada vez que te cuestiono algo.

—¿Hay algo que te guste de mí? —bufo exasperada.

—Tus malditos labios.

La colilla se desliza entre sus dedos e impacta contra el suelo en el mismo momento en el que mi espalda choca contra la fría pared de la escalera. Su boca posee la mía y me besa con ansias y pasión, con ímpetu. Ese gesto tan sencillo, un simple roce de nuestros labios, consigue que mi cuerpo tiemble y se precipite ante la expectación de lo que me hace sentir. No entiendo nada de lo que sucede, solo sé que me gusta, que me hace vibrar y que mi cuerpo necesita más. Que quiero más…

Llevo mis manos hasta su pelo y enredo mis dedos entre él, intentando que nuestros cuerpos se fundan en uno solo, intensificando el contacto, otorgándole un sentido extraterrenal al

beso y mostrando la necesidad que mi cuerpo experimenta.

La forma en la que responde a mi gesto es apabullante.

Hace nada, hacía conjeturas sobre Simon y su forma de follar; si era tierno, cuidadoso o si era un sexo guarro y perverso, esa clase de sexo que muchas queremos sentir, y me atrevo a afirmar que con este beso, con este simple roce, con la forma en la que su boca posee la mía y su lengua me explora con codicia, el sexo debe ser primitivo, como a mí me gusta y como mi cuerpo necesita que sea.

Su mano se desliza por mi muslo sin romper el contacto de nuestras bocas. Y gimo, gimo al notar el calor de sus dedos subir por él y culminar de forma explosiva en mi entrepierna. Noto la humedad comenzando a apoderarse de esa zona, preparada para lo que tenga que ofrecerme. Deseosa de ello.

Debería parar, debería refrenar esto que ahora mismo sucede entre nosotros, en unas simples escaleras de emergencia. Es mi maldito jefe y yo su maldita asistenta de prensa y comunicación, pero en este momento, en este preciso instante, somos puro fuego. No quiero, no puedo, ni pretendo refrenar estas ansias que ahora se han despertado entre su cuerpo y el mío.

Sus dedos suben mi falda al paso por ella y se arremolina en mi cintura con acierto. Simon empuja su pelvis con fuerza y noto su potente erección bajo su traje de marca.

—Llevo días pensando cómo debía ser besarte.

—¿Y cómo es besarme?

—Como arder en vida.

Y no hay una explicación más racional en un momento más irracional, porque besarle es como alcanzar el puto Nirvana.

Su boca vuelve a poseer la mía y mis manos comienzan a tomar el control de la situación. Las llevo hasta el cinturón y lo suelto sin contemplaciones. Simon lleva la palma de su mano a mi entrepierna y la cubre por completo con ella. Mis piernas responden solas abriéndose para él. Separa sus labios de los míos y me observa desde su perspectiva.

Imagino mis mejillas sonrosadas, mis labios hinchados, mis ojos brillantes y expectantes. Su otra mano baja al encuentro de su compañera y rasga mis medias. Las destroza justo en el lugar indicado.

Un gemido escapa de mi boca a la vez que la fina licra se destroza y Simon sonríe canalla, satisfecho ante la respuesta de mi cuerpo.

—Sabía que serías puro fuego. No había más que mirar en tus profundos ojos azules para saber que ese color tan transparente solo reflejaba el fuego que ocultan. Hielo y fuego.

Me quedo sin palabras. Rueda mi *culotte* hacia la derecha e introduce su pulgar dentro de mí.

Me sujeta con fuerza para evitar que caiga muerta de placer.

—Estas tan mojada… Tan hinchada…

Recobro la compostura y llevo mis manos hasta la cremallera de su pantalón, hasta ese lugar donde hace nada pretendía cumplir mis intenciones más perversas sacando su miembro para sentirlo, para sentir su fuego, para comprobar que efectivamente, esto que despierta en mí es lo mismo que yo despierto en él. La bajo con precisión y dejo que sus pantalones se arremolinen al final de sus piernas. Unos *bóxers* negros ocupan mi campo visual, pero más allá de eso, el bulto que ocultan es el que me hace salivar de puro interés.

—¿Quieres saber cómo tengo la polla? —Arrogante. Hasta cuando están a punto de comérsela es arrogante.

Es consiente de mis respuestas, de lo que deseo.

—¿Quieres saber cómo de buena soy usando la lengua?

Y no me refiero precisamente a hablar.

Simon asiente y yo me siento pura dinamita y pura lava.

Me agacho ante él y me coloco a la altura de su miembro. La recorro con el dedo y ella palpita ante mí. Palpita de deseo.

Bajo la única prenda que cubre eso que tanto ansío por descubrir y lo observo de nuevo desde mi perspectiva.

—Lejos de ser tú la sometida —dice refiriéndose a la posición en la que me encuentro—, soy yo quien está a tus pies.

Lleva su dedo corazón la boca y lo chupa, ese dedo que hasta hace escasos segundos estaba dentro de mí y se movía con precisión.

—Deliciosa, justo como me había imaginado.

—Veo que has imaginado mucho.

—Llevo días con la polla dura por tu culpa. Tendrás que compensarme por ello.

Me siento satisfecha al darme cuenta de que no soy la única que ha imaginado cómo es el otro en la intimidad. O no tan intimidad, teniendo en cuenta donde estamos.

Ahora que lo tengo delante, que tengo delante su enorme y dura erección no puedo pensar en otra cosa que no sea probarla y saborearla. Me gusta el sexo, me gusta el sexo sucio y pervertido y me gusta que las cosas fluyan con naturalidad en él, y con Simon, con Simon simplemente es irracional. Todo lo es, hasta el más mínimo detalle.

Lo deseo, me desea y nuestros cuerpos lo saben y lo sienten y por eso responde de esa forma tan primaria que tanto me gusta.

Cojo su polla entre mis dedos y la presiono haciendo que suelte un profundo gemido de placer.

—¡No me tortures! —me pide, me exige, me suplica.

Y entonces, a mi mente acude toda la escena que ha sucedido en ese despacho; en lo que

hizo y no hizo, en lo que debió hacer. En reprenderme y no reprenderla a ella y caigo en la cuenta del equívoco de la situación y del error tan grande que supone todo esto.

Sí, lo deseo y es contradictorio, pero no puedo concederle esta recompensa, como él la ha llamado, si no ha sido capaz de ganársela.

Le doy un profundo beso en su capullo y lo escucho emitir un sonido de placer inigualable. Sus piernas tiemblan y su cuerpo responde.

—No —le digo apartándome y bajando mi falda mientras me incorporo—. No voy a recompensarte cuando no fuiste capaz de decirle nada a ella. Búscala y que sea Astrid la que acabe esto que hemos comenzado. Búscala y juega con ella como habrás hecho en otras ocasiones.

Aprovechando que no espera esta reacción por mi parte, me deshago de él y huyo hasta mi despacho. Lo oigo llamarme con un profundo rugido antes de coger el ascensor y puede que esto me traiga consecuencias, pero como pensé en su despacho antes de salir: eso no iba a quedar así y no he hecho más que comenzar.

CAPÍTULO 9

UNA NUEVA COLUMNA

Subo hasta mi despacho con una sonrisa victoriosa y triunfal enmarcando mi cara; por varias razones. Me explico.

Lo primero que pensé mientras subía como alma que lleva el diablo —y que nadie diga que no estoy en forma porque creo que jamás he corrido tanto en mi vida y eso que sigo pensando que correr es de cobardes... —, el caso, es que sonreía imaginando a mi jefe con los pantalones arremolinados en sus pantorrillas, los calzoncillos presionando sus piernas de una forma ridícula y él intentando vestirse raudo y veloz, mientras se hacía un tremendo lío con toda la tela que no sabría bien como colocar. Y esto también tiene una justificación bastante lógica: toda la sangre la tenía en la polla, con lo cual, no creo que fuese capaz de saber bien cómo comportarse, que es un hombre y dos cosas a la vez no sé si podrá hacer —y no me tachéis de feminista, pensad en todo lo que me ha hecho y lo que me va a hacer por haberlo dejado empalmado e insatisfecho, reflexionando ahora sobre ello, me está dando miedo hasta a mí no haber sucumbido a la fogosidad del momento—. Miedo y pena, porque en realidad, no entiendo cómo logré levantarme sin darle un tremendo bocado, ¡ya me entendéis!

Por otra parte, pienso en la forma en que puede repercutirme por culpa de esa insatisfacción sexual y sobre todo, por ser yo la que la haya provocado. Porque a ver, somos mujeres, pero el ego masculino es más grande que la polla de muchos y eso es algo que debemos tener en cuenta, ¿o es que a ninguna nos ha jodido que nos rechacen? ¡Pues imaginaos lo que jode que te rechacen cuando lo que crees que va a suceder es que te van a hacer la mejor mamada de tu vida! —Obvio que yo hago las mejores mamadas del mundo, pero no está de más la aclaración—.

¡No os mordáis más las uñas! Simon subió a mi despacho, tenía una cara que bien podría asemejarse al fuego, supongo que por la mala hostia que debía tener, aunque es normal, teniendo en cuenta que en ese momento ya le volvía a correr la sangre por el cuerpo, si no, estaría pálido y no colorado. En fin… Sí, subió, pero como yo soy perra vieja, es decir, más sabia que Nostradamus, me llevé a Sophia a mi despacho con una burda excusa sobre que no sabía cómo se archivaban varios documentos, con lo cual, el señor microbio, al que no sé si rectificar y añadir algo muy importante que daría como resultado lo siguiente: «señor microbio de polla grande» —entiéndase el motivo y remitámonos a las pruebas acontecidas en cierta escalera de cierto edificio — no pudo decir absolutamente nada de lo acaecido minutos antes. Me lanzó una mirada de odio a la que yo respondí con una media sonrisa de superioridad y se marchó tras decirme que luego hablaría conmigo.

Mi segundo as bajo la manga era hablar con Loren para que subiese a mi despacho también, pero a la pequeña *zorrasca* del inframundo, no creo que le hiciese demasiada gracia y

Loren estaría muy nerviosa pensando en la acumulación de trabajo que tendría al volver a su puesto. Esto básicamente sucede porque su jefa es una perra, nada que no sepáis por lo que me ha hecho y lo que le ha hecho a Loren. Esto se merece una cena y un brindis, porque estamos saliendo indemnes y no sabemos bien cómo.

Sophia se fue al rato y yo, que hasta ese momento me sentía súper valiente, sabía que tenía que hablar con él, porque aún no sabía bien en qué iba a consistir mi puesto y porque necesitaba ponerme manos a la obra, lejos de lo que Astrid diga, trabajar me gusta mucho, casi tanto como hablar.

Resulta ser que mi jefe es como un perro de presa, porque justo al salir Sophia entró a mi despacho y me observó. No estaba colorado pero ahora era él quien sonreía con suficiencia y yo la que se hacía pequeñita. Que soy valiente, pero hasta cierto punto.

—Así que te gusta jugar, ¿cierto?

Empezar una frase de esa forma y con un tono tan chulesco, hace que dejes de ser pequeña y te conviertas en Lucifer.

—Así que te divierte ver como menosprecian a tus empleadas, aun sabiendo que no tienen razón, ¿cierto?

Esto ha comenzado a ser una batalla campal. Y diréis, es tu jefe, ¡cállate! Y puede que tengáis razón, pero alguien dijo que más vale morir de pie que vivir arrodillado y no fue mi abuela Lucía, ella diría que más vale cortar cabezas y luego preocuparnos por donde esconderlas y razón no le falta. Ya se sabe que las abuelas son sabias por la experiencia que tienen —y ojo, que hasta donde yo sé mi abuela no ha matado a nadie, pero es probable que ganas no le hayan faltado—.

El señor microbio no pierde la sonrisa y eso me pone más eufórica, porque no miento cuando digo que lo de cortarle la cabeza empieza a parecerme una idea excelente.

Recorre la distancia que nos separa con extrema lentitud, apoderándose del lugar por el que pasa y logrando ser el amo y señor de este despacho.

Y entonces, soy consciente de que no solo ha sido él quien se ha quedado a medias, sino que yo también sufro esa insatisfacción y que mi cuerpo reclama calmar ese deseo que se despertó y que no culminó en un maravillosos orgasmo.

—No —niega—, no me divierte. Al contrario, me pone extremadamente cachondo que te defiendas. Lo que no me ha gustado ha sido ese momento en el que me has dejado con esto —dice sujetando su abultado paquete entre su mano derecha— duro y palpitante.

Y cree que es él quien tiene el poder, cree que tiene la sartén por el mango pero la realidad es que si yo ahora mismo me acercase y le tocase, se derretiría ante mí. Probablemente de la misma manera que yo lo hiciese con él.

Hay reacciones que son involuntarias. Nos enamoramos y nos excitamos con personas

que muchas veces no entran dentro de los cánones que tenemos pensados o de las ideas que nos hemos hecho: rubios, morenos, altos, bajos, ojos verdes… y al final, las personas son las que haces que algo despierte dentro y que sea incontrolable. Algo que escapa de ti misma.

—Llámala —suelto refiriéndome a Astrid—, las malas lenguas dicen que quiere cazarte.

Lo digo con rabia, pero no porque ella tenga unas pretensiones a las que yo aspiro. No. Sino porque la odio por cómo me ha tratado y a él por permitirlo.

—¿Celosa? —pregunta acercándose feroz.

—Ni mucho menos. Tengo al hombre que me proponga.

—Y yo a la mujer que quiera —me rebate con altanería.

—Perfecto.

—Creo que no tenemos absolutamente nada más que hablar. Los temas personales, personales son y eso que ha sucedido en esa escalera ha sido producto de una insatisfacción que ha despertado otra —y con otra, entiendo que se refiere a Astrid.

¿Debería molestarme? Efectivamente me molesta, porque como bien he dicho, los rechazos molestan a cualquiera.

—Perfecto —matizo de nuevo con rabia.

—Teniendo esto claro, es hora de que nos sentemos a trabajar.

Se separa de mí y noto esa bruma de hielo de nuevo, noto que se retrae y que adopta su posición de jefe y hasta cierto punto, de tirano. Lo noto en todo, salvo en su polla, que quiere esconder pero no puede hacerlo.

—Lástima que las reacciones del cuerpo no se controlen y sean esas mismas las que te delatan.

Y vuelvo a sonreír con suficiencia. Dije que esto no iba a quedar así y yo soy de esas personas a las que les gusta cumplir su palabra.

Total, que adoptamos cada una su pose más profesional y nos centramos en la labor que me atañe y que hace que me dé cuenta de que, por lo pronto, no me van a despedir.

—La idea es bastante sencilla, Helena con hable —bufo y rebufo.

—¿Alguna vez le he dicho que odio que me llame así?

—No, pero justamente ese es el motivo de que lo haga.

—Lo cual me hace pensar que le encanta meterse conmigo —afirmo sin ápice de duda.

—Cada mañana me levanto pensando en ello.

—Llevo trabajando en New York Style pocos días —matizo.

—Lo cual me hace confesar, que desde hace varios días no puedo pensar en otra cosa.

Dije que nos habíamos puesto serios, pero no era del todo cierto.

En realidad y si me pongo en modo sincera absoluta y espontánea total, lo insultaría, pero como lo divertido es actuar de la forma en la que el otro se sienta más insatisfecho —y no solo

sexualmente, panda de mentes calenturientas—, creo que lo mejor es callarme y no seguir su juego.

Aunque si analizamos lo anterior, no es tan serio ni tan tosco como quiere aparentar, al contrario, le gusta jugar, como a mí…

¡Nada más que añadir, su señoría!

—No es lo que dijo antes en esa escalera. Creo que fue algo así como que llevaba días queriendo saber cómo era besarme —y lo digo con toda la intención y omitiendo esos pensamientos que me decían que dejase el tema como estaba y no echase más leña al fuego.

—No recuerdo haber dicho nada —me dice cruzándose de brazos.

—Miente.

—¿Quién sabe?

Decido que es el momento de parar, porque no me interesa continuar con este juego del que no voy a obtener nada.

—Volvamos a lo que verdaderamente importa —¿Lo has pillado? ¡Lo que verdaderamente importa! ¡Trabajo! Creo que esperaba seguir con ese jueguecito.

—Tenemos que darle un giro a la revista, un toque divertido, un nuevo toque, y ahí es donde entras tú —corta mi diatriba y se centra en lo profesional.

—¿Me estás llamando payasa? —será una broma, ¿no?

Ahora es el señor microbio quien suspira.

—No. Quiero decir que tú serás la encargada de darle ese toque divertido.

—¿Piensas que soy divertida?

—Pienso que eres inaguantable.

—¡Y que estoy buena! —Simon me mira sorprendido, pero sonríe cuando se da cuenta de que he soltado otra de esas cosas que pienso y no debo verbalizar. ¡Puñetera bocazas que soy!— Corramos un tupido velo —le pido.

—Tienes que escribir una columna semanal sobre el amor.

—¿Amor? ¿En serio? —¿Por qué yo señor? ¿Por qué me haces esto?

—Mal asunto.

—¿Por qué? —Simon se cruza de brazos y me descubro recorriendo su cuerpo. ¡Joder! Está muy bueno, cuando más lo miro más me gusta. Su cuerpo, aclaremos las cosas. Que cuando abre la boca la caga. ¡Como yo a veces! ¿Te callas, conciencia?

—Porque yo soy nula en estos temas. Lo mío no es el amor.

—¿No? ¿Y qué es lo tuyo?

Follar. Lo mío es follar.

—La ropa, los zapatos, mis amigas y amigos… Eso —respondo inocente.

—¿Por qué será que no te creo?

Porque eres más listo de lo que pareces.

—No lo sé —de nuevo intento sonar todo lo casta que se puede esperar de mí.

—Perfecto. Me acabas de dar una idea brillante.

—Me das miedo —confieso.

—Debes escribir una columna sobre cómo conquistar a un hombre.

¿Por qué yo, señor? ¿Por qué me haces esto?

—No creo que pueda hacer eso, no sé conquistar ni a mi frutero para que me sirva la verdura fresca.

—Yo soy el jefe, yo digo lo que hay que hacer. Si no te gusta, coge tus cosas, firma tu documentación y vete.

—No me voy a ir. No te voy a dar esa satisfacción.

—Entonces ya sabes cuál es tu cometido.

¡Matarte! Ese va a ser mi verdadero cometido. Todo empieza a tomar sentido, yo nací para ser la asesina, lo acabo de descubrir.

—Perfecto —verbalizo.

—Publicaremos la columna cada quince días. Tienes tiempo para meditar.

Dicho esto… Se levanta y se dirige a la puerta mientras lo observo con una cara mezcla de *bull dog* y gato estreñido.

—Helena con hache —ya ni me molesto en responder—. Sí, estás muy buena y lamento que no hayas decidido irte de New York Style, de esa manera podría follarte sin pensar que eres mi empleada. Porque me gustaría destrozarte, mucho, demasiado.

Abandona mi despacho sin darme posibilidad a réplica y es entonces cuando creo que sí, que seré capaz de escribir una columna, pero no solo hablaré sobre como conquistar a un hombre, sino como conquistar a un verdadero cabronazo.

CAPÍTULO 10

NOCHES DE FANTASÍA, LAS QUE VIVÍ ¿CON ELLAS?

—Total que he estado pensando que dista demasiado eso que me dijo en el despacho de la realidad, porque besé la punta de su cipote en esas escaleras y luego se pone digno diciéndome que no folla con sus subordinadas, anda que si me la llego a meter en la boca querría verlo yo diciéndome que no y apartándome.

Todo esto lo estoy soltando de esa forma que tanto me gusta, a lo *dramaqueen*, en el bar de copas en el que estamos las chicas y yo, con un Absolut Vodka de frambuesa frente a mí. Guille no ha llegado, viene con retraso por culpa de su amigo. Le dije que trajera a varios y al final resulta que solo había uno disponible. Si está bueno, esto se convertirá en Los Juegos del Hambre.

—Voy a llamar al camarero, creo que necesitamos otra ronda porque has soltado un bombazo sin casi saludar —propone Mia.

—Llevaba días con ganas de hablarlo con ustedes —confieso circunspecta.

—¿Estamos hablando de Simon Baker? ¿El mismo Simon que es mi jefe y al que mi jefa quiere cazar? —esa es Loren, que sigue perpleja ante mi confesión y no le quito la razón de ello.

—¡Dios! Has dicho cipote y he querido romperme los oídos con un taladro percutor—. Esa es Sarah, que no la conocéis mucho, pero ella ahora odia las palabras soeces y ordinarias, esas que yo suelto sin ton ni son y que Mia larga a propósito para hacerla rabiar. Antes no era así, ha cambiado… Loren ya está curada de espanto con lo cual, no le da la misma importancia, para ella es como si de un saludo cordial se tratase. Fijaos hasta el punto en el que lo tiene asimilado, que se ha quedado pasmada con la persona en sí y no con las palabras empleadas para narrarlo.

—No empieces —le advierto—, cuando te pones en plan señorita estrecha no molas —le reprocho.

—No es necesario contar cada historia soltando palabras malsonantes, te van a salir bichos por la boca —me riñe Sarah.

—Bla, bla, bla. Es todo lo que oigo —la imito con las manos, haciendo esos movimientos en los que mis dedos se unen formando una boca, como cuando usas marionetas, ¡así!

Mia y Loren se ríen, pero a Sarah no le ha hecho ninguna gracia.

—Venga, no seas obtusa, siempre tenemos que discutir por mis expresiones. Soy una chica de la calle.

—Y yo una chica con clase —se defiende Sarah.

—Eres una estrecha —bromea Mia.

—Y tú una pelandusca y yo no digo nada —se defiende Sarah.

—¡A ver, chicas! ¡Qué haya paz! —intercede Loren—. Hemos venido a pasarlo bien y no a discutir.

—Siempre nos pasa igual —protesto cruzándome de brazos.

—No, es peor cuando viene su novio —añade Mia—, no nos soporta. Cree que somos una mala influencia para ti y aun no entiendo los motivos —dice dirigiéndose directamente a Sarah—. Si no hay más que vernos para darse cuenta de que somos dulces y angelicales.

—¡Ja! —se mofa Sarah.

—Vale —intervengo—, no somos dulces y angelicales pero hacemos de tu vida una comedia venezolana y lo sabes —cito a nuestro querido Julio Iglesias en sus miles de memes, incluso coloco la mano como hace él y señalo a Sarah con una sonrisa pícara enmarcando mi cara.

Mi teléfono comienza a vibrar sobre la mesa, alargo el cuello cual serpiente viperina y observo en la pantalla que es Guille quien llama.

—Un momento —me disculpo para contestar—. ¿Qué sucede? No me digas que no vienes porque necesito conocer a un tío bueno esta noche y follármelo, a ser posible.

Guille se carcajea al otro lado del aparato y yo sonrío.

Sarah me mira mal y yo vuelvo a hacerle el gesto de Julio Iglesias, del cual me declaro fan absoluto porque ese sí que follaba y lo demás es tontería. Me pregunto si seguirá rindiendo de la misma manera. Estaría bien saberlo, entonces sería el ídolo de media humanidad, en fin, que desvarío.

—Estoy fuera del local, era para saber si habíais llegado, pero por el sonido que escucho a tu alrededor me atrevo a decir que os habéis bebido más de una copa.

—En realidad solo una, pero Mia iba a ir a pedir más, así que aprovecha para llegar antes y así hacerle el pedido al camarero junto con el nuestro.

—Al camarero le hago el pedido yo —grita Mia eufórica—. No lo habéis visto pero está como un queso.

—Tiene pinta de gay —matiza Sarah.

Loren, Mia y yo ponemos los ojos en blanco como muestra de protesta a su comentario. La realidad es que el novio de Sarah sí que parece gay, es más, dudamos que folle con Sarah y si lo hace, cabe la posibilidad de que tenga un cinturón pene en la mesa de noche y lo use Sarah para satisfacerlo, estamos convencidas de que le pide que le diga guarradas al oído y todo, mientras lo empala. Y sí, esas elucubraciones son las que hacemos Mia y yo, junto a Guille, mientras bebemos vodka en el salón de nuestro apartamento.

Cuelgo el teléfono tras explicarle a Guille que nos encontramos en los sillones de color fucsia que hay al fondo del local.

—No vayas a pedir aún, que llega Guille con mi ligue de esta noche —presumo.

—¿Ligue? ¿Alguien me explica qué me he perdido? —se queja Loren.

—No hay mucho que explicar. Tengo un calentón del quince y alguien tiene que apagar

este fuego que tengo entre las piernas —explico.

—¿Está bueno tu jefe?

—¡Cómo un maldito queso! —me apresuro a explicarle a Mia que es la que ha formulado la pregunta—. La parte mala de la historia, es que si abre la boca, la caga.

—No se puede tener todo en la vida —se burla Mia.

—Además de que es tu jefe y que Astrid quiere casarse con él —especifica Loren.

—¿Astrid? ¿Tu jefa? —pregunta Sarah.

—Al final esto va a resultar un auténtico culebrón venezolano —se carcajea Mia.

Alzo la mano al ver a Guille buscándonos entre la marabunta de personas que se arremolinan en mesas y sillones.

Guille ve mi gesto y se acerca con una sonrisa en la cara. Tras él, camina un chico muy guapo. Demasiado guapo diría yo y mi chichi empieza a aplaudir como la flamenca del WhatsApp.

Adopto la actitud de *devorahombres*: recta, saco pecho y sonrío de forma tan amplia que mis labios rozan la raya del pelo —y no exagero ni un ápice—.

Guille se acerca a mí y me abraza por detrás. Demasiado cerca.

—No intentes marcar territorio, tu amigo es guapo y yo necesito mambo.

—Tu chico de esta noche ha llegado —dice apretándome más contra su cuerpo.

—Él —afirmo señalando a su amigo.

—Yo —especifica restregando cebolleta.

El amigo de Guille se coloca entre Loren y Sarah y sonríe abiertamente a Loren.

—¡Mierda! Si has traído a tu amigo y resulta que al final se folla a Loren en vez de a mí, que soy la más necesitada de este grupo, juro que te echo y busco cualquier resquicio legal para romper el contrato de alquiler.

Guille se ríe mientras se coloca a mi lado.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco cuando te digo que soy tu hombre —confiesa serio.

—A ver si me lo voy a terminar creyendo, señor arquitecto.

Coloca su mano en mi muslo y lo aprieta casi que con desespero, o eso es lo que interpreto en su gesto. Guille es mono, es divertido, está follable y es mi amigo, casi que podría decir que es mi mejor amigo —masculino, especifico—, pero no despierta ese fuego que sí que despertó Simon en esas escaleras. Puede que sea por la confianza que tenemos o porque me van los retos, o porque soy una gilipollas, ese puede ser un gran motivo.

—¿Qué pido? —Mia capta nuestra atención y comenzamos a enumerar las bebidas que cada uno quiere.

Los vodkas de frambuesa son los más solicitados. Guille y su, aun anónimo amigo, piden

Bourbon.

—Y dime… ¿cuál es tu nombre? Ya que compartes mesa con nosotras y digo nosotras, porque somos mayoría mujeres, estaría bien saber algo de ti. No sé… nombre, edad, estado civil, dirección, teléfono, profesión… estado civil —repito.

El hasta ahora desconocido amigo de Guille, sonríe y creo que a Loren se le caen las bragas y a mí me palpita la entrepierna — ¡qué comiencen Los Juegos del Hambre!—.

—Soy matemático, soltero y me llamo Alex.

Vale. Inciso, está bueno, es guapo, inteligente y a Loren le gusta. La observo con detalle y la veo con la vista fija en él. Voy a ser de las que muere en la película de mi vida… ¡Dios! Condenada a perder me hallo.

—Al baño —suelto casi que gritando.

Todas me observan bien sin saber qué sucede. Todas menos Mia, que me lee la mente. Somos siamesas, ¿lo he dicho?

—Vamos a criticaros —le confieso al oído a Guille cuando me levanto.

Nos dirigimos de la mano y en fila hacia el servicio, donde solemos tramar nuestros maquiavélicos planes para acabar con el mundo. ¡Es broma! ¡No penséis mal de mí! Cuando dije que mi destino era ser asesina no iba en serio.

—A ver, que me quede claro —digo tirando de Loren y poniéndola frente a mí—, ¿te gusta el bomboncito que ha venido con Guille?

Loren no responde pero sus mejillas sonrosadas me dicen todo lo que necesito saber.

—¡No lo conoces! —protesto indignada.

—¡Tú tampoco! —la defiende Sarah.

—Pero yo solo me lo quiero follar —no hace falta que lo diga así, tal cual, pero es la realidad.

—Puede que ella también —apostilla Mia.

No es que no confíe en las capacidades de *devorahombres* que posee mi amiga Loren, pero no la veo utilizando a los hombres como un trozo de carne por y para el placer.

¡Uyss! ¡Qué mal estoy quedando, por favor! De verdad que es mi amiga y la quiero, palabrita de Dior.

—A ver —intento dejar de parecer una autentica zorra y hacerlas entender mi postura—. Si te gusta yo te lo dejo —Sarah me mira mal, pero obvio su estado—, lo que quiero decir es que yo le había dicho a Guille que trajese a unos amigos para poder abrir mundo —¿pensabais que iba a decir mis piernas? ¡Estáis peor que yo! —pero solo trajo a Alex que es mono, pero si Loren quiere intentar algo, prometo no entrometerme.

—Yo no quiero intentar nada con nadie —explica aun ruborizada.

—Bueno, yo me retiro —a pesar de que Loren dice que no quiere nada con nadie, creo

que este chico le ha gustado, y buena falta de sexo que tiene, no hay más que verle la cara. Astrid la tiene consumida con tantos papeles y tantos informes. Y con su actitud de mierda…

—Al que veo muy interesado en ti es a Guille —Sarah es experta en mermarme el ánimo.

—¿Tu novio te está envenenando la sangre? —pregunto con sorna—. Sabes de sobra que Guille es mi amigo.

—Eso no quita que te esté intentando conquistar.

—Guille y yo siempre estamos así —me defiendo.

—Doy fe de ello. Paso mucho tiempo en su casa y siempre están igual. Deberían follar de una vez —intercede Mia.

—Eso dice él. En fin, volvamos, deben estar pensando en que estamos montando una orgia.

—O que les hacemos brujería en el baño —se burla Mia.

—Loren, todo tuyo —le digo mientras salimos del baño en dirección a los sillones en los que estábamos colocadas.

Loren sonríe tímida y yo aprieto su mano con fuerza y ese gesto es más que suficiente para decirle sin palabras que pase lo que pase, estaré a su lado y la apoyaré, sea con Alex o con fulanito de los palotes.

Esta expresión siempre me ha gustado mucho, mi abuela es experta en usarla: «buenos días, fulanita de los palotes», «buenas noches, fulanita de los palotes». La usa para todo, combina a la perfección, como los zapatos negros o los bolsos de ese color. Yo haría lo mismo con la palabra polla, pero me contengo. Diana en cambio es menos obediente y la usa hasta para pedir en una cafetería… Cosas de la vida.

Recorremos el estrecho pasillo que separa el baño de nuestra mesa y al pasar por la pista de baile me siento observada. Miro hacia varios lugares, intentando localizar a la persona que puede estar analizando mis pasos, pero no veo nada más allá de lo normal: gente bailando, bebiendo, contoneándose al son de la música, riendo, hablando a gritos, gesticulando… Lo típico de los locales de Meatpacking, zona en la que nos encontramos ahora mismo y que está muy de moda.

En Nueva York, como en el resto del mundo, la vida funciona así. Los lugares y locales se ponen de moda por temporadas. Abre un pub nuevo en Broadway o Times Square, incluso en Chelsea y la gente acude en bandada. Luego pasa de moda porque abre otro o porque nos cansamos de lo mismo, porque locales abren aquí a diario y hay donde elegir, ya se sabe, en la variedad está el gusto. Y Nueva York es la ciudad de la pluralidad.

Nosotras tampoco le damos excesiva importancia a las modas. Yo, en particular, no se la doy a nada, ¿me gusta? ¡Lo compro! Esa es una de las mejores filosofías que pude haber adquirido. Las modas están guais y todo ese rollo súper top, pero es mejor vestir, hablar, peinarte

o maquillarte como te de la real gana, supongo que es una de las ventajas de sentirte bien luego. Si tú eres feliz, ¿qué más da lo que piensen los demás? De hecho, existe en España un refrán para ello, «ande yo caliente y ríase la gente». A ver, que yo como filósofa no me podría ganar la vida, como terapeuta tampoco porque no siempre doy buenos consejos, pero a veces me pongo seria y consigo decir cosas que luego se pueden aprovechar o que valen la pena.

—Voy a tener que ponerme seria para escribir la nueva columna. No voy a poder hablar sobre banalidades ni decir que los hombres mejor usarlos y tirarlos… —confieso en voz alta pensando en todo esto que ahora mismo razonaba mientras tomaba asiento de nuevo en nuestra mesa, al lado de Guille.

—Ya de decir ese tipo de cosas se encarga Diana —explica Sarah.

—¿La sigues? —pregunto atónita.

—¿Quién no? —apostilla Mia—. Tu hermana dice verdades como puños.

No es que yo sea mala hermana, que tras lo que voy a confesar puede que lo penséis y no me extrañaría, pero evito leer los consejos que da mi hermana en su blog, porque a veces me hace pensar. No es que yo no crea en el amor y en todos esos estados de locura transitoria que producen esas mariposas que deberíamos asesinar sin piedad, pero tampoco creo en que no exista. Supongo que soy de esas, que espera algún día encontrar a alguien que me haga reír, que me haga reír tanto que siempre quiera reírme con él. Y follar, follar también. Pues eso…

—Hasta yo la leo —revela Guille con una amplia sonrisa.

—Matadme —mi «yo» más melodramática sale a la luz, pero no para dejarme en evidencia, ¿verdad?—. Matadme y acabad con mi sufrimiento —repito con más énfasis.

Alex se ríe a mandíbula batiente y me sorprende, porque hasta ahora se ha comportado como un mueble. Hasta este momento, creía que la mejor decisión es esa de habérselo dejado a Loren porque mucho sentido del humor no es que le viese al susodicho. Y ya sabéis lo que dije, quiero a alguien que me haga reír —y que me folle como si no hubiese un mañana, eso también, sí—.

—Yo no la leo —nos cuenta Sarah.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Eres una petarda —me reprocha.

Alzo los hombros en señal de indiferencia, en realidad me da igual. Sarah y yo siempre estamos un poco así, con este tira y afloja, aunque ambas somos perfectamente conscientes de que si nos necesitamos, por el motivo o suceso que sea, estaremos ahí.

Sarah y yo nos conocimos hace unos años, aún no salía con el muermo que tiene por novio. Ella trabajaba en una boutique muy chula que estaba cerca de la universidad. Es mayor que yo, en realidad, es la mayor del grupo, a veces incluso bromeamos sobre su estado civil y su escasez de pequeños correteando entre sus faldas —porque sí, es de esa que viste con falda,

stilettos y camisas de botones—. Cuando he estado en su casa y la he visto en pijama, he tenido que frotarme los ojos en varias ocasiones por si era un espejismo de esos del desierto pero en plena ciudad, porque cambia sustancialmente.

Supongo que eso también nos pasa a las personas, somos cambiantes, como los hombres lobo y todas las razas esas que supuestamente cambian con la luna llena o con la lluvia, yo de mitología y seres sobrenaturales poco sé, tampoco me aventuraría a decir que he hecho un buen símil, pero el fin de todo este rollo que suelto, es que las personas cambiamos y nos adaptamos a las adversidades y a las situaciones que se nos plantean. Creemos que no podemos, que será nuestro último día en la Tierra —hasta en estos momentos me pongo muy *dramaqueen*— pero porque nos cegamos y no vemos que todo pasa, que la vida son putas fases, que llegan y tal cual aparecen se van y luego llegan otras, como la personas, ¿no os ha pasado? Unas veces os sentís muy unidas a alguien y al tiempo, te das cuenta de que ha pasado, has avanzado y ha llegado otra persona. O no… Porque también hay personas que llegan y se quedan…

—¿Y en qué consiste esa columna? No sabía que fueses escritora… —Alex interviene, pero no de la forma en la que mi pepitilla quiere, no, sino serio y eficiente.

—Ante todo, quiero aclarar que no soy escritora. Soy periodista, pero hasta ahora no se me ha dado nada bien escribir, y si no que se lo digan a mi padre, que ha querido durante años que le escriba las felicitaciones navideñas para los amigos que tiene en España y mi discurso se resumía a ese aburrido mensaje de «Feliz Navidad y Próspero Año Nuevo», a veces, cuando estaba algo más inspirada añadía un «no te atragantes con las uvas», pero ya está.

—¿Y cómo has acabado escribiendo una columna? —la cara de sorpresa de Alex es, como poco, abrumadora.

—Aún no ha escrito nada —se mofa Sarah.

—Pero lo hará —me defiende mi siamesa.

—Supuestamente —le explico a Alex tras lanzarle un beso a Mia y otro a Sarah, aunque ésta no se lo merezca—, tengo que escribir una columna sobre como conquistar a un hombre.

—¡Vaya! ¿Tienes pareja?

Niego con la cabeza.

—Porque no quiere —especifica Guille.

—Soy muy selectiva —me justifico irónica.

—Llevo esperando por ella años, pero no hay manera —confiesa Guille.

—Nunca saldría contigo, Guille.

—Ya, me tienes mucha estima, ¿no?

—¿Insinúas que no soy suficiente para ti y por eso es por lo que no salgo contigo?

—¡Se pica por todo! —Ahora es Guille quien se pone melodramático—. La realidad es que yo lo único que quiero es follar con ella, pero es una estrecha.

—Tampoco follaría contigo —y que conste que lo he pensado mil veces, pero también puedo ser súper racional cuando quiero—, ya sabes lo que dicen: «donde tienes la olla, no metas la polla».

—Pues aplícate eso con Simon —Loren, siempre tan comedida, serena, responsable y tan capaz de decirte lo que tu conciencia te susurra y tu acallas con vodkas...

—¿Simon? —inquiere Guille—, ¿Simon, tu jefe?

—¡Bocazas! —le recrimino a Loren, que hasta ahora no ha hablado, pero lo hace justo cuando no debe.

—¿Qué me he perdido? —cuestiona Guille de nuevo observándome con atención.

—Nada, solo que estoy algo… ¿cómo llamarlo? Necesitada —finalizo recordando de nuevo lo sucedido en esas escaleras, que para mí, jamás volverán a ser escaleras de emergencia y pasarán a ser escaleras «incendiarias». Y lo digo con conocimiento de causa.

—¿Por eso he escuchado gemidos en tu habitación esta semana?

Me tapo los ojos con ambas manos en un vano intento de que dejen de observarme diez pares de ojos y algunos sonrían canallas. Esto último lo digo por Mia, Sarah y Guille que saben que no tengo vergüenza, pero tampoco me gusta reconocer abiertamente y delante de toda esta tropa de gente, que he tenido que masturbarme en repetidas ocasiones.

—¿Qué? —adopto una pose chulesca para defenderme—. Una tiene sus necesidades, ¿acaso ustedes no lo hacéis? Dicen que es muy sano y bueno para la piel.

—Pero no gemimos como si estuviésemos viendo una peli porno a un volumen excesivamente inadecuado —explica Mia como si hubiese estado ella allí presente.

—Tampoco te pases —la reprendo.

—Si necesitabas que te apagasen el fuego ese, a mí no me habría importado hacerlo. Sabes que mi polla y yo estamos siempre predispuestas a ayudaros, somos una verdadera ONG.

Le hago una doble peineta a Guille, es como una peineta normal, pero a dos manos. A veces intento hacerlas con los pies, pero ahora mismo tengo unos tacones de vértigo y si saco mis pies de esos zapatos tan altos hay dos opciones posibles: que apesten o que no pueda volver a meterlos, puede que las dos se den a la misma vez. Así que me limito a hacerla con mis manos, moverlas hacia arriba y abajo alternando ambas manos y reír abiertamente por la proeza.

Guille, tal y como es él, me sujeta entre sus brazos y me presiona contra su pecho. Los demás nos miran sonrientes y sé lo que piensan: estos dos acabarán juntos… Pues no sé, pero lo dudo.

—Buenas noches.

La risa que me acompañaba en este instante, se corta al reconocer la voz. Creo que no soy la única que se ha quedado seria, porque el gesto es el mismo en la cara de mis amigas, todas ellas saben quién es aún sin saberlo.

—Bue… Buen… Buenas noches, señor Baker.

CAPÍTULO 11

SE ME LENGUA LA TRABA

Ahora lo entiendo todo. O no, y simplemente es que estoy loca como una cabra. Que bien podría ser, ¡para qué mentir!

Hace un rato, cuando regresaba del servicio con las chicas, me sentí observada… ¿Y si era él quien me miraba? ¿Es cierto eso que dicen de que podemos notar cuando «alguien» nos mira? No suelo creer en ese tipo de cosas… Eso de las miradas, de sentirte rara cuando hay alguien cerca con el que compartes energía… Esas cosas son puro cuento chino, ¿o no? ¡Ay, madre! Me hago un lío yo sola…

—Buenas noches —responde Sarah disciplente.

—Buenas noches —prosigue Loren, con ese tono de niña pija del Soho que da asco.

—Holi —esa es Mia, que es todo lo opuesto a las otras dos…

Guille mueble la cabeza sin soltarme y Alex simplemente sonríe.

—¿Podemos hablar un momento? —pregunta Simon mirando con fijeza como me tiene sujeta Guille.

Quiero decirle que no, porque no me apetece, porque se comporta como un cabrón y por encima de todo, porque no me gustan los tíos que se creen superiores a nadie, por muy buenos que estén, por muy cachonda que me pongan y por muy buen rabo que tengan. ¡Hala! ¡Ya lo he soltado! Que a gusto me he quedado, oye…

—Solo un momento —le advierto.

Me incorporo con seguridad, bajo mi falda, que se había arremolinado a mitad de mis muslos, y me apresuro a ir hasta donde se encuentra mi jefe.

—Rubia —Guille me llama y tira de mi brazo antes de alejarme de él—. Si me necesitas, silba.

—No sé silbar —bromeo restándole importancia al gesto.

—Pues grita —sonríe.

—Eso sí que sé hacerlo —le guiño un ojo y me encamino hasta Simon que me observa con cara de perro hambriento y recién bañado.

Coloca su mano en la parte baja de mi espalda y me empuja con seguridad. Caminamos entre las personas que bailan con las copas en alto en el local. No decimos absolutamente nada hasta que llegamos a una puerta.

—Las damas primero.

—Puede que entonces debas pasar antes tú —le digo mientras extiendo mi mano para cederle el paso.

Finalmente subimos unas escaleras de caracol y sonrío al pensar que está observando mi culo, porque al final claudiqué y subí delante. Mis nalgas dan palmadas al saber que esta falda en

concreto me favorece y que su cuerpo debe estar sufriendo por ello si es la mitad de perverso que mi mente.

—Tú dirás —suelto nada más cerrar la puerta que acabamos de cruzar y se encuentra al final de la escalera.

Me giro para observar y analizar con detenimiento lo que nos rodea. Es un reservado. Obvio. No hay que ser demasiado perspicaz. Es como el resto del local, pero en pequeño, sin agobio, sin olor a sudor y otras mezclas de ANI —Aromas No Identificados— que tenemos que soportar los plebeyos, que como yo, no podemos permitirnos este tipo de cosas.

—No sabía que tenías un reservado—. No dejo que responda a mi primer comentario, me gusta chincharlo, ¿se nota?

—No es mío. Pero sí es cierto que me gusta disfrutar de cierta calma cuando salgo.

—Es lo que tiene cuando eres un niño rico —declaro sin delicadeza.

—No soy un niño rico.

—Ah, ¿no? ¿Y esto qué es? ¡No me lo digas! Es un holograma de esos…

—¿Te tragaste un payaso cuando eras pequeña? —me pregunta con el rictus serio.

—No, ¿te caíste de la cama cuando eras pequeño, te diste un golpe y te quedaste medio tonto?

¡Para chulo tú, chula yo!

—Pues sí me caí de la cama, pero eso no hizo más que intensificar mi mal carácter.

—Tu madre debería haberte castigado más a menudo.

—Mi madre se fue hace años. Rehízo su vida y ahora vive en Francia.

¡Hostias!

—Soy una bocazas —me justifico. Me siento hasta un poco mal.

—Sí que lo eres, desde que te conocí tengo ganas de ponerte un maldito esparadrapo y taparte la boca.

¿Dije que me sentía un poco mal? ¡Lo retiro!

—Y si es así, ¿por qué me contrataste?

—Ya te lo he dicho, porque creo que toda esa verborrea que posees puede ser un gran aliado en el nuevo proyecto que quiero para la revista.

Me señala uno de los sofás de color fucsia y me invita a sentarme con ese sencillo gesto.

Me ubico en un lateral, apoyada en un reposabrazos bastante mullido y me coloco de lado para tener una amplia visión de mi jefe.

—¿Es una reunión de trabajo? No es que no quiera hablar con usted sobre trabajo e incluso entiendo que pueda tener dudas sobre mis aptitudes para desempeñar ese cometido que me ha asignado, pero entienda que es mi noche, mi tiempo libre, mis amigos están ahí abajo y nos proponíamos pasar una noche, como poco, inolvidable —decido tomar cierta distancia y

dejar de tutearlo.

—Me di cuenta de lo inolvidable que quiere que sea su noche junto a ese hombre.

En este momento, si el señor microbio pudiese escupir fuego acompañando alguna de esas palabras que ha pronunciado, «hombre» llevaría triple de brasas.

—¿Y? —No pienso afirmar ni desmentir nada.

—Pues que podría ir a un sitio más íntimo para ello.

—¿A unas escaleras de emergencia, por ejemplo?

¡Vale! Tenía que soltarlo, sabéis que no soy una especialista en callar y mantener las formas, estoy bastante más cerca de los antónimos a esas aptitudes.

Simon tuerce el gesto, no le ha gustado mi respuesta.

—Ya sabes lo que pienso con respecto a eso. Me equivoqué.

—Ya, me dejó bastante claro que no se acuesta con empleadas. Aunque dudo mucho que lo haya cumplido con Astrid —mejor no excederme en las confianzas, aunque haya besado la punta de su polla esta misma semana y haya fantaseado con culminar lo que empezamos en repetidas ocasiones mientras hacía uso y disfrute de mi *vibramigo*.

—¿Ya no me tuteas?

—Usted es mi jefe y yo soy su empleada. ¿No es eso lo que pretende dejarme claro? Es más, ya me ha quedado suficientemente claro —¡Cállate! ¡Que sí que es así! No me digas lo contrario, ¡ehh!

—Me complace que así sea.

Cabronazo. Maldigo, maldigo mucho y muy feo, tan feo que me pueden censurar.

—¿Me puede explicar cuál es el jodido motivo para que me haya traído hasta aquí? —Me pongo en pie, pero en esta ocasión no bajo mi falda, lo hago aposta para fastidiarlo, y lo consigo, lo sé, porque su mirada está centrada en mis piernas.

—Pues… Pues…

—¿Se le traba la lengua? —sonrío victoriosa mientras me encamino hacia la salida.

Sujeto entre mis manos el picaporte de la puerta y me dispongo a abandonar el reservado. La mano de Simon Baker impacta contra la fría madera y la puerta se cierra con ímpetu y fuerza.

—Espera.

Me giro llena de enfado y decido encararlo. No es mi jefe, aquí y ahora no lo es.

—No me diga lo que tengo que hacer. No es mi jefe, aquí no lo es —repito mi discurso mental, solo que en esta ocasión lo digo sin condescendencia alguna y con cierto punto de disgusto tiñendo mis palabras.

—Es cierto…

—¿Qué es cierto? —no entiendo nada, ¿me está dando la razón?

—Que aquí y ahora no soy tu jefe.

—No, no lo es. Haré y diré lo que me dé la gana —¡Joder! Qué orgullosa estaría mi abuela Lucía de lo vanidosa que soy, con lo que nos ha costado a las mujeres llegar al punto ese en el que nosotras decidimos y somos dueñas de nuestras decisiones… ¡Lo sé! ¡Lo sé! En las próximas elecciones a la Casa Blanca me presentaré, mejor yo que Donald Trump, que quiere hacer miles de locuras. Las mías por lo menos serás súper divertidas y emocionantes. Instauraré el día sin sujetador y, además, podremos ir en pantuflas por la calle, ¿a qué molaría?

En mi mente suena genial, pero ahora mismo creo que puede que yo tampoco esté muy bien de la azotea.

—¡Ay! Helena con hache…

—¡Y odio que me llame así! —le reprocho. Total, ya de perdidos, al río.

—¿Sí? ¿Estás segura? —me rebate.

—¿Se ha dado cuenta de que estamos discutiendo con una cercanía demasiado inapropiada?

—¿Crees que es innecesaria? —dice aproximándose aún más a mí.

—Lo… Lo… Lo cre… Lo creo.

«¡Maldita sea! No tartamudees, no le des carnaza al enemigo. Necesito que espabiles». Todo esto es una conversación de mi cerebro a mi lengua, ya veis que bien estoy de la cabeza.

—Pues aléjate —me reta.

—Aléjate tú —le digo acercándome aún más. Que yo me pico por cualquier cosa. Dime que no lo haga y me falta tiempo para hacerlo.

Simon sonríe victorioso, puede que haya captado atisbos de mi forma de ser o puede que se crea el ganador de este juego absurdo al que nos estamos dedicando en cuerpo y alma desde que nos conocemos. Y está de más contaros, que voy a ganar.

—No tengo la menor intención de ello.

—Pues yo tampoco —respondo llena de altanería.

Estamos tan jodidamente cerca que nuestras respiraciones se entremezclan. La tensión sexual entre nosotros es palpable y yo estoy al borde del colapso vaginal.

No es que no me guste reconocer las verdades o claudicar sobre ellas, pero me cuesta asimilar que este hombre que se comporta como un capullo, me ponga mala, mala. Dispara mis terminaciones nerviosas y despierta mi imaginación.

—¿Qué pasa si te beso?

Su voz es tan extremadamente ronca, que no soy capaz de contener el escalofrío que recorre mi espalda y que se culmina en mi entrepierna palpitando.

—No… No… No lo… —«arranca de una vez Helena»—. No lo permitiría —¡Bien!

—¿Qué pasa si te beso aquí?

Coloca sus labios en mi mejilla y ese escalofrío se convierte en una convulsión de la que

ambos somos conscientes.

—No… —No soy capaz de hablar, con la verborrea que tengo y me ha dejado sin palabras.

—¿Y si coloco mis labios aquí? —Esta vez presiona su erección contra mi abdomen y mi cuerpo toca la fría madera de la puerta mientras sus labios reposan sobre mi cuello. Lo he ladeado facilitándole la labor casi sin darme cuenta del gesto.

Gimo. Fuerte. Intenso. Profundo.

—¡Joder! —El exabrupto escapa de mi boca de la misma forma que mi cuello se ha ladeado anteriormente: sin poder contenerlo.

—Helena con hache… Nadie jamás te va a besar como yo.

Y sabéis de sobra que odio que me llame así, que use mi nombre a su antojo, que me vacile, pero en este momento, en este maldito instante, solo deseo que me bese, que me bese y arrase con todo, con fuerza, con ímpetu, con pasión. Que se olvide que de que soy una bocazas y yo olvidarme de que es un capullo integral. Solo quiero descubrir si es cierto, si una vez Simon Baker me bese, nadie jamás logrará provocar ese efecto de nuevo sobre mí.

—Hazlo —le reto con la poca fuerza que me queda—. Hazlo de una maldita vez.

—Hazlo tú.

—¿Estás jugando conmigo, Simon Baker?

—Estoy explorando tus límites, Helena Miller.

Ese escalofrío que me ha recorrido, esa sacudida que mi cuerpo ha disimulado con estoicidad se ha convertido en puro fuego, en deseo, en un frenesí irrefrenable.

—No me beses —le pido con la voz entrecortada.

Simon aleja su rostro del mío lo justo para poder mirarme directamente a los ojos y entorna una ceja dubitativo.

—¿Por qué?

—Porque si algo tengo claro en esta vida, es que yo sí que marcaré un antes y un después en tus labios. Jamás nadie te besará como lo hago yo, Simon Baker.

Lo sujeto por las solapas de su chaqueta sin darle opción a réplica. Mis labios se apoderan de los suyos y se hacen con el control de todo: del reservado, del aire que nos rodea, de nuestras lenguas jugando sin delicadeza alguna. No, no es un beso tierno, no es un beso lleno de matices cariñosos, es un beso de esos que hacen que tu cuerpo deje de pensar y solo reaccione, como la mecha de un fuego artificial al ser prendido por la llama, porque una vez entran en contacto no hay vuelta atrás, porque una vez nuestras bocas se han probado, puede que no haya retorno.

Porque tiene razón y puede que nadie me bese como besa él.

Porque tengo razón y nadie jamás lo besará como lo estoy besando yo.

Porque me gusta jugar con fuego.
Porque me encanta quemarme.

CAPÍTULO 12

¿QUÉ PASARÁ? ¿QUÉ MISTERIOS HABRÁ?

—Tengo que irme —mi voz entrecortada es una perfecta muestra de cómo me encuentro. Lo he besado, sin delicadeza, con ímpetu y ansias y él ha respondido, tal y como yo esperaba, aumentando mis expectativas sobre esta conexión que llega a límites tan irracionales.

—No te vayas —dice colocando su frente sobre la mía—. No lo hagas, no huyas de nuevo…

—No puedo —murmullo.

Me encantaría poder decirle que no me gustan las complicaciones y que él tiene todas las papeletas para serlo. Me gusta mi vida, me gusta tener el control sobre ella y no me gustan los juegos. Pero con Simon, me da la sensación de que sería bastante más complejo, por varias razones además; una de ellas, es que es mi jefe, otra de ellas, es que no lo conozco, aunque nunca he necesitado conocer a nadie para follar, pero claro, nunca se ha dado el caso de querer follar con mi jefe, porque Stephen es muy buena persona pero hace que mi libido desaparezca tan rápido como desaparece el olor del desodorante Lancaster, que es muy caro pero dura lo mismo que un suspiro. Pues a lo que iba, que me enrollo, que Simon Baker, alias el señor microbio, es una complicación con piernas —tres piernas para ser más específica— y de verdad que me apetece, pero ¿cuánto llevo trabajando? ¿Dos semanas? ¿Diez días? Y además está el asunto de Astrid que no sé qué pinta y si es que pinta algo o si hay por ahí otra mujer… Todo son incógnitas en esta ecuación.

—No puedo. Eres mi jefe.

—Hasta hace un escaso momento no lo era.

—Pero el lunes volverás a serlo y yo no sabré mirarte a la cara si follamos.

—Me gusta esa palabra en tu boca. Me gusta todo lo que sale de ella.

—¿Todo? ¿Mi verborrea incesante también?

Simon se carcajea y me contagia su buen humor.

—Eso no —finaliza sonriendo.

—Sabes que sí.

Vale. Estamos coqueteando, yo estoy coqueteando mucho y me estoy olvidando de que hace dos escasos segundos pensaba que todo esto era una mala idea.

—¿Puedo hacer algo para que no te vayas? —pregunta adelantándose a mi siguiente frase. Niego mientras me giro de nuevo—. Nos veremos el lunes, Helena con hache ¡Pórtate bien!

—Tranquilo, jefe. Me portaré tan bien como usted espera de mí.

Le guiño un ojo mientas salgo del despacho, me contoneo de forma inadecuada para provocarlo y me giro para verlo sonreír.

Este Simon Baker me gusta. Este Simon Baker dispara mi imaginación.

Paso por el servicio antes de regresar a la mesa, porque nos hemos besado y no hay que ser demasiado inteligente para darme cuenta de que me van a analizar en profundidad y me van a someter a un tercer grado. ¡Y a ver qué les digo! Tengo que pensar antes de hablar. Porque soy mucho de cagarla y no estaría bien delante de desconocidos. Aunque por desconocido hablo de Alex, que al ni le va ni le viene toda esta historia. Es más, probablemente se las traiga al pairo.

Borro todo rastro de nuestro beso y me encamino a la mesa con decisión. Guille es el primero en verme y me sonríe. Mia, Sarah y Loren giran el cuello cual suricato en la selva y fijan su vista en mí. Me están haciendo una radiografía integral. Lo sé, las conozco bien, porque yo haría exactamente eso si fuese cualquiera de ellas la que se acaba de ir con su jefe, más sabiendo lo que saben sobre ciertas escaleras de emergencia.

—¡He vuelto! ¿Me habéis echado de menos?

—Yo sí —dice Guille mientras me recuesta de nuevo en su pecho—. ¿Todo bien?

—Todo bien.

—¿Qué ha pasado? Mola mucho eso de que Guille no pregunte, pero nosotras queremos saber —Explica Sarah.

—Rectifico: queremos todos los detalles —apostilla Mia.

Miro a Alex, que parece tener su atención centrada en Loren. Al final resulta que aquí hay tema que te quemas.

—Lo he besado.

¿Os acordáis que hace escasos minutos hablaba sobre no sé qué rollo de que soy mucho de cagarla y tal? Pues para muestra, un botón.

—¿Perdona? —ese tema que te quemas de Loren ha sido relegado a un segundo plano y ahora lo primero y más importante en su lista es saber qué ha pasado o qué se ha perdido, teniendo en cuenta que echaba pestes por la boca de él hasta hace nada.

—A ver, que lo sigo odiando y todo eso, pero me ha picado y yo no soy de piedra.

—Vale. Es el momento de que me digas qué hace él que yo no hago, para que lo beses a conciencia y a mí me besaras borracha o te besara borracho yo a ti y no quieras repetir —Guille entra en ese bucle de victimismo del que a veces dudo de la veracidad de la broma o de la realidad de sus palabras, ya sabéis eso que se cuenta por ahí: «entre broma y broma, toma que toma».

—Pues no lo sé… Pero lo he besado.

Noto de nuevo esa mirada sobre mí y observo el local a sabiendas de que es él. Se encamina hacia la salida, ¡hora de irse! Lo veo avanzar mirándome con intensidad y percibo un pequeño guiño en su mirada. Mi entrepierna palpita de nuevo. Esto no lo calma mi *vibramigo*, lo puedo jurar y perjurar desde ya y nada tiene que ver lo *dramaqueen* que soy.

—Ahí se va tu príncipe azul —Mia me quiere chinchar, lo sé, porque yo hago lo mismo con cada tío que folla y repite, porque ella no es mucho de repetir, ya no. Como os dije, es como Guille, se parecen mucho, pero ninguno de los dos quiere nada con el otro. No sé si es miedo a quedar mal, porque van de folladores por la vida o es que no se ponen *burracos* el uno al otro. Aunque si analizamos todos estos factores, Mia está muy buena, me pone hasta a mí, si me gustaran los *chochetes*, me la follaría, lástima que me vayan los rabos. Y aunque Guille tenga uno y de tamaño considerable, no termina de encenderme. Puede que a Mia le pase igual. Tendré que hablarlo con ella, delante de una copa, a ser posible. Estas cosas mejor hablarlas con alcohol, son de tal trascendencia que una copa bien lo vale, por si hay que brindar u organizar una boda…

—Habla chucho que no te escucho, habla chucho que no te escucho…

—¡Oye! Qué madura pareces. Loren, ¿estás segura de que ella es la más indicada para la vacante que has comentado? Te lo digo, porque tendrás una reputación que mantener y dudo que quieras que la eche por tierra una niñata de las narices.

—¡No te pases, perra! —me defiendo.

—Tu abuela te enseña muchas palabrotas —me recrimina Sarah.

—Mi abuela debería hablar contigo también y enseñarte alguna que otra, porque estás siempre como si tuvieras un palo metido por el culo —Y lo he dicho.

Mia abre los ojos.

Loren abre los ojos.

Alex carraspea.

Guille mira hacia otro lado.

Yo he dejado de mirar la salida y me he perdido como sale ese hombre al que los trajes le sientan de muerte y besa como un verdadero tsunami de emociones.

Todo eso sin analizar en profundidad lo que acabo de soltar por la boca.

—Me voy —se despide Sarah cogiendo su bolso con decisión.

Y no es para menos teniendo en cuenta la que acabo de liar.

—Perdona, Sarah. ¡Joder! —mascullo mientras la veo salir del local con celeridad.

Cojo el bolso y me voy tras ella.

—Tengo que ir con ella. Lo siento.

Le lanzo un beso a Guille y le guiño un ojo. Nos vamos a ver luego y sé que no me va a dejar dormir hasta hacerme un tercer grado sobre la noche completita que llevo.

—¡Sarah! ¡Sarah, espera! —Salgo del local y el frío de la noche me hace estremecer—. ¡Sarah! —mi amiga ni siquiera se toma la molestia de girarse. Está enfadada—. Perdona, no quería decir eso. En realidad, sí quería decirlo, pero no de esa forma. Sarah, es que te has vuelto muy sosa y muy seria —me sitúo a su altura y ella sigue caminando sin dirigirme una triste mirada. Veo el humo salir de sus orejas, pero ella es así, se lo calla y no dice nada. Con su vida

en general es así—. ¿Puedes parar un momento y escucharme? Me es imposible seguir tu ritmo con estos tacones —miro mis zapatos de diez centímetros y pienso cuánto echo de menos mis All Stars o mis pantuflas, esas que pondré de moda cuando sea presidenta de la Casa Blanca.

—¿Para qué quieres que pare? ¿Para soltarme otra de tus mierdas? ¿Estás segura de que somos amigas? Porque para amigas como tú, prefiero enemigas.

¡Toma dardo envenenado! Y que conste que me lo merezco.

—Perdona —claudico—. Sarah, tienes que reconocer que eres rara. No te gustan las palabrotas, no dices nada fuera de lugar ni en un tono inadecuado, nunca te veo con un pelo mal colocado… Empiezo a dudar que seas humana y no una raza beta que en unos años nos convertirá en sus súbditos y tendremos que actuar como simples criados.

—Empiezas a desvariar de nuevo.

—Defecto genético, aun no sé si por mi padre o por mi madre. Puede que por ambos. Ya sabes, Dios los cría y ellos se juntan.

—Deliras de nuevo —suelta sin más.

—Sé que te gusta.

—Yo no tengo ningún problema contigo —me explica mientras continúa caminando—. No parece que sea igual por tu parte.

—No tengo ningún problema, simplemente quiero que seas más tú. Yo sé que debajo de esa fachada se esconde una chica rebelde que no sale por algún motivo —omito que sea su novio el motivo, ya bastante caña le he dado por hoy, pero lo pienso, ehh, que conste que lo pienso.

—Lo que me faltaba es que ahora te creas con derechos de salvarme. ¡Entiéndelo de una vez, Helena! Soy yo, Sarah Williams. Soy quién quiero ser y punto. ¿Quién eres tú? Porque mi amiga no. No eres la Helena que yo creía que eras.

—No, Sarah, te equivocas. Soy Helena Miller, la misma Helena que conociste hace años en aquella cafetería cuando entraste a buscar tu desayuno. La misma que te atendía y te sonreía cuando te veía triste, la misma que está aquí delante. Sé que las verdades duelen, pero ya no eres la misma, ya no eres esa chica sonriente, esa que seguía una broma o que se embarcaba en cualquier aventura por muy loca que fuese, eres otra. Yo quiero a la Sarah de ese entonces.

—Esa Sarah no existe.

—Sí existe, pero te empeñas en esconderla.

—De esa Sarah no queda nada —confiesa cabizbaja.

—¿Por qué?

—Porque murió hace años. Los mismos que…

No termina, pero no hace falta… Yo tengo la repuesta: los mismos que hace que Chris apareció en su vida.

Me quedo plantada en una acera cualquiera de la trece con Washington, viendo como mi

amiga coge un taxi para regresar a su casa. Pasa por mi lado sin siquiera mirarme. Su cabeza está gacha. La imagino jugando con sus dedos y pensando en lo que acaba de suceder entre nosotras.

Podéis pensar lo que queráis, pero esa Sarah que conocí, esa que dista mucho de la que es hoy, volverá, porque las personas no cambian y tarde o temprano vuelven al punto exacto en el que son como quieren ser. Y yo quiero que Sarah sea así, que sea ella y solo ella, y que decida su destino. Helena Miller estará aquí esperándola con los brazos abiertos.

Decido que lo mejor es imitar el gesto de mi amiga y coger un taxi, porque caminar a estas horas por la ciudad no es una de las mejores decisiones, tampoco lo es caminar con estos zapatos de vértigo. Preciosos son y estilizan un rato, pero nada más.

Tras pagar cincuenta dólares por un trayecto que en el metro me habría costado dos dólares con cincuenta centavos, me cambia hasta el humor. Tengo que empezar a ser algo más positiva como lo es Loren, ella me soltaría un discurso motivador sobre que los taxistas deben sobrevivir y que he invertido el dinero en la economía neoyorkina, a mí, a priori, no me ayuda mucho a sentirme mejor, pero tal y como Loren cuenta este tipo de cosas, al final, le daría la razón. La parte positiva es que ha sido más rápido que en metro y me ha dejado en la misma puerta de mi casa.

Subo hasta mi piso y entro intentando hacer el mínimo ruido posible, por si Guille está durmiendo o si se trajo compañía. No he estado ausente mucho tiempo, pero él es tan rápido como Billy el Niño.

Me quito los zapatos y los dejo al lado de la puerta y la luz se enciende.

—¡Ahh! —Grito llevándome la mano al pecho presa de los nervios—. ¡Joder, Guille! Que por un momento pensé que era el de la máscara esa blanca y me esperaba con un cuchillo del tamaño de mi brazo para degollarme. Me veía corriendo escaleras abajo sin zapatos y bien sabes que esas escaleras no están demasiado limpias pero en esas situaciones no hay tiempo para esperar al ascensor que los asesinos son veloces.

—Deberías dejar de ver Scream y empezar a ver Game Of Thrones.

—Paso, prefiero las pelis de miedo que me hacen reír de lo malas que son.

—Así te va, que en vez de pensar que es tu compañero de piso el que enciende la luz, ves más lógica a un asesino con máscara y un saco negro.

—Pues también es verdad —concedo.

—Vamos a la cocina, tomemos algo y me cuentas todo lo que ha pasado hoy, porque ha sido mucho.

—Sí, papá —bromeo.

—Dudo que tu padre quiera follarte tan fuerte y tan duro como me gustaría hacerlo a mí.

Me quedo plantada frente a él y trago ese nudo que se acaba de formar en mi garganta.

—A veces me asustas —confieso.

—Hasta yo mismo me tengo miedo —dice tirando de mi mano—. Y que conste que te follaría fuerte y duro, pero me da que no te apetece.

—Según mi agenda, hoy no me toca —me burlo.

—En la mía tampoco, aparece algo sobre escuchar las mierdas y cagadas de mi compañera de piso.

—Ja, ja.

—Cuando quiero soy gracioso.

—Tienes la capacidad de hacer una broma dos segundos después de haberme hecho una propuesta indecente.

—Soy todo un partido, no como ese jefe tuyo.

Lo observo meter las dos tazas en el microondas llenas de agua y me doy cuenta de que soy muy afortunada por tener a Guille en mi vida.

—Oye, Guille, ¿crees que algún día encontrarás a una mujer que logre atarte?

—Tú siempre me estás dando calabazas, si me dijeras que sí, me casaría contigo —bromea mientras saca del armario dos sobres de té de frutos rojos.

—¿Eso es afrodisíaco? Mira que ya bastante calentón tengo como para que me des algo que lo intensifique.

—Tranquila, si quieres te susurro al oído guarradas mientras te masturbas con mi voz.

—No, gracias.

—Estrecha —se mofa.

—Putón verbenero.

—Eso sí que es español.

—*Made in* abuela Lucía.

Cojo mi taza y me la llevo al salón. Guille me sigue. Ambos estamos descalzos.

—Oye, Guille, te toca fregar el suelo esta semana. No te queda más que mañana. Creo que acabo de pisar algo asqueroso.

—Voy a contratar a alguien que me ayude en mi semana.

—Puto niño rico.

—Trabajador… —matiza.

—Puto arquitecto niño rico que dice que trabaja —me corrijo.

Guille comienza a hacerme cosquillas y yo me río alto, muy alto, porque estas cosas me cuesta controlarlas.

—¡Para! ¡Para! —todo eso entre carcajadas y moviendo la cabeza como una loca—. ¡Basta! ¡Me rindo! —claudico.

Recupero el aliento cuando Guille se digna a parar en su castigo y le doy un sorbo a mi infusión.

—Venga, cuéntame —me pide Guille.

—Es todo un misterio… —confieso.

—¿El qué?

—Pues este rollo que nos traemos mi jefe y yo —y no es mentira, es algo, como poco, extraño.

—¿Te gusta? —pregunta escrutándome con su mirada de arquitecto.

—Me pone —mucho, demasiado, no sabes cuánto.

—Ese es un primer paso.

—A ver, en verdad nos llevamos mal, pero luego nos tentamos y caemos, es algo totalmente irracional.

—Supongo que las cosas son irracionales en cuanto al sexo opuesto se refiere, ¿no crees? ¡Fíjate! Sin ir más lejos, me hablas de otro tío y yo sigo pensando en follarte —Guille sonríe canalla y me contagio de su gesto.

—¿Alguna vez hablas en serio? —intento reprenderle, pero me es imposible.

—¿Te parece poco serio lo que te estoy diciendo?

—Bastante poco. Por no decir nada —le riño.

—Lo que tenga que ser, será —zanja Guille haciendo alarde de su sabiduría—. ¿Y Sarah?

—¡Bua! Ahí sí que la he liado. No es que pretendiera soltarlo… —me siento cada vez más culpable.

—Puede que las formas no fuesen las mejores, pero creo que le dijiste lo que llevabas tiempo pensando.

—Eso sí es verdad —le doy otro largo sorbo a mi bebida caliente y miro a Guille fijamente.

—¿Qué crees qué pasará? —me pregunta jugando con la cucharilla en la taza.

—¿Qué misterios habrá? ¡No lo sabré hasta que suceda!

—Yo hace muy poco que conozco a Sarah y siempre ha sido así.

—Yo la conozco hace mucho más y ella no era como la ves. Era espontánea, divertida, decidida… Ha dejado de ser ella misma y nadie me hará cambiar de idea con respecto a la culpabilidad de Chris en el cambio de actitud de mi amiga. Odio a esos novios que llegan y se creen con el derecho de cambiar a las personas o cambiar su vida. No solo entran y se quedan, sino que además lo modifican todo. ¿Crees que no sé qué nos odia? ¿Que nos culpa de que a veces Sarah salga y se distraiga? ¿O de que le metemos cosas en la cabeza en su contra?

—¿Hacéis eso?

—Ya no —confieso—, pero hace tiempo, Mia y yo lo hablamos, porque nos estábamos dando cuenta de que Sarah había perdido su esencia y no nos gustaba en lo que se estaba convirtiendo.

—Puede que esto que ha pasado esta noche la haga reaccionar —me anima Guille.

—O puede que la distancie más de mí.

—Cuando os fuisteis, nos quedamos todos allí, en silencio y fue Loren la primera en hablar.

Alzo la mirada y examino a Guille con atención. Él debe ver los atisbos de sorpresa en mi gesto, porque Loren no es de las que hablan tras una situación como ésta y menos en público, ella es reservada y comedida.

—¿Y? —le animo a desembuchar.

—Cree que tienes razón, no en las formas, lo repito, pero sí en el mensaje.

—¿Y Mia?

—Mia dijo algo así como que ella sabía asesinar y esconder cadáveres, que la trituradora que tiene en el trabajo se limpia fácil y que Chris es un bonito nombre para poner en una lápida.

—¡Qué bestia! —me río.

—¡Mucho! Pero gracias a eso sonreímos y pudimos despedirnos sin un amargo sabor en la boca.

—¿Loren se fue sola?

Guille niega con la cabeza y yo sonrío eufórica.

—Si tu amigo le hace daño a mi amiga, te cortaré ese maravilloso rabo que tienes.

—¿Maravilloso? —dice enarcando una ceja.

—No te lo creas tanto, petardo.

Lo dejo en el salón riéndose. Es verdad que no sabremos qué pasara, pero como he dicho en más de una ocasión: esto se parece cada vez más a un culebrón venezolano.

CAPÍTULO 13

¡MALDITA DIANA!

El día siguiente lo pasé dormitando. De la cama al sillón y del sillón a la cama. Guille cumplió su palabra y se puso a limpiar, es su semana.

Me gustaba eso de «aquí hay una mancha» o «¡esfuérzate más!». Lo hice durante un rato, hasta que Guille amenazó con meterme el palo de la fregona por el agujero negro del cuerpo y entonces, además de helarse mi sonrisa, consideré que lo mejor era huir y callarme hasta que terminase las labores. En boca cerrada… no entran moscas.

Encendí mi teléfono, que había muerto en mi bolso la noche anterior al quedarse sin batería y me puse a trastear con él.

Un mensaje hizo que sintiera un pellizco en el estómago. Era Simon…

«Aún siento tu sabor en mis labios», me decía.

El mensaje era de la noche anterior, pero entre el sueño que tenía y mi larga conversación con Guille, poco caso le hice a las nuevas tecnologías.

«Fíjate que yo lo sustituí por otro sabor». Sobra decir, que me refiero al té de frutos rojos que compartí con Guille, pero eso no tiene por qué saberlo él.

—¿Pedimos algo de almorzar? —mi amigo entra en mi habitación interrumpiendo mis pensamientos, a cuál más malvado.

—Vale. Pide para Mía también, la voy a llamar para que venga y así hablamos de lo de anoche.

Guille asiente y cierra de nuevo la puerta.

—¡Oye, Guille! —grito.

—¿Sí?

—¿Has hablado con Alex?

—No, ¿y tú con Loren?

—Pues no. Luego la llamo, si te enteras de algo, me avisas, no seas traidor. Que yo llegué antes a tu vida que ese amigo tuyo que pretende conquistar a mi amiga, y digo conquistar porque de lo otro no tiene tanta pinta.

—Conozco a Alex desde la facultad y no sabes lo que es o deja de ser. Tiendes a hacer elucubraciones de todas las personas y no siempre aciertas.

—Da igual —me defiendo de su respuesta—, yo vivo contigo, compartimos muchas horas, te he visto la polla… —juego mi última carta, es un todo o nada—, y con respecto a esa acusación sinsentido, puede que tengas razón, pero acierto más de lo que crees.

—¡Vaaaaleee! —concede—, lo llamaré y te haré un reporte completo en el almuerzo.

—Pero completo de verdad, que a mí los detalles, cuanto más sucios y morbosos, más me gustan —bromeo mientras retiro mi pelo de la cara.

Le lanzo un beso satisfecha y aplaudo emocionada.

—Guilleeeeeee —grito de nuevo cuando ha cerrado la puerta.

—¿Quéééé? ¡Pesada!

—¡Oisss! Lo que me ha dicho el muy villano.

—Tengo el cielo ganado contigo…

—Sabes que vas a ir al infierno, te pondrás un taparrabos de esos tan monos de estampado leopardo y serás el ligón número uno del inframundo.

—Me encantan tus bromas, fíjate que ya no me pareces tan pesada.

Ahora lo tengo en el bote y puedo pedir lo que quiera ¡ja!

—Si vas a pedir comida, que sea chino.

—¿Otra vez ese chino? —protesta indignado leyendo mis pensamientos.

—¿Acaso me meto yo con la cantidad de paquetes de cereales que coleccionas en el altillo de la cocina?

Me mira y entorna los ojos, está pensando si insultarme o darme la razón, porque hay cajas y cajas. Tras aquel día, no muy lejano, en el que no los encontró su suministro diario, compró muchos paquetes, por si se declara la III Guerra Mundial, hay un apocalipsis zombi o tenemos que viajar al otro lado del mundo y llenar tres maletas con ellos, y no exagero. Bueno, un poco sí que exagero.

—¿Tienes el teléfono? —se lo canto en un pis pas—. ¿En serio te sabes el número de teléfono del Wo Hop City?

—Y podría ir con los ojos cerrados desde cualquier punto de la Gran Manzana —respondo exagerando y enorgullecida de ello.

—Te gusta ese sitio, ¿verdad?

—No puedo entender cómo has llegado a esa conclusión —apostillo poniendo los ojos en blanco.

Guille se va, dejándome con ese gusanillo de ansiedad que provoca en mí la comida china del Wo Hop City y las expectativas de tener sexo. Y diréis, ¿se parecen lo mismo que un huevo a una castaña estas dos situaciones que he enumerado? ¡Pero no! Se parecen mucho, ¿o acaso me diréis que cuando coméis en un sitio que está riquísimo no os entra una satisfacción inigualable? ¡Lo mismito, lo mismito, que cuando te devoran a ti o devoras tú ese pedazo de cipo…! ¡Vaya! Me empiezo a poner *guarrona*, si es que Diana tiene la culpa de esto. Yo que siempre he sido la santa de la familia me he ido dejando influenciar por mi hermana pequeña y sus rollos sobre la liberación sexual y los pocos tapujos que debemos tener las mujeres en esta vida. Analizando estos argumentos, la nombraré primera Dama cuando sea presidenta de la Casa Blanca. Gritad conmigo «Helena For President». Varias veces y con ímpetu, pensad en la liberación que sentiréis al poder ir todo el día en pantuflas y sin sujetador, ¿a que mola?

Veo que tengo un nuevo mensaje de Simon.

«Me lo podrás explicar mañana a las siete»

No, no hiperventilo, muy al contrario, el enfado toma poder y me noto las mejillas ardiendo. Qué poco me hace falta a mí para llegar a ese estado.

«Mi horario de trabajo empieza a las ocho»

¿Pero qué se ha creído el señor microbio? ¡Lo que me faltaba! Ha vuelto a esa actitud de jefe prepotente en el que se cree dueño y señor del castillo. Pues no sabe él con quién ha dado.

Lo veo escribiendo pero decido no prestarle atención.

Le mando un escueto mensaje a Mia donde le especifico que está invitada a comer y la clase de comida que es. Estoy segura que desde que lea «Wo» ya estará saliendo por la puerta de su casa en pijama. Si-a-me-sas…

Para matar el tiempo, llamo a Diana, que a estas horas debe de estar despierta.

Un tono, dos, tres, cinco…

—¿Mmmmmm?

—Diana Miller —intento poner voz de hombre para asustarla. Estaba durmiendo.

—¿Quién es? —la voz sigue sonando somnolienta.

—Tu ligue de anoche —se hace el silencio y me imagino a mi hermana acojonada pensando en que le ha dado el teléfono a un tío al que probablemente no quería habérselo dado y del cual no quiera saber nada más—. ¿Con quién estuviste follando anoche? Se te ha cortado la respiración, por un momento dudé en llamar a una ambulancia para que fuera a tu casa en lo que llegaba yo —le explico mientras vuelvo a mi tono normal.

—¿Te he dicho alguna vez que eres una hermana de mierda?

—Pssss. Me suena pero no sabría confirmártelo —ironía pura y dura, porque me lo dice tantas veces como puede, tantas como las que yo me meto con ella o la pincho…y eso es mucho, que no os quepa duda.

—Pues suma una más a tu lista, hermanita —ahora la sarcástica es ella.

—No me has respondido.

—Tú sabes que yo estoy muy buena y tengo donde elegir, pero no me voy con cualquiera. Anoche lo más interesante que hice fue bailar con Hugo y tras unas copas, cada uno para su casa.

—Menos mal que tienes a Hugo, él te guía, es tu pastor.

—Mi pastor y mi socio.

—*Touché* —respondo dándole la razón—. ¿Y qué haces en la cama aún?

—Estoy resacada, ¡déjame vivir! ¿Y tú que haces despierta tan temprano?

—Es culpa de Guille —digo gritando para que me escuche el susodicho.

—¡Ay! —suspira mi hermana—, a ese hombre sí que me lo follaba yo.

—¡Quieta parada!

—¿No me irás a decir que tú lo viste antes? —protesta Diana.

—¡No, joder! Pero eres mi hermana y él es Guille, me parece genial que ambos tengáis una vida sexual de lo más activa, pero imaginarlos juntos… Me resulta raro.

—Sería mejor, piénsalo, Helena —y ahí va uno de esos discursos de mi futura Primera Dama—, ya lo conoces y sabes de qué pata cojea, por lo que resulta más sencillo a la hora de las presentaciones.

—Efectivamente sé de qué pata cojea —suelto irónica.

—¿Le has visto la polla a Guille? —mi hermana ha pasado de un tono condescendiente a uno lleno de perplejidad.

—¡Eres una mal pensada! No hablaba de esa clase de patas… ¡No hay quién hable contigo!

—¡Le has visto la polla! ¡Lo sabía! ¿Te lo estás tirando?

—¿Qué? ¿Estás loca? Vale, a eso no respondas.

—¡Responde tú! No me salgas por la tangente, mira que llamo a abuela Lucía y te cagas.

—¡Vale! —claudico—. Y no, no me lo he tirado.

—¡No te creo!

—Guilleeeee —grito—. Guilleeeeee —más fuerte.

Oigo los pasos de mi compañero de piso mientras mi hermana guarda silencio.

—La comida no ha llegado, si tienes hambre puedes empezar por ésta —me dice llevándose la mano a su entrepierna.

—No, gracias —lo rechazo con sutileza—. Es Diana, no se cree que no hayamos follado.

Le tiendo el teléfono para que sea él quien se lo diga.

—No, Diana, no hemos follado.

—…

—Pues eso quisiera saber yo, tu hermana es una estrecha y ahora quiere follar con su nuevo jefe —le explica.

Salto de la cama con la firme intención de robarle el teléfono antes de que ellos dos se hagan una película que no deberían y de verdad Diana llame a mi abuela, porque es una chivata. Sus cosas no las cuenta pero las mías las larga a la primera de cambio.

Guille alza el teléfono y la pantalla se ilumina dejando a la vista que he recibido un mensaje.

—Diana —grita Guille—, le ha escrito un mensaje guarro, no puedo verlo, pero seguro que es es la foto de su mini rabo.

—No tiene un rabo muy pequeño —suelto a bocajarro.

Se hace el silencio en la habitación. Yo me tapo mi maldita boca que siempre suelta lo

que se le viene en gana y no filtro una mierda. Guille me observa con una sonrisa pícara consiente de que ha conseguido sonsacarme algo y a Diana no la oigo ni respirar.

—Trae —suelto quitándole el aparato—. No es lo que parece —le digo a Diana cuando cojo el teléfono, pero ella solo ríe malvada y cuelga. Sé cuál será el siguiente paso, me queda esperar la llamada de mi abuela.

Y no tardará mucho en que eso suceda.

Evidentemente, todo este asunto lo maté comiendo como si no hubiese un mañana.

No cogí más el teléfono, ni siquiera para ver ese mensaje que no sería una foto de ninguna cosa rara de esas que mi amigo y mi hermana pensaron, pero sí alguna salida de tono del señor microbio, a eso mejor me enfrento después del postre.

—Así que le has visto la polla a tu jefe —me dice Guille mientras comemos fideos chinos.

Mia deja de masticar para observarme atentamente. Le cuelgan los fideos y me hace gracia verla así, puede que en otro momento me riera abiertamente, pero no ahora, que sé que ambos me van a interrogar.

—No, no le he visto la polla.

—¿Entonces cómo es que sabes que no la tiene pequeña?

—Porque la he notado —lógico, ¿no?

—¿Y la has notado porque…? —esta vez es Mia la que pregunta, ella lo sabe, pero me quiere pinchar, ¡maldita!

—Porque me ha besado y he sentido su bulto —obvio que no voy a contar todo, no a Guille.

—Mucho ha debido acercarse si la has notado.

—¡Es mentira! Casi se la chupa en una escalera de emergencias en New York Style —suelta Mia tras tragar el segundo bocado de fideos.

—¡Espero que te atragantes! —le deseo con maldad.

—¿Qué me he perdido? ¿No se supone que somos amigos?

—¡Joder, Guille! No te pongas en plan víctima. Hay cosas que una mujer no debe contar.

—Vale. Lo entiendo. Yo tampoco te cuento como soy capaz de enterrar mi cabeza en los pliegues de una mujer, meter varios dedos en su coñit…

—¡Basta! —grita Mia dejando caer los palillos chinos en el plato—. Que no soy de piedra…

Yo sigo con la boca abierta y en *shock*. Menos mal que Mia ha hecho que Guille se calle, porque mi imaginación me estaba jugando malas pasadas…

Guille sonríe socarrón y yo le devuelvo la sonrisa. Ambos jugamos en la misma liga aunque no compartamos campo de fútbol… ¿Me entendéis?

—Entonces… —mi compañero de piso me anima a continuar…

—Pues nada, que he estado a punto de tragármela entera.

—¿Y no lo has hecho por…? —fijaos que no se ha sorprendido por mi expresión.

—Porque algo de cordura le queda —interviene Mia que se ha recuperado del momento calentón de antes—. Aunque yo creo que lo mejor es que pruebe…total.

—Es complicado porque es su jefe.

—Eso es lo que yo pienso —le confirmo a Guille.

—Pero para estar como están, jugando al gato y al ratón, mejor matar ese gusanillo y listo. Es un polvo… Nadie te dice que te cases —la verdad es que esos argumentos que da Mia me motivan un montón.

—¿Pero tú crees que ella es capaz de separar eso? —inquiere Guille.

—Pues es sencillo, o lo hace o no se lo folla.

—¿Pero ella quiere follárselo? —sigue indagando Guille.

—¿Pero tú no la ves? Si se le moja solo de pensarlo —hace alusión a lo que hace, no os doy detalles…

—¿Hola? ¡Estoy aquí! No me he ido… —protesto llevándome a la boca un trozo de rollito de primavera. Lo siento, pero esto no ha logrado quitarme el hambre.

Ambos fijan su mirada en mí y esperan una respuesta por mi parte.

—No.

Siguen mirándome sin entender bien mi negativa.

—No, ¿qué? —pregunta Mia.

—Sí.

—Sí, ¿qué? —me cuestiona Guille.

—¡Yo que sé! —me defiendo—. Dije que no porque pensaba que era lo que queríais oír y luego dije que sí porque al ver vuestra reacción ante mi negativa, pensaba que queríais que afirmara…

—¡Estás fatal! —me dice Guille haciendo círculos alrededor de la sien. Básicamente, lo que pretende con ese gesto, es decirme que estoy completamente tarada.

—Es la falta de sexo. Fóllatelo y listo. Eres una profesional, ¿verdad?

—Mucho —confirmo con la boca llena.

—¿Sabes separar el sexo de la relación laboral?

—Por supuesto —eso no sé si es cierto porque nunca se ha dado el caso, pero es lo que se espera que se diga. Aunque soy súper seria y seguro que sabría hacerlo, es más, estoy convencida de ello.

—¡Pues ya está! —zanja Mia.

—No sé. Creo que primero deberías follar conmigo, por saber si lo haces bien y sabes

separar también nuestra relación personal de la amistad, y si te va bien, ya sigues con ese tipo.

—Ja, ja. Buen intento.

—Algún día caerás —sonríe Guille.

—Vas por buen camino —lo anima Mia.

Suena mi teléfono y me levanto rápida. Es la llamada que esperaba. Enseño la pantalla a Mia y a Guille y se ríen de mí. A carcajadas…

«Abuela Lucía»

¡Maldita Diana!

CAPÍTULO 14

VODKA DE MELOCOTÓN… ¡ALÉJATE DE MÍ!

Descuelgo con cierto recelo, no sé cómo me voy a encontrar a mi abuela o el tipo de sermón que puede soltarme.

—Vaya, vaya, vaya…

Mal asunto.

—Hola, abuela, ¿qué tal estás? Hace días que no sé nada de ti. ¿Todo bien por el pueblo? —sutilidad, a esto se le llama sutilidad.

—Estoy bastante bien, pero creo que tú estás mejor que yo —y a esto se le llama ser directa.

Bufo exasperada, en este preciso instante, si tuviese a Diana delante, la estrangulaba y no es un farol. Pienso vengarme y yo no amenazo en vano. Ya sabéis… yo y mis instintos asesinos.

—¿Qué te ha contado mi hermana? —claudico y resuelvo que la mejor opción no es la de evitar el tema, porque con mi abuela eso no funciona, ella es muy persistente y salir por la tangente no hará que se olvide de lo que le ha contado Diana, no hasta que se quede tranquila y me haya sonsacado todo.

—Me ha dicho algo sobre tú y tu jefe haciendo cosas feas.

—¿Feas? —la verdad es que no la reconozco, ella suele ser más directa y menos sutil.

—Guarras. A lo que has llegado, Helena.

—¿Perdona? ¿Llamas porque te has convertido en Santa Lucía y me vas a poner a rezar cuatro Padrenuestros para purgar mi supuesto pecado? —y le doy énfasis a «pecado» porque quien escucha esta conversación se va a creer que he hecho algo malo de verdad.

—No, de rezar sé bastante poco, moví los labios cuando me casé con tu abuelo para que el cura no sospechara.

—¿Y por qué te casaste si no eras católica?

—Porque era una exigencia en esa época. Gracias a Dios, las cosas han cambiado y ahora hay más libertad, cuando yo me casé con tu abuelo, si querías salir de casa de tus padres, tenía que ser casada. Y ya no hablemos de follar… —esa sí es mi abuela, me meo de risa—, por suerte, a tu abuelo le gustaba mi *pechamen* y no me costó nada convencerlo de que metiese su cosita en mi cosita. ¿Has hecho tú lo mismo con tu jefe?

—¿Perdona?

—Diana dice que le has visto su cosa.

—Diana es una *zorrasca*.

—Pero me cuenta chismes y eso me gusta. Es mi nieta favorita —me pincha.

—Eso es un golpe bajo —le reprocho.

—Has empezado tú.

—No he hecho nada malo, solo nos hemos besado y en esos besos he notado su… Su… Eso…

—¿Su cosita? —pregunta mi abuela.

—¡Su *cosota* abuela! Yo creo que se la infla con algo, no sé, como cuando le pones aire a las gomas, algo igual pero escondido en el bolsillo —le explico sin miramientos.

—¿Qué sabes de él?

—Pues su nombre y que es mi jefe. ¡Ah! Y que la jefa de Loren quiere casarse con él, o algo así me ha contado Loren, que ahora parece que se ha pillado por un chico.

—¿Loren? —inquiere mi abuela asombrada.

—La misma.

—Eso me lo cuentas luego, ahora dime, ¿ese hombre te gusta?

—No sé… Es que ni siquiera es simpático, es un lerdo antipático, borde y cortante que me pone de mal humor y hace que se me hinche la vena del cuello y tenga ganas de matarlo con mis propias manos… —lo largo así, sin coger aire, uff, casi me muero en el intento.

—¡Te gusta! —exclama mi abuela.

—¡Que no, abuela! Que todo esto son solos mis instintos asesinos.

—Te hace rabiar y eso te gusta…

—Pffff —bufo de nuevo—, de verdad, me exasperas, ¿quieres que te diga que me gusta para sentir que has ganado? Pero no me gusta —Porque no me gusta, ¿verdad?

Me levanto de la cama y salgo al salón, veo a Guille y a Mia sentados viendo la tele, o más bien la tele viéndolos a ellos, porque están hablando sin parar sobre vete a saber qué. Ahí tendría que estar yo y no aguantando el rollo que me están largando mi abuela y que he dejado de escuchar.

—¿Lo entiendes? —eso sí que lo he escuchado.

—Sí —le confirmo.

—¿Entonces? ¿Tengo razón o no la tengo?

¿Y ahora? ¿Qué le digo a esta mujer? ¡Madre mía!

—No tengo ni pajolera idea de lo que me has dicho, porque me he levantado, me he acercado a la cocina a ponerme un vodka de melocotón mientras tú…

—¿Vas a beber a estas horas?

—Abuela, este tipo de conversaciones es mejor tenerlas con una copa delante.

—Si estuviese ahí te daba un cachetón. Helena Miller, escucha esto bien, liarse con un jefe es mal asunto, pero si encima no sabes quién es, su edad, donde vive, su pasado o si tiene pareja, se convierte en una completa locura, ¿lo has oído ahora?

—Todo, todito, hasta me dio tiempo de beberme entera la copa.

—No hables borracha con tu abuela, que aún me debes respeto.

—No estoy borracha —todavía.

—Vivimos en una época en la que las mujeres podemos hacer lo que nos plazca, usar y tirar, Helena, usar y tirar.

—Ese es un gran lema, pero ahora Simon me ha pedido que escriba una columna en la revista sobre cómo conquistar a un hombre y yo no sé ni conquistar mi habitación, ¿me la escribes tú?

—Lo mío se acercaría más a lo que escribe Diana que a lo tuyo.

—¿Tú también lees a Diana?

—¿Pero tú no has visto la clase de consejos que da?

—No —confieso avergonzada.

—Es tu hermana, ella te leería.

—No podrá leer cuando le arranque los ojos y la deje ciega.

—No seas bruta, niña. Pareces de pueblo.

—He sido de pueblo —le recuerdo.

—Pero ahora eres de «*suidad*». ¡Compórtate! Y mándame lo que escribas, que yo te leeré.

—Gracias, abuela —le digo tras casi beberme una segunda copa—. Abuela, esto baja como agua —le explico refiriéndome al vodka.

—Deja de beber y céntrate. Hazme caso, primero debes conocer a tu enemigo.

Y mi abuela tiene razón, es más, lo anoto mentalmente porque creo que es la mejor forma de empezar una columna que no tenía ni idea de cómo comenzar. Mi abuela siempre aparece cuando menos quieres pero termina diciendo las cosas tal y como es necesario que se digan.

—Ahora prepárate, que voy a contarte lo de Loren. Resulta que Guille llegó con un amigo al que yo tenía intención de follarme…

La conversación duró mucho más de lo esperado, terminé medio borracha, pero me reí un montón. Quizás debería agradecerle a Diana que la hubiese llamado, porque me sentó mejor de lo que esperaba. Hablar con mi abuela tiene ese efecto, me gusta mucho más que hablar con mi madre y eso que adoro a mi madre.

La cosa se me complicó cuando colgué el maldito teléfono y tenía todo ese run run en la cabeza que me decía que no sabía nada de ese hombre al que le besé el capullo —literalmente—, ¿y qué paso? ¡Pues que lo llamé por teléfono!

Un par de tonos tardó en contestarme y se oía ruido, aunque no sabía bien distinguir dónde podría estar, esto sumado a que estaba más para allá que para acá, resultó ser un completo desastre.

—¿Simon?

—¿Pasa algo? —intento obviar, por el bien de mi salud mental, el atisbo de duda o miedo

en su voz, pero dado el estado en el que me encuentro, tras tres vasos de vodka de melocotón, puede resultar todo producto de mi imaginación y a veces ese tipo de pensamientos terminan en una hecatombe.

—Simon, eres un cabronazo —a ver, a ver, que no cunda el pánico, lo he avisado, porque yo cuando bebo más de la cuenta, me pongo fatal y esa verborrea que ya de por sí tengo, se termina por convertir en verbosidad sincera y en ocasiones, innecesaria. Así besé a Guille, imaginaos.

—¿Has bebido?

—No intentes cambiar el tema, eres un auténtico cabronazo.

—A ver, señorita con un carácter digno de un ángel celestial, explícame por qué soy un cabronazo.

—Porque no has dejado de joderme desde que te conocí. Me hiciste una entrevista que bien podría ser motivo de denuncia…

—Denuncia la que te podría poner yo con la forma en la que me contestabas.

—¡Si ni siquiera sabía que eras mi jefe! —protesto indignada.

—Para estar bebida, no se te traba la lengua —me reta.

—¿Dónde estás? —que no es que sea una cotilla, que también, pero necesito ir conociéndolo, consejo de abuela Lucía.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Porque no quiero hablar de estas cosas si estás por ahí con otra mujer.

¡Vale! Ya lo he soltado. Maldita boca la mía.

—¿Estás celosa?

—¿Yo? ¿Perdona? ¿Celosa de qué, señor microbio?

—¿Así es como me llamas? Esta llamada se está poniendo de lo más interesante.

Tengo que reprenderme porque se me está soltando la lengua demasiado, al final resulta que será él quien me conozca a mí y yo colgaré sabiendo lo mismo que antes de llamarle: nada.

—No me has contestado, no te hagas el digno.

—Estoy en mi casa —claudica.

—¿Solo?

—¿Qué clase de pregunta es esa, señorita Helena con hache?

—Pues no lo sé, la primera que se me ha pasado por la cabeza —y no miento.

—Solo —finaliza.

Respiro aliviada, porque en mi mente me lo imaginaba en un local de alterne a punto de comerse a vete a saber cuántas mujeres y cuántas mujeres comérselo a él. Todo esto lo visualizaba a la perfección: encaje, fustas, esposas… ¡Tengo una imaginación vertiginosa! Y ahora me pregunto yo… ¿y qué más daría? ¡Mierda! Estoy hecha un lío.

—Bien, ahora explícame por qué siempre estás metiéndote conmigo —dejo de lado esta diatriba innecesaria y me centro de nuevo en lo que verdaderamente importa y en el motivo de mi llamada.

—Pura distracción.

—Así que soy algo así como tu monito de feria.

—Algo así. ¿Estás sola?

—¿Ahora me preguntas eso? No desvíes el tema porque me acabas de insultar.

—No te he insultado —se defiende—, has sido tú la que te has puesto la etiqueta.

—Cabrón arrogante —empiezo a decir tacos y más tacos, esto de beber tiene su punto.

—¿Ya está? ¿Te has desahogado?

¡Mierda! Y ahora pienso que es mi jefe, que mañana lo voy a ver y que podría quedarme sin trabajo y tendría que ser una mantenida por Guille, o mis padres, o mi abuela, porque Diana no lo haría y tampoco me daría trabajo en su blog, no soy lo suficientemente pervertida para ella, ¡joder! ¿Podíais haberme avisado antes, no? ¡Que somos amigas!

Lloriqueo mentalmente durante unos segundos a mi estilo *dramaqueen*.

—¿Vas a despedirme?

—Me lo estoy pensando, me has insultado gratuitamente.

—Te lo mereces —no sigas, Helena, no sigas…

—Bueno, puede que me ha pasado un poco, pero…

—No me vengas con ese rollo de que eres así, porque yo no tengo por qué saberlo, no te conozco y luego juegas conmigo deliberadamente: no me defiendes en ese despacho y luego bajas a buscarme, me ves en un local y pretendes follarme en un reservado y me mandas un mensaje como si te preocupase con quién paso la noche o con quién dejo de pasarla. ¿Qué cojones haces? —Escucho su risa al otro lado del teléfono y a mí no me hace maldita gracia—. Deja de reírte, gilipollas.

—Jugaré lo que me dé la gana. ¿Acaso tú no juegas nunca?

—Al Monopoly.

Ahora sí que se ríe con fuerza.

—Eres muy graciosa, Helena con hache.

—No puedo decir lo mismo de ti—. ¿Te has dado cuenta de que sigue llamándote así? —¡Y deja de llamarme así, señor microbio!

—¿Con quién pasaste la noche?

—¿Con quién la pasaste tú?

—¿Quieres jugar?

—¿A qué? —¡La leche! Que ya he dicho que soy súper competitiva y no me gusta perder ni al parchís.

—A las preguntas.

—¿Qué clase de preguntas? —inquiero con cierto temor.

—Yo pregunto y tú respondes.

—No, no, no… Ahí solo saldrías ganando tú y eso no me resulta divertido.

—Haremos un trato —propone—. Hoy pregunto yo y la próxima vez lo harás tú.

—¿Y me responderás todo lo yo quiera?

—¿Lo harás tú ahora?

Piensa, Helena, piensa. ¿Tienes algo que esconder? ¡No! Pues ya está.

—Sí —respondo llena de convencimiento.

—Pues entonces yo también.

—¿Y cuándo será la próxima vez? ¿Cuándo yo quiera?

—Cuando tú quieras… —concede seguro.

Esto me da cierto margen, porque podré hacer una lista junto con Mia, Loren y Sarah, porque espero que Sarah se apunte, y luego la liaré porque no pienso parar hasta quedarme satisfecha.

—¿Estás lista?

—Tú dirás…

Y maldita la hora que acepté este juego…

CAPÍTULO 15

LÍNEA ERÓTICA, ¿DÍGAME?

—¿Qué llevas puesto?

—Mmmmm —dudo, dudo y mucho—. ¿Es una pregunta trampa?

—No —sentencia Simon —. Es la pregunta más seria y sensata que he formulado jamás.

—¿Más que la que me hiciste el día de la entrevista? —no quiero ser mal pensada ni ponerme en plan «negativa total» pero es de lo más raro que alguien con la importancia que puede tener Simon en el mundo de los negocios, me diga a mí, una simple periodista, que esta pregunta que me está formulando ahora mismo, es la más importante que haya expuesto jamás. Puede que sea mentira y yo no sea más que una simple mortal, pero me mola sentirme importante y más viniendo de quien viene…

—No te salgas por la tangente, Helena con hache… ¿Qué llevas puesto?

Miro mi indumentaria y es de todo menos sexi. Cómoda, calentita, posiblemente hasta agradable a la vista, pero ¿sexi? Sexi no.

—Un pijama de Macy´s.

—¿Corto?

Vuelvo a mirar hacia abajo por si resulta que ese pijama ha decidido encogerse en estos treinta segundos de conversación.

—No.

—¿Llevas ropa interior?

—¿Qué clase de juego es este?

—Shhh —me chista—, aceptaste el trato—. Me permito la licencia de asentir, aunque queda patente la imposibilidad de que me vea a través de la línea—. ¿Acaso has cambiado de opinión? No te tenía por una cobarde…

¡Maldito señor microbio! He aceptado este juego y jugaré hasta el final. ¿He dicho ya que me gusta mucho ganar, cierto?

—No llevo ropa interior —susurro en actitud tierno-erótico-festivo.

—Mmmm —se relame—. Tal y como esperaba. Tal y como me gusta… ¿Estás en tú habitación?

—Sí.

—Asegúrate que nadie puede entrar y túmbate —me ordena con voz digna de un auténtico devorador.

¿Acaso existe alguna cláusula en este juego, en la que haya aceptado que debo cerrar mi puerta con llave y tumbarme en la cama? No, no la hay, pero este juego es la mar de divertido y quiero averiguar hasta dónde vamos a llegar con él. Puede que también, mi capacidad de razonar cuando estoy excitada y cuando me retan, merme.

No me cuesta mucho dejarme llevar y hacerle caso.

—Ya está —le cuento cuando he terminado de seguir sus instrucciones al pie de la letra, puede que jamás sea tan diligente como estoy siendo en esta ocasión.

—Desnúdate —me pide con voz cargada de exigencia, lo cual hace que mi excitación se incremente de forma desmesurada.

—Eso no es una pregunta.

Simon guarda silencio, entiendo que busca una mejor forma de pedirme que me quite la vestimenta.

— ¿Podrías quitarte la ropa?

—Si me lo pides así… —ronroneo.

Dejo el teléfono encima del colchón y me quito el pantalón del pijama y la camiseta a juego.

El clima en Nueva York es impredecible. Estamos en noviembre y no hace especialmente calor en la calle, igualmente, en agosto podría llover sin ningún tipo de predicción posible y al día siguiente volver a asolarnos un calor bochornoso.

Dejo caer la ropa al suelo y observo mi cuerpo.

Mis pezones están erectos y siento cómo mi sexo se contrae. Simon no puede verme y eso incrementa el morbo de la situación porque ambos tenemos que usar nuestra imaginación para fantasear cómo estará el otro, el estado de su cuerpo, el calor de su piel…

—¿Estás lista? —escucho desde mi posición.

—Sí.

—Describe tu cuerpo. ¿Podrías describirme tus curvas? —formula una pregunta por si me pongo exigente de nuevo, es inteligente.

—Mi piel es clara y la percibo llena de calidez. Mis piernas son firmes y mis uñas pintadas de rojo. Mis manos son finas —observo mi culo y sonrío al pensar en cómo describírselo, al final, este juego está resultando ser extremadamente morboso—. Mis nalgas son redondas, duras y firmes y mis pechos… Mis pechos son perfectos —tengo abuela, ¿y qué? Me gusta mi cuerpo—. Redondos, llenos, altos.

—¿Y tus pezones?

—Mis pezones están sonrosados, como mis mejillas, debido al calor que tengo. También están erectos. Los advierto sensibles.

—Tócalos. Tócalos como si fuese yo el que pasase mi pulgar por ellos, logrando que se contraigan más, erizando el resto de tu piel a su paso.

Obvio esa estupidez de las preguntas, porque el deseo se impone y lo que más me apetece en este momento es tocarlos, sentir como reaccionan a mis caricias, encontrar placer en la forma en la que Simon me invita a hacerlo.

Paso mis dedos por ellos, comienzo de forma tímida, como si tuviese miedo a que despertasen en mí un deseo irrefrenable y no pudiese ser capaz de culminarlo. Me sorprende lo duros que están y la chispa de placer que me produce ese ínfimo contacto.

—Me gusta —logro balbucear perdida en las sensaciones que me produce mi propio roce.

Simon gime tenue ante mi comentario. Mi imaginación comienza a hacer de las suyas y lo concibo con los pantalones puestos, la bragueta bajada y su polla extremadamente dura, rodeada por esos dedos largos que posee.

Simon es extremadamente guapo. Tiene una maldita forma de comportarse que es capaz de poner en entredicho mis exquisitos modales, pero, por encima de todo eso, lo que más me intriga es quién es y por qué se comporta así conmigo. Por qué desde que nos conocemos nos prendemos fuego al estar cerca del otro.

Supongo que la razón impera y queremos buscar definiciones de todo, nuestro raciocinio nos empuja sin querer, en busca y captura de definiciones y no siempre es necesario encontrar una. No siempre hay un término que defina quienes somos cuando estamos cerca de otra persona, puede que sea más sencillo que todo eso y no haya término posible para constreñir cada sensación y sentimiento, puede que Helena sea la mejor versión de sí misma cuando esté cerca de otra persona, puede que Simon sea su mejor versión si se acerca a mí.

—Cierra tus ojos y abre las piernas. Activa el altavoz y deja el teléfono al lado de tu oído, que me sientas ahí, a tu lado, cerca y susurrante. Imagina que son mis manos las que se pasean por esa nívea piel, que son mis manos las que pellizcan tus pezones y provocan que te arquees antes ese estremecedor contacto. Estoy ahí contigo, te veo y eres perfecta, sencillamente preciosa, eres mi Diosa, Helena —gimo de nuevo mientras cumplo todas y cada una de sus peticiones. Recorro mi cuerpo con mis manos y siento que son suyas, que no soy yo, que es él quien me toca, quien me venera con cada caricia y gimo más fuerte—. Tus piernas están abiertas, Helena y puedo oler tu excitación desde mi posición, me acerco, me acerco para comprobar lo mojada que estás, lo dispuesta que estás para acogerme entre ellas. Lleva tus manos a tu coño y separa tus pliegues, déjame verte, déjame olerte. Sitúo mi cabeza entre tus piernas y paseo mi nariz por tu zona más caliente, quieres que te devore, que te coma, pero yo solo quiero disfrutar de tu olor, del placer de la expectación que crea saber que al final, te daré un orgasmo como jamás has sentido—paseo mis manos por mis pliegues y Simon tiene razón, estoy completamente mojada, húmeda y predispuesta. Siento dolor…

—Necesito más —le suplico con total sinceridad.

—Me sitúo a tu altura, nuestras vistas están clavadas el uno en el otro, no nos retamos, no en esta ocasión, porque aquí jugamos los dos, jugamos a desearnos y devorarnos, jugamos a darnos todo ese placer que sentimos el uno por el otro. Dos de tus dedos entran dentro de ti, fuertes, con brío, con ansiedad, la misma ansiedad con la que metería mi polla en tu boca, hasta

que te sorprenda una arcada, porque no sería caballeroso, sería sucio, guarro y te follaría la boca sin ningún tipo de reparo.

Gimo. Gimo fuerte. Gimo con desesperación.

—Me coloco de nuevo a tu altura y meto mi polla en ese coñito que me reclama sin palabras y gimes, gimes tan fuerte que no sé cuánto tiempo seré capaz de aguantar. No me muevo, no aún, juego de nuevo con esas expectativas por lo que se avecina y por lo que estamos dispuestos a sentir ambos.

Muevo mis dedos con rapidez, con ímpetu.

—¡Dios! Me voy a correr, ¡maldita sea! —formulo extasiada.

—Mientras tengo mi polla dentro de ti, me acerco a tu oído para susurrarte eso que llevo queriendo decirte desde el mismo día en que entraste en mi despacho: «voy a follarte tan fuerte y tan duro, que no podrás dejar de pensar en mí a cada minuto, porque querrás más y yo te daré más. Voy a follarte mucho, Helena. Vas a correrte mucho, Helena».

No puedo más. Mis dedos se mueven rápidos y siento como palpita mi sexo por el orgasmo que se avecina, siento su polla dentro de mí, cómo me folla, con violencia y rapidez, como a mí me gusta, duro y fuerte.

—Me voy a correr, Simon.

—¡Córrete Helena! Que sea mi polla la que te haga estallar.

Y simplemente me deshago, me dejo ir, me corro con mis dedos de una forma que jamás había sentido. Oigo a Simon cerca de mi oreja gimiendo, como si verdaderamente me hubiese follado y se corriese conmigo, con mi placer, con mi cuerpo.

Nos quedamos en silencio. Recuperando el aliento y la compostura tras lo que acaba de suceder.

—¡Dios! ¡Ha sido una pasada! —murmullo cuando he recuperado el aliento.

—Sí que lo ha sido —me responde Simon—. ¿Te ha gustado el juego?

—Mucho —afirmo con el cuerpo completamente laxo.

—Me alegro. No te olvides de que mañana debes estar a las siete en la oficina.

—Pero…

No termino la frase. Simon cuelga. Parece que hasta después de correrse, es un auténtico cabronazo. Al final va a resultar que la mejor versión de Simon cuando está cerca de mí es la de un cabronazo empedernido y, pese a que quiero creer lo contrario, comienza a cautivarme este juego.

Me dejo llevar por Morfeo, que acude en mi busca tras alcanzar el Nirvana. No sabría decir cuántas horas duermo, pero son muchas porque me levanto cuando el sol ha comenzado a ocultarse.

Tras una ducha, cambio de ropa interior y pijama nuevo, salgo de mi habitación y

encuentro a Guille solo con un bol de leche y cereales de esos que tanto le gustan.

—Vaya, vaya, vaya —sonrío porque me recuerda a mi abuela Lucía—. La Bella Durmiente ha despertado de su eterno descanso.

—Estaba agotada —confieso.

—Supongo que correrte produce ese efecto, aunque como nunca te has corrido conmigo, no sé si efectivamente lo produzco yo también.

—¿Has estado espiándome? —inquiero molesta.

Me coloco frente a él y me cruzo de brazos. Guille sigue tragando cucharadas de cereales sin apartar su vista de mí, se toma su tiempo en responder a sabiendas de lo que me enfada eso.

—No. No te he espiado. Pero tus gemidos se oían desde aquí y siento decirte que no tengo tapones. Juraría que Mia se ha ido con un calentón del quince y yo tras quedarme solo, he tenido que ir a masturbarme a mi habitación. Dos veces.

Me pondría roja si realimente me diese vergüenza, pero es Guille, por lo tanto…, vergüenza inexistente.

—Nunca había practicado sexo telefónico —me tiro a su lado en el sofá y le explico de forma somera, lo que ha pasado—. Me he puesto extremadamente cachonda.

—Estoy empezando a pensar que yo no te pongo cachonda pero ese hombre sí.

—Guille, tú estás muy bueno, pero eres mi amigo y yo no follo con amigos —le explico.

—Pero yo sí con mis amigas —me rebate ladino.

—Piensa una cosa, ¿qué pasaría si follásemos y luego yo me enamoro de ti? O quiero repetir… ¿Has olvidado tus reglas?

—Lo del amor sí me asusta un poco. Lo de repetir no —responde con socarronería—. No soy un hombre para enamorarse.

—Cállate, imbécil. Nunca digas nunca jamás, ¿has oído ese dicho?

Guille asiente mientras sigue comiendo cereales.

—Guille —él me observa entornando los ojos, como si le diese miedo lo que le voy a decir, y en realidad, puede que hasta a mí misma me de miedo esto que voy a confesar—, ¿qué pasaría si me enamorase de Simon Baker?

Lo veo tragar y meditar su respuesta, sin apartar su mirada de mí. Creo que intenta darme algún consejo de esos que necesitas en ese momento cuando tus miedos te asolan.

—Si eso pasa, empezaré a sentir pena por él.

CAPÍTULO 16

DUELO AL AMANECER

Acepto todo tipo de comentarios jocosos, porque me los merezco. Me he levantado poco más de las cinco de la mañana para llegar puntual a la oficina, y con «puntual» me refiero a la hora que Simon me ha dicho.

Empiezo a pensar que me estoy convirtiendo en una tremenda pusilánime porque en otro momento habría pasado de él y su culo blanco —y espero que no peludo—, pero la puñetera realidad es que me apetece verlo después del «incidente» de ayer por la tarde. Y saber cuál será nuestro trato tras lo sucedido. Probablemente volveremos a ser *aminemigos* y nos retaremos con la mirada y luego nos excitaremos en la intimidad…Eso tiene su aquel, no os vayáis a pensar.

Salgo del apartamento sin molestar a Guille, pero en cambio, decido que una llamada a Mia no estaría nada mal, ella también debe madrugar y despertarla es de buena amiga, ¿verdad?

Un par de tonos y de nuevo la voz somnolienta de mi amiga me sorprende.

—¿No me puedo creer tengas la desfachatez de llamar a estas horas? —me acusa Mia.

—¡Has respondido, ahora tienes que aguantarme!

—¿Por qué te has levantado tan temprano? ¿Acaso crees que es cierto eso de que a quien madruga Dios le ayuda?

—Simon me dijo que estuviese en la oficina a las siete… —suelto restándole la importancia que yo interiormente le doy.

—¿Y desde cuando le haces tú caso a tu jefe? —me reprocha mi amiga—. ¡Uy! Perdona, me había olvidado que desde que te corres con una llamada de él en tu habitación puede pedir lo que quiera, ¿eso es algo así como «*quid pro quo*»?

—Para estar dormida razonas bastante bien y no, no es nada de eso… No le debo nada.

He salido de casa y he comenzado a caminar en dirección al metro. Me cruzo con mucha gente que ya corre en dirección al trabajo, otros días me habría reído de ellos por pringados. Hoy me siento una más. Especifico por si no se ha entendido: una pringada más.

—Ya me he levantado, gracias por ser mi despertador —me suelta con sorna.

—Sabía que ibas a entender mis buenas intenciones —respondo angelical.

—Menos rollo y dime por qué ayer me tuve que ir medio cachonda de tu casa, hasta tal punto, que casi violo a Guille en su sofá.

—Probablemente Guille estuviese encantado.

—Salvo porque Guille a quien quiere follarse es a ti —a veces la sinceridad de Mia es apabullante.

—Soy un reto, nada más.

—Eso es lo de menos —contesta Mia—. ¿Me lo explicas?

—Tuvimos *sex line*.

—¿Qué es eso? —y ahora imagino la cara de mi amiga buscando en un diccionario el término que le acabo de decir y me río internamente.

—Sexo telefónico. Es como nuestros *party line*, pero con sexo sucio, guarro y morboso.

Le hago un resumen más detallado del que le hice a Guille en el sillón mientras la oigo tragar, no sé si café o nudos por todo lo que le revelo.

—¡Joder! Ese tío tiene que ser un follador. ¿No hay una vacante en esa revista?

—Yo lo vi primero, bonita —protesto ofendida.

—Va a resultar que te vas a enganchar a él.

—Ni de coña. Es un cabrón arrogante y presuntuoso.

—Aja —otro sorbo más y una breve pausa—, la clase de tíos que le gustan a Helena Miller.

—Zorra. Odio que me conozcas tanto.

—¿Esperas llegar a esa oficina y…?

—Pues ni idea.

—Matrimonio no te va a pedir, no te hagas ilusiones.

Cojo el metro que me llevará a la Estación Central y mi vagón, por desgracia, está lleno de gente, debo intentar controlar las formas y sobre todo, no decir palabrotas.

—No empieces a meterte conmigo… Oye, hablando de meterte conmigo, ¿has hablado con Sarah?

—La llamé por teléfono ayer pero no me contestó y tampoco me devolvió la llamada.

—Estoy preocupada.

—No es para menos después de la que liaste.

—¡Ya! ¡Joder! Me siento fatal por eso, yo lo he verbalizado, pero es que lo hemos pensado todas en alguna ocasión.

—En eso no te puedo llevar la contraria. Puede que tuviésemos que haber pensado un plan, que Loren hablase con ella, es más suave y ellas se entienden mejor.

—Propongo que quedemos todas esta tarde y hablemos.

—¿Con Sarah? —pregunta asombrada Mia.

—No, con ella no, nosotras tres —le explico refiriéndome a Loren, ella y yo.

—Vale, me parece bien. Espero que no se lo tome a mal si se entera…

—No lo creo. Somos amigas, si ella lo está pasando mal, tenemos que ayudarla. Luego os digo el lugar. Estoy llegando a New York Style. Un beso.

—Un beso —se despide Mia—, no hagas nada que yo no haría.

—Tranquila, mi intención es la de escribir toda la mañana.

—¿Helena?

—¿Sí?

—Huye de las escaleras, te trastornan —se carcajea Mia.

—Serás…

Mi amiga cuelga sin posibilidad de insulto hacia su persona. ¿Qué le ha dado a todo el mundo ahora por colgarme? En fin…

Llego siete minutos antes de las siete de la mañana. Esto debe ser algo así como una señal. Entro algo nerviosa, ¡las vueltas de la vida! Con lo que yo he sido.

En la recepción sigue mi amigo con cara de piruleta que me sonríe y me saluda con efusividad. Estoy por perdonarle que no me dijese que quien me iba a hacer la entrevista era Simon, habría intentado controlar algo más mi lengua. Por otra parte, no sé si él debería saber ese tipo de cosas.

Subo hasta mi planta y está vacía. Ni Sophia, que hay días en los que dudo que viva aquí. La visualizo con un saco de dormir bajo el mostrador y un set de maquillaje en una parte de los servicios para prepararse todas las mañanas. La ropa la trae perfectamente planchada, dudo que eso pueda esconderlo en esas taquillas que supuestamente tenemos asignadas todos los empleados y que yo no utilizo. No la uso porque soy desconfiada y temo que Astrid meta en ella ratones o cucarachas. Tras el altercado del otro día, no nos hemos vuelto a cruzar y espero que así sea durante mucho tiempo. No he querido siquiera bajar a la planta de Loren, excusa que me vendría bien para escaquearme un poco del trabajo y criticar a varias pelanduscas que veo pasearse por aquí como si de la alfombra roja se tratase. A veces pienso que yo soy de otro planeta, porque soy la antítesis de lo que son muchas chicas. Me gusta la sencillez, en todo.

Veo luz en el despacho de Simon y un pequeño nudo se forma en mi estómago. Dudo entre acercarme o no. No quiero que penséis mal de mí, pero esa *dramaqueen* que me posee en ocasiones me susurra al oído como si de mi ángel y mi demonio se tratase. Una me dice «vete y cómetelo». Obvio que ese es mi demonio. Mi ángel me dice que huya, que encienda el ordenador y produzca toda la mañana porque tengo una columna que entregar esta semana. El demonio dice que todo eso que propone el ángel es aburrido y que la vida ya está llena de muchas situaciones hastiadas como para incrementar ese sentimiento tan poco molón.

Venga, me ha convencido su argumento, solo porque yo molo mucho y lo sabes.

Doy unos suaves golpes en la madera y respiro profundo. Tendría que esperar a que me dijera que pase, pero no siempre puedo hacer todo como los demás pretenden que haga. Vale, se me olvida el protocolo.

Abro la puerta con una sonrisa que se desvanece cuando veo a Astrid sentada al lado de Simon. ¿Otra vez? Sí, mierda, estoy molesta y eso me repatea mucho.

—Buenos días —respondo intentando controlar al lobo que ruge dentro de mí.

Astrid me mira con cara de perro mojado —de nuevo— y Simon tiene una mirada indescifrable para mí: la mirada de jefe que utiliza cuando quiere parecerlo. Y lo maldigo, porque

solo pienso en comérmelo. Entero.

—Deberías aprender modales, porque no es la primera vez que se te pide que toques antes de entrar —esa es Astrid, podéis imaginarlo, ¿verdad? Y que me odia también lo sabéis, ¿no? —. Por menos que eso he despedido yo a gente —dice mirando a Simon y esperando su beneplácito.

—¡Ja! —y no se me ocurre otra cosa que responder, así, esas son las situaciones que se dan cuando alguien se pone prepotente conmigo y a mí se me inflama la vena del cuello.

—Ja, ¿qué?

Simon se recuesta en su sillón de piel y observa la escena condescendiente. Sigue teniendo la mirada de jefe, pero está atento a la situación, como quien disfruta de una pelea de gatas en el barro y hace una apuesta por quién va a ganar, ¿he dicho ya que me gusta ganar?

—Doy gracias todos los días de que no seas mi jefa —y no es mentira. Pobre Loren.

—Tendrías más trabajo y más respeto por tus superiores, eso contando con que aún estuvieses prestando tus servicios en New York Style.

—Con todo el respeto del mundo, ese que usted duda que yo posea y el que yo dudo que usted tenga hacia mí e incluso hacia el resto de empleados —ironía pura, ¿lo habéis notado? —, mi jefe es el señor Baker y respondo única y exclusivamente ante él. Puede que sea cierto que hubiese tenido que esperar a que me diese permiso para entrar, pero por la hora que es, no pensaba que estuviese en ninguna reunión de negocios.

Cierro la puerta tras de mí, porque no tengo intención de salir del despacho y dejarlos a solas de nuevo, no por celos, sino porque me ganó la batalla una vez y no pienso dejar que esta vez haga lo mismo, si tengo que salir, que sea Simon quien me lo pida. Él es perfectamente consciente de que la otra vez, me sentó mal por la forma en la que me trató delante de ella. Dejaré que mueva ficha y tras eso, pensaré en como cortarle el cuello si vuelve a comportarse de la misma manera.

—¿Y se puede saber qué haces tú tan temprano en el trabajo? Vendrás a decirme que ahora eres una empleada aplicada, cuando te gusta mucho andar por los pasillos cotilleando.

Pues sí, en mi lista de asesinatos pendientes, creo que Astrid va en cabeza. Cuchillo, arco y flechas, grapadora, martillo… ¿qué arma sería la más conveniente?

—No creo que sean formas de tratar a nadie, Astrid —es Simon quien interrumpe nuestro enfrentamiento, obvio que se ha dado cuenta de que en breve acabaremos arrancándonos los ojos.

La susodicha abre los ojos como platos, básicamente porque pensaba que tenía todas las de ganar y está dándose cuenta de que no es así.

No sonrío, pero me muero por hacerlo.

—¿La defiendes? —pregunta atónita.

—No. Simplemente digo lo que pienso.

Astrid recoge una carpeta llena de papeles y pasa por mi lado a toda velocidad y llena de indignación. Me empuja a su paso y pienso en ponerle la zancadilla, pero me contengo. Yo he quedado como una señora y ella como lo que es, una perra del infierno. ¡Tanto para mí!

—Cuando reflexiones sobre esto que acaba de suceder, me llamas —le dice a Simon sin siquiera dedicarme una mirada y ahora sí que me permito sonreír porque se comporta como una novia despechada.

Cierra de un portazo y oigo el repiqueteo de sus tacones de cuarenta y cinco centímetros por el pasillo, en dirección al ascensor.

—¿Vas a ir tras ella e intentar follártela en las escaleras de emergencia? —le pregunto con total sinceridad y curiosidad, curiosidad más.

Vale. Me siento bien, me ha defendido. Que yo tengo claro que puedo defenderme sola pero cómo mola eso de que alguien de la cara por ti y más ante ella, que no hay más que verla para notarle la animadversión que siente hacia mi persona. Y eso que no sabe que hemos tenido sexo telefónico y que le besé la punta de la polla en unas escaleras de este mismo edificio. ¡Cosas de la vida! Algún día se las contaré, cuando ya no trabaje aquí y tenga un marido rico con una casa en Beberly Hills.

—¿Quieres que vaya?

—¿Me estás intentando retar? —apoyo mi cuerpo en la puerta, guardando las distancias, porque de nuevo todo ese calor que me produce tenerlo cerca, comienza a ascender peligrosamente hasta mi entrepierna.

—Me gusta retarte.

Simon se levanta, baja las mangas de su perfecta chaqueta azul añil y coloca los gemelos con precisión. Diría que es un hombre muy meticuloso, meticuloso y canalla. Madre mía la de adjetivos que le puedo asignar.

Al final voy a tener que llamar a mi abuela Lucía para decirle que sí que sé muchas cosas de Simon, como mínimo, características, porque es cierto que no lo conozco.

—¿Por qué? —pregunto obnubilada por su caminar.

—Porque te pones extremadamente sexy y a mí me dan ganas de comerte —finaliza colocando su mano sobre el pestillo de la puerta y cerrando con precisión, sin apartar la vista de mí.

—¿Qué te traes con Astrid? —Simon está cerca de mí y me anoto otro tanto al pensar que, a pesar de su cercanía, mis neuronas aun funcionan.

—Es mi empleada, la jefa de un departamento…

—¿Y qué más?

—¿Quieres saber si es mi novia? —Asiento—. No, no lo es.

—¿Te acuestas con ella? —Simon sonríe canalla y me besa el cuello—. No intentes desconcentrarme —un beso más—, soy capaz de razonar aunque me besen, no te olvides de que soy mujer y eso es un superpoder.

Simon se separa de mí y alza una ceja.

—¿Te besen? —pregunta mientras alza mis manos por encima de mi cabeza.

—¿Te crees el único con el beneplácito de besar a Helena Miller? —respondo llena de chulería.

Él puede jugar conmigo y yo puedo jugar con él.

—Por supuesto.

—Estás muy equivocado. Tú puedes follar con Astrid y yo puedo follar con quien me dé la gana. Eres mi jefe, Simon. Solo mi jefe.

Simon comienza a besar mi mentón, como si todo ese discurso que acabo de soltarle no tuviese ningún efecto en él. Y acerca sus labios peligrosamente a los míos. Sé que en ese momento en el que me bese, en el que se haga con mis labios, estaré perdida. Pero también debo saber que cada vez que él me busca, es porque le pasa lo mismo que a mí. Esta no es una de esas historias en las que él tiene el poder y yo me convierto en su súbdita, no. Esta es una de esas historias en las que el hombre se puede encontrar tan perdido por el sabor de una mujer como ella lo puede estar por el de él.

—¿Quieres besarme? —le reto.

—Quiero follarte —me contesta con brutal sinceridad.

Lleva sus manos a mis piernas y las alza con destreza. Las enredo entorno a su cintura y percibo la dureza de su entrepierna en mi centro. Es maravilloso sentir el deseo que despiertas en otra persona.

Me sienta sobre la mesa y me observa desde su perspectiva sin dejar de recorrer mi cuerpo con sus manos.

—Estás preciosa. Sonrojada, con la mirada brillante, con los labios entreabiertos, expectante por lo que pueda suceder a partir de aquí.

—¿Qué va a suceder, Simon?

—Lo verdaderamente interesante es eso, no saberlo, Helena con hache, solo imaginar, ¿quieres imaginar? —me pregunta esperando que responda de manera afirmativa y yo lo hago y es entonces, cuando Simon cubre mis labios con los suyos y se hace con todo mi ser.

Y vuela mi imaginación…

Sus manos recorren todo mi cuerpo de tal forma que mi piel arde bajo la suya. Siento calor, necesito quitarme todo esto que se interpone entre nosotros y él parece leer mis pensamientos.

Me tumba en la mesa y miro hacia los lados analizando la cantidad de papeles que tiene y

cuál es el riesgo que pueden sufrir, lástima que ese pensamiento dure milésimas de segundos, justo el tiempo que tarda Simon en quitar mis zapatillas y mis pantalones.

Simon acerca su cabeza hasta mi entrepierna y yo alzo mis pies y los sitúo al borde de la mesa. Lo provoco porque necesito calmar el dolor que siento.

—Mírame —me pide mientras se aleja de mi cuerpo.

Me siento en la mesa y lo observo con atención.

Lleva sus manos al cinturón y lo suelta con precisión y destreza.

Comienza a desvestirse con calma y paciencia, sin dejar de examinarme, y sigo imaginando que me necesita, que no puede controlarse cuando me tiene cerca, que es sexo, pero del bueno, del que te deja sin aliento cuando hueles a la persona que tienes enfrente, cuando pruebas su sabor, cuando notas que se funde contigo.

Saca un preservativo del bolsillo y tras esto, deja que su pantalón caiga al suelo. Sonrío satisfecha al ver el bulto que esconde su ropa interior.

—¿Eres de esos que tiene mucha mercancía y poca precisión? —le pregunto incorporándome apenas.

Estoy desnuda de cintura para abajo. Abierta ante él y no siento pudor alguno, solo siento expectación, ansiedad y ganas… Ganas de que todo esto se convierta en una explosión de las buenas, de las que te hacen ver fuegos artificiales.

Simon sonríe canalla y recorta la distancia que nos separa.

—Soy de esos que susurra al oído que te vas a correr y mucho.

Un gemido escapa de mi boca, porque me gusta que me diga esas cosas, porque me gusta este Simon canalla.

Me tumba de nuevo en la mesa y se sitúa entre mis piernas. Baja sus calzoncillos y alzo la cabeza para «comprobar de nuevo la mercancía». Pude ver su polla en las escaleras, tenerla cerca, besarla, pero ahora, así, en esta situación, me parece más grande y más gorda, una maldita obra maestra.

—¿Satisfecha? —inquiere lleno de socarronería.

—No —respondo altanera—. No hasta que cumplas tu promesa y ambos sabemos perfectamente a qué me refiero.

Simon se coloca el preservativo con destreza y precisión y entonces, mi jefe, el señor microbio, se deja caer sobre mí, nuestras entrepiernas se rozan y su polla palpita entre mis piernas. Su boca se acerca peligrosamente a mi oído y lo dice:

—Voy a follarte rápido, fuerte y duro, Helena. Voy a follarte hasta que no puedas más y entonces me suplicarás que repita porque necesitarás más y yo disfrutaré dándote eso que necesitas.

¡Por fin! Pienso justo antes de que me embista. Profundo. Intenso. Fuerte. ¡Por fin!

Pienso justo antes de perder mi cordura.

Mi espalda se arquea tras varias embestidas. No soy capaz de mantener ese juicio que me caracteriza porque esto que despierta es simplemente maravilloso. Mi cuerpo responde al suyo de manera sublime, como si ambos supiesen lo que necesitan. Estamos a medio desvestir pero la piel que tenemos al aire es más que suficiente para volvernos locos.

—¿Quieres más? —me pregunta justo cuando su pulgar entra en contacto con mi clítoris.

Asiento perdida en la locura de sus embistes.

—Te daré más, nena…

Y Simon cumple su palabra, la cumple a la perfección porque me folla fuerte y sin delicadeza, como me gusta y como necesito que lo haga, como si conociera mi cuerpo o entendiera las señales que él le envía al suyo. Las sensaciones se incrementan, el placer se intensifica y simplemente le ruego que me dé más.

—Más… —suelto entre gemidos—. Más… —le ruego.

—Mírame —me pide mientras me empala—. Quiero que veas cómo te follo, cómo me corro… Mírame —me exige.

Y hago caso a su petición y es la imagen más erótica que podría evocar: él, embistiendo con fuerza dentro de mí. Yo, mis piernas, mi cuerpo respondiendo al suyo, su pelo despeinado, las perlas de sudor en su frente fruto de este momento ardoroso, nuestros ojos brillantes, nuestras manos en tensión y así, sin más, mi cuerpo deja de ser carne y pasa a ser pura adrenalina…

Simon echa su cabeza hacia atrás y sé que él ha llegado a tocar el cielo. No gime, no hace ruido y me pregunto si es así de comedido o solo porque controla y sabe dónde estamos. Y lo peor… es que quiero averiguarlo.

Cuando sientes atracción por alguien y no has llegado a ese punto en el que todo tu ser tiembla ante la primera embestida de esa persona, tu cabeza se llena de imágenes o flases de cómo será. Bueno, malo, regular, dulce, delicado, salvaje… Miles y miles de cosas pasan por tu cabeza, pero nunca jamás das en el clavo, porque las personas somos así, en general, porque podemos creer en algo fielmente pero no se trata de uno mismo, se trata del otro con todas las emociones que ello conlleva. En el sexo es igual. Piensas e imaginas, pero muchas veces la realidad supera la ficción. Con Simon, efectivamente la ficción no llega a lo que de verdad sucede.

Simon no besa. Simon posee toda tu piel. Simon no folla, Simon se hace con todo tu cuerpo. Simon hace que tambalees entre sus dedos y eso es maravilloso. Y malo, muy malo, porque después de esto, tras lo que ha sucedido en ese despacho, solo ha logrado algo: que quiera más. Y en algo debo darle la razón… Me hace perder la cordura.

Sale de mí tras un par de embestidas suaves y retira el preservativo, lo anuda y lo lanza a la papelera. Arqueo mi ceja.

—¿Qué pasa?

—¿Vas a dejar eso ahí?

—¿Por? ¿Te da miedo que piensen que acabamos de follar?

—No —alzo los hombros—, dudo que piensen que ha sido conmigo. Recuerda que nos llevamos mal —sonrío—, pero puede que piensen que follas con Astrid o con cualquiera de las empleadas de esta planta, o a saber…

—No me importa lo que piensen.

—¿No te importa tu reputación?

Me ayuda a levantarme y me envuelve entre sus brazos. No me esperaba este gesto, no esperaba que hiciera esto… ¿Qué hago?

—Soy el jefe, ya tengo una reputación.

—¿La de cabrón? —le pregunto mientras me suelto de entre sus brazos y comienzo a vestirme.

Simon sonríe y asiente satisfecho.

—Me alegro, ya sabes que el primer paso es reconocerlo.

—¿Tú tienes una reputación que mantener?

Asiento y sonrío satisfecha.

—¿Cuál?

—No te lo voy a contar todo… Entonces no tendría gracia —finalizo saliendo se su despacho.

Salgo en dirección al baño y me siento pecadora. No por nada en especial, porque no he cometido ninguna infracción y creo que él tampoco, pero he follado en un despacho, con mi jefe al que no conozco y del que solo sé que no sale con Astrid, pero… ¿y con otras? ¡Mierda!

CAPÍTULO 17

CONOCIENDO AL ENEMIGO

Pues sí, eso que dice mi abuela Lucia de que consejos vendo y para mí no tengo, es una fiel descripción de mi realidad.

Estoy aquí, sentada en mi despacho, con un documento en blanco abierto en la pantalla del ordenador, dispuesta para comenzar a darle forma a mi nueva columna.

Es lunes y debo tenerla lista el miércoles, no me han puesto ningún tipo de guía, simplemente debo escribir y luego veremos cómo pulirla. Eso es lo que pone en el correo electrónico que Simon me ha enviado. Y estoy molesta, porque me ha enviado un puto correo electrónico en vez de venir a decírmelo a mi despacho. Y sí, podéis pensar que está liado o que es la forma habitual de transmitir información en una empresa, pero yo solo pienso que es la manera más cómoda de quitarse el muerto de encima, porque ya ha conseguido lo que quiere y ha follado conmigo. En fin, que me he convertido en Helena Miller, un muesca más en la cama/despacho de Simon Baker. Porque esa es otra, mi imaginación ha hecho estragos y solo pienso que eso de que dejara el preservativo con total naturalidad en la papelera es un síntoma más de que lo hace a menudo y que no ha significado nada. Y efectivamente para mí tampoco debería significar nada pero lo ha hecho y estoy hecha un manojo de rabia y resquemor a partes iguales, ¿y cuál es el colmo? ¡Que debo sentarme a escribir sobre cómo conquistar a un hombre cuando lo que quiero es escribir sobre mil formas de asesinar a un macho!

Respira, Helena. Respira y deja que la *dramaqueen* que llevas dentro vuelva a dormirse, no es el mejor momento para que aflore, soy una profesional y esto ha sido algo que yo he buscado y he permitido. Simon no tiene culpa y en caso de tenerla, sería proporcionalmente similar a la que yo tengo. Si es que, cuando intento razonar, soy la hostia de buena.

¡Ay, las chicas! Cuando se enteren… Loren me va a cortar la cabeza y Sarah… Sarah ya no me habla, después de esto menos lo hará. Aunque primero tendremos que intentar organizar todo este caos que hay ahora mismo entre nosotras.

¡Estoy jodida y no solo literalmente!

En situaciones de este tipo lo mejor es intentar respirar y eso es lo que intento; cierro los ojos y respiro profundamente y acto seguido suelto el aire con fuerza. ¡Esto no funciona una mierda! Recordadme que, si algún día me decido a ser madre, pida la epidural, porque con la respiración no se me va a pasar ningún dolor.

¿Qué es lo primero que debo teclear? ¡Ya sé! ¡Un título!

Mis dedos repiquetean por las teclas, pero solo emiten sonido contra mis uñas, porque no escribo, ¡no se me ocurre ningún título posible! ¡Me van a despedir! Ya no entro dentro del *Récord Guiness* por ser despedida con celeridad, pero lo seré por haberle cortado la polla a su jefe antes de firmar su finiquito.

Llamo a Sophia por el interfono.

—¿Sí? —responde disciplente.

—¿Puede venir? —pregunto alcanzando niveles máximos de inseguridad.

—Claro, ¿necesitas algo?

—¿Una tila? —respondo atemorizada.

—Voy enseguida.

No puedo decirle a Sophia que estoy así porque me he acostado con Simon en su despacho y hemos echado el polvo del siglo, o de mi siglo, porque estoy segura que para él no ha sido nada de nada, «Helena, ¿te estás escuchando?», esto se cuenta y no se cree. Podría llamar a alguna de las chicas, pero la verdad es que en el estado en que me encuentro, terminaría loca y no es el momento, necesito relajarme y producir. Demostrar que sé ser responsable y que lo que Astrid piensa sobre mí son mentiras totalmente infundadas. Cuento con apenas dos días para hacer un intento de columna y a este paso, voy a tener que decirle a Guille que lo haga por mí y vetarle varias palabras, porque «polla» como saludo creo que no esté bien visto.

—¿Qué sucede?

Sophia entra con una taza blanca llena de manchas negras en la mano.

—¿Eso es una taza vaca?

Ella asiente sonriendo.

—¿No te gusta? Las hay de cebras y jirafas.

Mi ceño fruncido y mi boca arrugada, debe ser más que suficiente para que entienda que me da repelús eso tan cursi.

—Trae —le digo mientras se la quito de la mano— si esto contiene tila, soy capaz de casarme con una de ellas.

—A exagerada no te gana nadie —me acusa Sophia.

—Soy la reina del drama, ¿no te has enterado?

Sophia toma asiento frente a mí y yo doy breves sorbos a la bebida, que está caliente, pero con lo que tengo encima, como si viene del mismísimo inframundo.

—¿Estás bloqueada con la columna?

—Estoy nerviosa…

—Es normal, pero estoy segura de que lo harás bien.

Y entonces, la pequeña bombilla que hay en mi cabeza de melocotón se enciende e ilumina mi rostro. Sophia. Ella. Seguro que tiene información que esclarezca todos los sucesos y la película que me he montado en mi cabecita.

—Sophia —murmullo tierna—, ¿qué sabes tú de la vida privada del señor Baker?

No pasa desapercibido cierto asombro en su rostro, pero actúo como si nada.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Dicen que hay que conocer al enemigo. Yo acabo de llegar pero tú llevas tiempo trabajando para él, eres su secretaria, conoces… todo, ¿no? —intento sonar tierna pero despreocupada.

—No creo que te vaya a despedir, si es por eso por lo que preguntas.

¡Joder! Ya entiendo por qué es su secretaria, la tía no suelta prenda.

—No, no es por eso —cambio de táctica— es porque veo a Astrid súper interesada en él y no sé si es correspondido o si tiene novia y el interés es solo unilateral —¡Bien! Palmas internas que doy.

—Hasta donde yo sé, Simon sale con muchas mujeres. Va a muchos eventos y depende del día va con una u otra. Por los pasillos se dice que la elige en función a la corbata que se vaya a poner.

—Es decir —la corto—, que es un picaflor.

—Básicamente.

Pues no, esto no me ayuda en nada. ¿De qué color era su corbata hoy? Lo digo por saber con qué combino yo.

—Es mejor alejarse de él —sentencia Sophia. Y sé que me lo dice como consejo personal, porque no es boba y puede percibir cierto interés por mi parte, cosa que me debe resultar preocupante, porque si ella lo nota, lo debe notar más gente.

—Pues eso Astrid no lo tiene tan claro.

—Ella no lo quiere. Lo que la impulsa a estar detrás de él como una perra en celo es la posición y su dinero.

—Nada que no me sorprenda.

—Tengo que volver al trabajo, si quieres, quedamos para almorzar y me cuentas tus progresos en la columna.

—Gracias —le digo con sinceridad.

—Puedes enviármela cuando la tengas, le echaré un vistazo y te diré mi opinión.

—¿Sincera?

—Más que sincera.

—Gracias, Sophia.

Me guiña un ojo dejándome su preciada taza vaca. Y tras esta pequeña conversación y una tila triple, comienzo a teclear sin saber bien hacia dónde voy.

> Conociéndonos…
>
> En cualquier situación de la vida, el primer paso es conocerse: a uno mismo, a sus compañeros de trabajo, de clase, amistades y hasta al panadero… Siempre, siempre, el primer paso es conocerse. Y, ¿qué vamos a sacar de ahí? Pues muchos datos, aunque no lo queramos ver. La forma de hablar, de expresarse, la manera en la que gesticula y las respuestas que da, son las que

nos dan señales de cómo es esa persona que tenemos enfrente e incluso, cómo nos comportamos nosotras ante esas personas. ¡Y sí, chicas! Me dirijo a ustedes en femenino, porque somos nosotras las que necesitamos saber cómo conquistar a un hombre, aunque debemos tener muy claro a qué clase de hombre queremos conquistar: ¿nos gustan tímidos? ¿Tiernos? ¿Fanfarrones? ¿Malotes? ¿Empotradores? De esto último, nos gustan a todas y no podemos obviarlo.

El caso, y no nos desviemos del tema, es que necesitamos hacer las preguntas correctas para saber a qué atenernos. Las típicas frases de ¿qué te gusta hacer en tu tiempo libre? ¿Tus hobbies? Esas molan, no voy a negar, pero son demasiado típicas y a mí me gusta arriesgar, así que… Os propongo un juego. Lo primero que debemos saber es qué clase de mujeres le gustan a nuestro contrincante, porque sí, es nuestro contrincante y queremos ganar la batalla y que caigan rendidos a nuestros pies.

Podemos utilizar esa técnica femenina con la que nos pueden tachar de mil y una cosas, pero… ¿a quién no le funciona eso de enseñar canalillo? ¡A mí, sí!

Bajamos camiseta, enseñamos carne, pero la justa y comenzamos el primer *round*.

No hagamos preguntas, intentemos acertar nosotras. Un juego en el que ellos deban decir sí o no a nuestras cuestiones. Las más arriesgadas, pueden optar a pedir algo a cambio… ¡Todo es cuestión de ingenio!

¿Te gustan rubias?

¿Pelo largo?

¿Crees que hay que respetar la regla de las cinco citas antes de llevarte a la cama?

Y os aseguro que con esta última respuesta ya comienzan a tartamudear, porque chicas, los hombres a veces, por muy canallas que sean, son hombres y si la sangre baja al hemisferio sur, ¡están perdidos!

Juguemos y hasta la siguiente semana.

Nos leemos.

—¿Qué te parece?

Al final he decidido llamar a Guille y leerle mi columna, es un tío, me puede dar consejos sobre eso.

—¿Quieres conquistarlo o follártelo?

—Mmmmm, buena pregunta. Follármelo.

—Pues para eso llama a Diana, que a mí con tanto rollo me la has puesto dura y necesito ir al baño.

—¡Guille! —protesto—, hazme caso, ya tendrás tiempo de tocarte en la intimidad de tu despacho.

—A mí me gusta, Helena, es fresco y divertido, muy tú. Puede gustar, pero debes recordar que tienes que…

—Con-quis-tar-lo —le corto mientras hago hincapié en cada sílaba.

—E-xac-to —me imita Guille.

—Gracias, Guille, ahora solo queda que Simon le dé el visto bueno.

—Eso ya es otro departamento —me dice Guille—. Tengo que dejarte, ¿llegarás temprano a casa?

—No, ¿por?

—Para que me compres mis cereales.

—Con la de calorías que tiene eso y la tableta de chocolate que tienes ahí guardada.

—Y mi polla, esa también la tengo guardada.

—Eres de lo que no hay.

—Hasta después, rubia.

—Hasta después, pervertido.

Tras esta conversación con Guille y poco meditar sobre ello, le mando un correo a Simon, tal y como hizo él.

«Tengo la columna, te la adjunto para que le eches un vistazo por si hay que cambiar algo. Ya me dices».

Escueto, conciso y preciso. No es necesario más floritura.

Voy en dirección al office para lavar la taza que me trajo Sophia y dejársela encima de su mesa, habíamos quedado para almorzar, pero no sé dónde se habrá metido. Paso por el baño un segundo, esto de estar de mal humor y concentrarse ha provocado que, al tocar el agua, me den ganas de hacer pis. En fin…

Entro en el servicio de mujeres, casi que bajando la cremallera de mi vaquero.

«¡Mierda! Me meo, me meo»

Levanto la tapa del inodoro y grito. Grito alto y claro, como el que envía una señal de socorro y auxilio pero sin señal y solo con miedo. Miedo a ser devorada por una mierda que flota. ¡Flota!

Me subo la cremallera, me olvido de las ganas de mear y salgo que me las pierdo.

«¡Joder!»

Bajo a la planta de Loren y la busco en su despacho. Irrumpo en él como si fuese el paraíso terrenal y suspiro de puro placer cuando la veo sola, sin Astrid, porque lo único que me faltaba es que ella estuviese ahí y me insultase por volver a entrar sin tocar.

—Los modales no son lo mío —me disculpo tras llegar a su altura.

Tiro de su mano y ella comienza a corretear tras de mí.

—¿A dónde me llevas?

—Al baño —le explico—. Me estoy meando y no de risa.

—¿Y por qué no vas al baño de tu planta? ¿Acaso crees que el de aquí es más íntimo? ¡Por si no lo has notado, son todos iguales, Helena!

—Si tú supieras…

Llegamos al servicio y doy gracias de que Loren no se haya soltado de mi agarre, la

necesito y mucho. Doy saltos hacia ambos lados; derecha, izquierda, derecha, izquierda. Esto está peligrosamente cerca de parecerse a una clase de aerobic.

—Entra —me dice mientras me señala una puerta entreabierta.

—Entra tú primero, que a mí me da la risa —le digo, y me reiría recordando ese chiste tan viejo que cuenta mi padre y que es malo, malo, pero me da miedo a hacérmelo encima y tener que salir a la calle así.

—¿Le tienes miedo a un baño?

—Entra, dime que está limpio y luego te explico.

—Mi amiga, que desde este momento la he coronado como la mejor amiga del mundo mundial, me hace caso y entra sin miramientos. Es más valiente que yo… Lo veo claro.

—Está limpio —música para mis oídos.

Accedo a él, me bajo los pantalones, coloco las manos bajos mis muslos —paso de pegar mi culo al WC— y suelto un largo, casi eterno, suspiro de satisfacción.

Salgo quince minutos después tras soltar la misma cantidad de agua que posee el Océano Atlántico y Loren me espera apoyada en el mármol del lavabo con los brazos cruzados.

—Estás súper sexy en esa postura, estoy segura de que Alex te follaría.

Mi amiga se ruboriza y agacha la cabeza, símbolo de que no han hecho nada de nada.

—¿Me puedes explicar qué ha pasado?

—¡Dios, no me quiero ni acordar!

Le hago un gesto con la cabeza para que volvamos a su despacho, no quiero contar nada en el servicio, que está limpio pero no es plan.

—¡Dime! —Me exige tras cerrar la puerta de su despacho.

Tomo asiento, me llevo la mano al pecho y le relato lo sucedido.

—Acabo de entrar en *shock*. He ido a uno de los baños de mi planta y me he encontrado un *cagarro* flotando.

—Eres una cerda.

—Cerda la que lo soltó, porque eso no tiene nombre. ¡Y flotaba! ¿Lo entiendes? Una mierda flotante, tía, que eso no le sale por el culo a nadie —y ya sabéis, que cuando me pongo en modo dramática no me gana nadie—. ¿Habrá sido Sophia? No estaba en su sitio antes de bajar. Lo cierto es que si es ella debe estar muy sana porque flotaba…

—Se supone que cuando se está sano es cuando no flota.

—¡Mierda! Pues entonces está jodida, la pobre.

—No sabemos si es ella —mi amiga me devuelve a la Tierra, porque yo ya me veía comprando flores para su entierro.

—Ahora que lo pienso, es probable que haya ido al médico.

—¡Que no se está muriendo! ¡Dios! Sí que eres una dramática de mucho cuidado. No sé

cómo te aguanta Guille.

—No digas chorradas —le explico—, habrá ido al médico porque si eso ha salido por su ano, tiene que volver a coserlo. No es normal. Pensé que iba a ser devorada por una cagada flotante. No vuelvo a ese baño.

—Para estas cosas tan asquerosas, prefiero que llames a Mia, ella se ríe, a mí me dan arcadas.

—Imagínate a mí, cuando vi eso, solo faltaba un cartel que pusiera «envío urgente».

—Vuelve a tu despacho —me dice tras mis últimas palabras.

—Mimimimi —la remedo como si fuese una niña pequeña.

Ella se limita a señalar la puerta y taparse los ojos con la otra mano.

Salgo y cierro, pero caigo en la cuenta de que no le he dicho nada de nuestra reunión esta tarde. Así que vuelvo a entrar. La veo con el móvil en las manos y sonriendo.

—Tortolita, esta tarde quedamos para hablar sobre Sarah. Dile a tu maromo que ya vas esta noche y le haces un repaso intensivo.

—¡Pervertida! —me reprocha.

—En la cafetería de Stephen —le explico sin darle mayor importancia a su recriminación.

Ella asiente y continúa a lo suyo.

Definitivamente, mi amiga está pillada y si aún no ha llegado a ese punto, le doy una semana.

CAPÍTULO 18

REUNIÓN DE PASTORES…

Salgo de New York Style a mi hora y sin ver a Simon. Sin verlo pero tampoco he tenido noticias de él. Nada. Cero.

Tras localizar a Sophia y saber que estaba en el cuarto de los archivos, supe que no necesitaba puntos y que no era ella, a saber… Tampoco pienso averiguar quién ha osado a soltar ese pedazo de elemento en el baño. En fin…

Le mandé un escueto mensaje a Mia diciéndole dónde nos íbamos a reunir esta tarde y hacia allí me dirijo, cargada de toda mi artillería pesada. Mi bolso y mi bloc de notas.

Intento llamar a Sarah mientras camino en dirección hasta Stephen&Co pero no me contesta, señal inequívoca de que sigue enfadada. O dolida… O ambas cosas.

Llego al local y allí está Diana.

—Vaya, vaya, dichosos los ojos —me acerco a ella y le doy un abrazo—. Ahora te ve más Stephen que yo. ¡Qué triste!

—Mamá me llamó para decirme que le echara una mano. Tampoco vengo mucho, a veces, ya sabes que el blog me quita tiempo, pero el dinero me viene bien.

—¿Aún sigues con esa idea de hacer el viaje?

Mi hermana, desde que tengo conciencia, siempre ha dicho que quiere hacer un viaje a Hawái, lleva ahorrando algo así como… Diez vidas, y algún día lo hará.

—Tengo que ahorrar y Chloe también.

Chloe es su mejor amiga, con la que comparte tiempo y locuras. Diana siempre se ha caracterizado por ser una persona extrovertida, en ocasiones, más que yo, y eso ya es decir. Tiene un novio en cada puerto. Hugo le sigue el ritmo y, además de trabajar juntos, son grandes amigos.

—¿Has quedado con las chicas?

—Con Mia y Loren.

—¿Y Sarah?

—La he liado —confieso apesadumbrada—. Le dije varias cosas que quizás no tenía que haberle dicho.

—¿Qué cosas?

Le hago un breve resumen de mis palabras y mi hermana pone cara de miedo y estupor.

—Te has pasado. Te olvidas de que eres su amiga pero no tienes que decir esas barbaridades, es su vida y son sus decisiones.

—Lo sé. Pero no me gusta verla cambiar.

—Helena, las personas cambian y pasamos por fases, es inevitable y aunque no te guste su novio —esto lo sabe hasta el Papa—, no tienes ningún poder sobre ella.

Mia se sienta a mi lado y se suma a la conversación.

—¿Qué pasa?

Al final nos hemos quedado sentadas en una de esas butacas que tiene Stephen en la barra.

—Que mi hermana es retrasada mental —ese es el breve resumen que Diana le hace a Mia.

—Y tú una bruta —protesto.

—¡Oh, sí! Si yo soy bruta a ver que eres tú que le sueltas a tu amiga esas barbaridades.

—Perdió las formas —me defiende mi siamesa—, pero lo pensamos todas desde hace tiempo. ¿Loren no vino contigo?

—La dejé con Astrid, pasé por su planta pero la secretaria de moño estirado me dijo que estaba en su despacho con la jefa, no soy quién para interrumpirla, ya esta mañana entré al despacho del señor microbio y me la lio por no llamar a la puerta.

—Esto se empieza a poner interesante —me dice Diana mientras nos tiende dos tazas con capuchino—. Tú también sabes que mi hermana se quiere follar a su jefe.

Mia asiente y yo me lleno de indignación, son únicas para criticarme.

—Estoy aquí, os oigo, no hagáis como si no estuviese, ¡niñatas! —protesto.

Loren llega poco después y al final nos sentamos en una mesa cerca de la barra, Diana también, por supuesto.

—¿No tienes trabajo? —le reprocho.

—¡Stephen, voy a coger mi tiempo de descanso! —grita con descaro mi hermana.

El susodicho asiente y yo me enfurruño más aún.

Nunca jamás pidáis a vuestros padres un hermano, yo lo hice y mirad cómo he acabado… condenada a una vida llena de frustración por querer asesinarla y no poder, me enteré pronto que es delito matar a un hermano.

Stephen, por lo menos se apiada de nosotras, espero que más de mí que de ellas, que están súper *happy* nos trae unos de esos *pancakes* que molan tanto y varios cafés más. Me temo que esta noche no duermo.

—¿Qué me he perdido? —curiosea Loren al tomar asiento.

—Poca cosa —le resume Mia.

—¿Le has contado lo de la mierda flotante? —pregunta Loren con cara de asco.

—No —niego—, he estado poniendo al día a Diana sobre lo de Sarah.

—¿Y? —le pegunta Loren a Diana.

—Pues que creo que se ha pasado veinte pueblos como mínimo.

—El tema no es ese —zanjo antes de que vuelvan a la carga—, el problema es Sarah y su cambio radical de actitud desde que está saliendo con el tipo ese.

—Y ha ido empeorando conforme ha empezado a vivir con él —matiza Mia.

—En eso estamos todas de acuerdo —afirmo rotunda.

—¿Alguna ha hablado con ella? —pregunta Loren.

—Yo no, lo he intentado antes de venir, pero no me lo coge —les explico como si no fuese normal que no me conteste siendo yo la causante de todo este embrollo.

—Yo tampoco —dice Mia.

—Ni yo —nos cuenta Diana.

—Hasta feo estaría —protesto—. No es tu amiga —especifico—. No de esa manera —matizo.

Mi hermana conoce a la perfección a todas mis amigas, hemos salido juntas en más de una ocasión, pero no tiene ese tipo de relación en el que se comparten intimidades.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunta Loren obviando la diatriba entre Diana y yo.

—Pues deberías hablar con ella, no sé, pasar por su casa —propone Diana.

La miro con el ceño fruncido y ella sonríe.

—¿Por qué me miras así?

—Eso, ¿por qué la miras así? —pregunta a su vez Loren.

—Porque se mete donde no la llaman.

—Si estamos todas en esta mesa, podemos proponer todas.

—A ti nadie te ha invitado —me quejo—, te has pegado como una lapa.

—¿Habéis visto cómo me trata? ¡Por fin tengo testigos! —¿Era yo la única dramática de la familia?

—Paso de tu culo —le contesto—. Pasaré yo por su casa, es lo mínimo que puedo hacer tras lo que ha pasado.

Y es verdad que debo hacerlo. Se supone que somos amigas y quizás Diana tiene razón, porque… ¿Quiénes somos nosotras para meternos en la vida de las demás y juzgar? Es mi amiga, sí y obviamente debo decirle lo que pienso y medir mis palabras al hacerlo —esto es una tarea pendiente—, pero, ¿eso es motivo más que suficiente para llegar, decirle cuatro cosas y luego correr a pedir disculpas? Nos creemos con derechos porque nos unan lazos, pero no siempre los tenemos. En mi caso, sé que lo hice sin esa maldad o crueldad que se puede pensar que tengo. No, no fue para hundirla, fue porque necesito que despierte y que se dé cuenta de que algo ha cambiado, y como siempre digo… Pensemos, ¿estamos dónde queremos estar?

—¿Le has contado ya a Loren que llegaste esta mañana antes al trabajo porque Simon te lo pidió?

—¿Te han dicho alguna vez que tienes la lengua muy larga?

—Alguna —dice mirándose sus uñas con una expresión de satisfacción en la cara.

—Eres… Eres… —contengo el insulto.

—¿Para qué fuiste tan temprano a ese despacho? —me interroga Loren.

—¿Con quién te estabas escribiendo tú antes? —nueva táctica, focalizar la atención en otra y evitar que se centren en mí.

—¡Tú has follado! —exclama mi hermana.

¡Mierda!

—¿No tienes que volver al trabajo, piojo?

—¿Te lo has follado? —inquiere Mia atónita.

—¡Joder! —respondo exasperada.

—¡Te lo has follado! —exclama Loren pasmada. Se lleva la mano al pecho, podéis haceros una idea del *shock* que estoy provocando en ella.

—¡Mierda! —Todas mis respuestas están siendo tacos y eso no hace más que empeorar la situación.

—¡A abuela se lo voy a contar!

—Si lo haces, te corto en trocitos y te doy de comer a los tiburones —la amenazo señalándola con mi dedo.

—¿Habéis visto qué fácil ha sido que confiese? ¡No lo ha desmentido!

—Subnormal —le digo a Diana.

—¡Es tu jefe! —me reprende Loren.

—Ya ha salido la chica casta que hay en ti —me mofo.

—¿Y qué tal? —pregunta Mia—. Loren, cariño, ya no podemos hacer nada, ahora es el momento de los detalles, luego ya veremos qué hacer.

—Ha sido una pasada. En su despacho, en su mesa…

—Ni se te ocurra excitarte aquí, delante de nosotras —me pide Diana.

—Yo salí el domingo de su casa encendida como un volcán, no sabes la que se traía en su habitación con su señor microbio —les cuenta Mia, de nuevo como si yo no estuviese presente.

—Pero, ¿qué me he perdido? —Loren está en estado de *shock*.

—¿No se lo has contado? —Me pregunta Diana mientras niego con la cabeza—. Si lo sabe hasta mi abuela.

—¿Lucía? —prosigue Loren.

—Sí —le confirmo—, y te voy a asesinar por ello, que me llamó conforme colgaste.

—Lo sé, y luego te volverá a llamar porque le voy a contar todo.

—¡No serás capaz! —la reto.

—¡No me provoques!

—Quiero una familia nueva, ¡maldita sea! —lloriqueo.

—Y yo un unicornio y mira… —se mofa Diana.

—Callaos ya, ¡joder! A este paso no voy a saber los detalles más truculentos de la

historia —Mia decide poner orden porque ella es tan o más cotilla que yo.

—Solo diré —miro a Mia que es la que espera esta tanda de destalles cuando más morbosos mejor— que Simon cuando folla, folla de verdad.

—¡Una perra con suerte! —exclama Mia satisfecha por mi respuesta.

—Cuando se entere Astrid…

—¡Shhh! —Decido que lo mejor es chistar a Loren, porque todo esto precede a un sermón seguro.

—¡Épico! —se burla Diana—. «Yo solo diré que cuando Simon folla, folla de verdad» —me remeda.

—¿Os tengo que recordar que hemos venido hasta aquí para elaborar un plan sobre cómo ayudar a Sarah? —intento volver a focalizar la atención de esta panda de petardas y en lo que nos atañe de verdad—. Mi vida sexual no debería ser motivo de una tarde de café y *pancakes*, como mucho, la de Loren, que la muy pelandusca no ha pronunciado ni una sola palabra sobre su nueva relación con el amigo de mi compañero de piso. Y antes de que te defiendas con una de esas frases tan tuyas sobre que es tu intimidad y bla, bla, bla, debes saber que follar con mi jefe también lo es y al final me ha tocado justificarme sobre ello.

—No te has justificado —me interrumpe Mia—, como mucho, has insultado a tus mejores amigas y a tu hermana.

—Me vale como excusa —las miro con la mayor seriedad que puedo poner, obviando que lo que más me apetece es reírme por lo surrealista que esta situación—. He dicho.

En realidad, ratos como estos, en los que hablamos sobre nuestras vidas sexuales, o sobre banalidades varias, nos hacen sentirnos mucho mejor, nos relajan, nos unen. No todo pueden ser problemas o la búsqueda de soluciones a esos dilemas que nos persiguen sin ton ni son, sin buscarlos. Supongo que la vida pretende que nos divirtamos y nos asustemos a partes iguales. Hoy toca reír, espero que mañana no nos toque sufrir.

—¿Y bien? —pregunto mirando directamente a Loren.

—No hemos hecho nada —se defiende—, solo nos estamos conociendo.

—Pero te gusta, ¿verdad?

—Es mono —responde llena de una cursilería adorable.

—¿Habéis quedado? —pregunta Mia.

—Este viernes. Pero me escribe mensajes cada día, me da los buenos días, me pregunta por mi trabajo, cómo me siento… Parece un chico atento.

—¡Te gusta! —aplaude Mia—. Por fin vamos a ver a Loren con un chico. ¿Cuándo fue la última vez?

—Déjame pensar —llevo mi mano a la sien intentando hacer memoria sobre cuando fue exactamente la última vez que vimos a Loren entusiasmada por un chico, o compartiendo una

cita sin más—. ¡Ya sé! Cuando saliste con aquel tipo raro de barbas *hipster* que tus padres odiaban porque parecía un vagabundo.

—Era buen niño.

—Y te quería por tu dinero —la brutal sinceridad de Mia es, como poco, apabullante.

—¿Llegaste a acostarte con él? Nunca nos lo contaste —protesto.

—No se debe hablar de la vida sexual de alguien así como así.

—Pero de la mía si, ¿verdad?

—La tuya es la mar de interesante, entre Guille y Simon, ¿crees que veremos un duelo de titanes? —se mofa Mia.

—Guille es mi amigo y nunca va a pasar nada entre nosotros.

—Porque tú no quieres —añade Mia.

—Porque no queremos ninguno de los dos. Sé que es difícil de entender, pero esa relación que tenemos nosotros nos ha unido más aún.

—Pues a tu nuevo novio no creo que le haga gracia que bromees sobre la polla de tu compañero de piso —me espeta Diana.

—No es mi novio —niego efusivamente—. Es mi jefe. ¿Nunca habéis follado con vuestro jefe?

Todas, absolutamente todas, niegan con la cabeza.

—Sois unas mojigatas. Y ahora es mejor dejar de lado este encuentro sexual que no se va a repetir y centrarnos en lo verdaderamente importante: Sarah y la evolución, porque va a evolucionar, de la relación de Loren con Alex.

—No estés inventando —se defiende mi amiga—, solo hemos quedado para tomar algo.

—Esa sonrisa cada vez que coges el teléfono, no me demuestra lo mismo… Las palabras se las lleva el viento, bonita —me justifico antes de darle un largo sorbo a mi capuchino y alzar los hombros para restarle importancia a ese comentario que nos hace Loren pero al que todas decidimos no hacer caso, porque ella es así, intenta no hacerse ilusiones con nada, porque cree que es la mejor forma de no salir mal parada—. En fin, voy a ir a casa de Sarah. Con tanto café no creo que duerma mucho esta noche.

—El café y el sexo, que te mantienen en una nube de hormonas saltarinas queriendo soñar despierta.

—Deja de decir estupideces, Diana —la reprendo.

Ella se ríe, pero en el fondo tiene algo de razón, porque no he dejado de pensar en la ausencia de noticias de Simon tras lo sucedido esta mañana.

—¿Qué estás pensando?

Mia me acompaña hasta casa de Sarah, aunque ella me ha dejado claro que esto tengo que hablarlo yo y solo yo.

—¿Quieres la verdad?

—Por supuesto. Está de más esa pregunta.

Freno en seco nuestros pasos y me planto frente a Mia.

—Júrame por *Snoopy* que esto que te voy a decir no va a ser utilizado en mi contra y que tampoco vas a contárselo a nadie.

—Palabrita de Mafalda —dice alzando la mano y colocando su palma frente a mí.

—Esta mañana intenté sonsacar información a Sophia, la secretaria de Simon, sobre su estado civil.

—¿Y por qué hiciste eso? —Mia sonríe maligna y me da miedo.

—Mi abuela me dijo algo que me dejó dudando: hay que conocer al enemigo —le explico.

—¿Conocerlo hasta el punto de saber sus conquistas? No me cuadra mucho esa versión.

—Vale —claudico—, eres una maldita. Necesito saber qué pasa por la cabeza de ese hombre. Me trata con indiferencia, es borde, chulo y me busca las cosquillas.

—Y a ti te encanta que sea así…

—*Chiii* —lo pronuncio cabizbaja, con la voz de una niña de tres años que aún no sabe pronunciar la letra s.

—¿Y qué sacaste en claro?

—Pues que no sale con nadie especial pero sí sale con muchas.

—Helena —ahora es Mia la que frena mis pasos sujetándome por las muñecas y siento verdadero miedo por lo que me vaya a decir porque sé que eso que pronuncie, como poco, me va a hacer estremecer—, ¿te das cuenta que ese hombre te gusta?

CAPÍTULO 19

ALERTA ROJA, ALERTA COBRA, ALERTA MÁXIMA

Llevo mi mano hasta su frente intentando encontrar un motivo lógico, como puede ser la fiebre, para entender que esta pregunta que Mia me acaba de formular, pueda tener algún sentido.

—Intenta disimular todo lo que quieras, o mejor aún, intenta obviar la importancia de la pregunta que te acabo de hacer, pero la realidad es mucho más sencilla y asumirlo es el primer paso.

—No me gusta. Solo me pone.

—Te gusta. Si no fuese así, no estarías dudando de si sale con una o se acuesta con otra, tampoco estarías indagando sobre ello, simplemente sería un tío más con el que te acuestas, con el único hándicap de que es tu jefe, pero hasta eso es un argumento salvable, es decir, trabajas con él y listo, sin implicaciones, dudas, ni cuestiones.

No me queda más remedio que asentir y concederle la razón a mi amiga, porque como os he contado, da unos consejos que son la repera, pero también me plantea reflexiones que dan para mucho.

Todos los chicos que me han hecho tilín en algún momento de mi vida han sido esos que han despertado en mi mucho más que una atracción y siempre han sido los que llevan en la frente tatuado con tinta multicolor y de esa que reacciona a la luz ultravioleta un gigantesco «peligro» del que soy experta en obviar. Tras varias relaciones desafortunadas, en las que el sexo era la hostia, pero el resto era un simple aditivo que se añade y que no aporta nada más, terminaba igual: cerrando esa etapa y reprendiéndome por volver a caer en lo mismo, con una promesa de que nunca más iba a suceder.

El último, fue Jacob, tras varias muescas, porque al final las he clasificado como tal, que cumplían el mismo patrón: canallas empotradores que te venden el oro y el moro y luego eso queda todo en promesas incumplidas que sumas y que al final, merman los sueños por encontrar a alguien que valga la pena.

No entiendo esa capacidad que tenemos las mujeres de buscar a alguien, de intentar encontrar el amor y de creer que solo al lado de otra persona vamos a estar completas, cuando lo que debemos tener claro y es una tarea pendiente en nuestra educación, en la mía si algún día decido tener descendencia, que lo importante y prioritario es uno mismo y el amor propio, sin permitir que nadie controle tu estado de ánimo, porque al final no es cuestión de prioridades, sino de sumas. Es decir, que alguien que te complemente es alguien que te suma. Alguien que logre hacerte mejor de lo que ya eres.

—No puedo encapricharme de un tío como Simon, porque es de los que no se enamoran. Buscan entretenimiento y al final, terminaré sufriendo innecesariamente —y lo digo convencida de ello, o eso creo…

—Parece que la teoría te la sabes, la cuestión es llevarlo a la práctica. Helena, te quiero mucho pero tienes un gusto nefasto al elegir hombres, siempre terminas cayendo en manos del que no te merece —me dice con voz seria, como quien reprende a un niño pequeño tras llenarte la pared de pintadas de ceras de colores.

—¿Y qué hay de ti? ¿No piensas enamorarte nunca? —focalizar la atención en el otro, es mi mejor táctica, todo madurez, ya veis…

—¿Me creerías si te digo que el amor no está hecho para mí?

—No, la verdad. Ni siquiera me planteo eso de que el amor no esté hecho para alguien —ya no sé ni qué me planteo, sinceramente.

—No he llegado a ese punto en el que haya encontrado a alguien con el que me apetezca repetir o conocer más allá de un par de revolcones y lo que eso implica. La verdad es que me gusta mi vida y el planteamiento que ahora mismo tengo —me confiesa Mia apesadumbrada.

—Aquel tipo te jodió pero bien —bien y con ganas.

¿Sabes ese momento en el que aparece alguien que hace tambalear tu mundo y luego lo destroza con su partida? Pero no solo con su partida, sino con sus indiferencias, sus tratos desafortunados y su falta de implicación. Todas hemos vivido desamores, por un motivo u otro: incompatibilidad, no soy lo que buscas pero cualquier otra sí, se acaba el amor de tanto usarlo… En fin, mil y un motivos para ese desafortunado final. El caso es que hasta la más rebelde de las mujeres acaba cayendo en las redes de ese gordito con arco y flechas, llamado Cupido y Mia no podía ser menos.

Sucedió pronto, como suelen suceder las cosas. Era joven, inexperta, él, mayor y un cabronazo que se aprovechaba de ella. En realidad, no debería tenerle tanto odio, pero dejó a mi amiga hecha una piltrafa andante y a día de hoy sigue sin creer en el amor por culpa de ese mierda seca —nótese en esta última frase el cariño que le profeso—.

Se conocieron una noche, en un local cualquiera, con una canción de verano que lo estaba petando. No recuerdo la zona por la que andábamos, solo recuerdo a mi amiga frenar en seco, sujetarme la mano y decirme: «hay moros en la costa al fondo a la derecha». A priori pensé que con «moros en la costa» me hablaba de un grupo de morenos cachas y mi cuerpo reaccionó ante la imagen que en mi mente se reproducía sola y comencé a salivar. Al girarme en la dirección que Mia me indicó, me topé con la realidad: un grupo de jóvenes que bebían cerveza y parecía que salían por primera vez en su vida.

Yo por ese entonces ya apuntaba maneras, era joven y picaba los veinte años, pero tenía bien claro que me gustaban mayores, decididos y sinvergüenzas, si es que siempre he caído fácil ante los pies de un canalla. Los peores, lo sé, pero los que me vuelven loca de remate.

Mia se quedó prendada de un moreno, alto, de ojos verdes con mirada de devorador, y no la culpo, porque eligió al mejor de esa pandilla de barbilampiños. Coqueteamos, yo por el simple

placer de sentirme gustada esa noche, pero sin ambiciones a culminar absolutamente nada. En cambio ella… ella cedió a todos los instintos carnales habidos y por haber y se rindió ante ese chico, de cuyo nombre prefiero no acordarme.

Repitió. Repitieron muchas veces y la cosa se comenzó a complicar con salidas varias: cine, paseos, musicales, tomar el sol una tarde en Battery Park, y esa chica que desprendía ternura y amor por todos y cada uno de los poros de su piel, finalmente sufrió un desengaño cuando ese chico la dejó por otra. Lo típico.

Creo que Mia no estaba preparada. No sé si realmente alguien lo está. Éramos inexpertas y veíamos la vida desde otra perspectiva, me pasó con Jacob y a ella con ese «moro en la costa». Creemos que el primer amor es para siempre y al final, cuando chocamos contra la cruda realidad, es complicado sobreponerse rápido.

—No hablamos del tema, no te presiono, pero sabes que debes intentar seguir con tu vida sin que su fantasma te persiga —le explico llena de convencimiento.

—Ya no me persigue —responde evitando mi mirada.

Y volvemos a mentirnos, o quizás a obviar que este tema sigue haciendo mella en ella y en su corazón. Por eso sigue las reglas de Guille, porque el amor, cuando te jode y te destroza, te deja marca, y no es de esas que se van con agua y jabón, no, es de esas que te tatúan una marca invisible en el corazón.

Pero todos los miedos se superan, todos los problemas se combaten y todas las situaciones se transforman en oportunidades y Mia debe saber que le llegará el momento, porque la vida y la muerte comparten eso, cuando te toca, no hay nadie que sea capaz de evitarlo.

—Es sencillo, Mia, cuando llegue tu momento, lo sabrás.

Y pienso en Sarah, porque estamos llegando a su casa y no sé bien cómo enfrentarme a esta situación. Y pienso en mí misma, en todas las personas que me rodean, en cómo mi padre se fue de vacaciones, conoció a mi madre y se enamoró perdidamente de ella, cómo mi abuela se enamoró de un marine y cambió de vida y de país siguiendo su amor y es que al final la vida es eso, lo que es tuyo, te perseguirá, te buscará y te encontrará. Sin más.

Mi amiga no me responde, pero sé que ella entiende mi respuesta y en el fondo, aunque ahora mismo no lo vea, sabe que tengo la razón.

—Hemos llegado —me dice con voz queda.

—Escucha, Mia, no es mi intención ni mucho menos, la de hacerte recordar todo lo sucedido, pero debes entender que las cosas suceden y que la vida nos pone a prueba y por mucho que nos cueste, debemos enfrentarnos a todo con valor. Los golpes nos enseñan lo que no queremos que se repita. Ya no tenemos veinte años, tenemos veintiocho, y simplemente debes pasar página.

Mia es de esas chicas que llega a tu vida como un verdadero tsunami. Nos conocimos y

fue instantáneo, como la sopa de sobre, conectamos de tal manera que no pudimos separarnos. Afinidad, creo que lo llaman.

Tropezamos y se nos cayeron varios libros al suelo. Nos agachamos para recogerlos, nos miramos mal y nos despedimos con un leve gesto de nuestras cabezas, en plan «púdrete». Obvio que la conexión no fue en ese momento, ahí solo teníamos prisa por llegar cada una a su clase y no perdernos nuestro primer día.

No pintaba nada bien cuando me levanté esa mañana, mucho peor fue la cosa cuando me di cuenta de que uno de sus libros sobre rollos de diseño estaba entre los míos y peor cuando me di cuenta de que justamente el que necesitaba para esa clase era el que había intercambiado por error con esa desconocida.

Tuve que cavilar mucho más de la cuenta sobre cómo dar con ella, porque una triste descripción no sería de mucho. Una vez finalizó la clase, me dirigí hasta su facultad, que estaba en el mismo campus, pero en la otra punta. Solo me faltaba que ese día lloviese, puestos a entrar en un bucle de negatividad, sería lógico que sucediese. Llegué a la secretaría y allí estaba la típica señora mayor con un recogido en forma de cagada de paloma y unas gafas a la altura de la punta de la nariz. No era un estereotipo, era una realidad y todas las secretarias del campus eran así, por lo menos, todas con las que yo me había topado.

Cuando me tocó a mí, me acerqué y le mostré el libro que tenía entre las manos. Ella, llena de una amabilidad pasmosa, me dijo que esa clase se impartía dentro de diez minutos en la tercera planta, me facilitó el número del aula y hasta allí me dirigí rauda y veloz.

Atisbé, no sin cierta dificultad, a una morena de pelo rizado al fondo, sentada con una pila de libros. Supe que era ella y me sentí identificada al observar que yo tenía las mismas pintas, cargada, perdida y confusa. Típico del primer día y del primer año.

—Somos las peores novatas del mundo —le dije cuando me situé a su altura.

Le tendí su libro y me pareció ver alivio en su gesto.

—Me has salvado la vida —me respondió—. Lo necesito para poder entrar a esta clase, sin el material no nos dejan entrar.

—Los profesores son un asco —balbuceé sonriendo.

Ella me devolvió el gesto.

—Te invito a un refresco al salir —me propuso.

—Mejor una cerveza bien fría.

—Trato hecho.

Por esa época, aún no habíamos descubierto los vodkas de melocotón o frambuesa. Quedamos en vernos en una cafetería cerca del campus sobre las cinco de la tarde. Yo terminaba mi jornada antes, pero por una cerveza, bien merecía la pena la espera.

Esa tarde me explicó que ser diseñadora gráfica era su vocación. Nos reímos mucho más

de lo que pensaba teniendo en cuenta cómo había ido nuestro primer encuentro, hablamos sin parar de todo y de nada, saboreamos varias cervezas y nos despedimos con la promesa de vernos al día siguiente en la misma cafetería a la misma hora.

No hace falta decir, que ese día dio pie a muchos más. Muchos suspensos por perder la tarde hablando de tíos, pollas y sexo. Fue algo así como encontrar mi alma gemela pero con vagina.

La amistad ha perdurado en el tiempo. Le presenté a Loren tiempo después y fuimos tres durante un periodo de tiempo. Tras la aparición de Sarah aquella tarde en la cafetería, pasamos a ser cuatro. Y luego cinco si contamos a Guille, con el que ambas hemos conectado a la perfección.

—No te olvides de llamarme luego —me pide Mia cuando estamos frente al portal.

—Prometido.

—Suerte —me desea.

Suelto nuestras manos, casi sin darme cuenta de que hemos estado unidas por ellas todo este tiempo. Supongo que somos unas payasas, pero también sabemos ser adultas y profundas cuando queremos. Hay tiempo para todo y cada momento conlleva un sentimiento.

Me despido moviendo las manos y Mia me devuelve el gesto sonriendo. Intenta infundirme calma.

Conozco a Sarah desde hace unos años, pero aun así, es a la que más respeto le tengo. Siempre la he visto como la mamá gallina. La más responsable, la más seria, la que menos locuras comete, la más racional. En lo que debe ser la más es la más y en lo que debe ser la menos, se lleva la palma.

Finalmente toco el portero automático y espero a que sea ella y no Chris quien me responda al telefonillo. Conociendo al susodicho como lo hago no me extrañaría que directamente obviase mi llamada e hiciese como si nunca se hubiese producido.

No es especialmente tarde y dudo en que pueda estar en casa. Tras varios intentos, no me responde nadie, pero debo hablar con ella así que creo que lo más lógico es esperarla.

Me siento en el pequeño escalón que da a la calle y coloco el bolso entre mis piernas. Saco el teléfono y observo que no hay señales de nadie, en realidad, buscaba algún tipo de señal de Simon.

Aprovecho el momento para llamar a mi abuela. No sabría decir si Diana le ha ido ya con el cuento o no, pero casi que prefiero averiguarlo si la llamo.

Tengo mucha confianza con ella incluso más que con mis padres. No es que no tenga buena relación con ellos, pero es cierto que hay un vínculo especial que me une a mi abuela Lucía y ambas nos hemos encargado de reforzarlo con el paso del tiempo. Siempre estamos pendiente la una de la otra y de Diana.

Hago el cálculo de la hora que puede ser en España, resto con los dedos, como una niña pequeña. Aún con todos los años que llevo viviendo en Nueva York, tengo que hacer el maldito cálculo. Y caigo en la cuenta de que no puedo llamar a mi abuela porque debe estar durmiendo.

En fin, me toca esperar sentada.

Soy de paciencia escasa, es decir, odio esperar hasta para entrar al baño. Pienso en instalar uno de esos juegos que están de moda y que parece que la gente usa mucho, pero ese tipo de cosas no me van. Tampoco tengo ningún libro, así que se me ocurre la fantástica idea de mandarle un mensaje al señor microbio.

Helena:

¿Has leído lo que te mandé esta mañana?

Tras esto me pongo a indagar en las redes sociales, no tengo esperanza de que responda con celeridad, por lo que mato el tiempo viendo las publicaciones de mis contactos. Compruebo una vez más, que tengo varias solicitudes nuevas de amistad y decido omitirlas porque son personas que no conozco.

¿Alguna vez os ha pasado, estar en un sitio, alzar la cabeza por instinto y encontraros con esa persona? ¿No? ¿Sí? Pues ya podéis haceros una idea de lo que ha sucedido. Estoy en pleno Soho, sentada en un portal, esperando a que mi amiga que arrastra un enfado descomunal conmigo, llegue a su casa, para probablemente tener una conversación de todo menos bonita, y alzas la cabeza y está ahí, con su porte elegante, su rictus serio, su… su maldita compañía femenina.

Saca el teléfono de su bolsillo y observa algo en la pantalla. Ese algo, será mi mensaje. No responde, no teclea, se limita a guardarlo de nuevo en su pantalón.

No quiero sentir nada. Me gustaría no sentir un pellizco en el estómago o esa sensación de acidez que me deja mal sabor. Pero mentiría si dijese lo contrario. Me molesta verlo con ella. Con Astrid.

Siempre he sido de fiarme de la palabra de una persona, de no cuestionar si eso que verbaliza no es más que una mentira vestida de Prada. Pero hoy me encuentro en la tesitura de dudar de la verdad de lo que Simon me dijo. Y diréis, puede que sea una reunión de trabajo, o que acaben de salir de New York Style y hayan decidido tomar algo y poner en común algún punto que les atañe a ambos sobre el día a día de la revista, pero llamadme loca cuando os digo que mi instinto me dice que no es nada de eso.

Helena:

¿Te lo estás pasando bien con Astrid?

Son los malditos celos los que hablan por mí. No soy yo, son ellos.

Lo veo sacar de nuevo el teléfono de su bolsillo y leer mi mensaje. Alza la vista y comienza a hacer un barrido de la zona. Me escondo tras el bolso, acuclillándome más aún,

intentando hacerme pequeñita. Pero por una milésima de segundo, una bombilla se prende en mi cabeza y decido que no, que no me voy a esconder, no tengo por qué hacerlo, no le debo nada, nunca he debido nada a nadie y no voy a comenzar a esconderme, no me voy a empequeñecer porque no me da la gana.

Me pongo en pie, esperando a que esa conexión que sentí hace apenas unos días en la discoteca de Meatpacking, vuelva y él sea capaz de percibir mi presencia como yo lo fui de apreciar la suya.

Y sin más, me ve. Clava su vista en mí y no sonríe. Yo tampoco. «Cabrón», pronuncio con la firme intención de que lea mis labios. Y lo hace, porque alza su ceja.

—¿Qué haces aquí? —la voz de mi amiga y su pregunta, me sacan de mi ensoñación, de ese momento de dolorosa realidad.

Ahí está mi amiga Sarah, de pie, frente a mí, con ese bolso gigante en la mano izquierda y varia carpetas en su mano derecha.

—¿Te llevas trabajo a casa?

No, esa no es la mejor forma de comenzar una conversación de reconciliación, es algo así, como una frase fracaso. Es como si cuando discutes con tu pareja, le dijeses «¿estás bien, pedazo de carne con ojos?». No mola, no.

—Sí —responde escueta y sin emoción en sus palabras.

—¿Podemos subir? —y no vayáis a pensar que esto lo pregunto porque Simon esté cerca y puede que incluso caminando hasta aquí, o no, no sé porque no pienso mirar, esto lo digo porque quiero solucionar las cosas con Sarah en un sitio con más intimidad y donde no nos miren mucho ojos, por si me agarra del pelo y me arrastra por todo el Soho. Tengo una reputación que mantener.

Sarah se acerca a la puerta, me tiende las carpetas y saca las llaves del bolso con precisión. Es un bolso grande, demasiado para mí, pero a ella le funciona porque da con lo que busca a la primera, puede que tenga varias estanterías dentro de ese trozo de piel, o compartimentos secretos, incluso una secretaria… A saber.

Mientras ella abre, me permito observar en su dirección. Ya no lo veo. Vuelvo la vista hacia mi amiga y alguien me sujeta de las manos. ¡Mierda!

—¿Puedes esperar un momento? —su actitud es bastante tranquila, seguro de sí mismo, como siempre, pero su tono no está lleno de arrogancia y chulería como en otras ocasiones.

—Si quieres, podemos hablar en otro momento —murmulla Sarah.

Los miro alternativamente, como en un partido de tenis, antes de responder.

—No, no tengo tiempo. Estoy con Sarah y tengo un asunto muy importante que resolver con ella —¡Bien! Ha sonado, como poco, muy convincente.

—Helena —me advierte.

—Un placer volver a verte, señor Baker.

Dicho esto, entro en el portal de mi amiga sin mirar atrás, porque cierto es, que tengo ganas de quedarme con él.

CAPÍTULO 20

SECRETOS DE ESTADO, DERECHO DE AMIGAS

—Mucho tengo que importarte si has dejado plantado a tu jefe por mí.

Me permito una media sonrisa antes de responder.

—Solo es un hombre —respondo con desdén.

Subimos hasta su apartamento en completo silencio. La tensión que hay entre nosotras es palpable y me siento culpable por ello. Es decir, una parte de mí se siente culpable pero la otra ha creído necesario ser sincera, aunque las formas me perdiesen. Por otra parte, y siendo completamente honesta conmigo misma, confieso que no sé exactamente cuál sería la reacción de Simon ante el desplante que le acabo de hacer, un atrevimiento por mi parte más que merecido antes su actitud, porque mi lógica, y llamadme loca si pensáis lo contrario, es la siguiente: si no tienes ningún tipo de relación con Astrid, explícame qué parte me he perdido para verte con ella fuera del horario laboral, porque hasta donde yo sé, primos hermanos no son, puesto que ella quiere follárselo y más allá de eso, casarse con él para chuparle la sangre y lo que no es la sangre. Y sumamos más aun cuando recibes un mensaje mío, sobre trabajo y no respondes pero, y esto es otro supuesto razonable, sí tienes tiempo para salir con una de tus empleadas y a mí me decías que no… ¡Vaya razonamientos más chulos y totalmente locos me surgen! Podría hablarlo con Sarah, pero creo que lo que tenemos entre nosotras ya es suficiente locura como para intentar razonar nada más.

—Tú dirás —ahora la que utiliza el tono de indiferencia es mi amiga.

—Aunque ya te haya pedido disculpas por lo que sucedió el otro día, quiero reafirmar mis palabras cuando te pedí perdón. Las formas no fueron las más adecuadas —le digo mientras tomo asiento. Mi amiga sigue impasible, de pie frente a mí, con los brazos cruzados y el rictus más serio que puede tener una persona, más serio que el que ponía mi abuela cuando le robaba de la despensa una tableta de chocolate y se enteraba días después.

—No pretendo que entiendas nada, tampoco pretendo que sigas mi modelo de vida, porque tú eres tú y yo soy yo, pero debes reconocer que no solo las formas fueron las mejores, sino que en sí ese comentario estuvo fuera de lugar —me reprocha Sarah con todo el derecho del mundo.

Y esto me hace plantearme varias cosas; ¿cómo es posible que ella me diga eso si no hay más que verla y haberla conocido tiempo atrás para darte cuenta de que no es la misma persona? ¿Puede alguien cambiar tanto en tan poco tiempo? ¿Puede la vida modificarte hasta tal punto que pierdes tu esencia por completo?

—Tengo que darte la razón en algo; tú eres tú y yo soy yo, pero necesito saber que eres feliz como eres, dime, Sarah, ¿lo eres? Si lo eres, si la respuesta a esta pregunta es afirmativa, prometo dejarte en paz, tragarme a tu novio y hacer como que nada de esto ha pasado, porque lo

que me importa eres tú y tu felicidad.

Sarah alza la cabeza y mira al impecable techo. Yo sigo su mirada, por si en ella realmente fuese a encontrar la respuesta a esa pregunta que le acabo de formular, pero no, nada, un techo blanco sin matiz de otra cosa que no sea eso. Tras esto, fijo mi vista en la barbilla de Sara y su cuello, lo único que me permite ver a esta altura, pues yo sigo sentada y ella de pie y veo como traga, incluso como su piel se torna rosa. Mierda…

Me pongo en pie y voy a su encuentro.

—Sarah, cariño, ¿qué sucede? Mírame, estoy aquí contigo. Soy la perra que te ha dicho barbaridades y que debe darse algún que otro punto en la boca, pero estoy aquí para ti.

—Chris me ha pedido que me case con él.

Mi mente reproduce sus palabras y pero las traduce en «gilipollas, mimimimimi», ¡qué poético!

—No pasa nada, tú le quieres, tranquila que iré a la boda.

Sarah fija su vista en mí y sonríe por primera vez, con sinceridad, me recuerda a la misma chica que entró en la cafetería tiempo atrás, pero no es una simple sonrisa, es una de esas que vienen acompañadas de lágrimas, de esos surcos que hacen que en ocasiones te liberes de una carga que ni tú misma eres consciente de transportar.

—No sé…

—No te preocupes —la corto—, buscaremos un vestido precioso y blanco, aunque no seas virgen, o negro, da igual, algo que te haga feliz y que te llene de alegría.

—Para —me pide.

—Y buscaremos unos vestidos color ocre para nosotras, seremos como las del anuncio ese que me cuenta mi abuela, ese de las copas, las del Freixenet o como se diga, y nos compraremos unos tacones maravillosos y altos, aunque yo prefiera ir con All Stars, pero no quiero defraudarte ese día, así que lo haré por ti, porque te quiero.

—¡Para! —exclama aun con las lágrimas corriendo por sus mejillas sonrosadas.

—Lo siento, ya sabes que me enfrasco en mis cosas y no controlo. Me alegro mucho, en serio, aunque a Chris no lo soporte porque es gilipollas, pero lo aceptaré en la familia sin poner pegas a ello.

Sarah lleva su dedo índice a mi boca y niega con la cabeza.

—Hay cosas que no cambian, ni cambiarán y una de ellas es tu maldita boca.

—¿Maldita? Uysss, lo que ha dicho —le digo sonriente.

Qué irónica son las cosas, yo sonrío porque la veo en una actitud distendida conmigo, a pesar de todo, y ella llora porque se va a casar y supongo que ese es uno de sus sueños en la vida.

—No me quiero casar —confiesa cabizbaja.

Retiro lo dicho.

—¿Cómo? —estoy estupefacta, sorprendida, desconcertada, pasmada, ojiplática, patidifusa… ¡Vale, vale! No sigo—. ¿Qué me he perdido?

Mi teléfono comienza a sonar y lo saco sin mirar la pantalla.

—Ahora no puedo hablar —respondo sin saber quién es el interlocutor que está al otro lado de la línea.

Dejo el aparato sobre el mueble que tengo a la derecha donde están nuestras fotos, en todas ellas tenemos caras de locas, la lengua fuera, las manos sobre los hombros de las demás e incluso, en una de ellas, tenemos el culo al aire y pone en una nalga de cada una LOVE.

Sarah mira en la dirección dónde están esos preciosos marcos y vuelve a sonreír, esta vez con ternura.

—No sé qué he hecho con mi vida.

La arrastro hasta el sillón y tomamos asiento, pero en un momento de cordura pienso que lo mejor no es estar en esta casa porque puede llegar él.

—Vamos.

—¿A dónde?

—A mi piso.

—¿Por qué? —pregunta mi ingenua Sarah.

—Porque no podemos hablar de todo esto con él a punto de llegar.

—No está a punto de llegar —me explica.

—Da igual, es su terreno. No quiero —tiro de ella y la arrastro hacia la salida.

—Se va a enfadar —me dice con ojos suplicantes.

—¡Bah! Échame la culpa a mí. ¿Qué más da una muesca más en mi currículum de puta ordinaria?

Y lo digo con conocimiento de causa. No es que Chris me haya llamado puta nunca, aunque si contamos las veces que lo ha pensado, puede que tenga el mismo poder que decirlo, porque al final, un pensamiento no verbalizado no deja de ser una verdad meditada en silencio.

Podéis llamarlo animadversión instantánea, pero desde que se conocieron, tuve mi reparo en acercarme a él. No me digáis porqué, pero no me gustó nunca. Supongo que es algo químico, como las reacciones de un laboratorio pero entre personas.

Recuerdo la mañana en la que me dijo que esa noche traería compañía a la cena que teníamos organizada. No opuse resistencia a ello, pues me imaginaba que había conocido a alguien desde hacía semanas. Es de esas cosas que se notan en la cara, como cuando tu madre te dice: «a mí no me puedes engañar, tú has follado», pero entre amigas.

Cuchicheamos en la mesa antes de que llegasen e hicimos suposiciones varias. Ninguna de ellas cercana a lo que la realidad nos trajo. Un pequeño estirado que daba más pinta de uno de esos que trabajan en Wall Street que de lo que quiera que sea que es él, porque dejé de prestarle

atención a su discurso de sabiondo y sobrado. Me puse a mirar al chico de la mesa de al lado que me guiñaba un ojo y que me llevaría a la cama esa misma noche.

Intentaba darnos un discurso motivador y a mí me importaba bastante poco. Loren estaba atenta y Sarah lo miraba obnubilada. Supongo que en ese momento se veía madre de una prole de niños, con una casa gigante, jardín y una residencia de verano en los Hamptons.

Creo que desde esa noche todo comenzó a torcerse, yo no le seguía el juego a Chris y él me trataba con indiferencia, eso al principio, luego afloró su parte más borde o quizás simplemente la desperté yo, tengo esa capacidad, la de no caer bien a todo el mundo, pero es una cualidad que adoro de mí, porque en realidad quiere decir que soy una chica *gourmet*, como el caviar o el *champagne*, soy de esas personas que adoras u odias, como mi historia.

Pues la relación fue así, curvas insalvables, como en una carretera secundaria de Buitrago de Lozoya, y así sigue. Ya ni siquiera nos molestamos en disimular. Lo único que tenemos en común es Sarah.

Cogemos un taxi hasta mi apartamento. Yo era partidaria de ir en metro pero Sarah no quería que la viesen de esa guisa y lo entiendo; antes muerta que sencilla.

Apena cruzamos una palabra en todo el trayecto, incluso mientras subimos a casa, permanecemos en silencio, creo que ella se encuentra en ese pequeño trance en el que sabe que tiene que confesar tus sentimientos y yo estoy dudando de cómo enfrentarme a toda esta situación.

—No quiero presionarte, Sarah, pero quizá es buena idea que estuviesen Loren y Mia presente en todo esto. Yo no soy demasiado buena dando consejos, mi vida es un caos, me estoy tirando a mi jefe y empiezo a pensar que me gusta más de lo que quiero reconocer, puede que mi ego aún esté intentando asumir la complejidad de esta situación, y ya sabes, a veces el corazón va por delante y la razón corre con unas zapatillas de deporte rosa y demasiado neoyorquinas como para dejarse pillar a la primera de cambio —le aconsejo.

—No, bastante duro está siendo para mí toda esta situación como para confesar con más testigos, aún no sé siquiera por dónde empezar, creo que jamás he contado a nadie todo esto —zanja.

—Me empiezas a asustar —confieso.

Y lo digo con total sinceridad, porque desde que conozco a Sarah, y de eso hace unos cuantos años ya, nunca se ha caracterizado por ser una persona especialmente dramática o de esas que declaran como alerta máxima una situación de su vida, ni siquiera recuerdo verla en un estado de tensión similar a este cuando terminó la última temporada de Sex and The City, ni al finalizar la primera película… ¡Vale! Lo confieso, era yo la que entré en pánico al pensar que Carry no se quedaba con Mr. Big y estuve días llorando hasta que me convencieron para terminar de ver la película. Porque yo soy así, me enfado, me indigno, no razono y me ciego. En

cambio, Sarah, ella es completamente distinta, ella es racional por naturaleza, la más cabal de las tres y siempre encuentra algo a lo que agarrarse para salir adelante, pero me temo que ahora tienen que cambiar la tornas y ser yo la que ponga algo de cordura en su locura.

—Dudo que estés más asustada que yo —confiesa.

—Partimos de la base de que nada en este mundo es irreversible, salvo la muerte.

—Y la calvicie —puntualiza.

—La calvicie sí tiene solución —le explico.

—Jamás de los jamases quedará igual que si fuese natural. A nadie.

Escuchar a Sarah hablar de esa forma tan distendida me hace sentir en paz, porque hubo un momento en el que empecé a pensar que la perdía por completo y no solo eso, sino que con el paso del tiempo cada una tomaría su camino sin pensar en que se cruce con el de la otra.

Sarah es de esas personas que son capaces de seguir su vida sin más, que no muestran sus verdaderos sentimientos y que, aunque estuviese cargando un dolor insoportable, haría como si nada existiese. En cambio, Loren, a pesar de tener un carácter más parecido al de Sarah, no es capaz de estar enfadada con nadie. No descarto una llamada de ella en unas horas para saber si lo hemos solucionado. Si fuese creyente, puede que incluso haya una promesa de por medio a algún ser místico a los que, por suerte, ninguna profesamos devoción alguna.

—¿Vodka o infusión? —pregunto convencida de mi elección pero no de la suya.

La veo dudar y soy consciente de lo que pasa por su cabeza ahora mismo.

—Que le den por el culo a Chris, vodka. ¿De frambuesa o de melocotón?

—Frambuesa.

Y con estas maravillosas palabras me dirijo a la cocina en busca de sendos vasos que dispongo a llenar hasta que no quepa ni una cañita.

Oigo la puerta abrirse y el saludo que emite Guille a Sarah. Tras esto no percibo sonido alguno, así que doy por sentado de que el susodicho estará dándole un par de besos a mi amiga para irse a su habitación. Mi pensamiento es más un deseo, y cruzo los dedos para que venga solo, porque dada la situación y las posibles consecuencias en nuestro estado de embriaguez, sería bastante incomodo oír gemidos y suspiros mientras confesamos nuestras intimidades. Sería, como poco, épico; nosotras confesando nuestras miserias y ellos jadeando como posesos.

—Me sorprende que Sarah esté en casa, veo que las cosas han vuelto a su cauce, aunque ella no es mucho de visitarnos —me comenta Guille al colocarse a mi lado.

—Supongo que es porque tiene miedo a verte la polla nada más entrar, ya sabes, que le abras la puerta semidesnudo —le explico riendo por mi propia gracia.

Guille se acerca hasta mi posición y me da un beso en la sien.

—Yo solo te enseño la polla a ti, pero no hay manera, no logro seducirte, en cambio tu jefe…

—Ni lo nombres —le pido girándome con rapidez.

—¡Vaya! ¿Qué me he perdido?

—Ya te contaré —le explico con los vasos en la mano.

—¿No hay uno para mí?

—Háztelo, tengo a una chica en apuros en ese salón y soy su salvadora.

—Ese tipo de cosas no se supone que las debe hacer un hombre —protesta Guille.

—Te tenía por muchas cosas, pero no por un machista egocéntrico —bromeo.

Guille sonríe y lo veo coger un vaso para prepararse una copa de Bourbon.

—No te emborraches, por si tienes que ayudarnos a meternos en la cama.

—Mmmm, interesante —dice llevándose la mano a la sien—, al fin podré tenerte desnuda entre mis brazos.

—Gilipollas —le insulto.

—Ya caerás…

Regreso al salón y veo a Sarah con el teléfono entre sus manos.

—Es Chris, quiere saber dónde estoy y si voy a tardar en llegar a casa.

—Tardarás lo que nos dé la gana que tardes —matizo llena de enfado—. No me gusta que te controle.

—Eres una mentirosa, en realidad no te gusta él —zanja.

—Nunca en tu vida dirás una verdad tan verdadera como esa —claudico.

—Me ha pedido que me case con él —repite la frase de antes pero esta vez, mi mente la procesa con detenimiento.

¿Alguna vez os ha pasado que se han equivocado de agujero y os la han colado por el ano sin anestesia y sin vaselina? Pues esto se asemeja. No me ha pasado a mí, me lo han contado… He dicho.

Bebo. Media copa de golpe. Sin respirar. Sin parar. Sin coger siquiera el sabor de la frambuesa de las narices. Mierda…

Sarah lleva su mano a mi vaso para que despegue la boca del vidrio. Me hace un favor porque a este paso, Guille deberá llevarme a urgencias en cuestión de quince minutos por un coma etílico.

—¿No me dices nada?

—Ya te lo dije antes, tú le quieres y yo iré a tu boda porque te quiero a ti. Estoy dispuesta hasta ser tu dama de honor.

En realidad, le quiero decir que no se case con semejante gilipollas, que es un bueno para nada, o mejor dicho, un bueno para otra pero no para ella, porque la ha anulado, o no, pero la ha convertido en otra persona que dista mucho de la que yo conocí.

—Me estás mintiendo.

—Te estoy mintiendo —confieso presa de la valentía que me proporciona medio vaso de alcohol—. ¿Qué quieres tú, Sarah?

Y ahora es ella la que bebe como una pirata de los mares del sur, en busca de un tesoro inalcanzable pero soñado.

—No lo sé.

—¿Y eso cómo te hace sentir? —prosigo indagando.

—Me hace sentir insegura —me confiesa mi amiga.

Y no es que yo esté loca como una cabra, que bien podría ser, pero me veo como las amigas de Sex and The City, organizando una boda con miles de tocados, plumas y demás mierdas caras, dejando plantado al novio en el altar, cogiendo un vuelo al Caribe y bebiendo como cosacas en una tumbona mientras nos abanica un maromo con una tableta de chocolate que si existiese la posibilidad de que se derrita, nos pelearíamos por lamer por miedo a que manche la arena de la playa, que no hay nada más feo que suciedad en las costas del Caribe, mientras Chris nos llama una a una y nos insulta sin pena ni gloria y nosotras le hacemos vudú y le decimos que lo ha dejado plantado en el altar por la minipolla que tiene entre sus pierna y que no es un pene sino una pena.

Y voy a resolver vuestras dudas, mi carrera debería haber estado ligada a la producción cinematográfica, tengo un talento innato que no está explotado como debe. Se lo diré a mis padres cuando tenga la oportunidad de ello.

—Sarah, ¿le has respondido? —esta pregunta es muy importante.

Guille pasa a nuestro lado pero no nos mira, como si de esa forma fuese invisible y la carne de burro no es transparente. Recordadme que se lo diga después porque es un chiste buenísimo.

—Le he dicho que sí.

Otro sorbo largo y estoy por ir a buscar la botella. ¡Qué coño! Voy a buscar la maldita botella.

Corro con miedo a tropezar y perder por el camino mis perfectos dientes, esos que me hacen ganarme la complicidad de muchas personas, a algunos les funciona la mirada y a mí la sonrisa. Cada cual que explote sus recursos como pueda.

Lleno de nuevo mi vaso y Sarah me tiende el suyo, aún queda, pero por si las moscas, es una mujer previsora, ya lo sabéis.

—¿Voy buscando vestido? —pregunto por si tengo que hacer un *planning* sobre tiendas, colores, precios…

—Aún no hay nada seguro.

Sarah se va una hora después con las cosas más claras. No hablamos de lo que me llevó hasta su casa, no hizo falta, porque creo que ella misma sabe que lo dije de la peor forma posible

pero que en el fondo tenía razón.

Hablamos, reímos, nos confesamos miles de cosas y yo le conté lo sucedido con Simon. Pensé que me iba a crucificar y que me llamaría de todo menos bonito, pero no fue así, me dio un consejo a la altura de los de Mia: «si te caes, ya tendremos tiempo de levantarnos». Una parte de mí, supo que ese consejo, esa noche, no sería solo mío, pero no me importaba compartirlo con ella porque así somos las amigas, compartimos lo que haga falta menos las pollas, eso es uno de esas cosas que figuran en los contratos de amistad, como las cláusulas de Christian Grey con el sexo en el cuarto rojo ese, pues exactamente igual, pero sin dolor ni placer.

Y lo cierto es que he querido correr un tupido velo con respecto a todo este tema, pero algo hay, aunque aún no tengo todas las claves.

Cojo el teléfono y veo que tengo un correo y un mensaje. El correo, por supuesto, es del señor microbio, en el que me dice que le ha gustado mi columna y que no hará cambios en ella.

«Saldrá esta semana, suerte».

«Puta cordialidad». Creo que esperaba que me dijese algo más intenso, algo a lo que poder agarrarme para no tener que estar insultándolo mentalmente toda la noche.

—Veo que las agua han vuelto a su cauce —Guille interrumpe mis pensamientos, mientras sigo en el sofá, con las piernas cruzadas encima de la mesa del salón—. ¿Qué haces aún aquí? —me pregunta con cierta ternura.

—¿Qué haces aún despierto? —mi lengua se traba, fruto del alcohol ingerido para sobrellevar toda la noche de emociones vivida. Me debo a Sarah y no voy a contar nada de lo que me ha confesado esta noche, no existe un código escrito sobre ello, pero es algo que espero de ella y entiendo que ella de mí también.

—Pregunté yo primero —me dice lleno de socarronería.

—Espero la llamada de Mia y Loren, saben que iba a hablar con Sarah esta tarde —miro un momento mi reloj y veo que son poco más de las once de la noche— y creo que ya es hora de que hayan dado señales de vida, cosa que no entiendo por qué no han hecho.

—Creo que Loren ha quedado con Alex.

—¿Esta noche? ¿Pero no era el viernes? —lo pregunto con asombro, porque esta tarde no ha dicho nada de esta cita. Guille alza los hombros restándole importancia a mi actitud, supongo que en el fondo a él no le asombra para nada todo esto, entiendo que habla con Alex y conoce datos que yo no tengo o estoy lejos de entender, aunque sea una artista de las suposiciones—. Parece que la cosa va en serio entre estos dos.

—Eso parece —dice tumbándose a mi lado.

—He follado con Simon hoy, Guille.

Lo observo circunspecta, con cierta actitud comedida puesto que no sé bien cómo va a reaccionar, ya no porque me vaya a tirar una bronca sobre haberme acostado con mi jefe o no,

sino por no haberle contado nada de lo que sucede.

—¿Te corriste? —pregunta finalmente.

—Como una perra —confieso.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que, tras ese momento tan salvaje, ha pasado de mi culo.

—De tu bonito culo —matiza.

Y esa simple aclaración consigue sacarme una sonrisa en un día lleno de dudas, es el poder de Guille, que con cualquier cosa te anima y hace que un día de mierda termine siendo un día divertido.

—Me ha escrito para decirme que la columna le ha gustado y me ha deseado suerte.

—Lo lógico si tenemos en cuenta que es tu jefe.

—El cabrón de mi jefe —ahora soy yo la que hace aclaraciones.

—No debería contarte nuestros secretos, pero los hombres somos sencillos. Si yo fuese Simon, que aclaro de antemano que agradezco no ser —sonríe con altanería y yo le doy con el puño en el brazo en señal de defensa—, preferiría que me llamasen y me dijesen abiertamente: «pasa esto y esto», quiero decir, lo más sencillo es confesar cómo te sientes.

—Pero eso sería dar demasiadas pistas —pregunto con curiosidad.

—¿Pistas de qué? —Guille me responde a mi pregunta formulando otra.

—De que pienso en él. ¿Crees que, si el pensase en mí, me llamaría? —¡Di que sí! ¡Di que sí!

—No —zanja mi compañero de piso.

—¿Por qué no? —estoy a punto de hacer un puchero y de los grandes.

—Porque es un auténtico cabronazo, justo como le gustan a Helena Miller.

CAPÍTULO 21

BESANDO AL SAPO

Tras las fatídicas palabras de Guille y sabiendo que Mia no tiene en mente llamar, he decidido que lo mejor es meterme en la ducha y tras esto, en la cama.

Comienzo mi habitual ritual para hacerlo; ducha rápida, crema corporal, mascarilla hidratante y otros potingues que uso en la intimidad de mi alcoba.

Oigo el sonido de mi teléfono y salgo con una toalla en las manos para enrollarme en ella y ocultar mi desnudez, es mi método para salir indemne si a mi compañero de piso se le ocurre la fantástica —y repetitiva— idea de entrar en mi habitación sin llamar. Esto lo aprendí la primera semana de convivencia, nunca jamás puedes dar por sentado que, en tu habitación, aunque esté la puerta cerrada, vaya a ser motivo para que nadie irrumpa en ella cuando y como sea.

—Mia…

—¿Helena con hache?

—¿Simon? —Una conversación de los más inteligente, ya veis.

—¿Qué cojones ha pasado esta tarde?

Un parpadeo, dos, tres, cinco… ¡Colapso mental!

—¿Perdona? —separo el auricular de mi oreja intentando razonar lo que me está preguntando—. ¿Me preguntas tú a mi qué «cojones» —digo remarcando la palabra malsonante para aportarle más énfasis a mi réplica—, ha pasado esta tarde?

—Evidentemente —responde con chulería.

—Eres un gilipollas.

Y cuelgo sin más.

¿Pero qué cojones se cree el señor microbio? Analicemos la situación: me folla en su despacho, me dice que no está con Astrid, le mando un correo electrónico con mi columna, me responde con cortesía tras, probablemente, habérsela follado a ella también en algún baño del Soho, ¿y ahora me llama para pedirme explicaciones? ¿En qué clase de realidad paralela está viviendo el obtuso de mi jefe?

Lanzo el teléfono de cualquier manera sobre el colchón y comienzo a dar vueltas como un gato enjaulado. ¡Hasta las uñas las tengo afiladas! ¡Maldito imbécil tocapelotas!

Comienza a sonar de nuevo y me niego a mirar quién es, mientras sigo dando vueltas. Guille da pequeños golpes en la pared contigua por si yo no me entero de que suena, pero vaya que si me entero.

—¡Lo oigo! —rujo furiosa.

Guille cesa en sus porrazos, mientras el teléfono deja de sonar. Corro hacia él y lo pongo en modo silencio, para prevenir posibles réplicas. No me gusta tener el teléfono sin sonido, porque nunca se sabe quién puede llamar, más teniendo en cuenta que mis padres viven en la otra

punta del país y mi abuela en otro continente.

Conforme cojo el teléfono, comienza de nuevo a sonar y en esta ocasión si me percato de que es él. Mañana voy a tener un serio problema si no contesto, llegará enfurecido, pero, ¿sabéis qué? ¡Me da exactamente igual! No voy a permitir que me trate como le dé la real gana porque nunca he permitido a nadie que lo haga. O sí, pero ya no lo voy a hacer más.

Salgo de mi habitación y me voy directa a la cocina. Me preparo un tazón de leche y mientras se calienta en el microondas, abro la alacena en busca de cacao en polvo. Varios paquetes de cereales se abren paso ante mis ojos. Guille y su adicción, un día de estos tendrá que ir a «Cereales Anónimos».

Tomo asiento en una de las butacas de la barra y le voy dando pequeños sorbos mientras pienso en todo lo sucedido en el día de hoy, en las últimas semanas. En mi último mes y cómo ha cambiado tanto en tan poco tiempo: mi nuevo trabajo, la aparición del señor microbio, la vida de Loren, la vida de Sarah. Probablemente sonase todo a utopía, pero a veces las cosas funcionan así, sin más, cambian en cuestión de horas, la vida no espera por ti, nunca lo hará, o te subes y te adaptas o te quedas atrás.

Cojo la taza y me encamino hacia mi habitación, entro, me tumbo en la cama y juro que no quiero, pero necesito coger el maldito teléfono y ver si me ha escrito algo. ¡Dios! Me voy a volver completamente loca. Edito: me voy a volver más loca aún de lo que estoy.

Veo que tengo cinco llamadas perdidas y un mensaje. Las llamadas son de mi jefe y el mensaje de Mia.

«Mañana hablamos y te cuento». Este mensaje me inquieta, porque tras la conversación de esta tarde y la mención a ese otro cabrón que tuvo el valor de romperle el corazón a mi amiga, me da miedo que ella haya abierto el cajón de los recuerdos perdidos y se haya sumido en él.

En esa época en la que Mia aún no estaba repuesta tras lo acaecido, pero quería aparentar que sí lo estaba, se dedicó a salir, beber y follar. Hoy con uno y mañana con otro. Al principio, admiré la rapidez con la que se había recuperado, luego supe que ese era una especie de mecanismo de defensa para intentar salir adelante, era algo así como saber que seguir en el mercado y era ella la que tenía el control de la situación. Eso no la llenaba, pero tampoco nos contaba nada de lo que sucedía. No hasta que una de esas noches me llamó desde un baño de algún antro perdido, en plena madrugada y tuve que ir a buscarla. La encontré de cuclillas en el suelo, con el rímel surcando sus mejillas y ahí fuimos conscientes las dos de que algo habíamos hecho mal; yo no supe interpretar la señales y Mia no supo pedir ayuda. Hicimos un pacto, jamás volveríamos a caer en ese malentendido de mirar hacia otro lado.

Nunca le he dicho a Mia que me encantaría que conociese a alguien que la hiciese tan feliz como ella se merece, porque sé que esas cosas simplemente aparecen, sin más, pero siendo sincera, sí que deseo que si llega alguien sepa estar a la altura y que la haga pasar página, porque

olvidar es imposible.

No somos fáciles, ninguna de las dos, de las cuatro o quizás de los cinco, pero somos humanos y merecemos que nos sucedan cosas buenas. Dicen que hay que besar muchos sapos hasta encontrar un príncipe, nos tocará seguir besando. Y follando, eso también.

Unos pequeños sonidos en la puerta de mi habitación me sorprenden.

—¿Qué pasa? —grito desde dentro.

Guille abre con cuidado y su cara es un poema.

—Tienes visita —me dice señalando con el dedo índice hacia el salón.

—¿Visita? —pregunto incorporándome como un resorte.

Guille simplemente asiente.

Me levanto sin ser consciente de que sigo con una triste toalla alrededor de mi cuerpo y salgo al salón con el corazón desbocado.

Y ahí está él. Y no, no me alegra, porque no me gustan los controladores obsesivos compulsivos que saben dónde viven sus empleadas, tipo Christian Grey.

—¿Qué cojones haces en mi casa y cómo has dado conmigo?

—Soy un hombre de recursos.

—Contesta mi maldita pregunta, Simon.

Tras mi respuesta y mi forma de decirlo, parece sentirse avergonzado. ¿En qué pared debo hacer una marca?

—Llamé a Sophia, ella es mi secretaria, tiene acceso a todas las fichas de los empleados.

—No quiero ser la comidilla de la empresa —niego con rotundidad—, no quiero tener más problemas con tu novia.

Lo digo con rabia, con ira, con asco.

—Astrid no es mi novia —me dice recortando la distancia que nos separa.

—Pues explícame que hacías con ella esta tarde en pleno Soho, ¿la estabas ayudando a buscar un piso? ¿Un piso para compartir? —Contigo, quiero decirle, pero me callo porque el ataque de celos ya es bastante obvio.

—¿Estás celosa? Porque no soy yo quien comparte piso con un hombre.

—¿Estás celoso? —ahora soy yo quien responde con socarronería, y con cierta satisfacción.

—Puede —finaliza sin un ápice de vergüenza—. No me contestabas al teléfono…

—Te lo mereces por imbécil.

—Puede que sea un imbécil.

—Sin el «puede» —finalizo.

—Vale —claudica—, disculpa mi forma de hablar. No tenía ningún sentido tratarte de esa forma.

—Me lo pensaré —le digo haciéndome la importante.

Me giro y me voy hacia mi habitación, me contoneo por el camino, me apetece fastidiarlo, mucho, mucho.

—¿A dónde vas?

—A mi habitación. Buenas noches, señor Baker.

Dicho esto, cierro la puerta y decido ponerme un pijama. Dormir envuelta en una toalla mojada no es la mejor elección para una noche de noviembre.

Podría haber aprovechado para hacerle un interrogatorio profundo sobre todo esto, pero sinceramente, no me apetecía más, ni tampoco creo que forzar la situación sea lo mejor. Me quedo con su actitud llena de recelos y lo peor de todo, con la mía.

No entiendo nada de nada, no soy esa clase de personas que cree en la química innata entre las personas, creo que las cosas no son así de sencillas y que hay que trabajarlas. Quizás debería decir que lo creía hasta que Simon apareció en mi vida, me hizo una entrevista de lo más ridícula y me sentí irremediablemente atraída por él. Que baje Dios y lo vea, como diría mi abuela Lucía, ¿yo? Me perturba y me atrae a partes iguales y eso es, como poco, raro.

De nuevo, un sonido en mi puerta me saca de mis cavilaciones.

—¡Acuéstate ya, Guille! —grito ante de despojarme de la toalla.

Cojo mi pijama y me encamino al baño, mientras la puerta se abre. En este momento, agradezco no haberme cambiado en la habitación.

—¿Qué crees que estás haciendo? —soy estúpida, estúpida e ingenua por pensar que se iba a ir así como así. Parece mentira…

—Así que esta es tu habitación… —me dice mientras observa cada resquicio de mi espacio.

—Sí —respondo mientras aprieto con más fuerza el pijama contra mi cuerpo.

—¿Aquí es a dónde traes a tus ligues?

—Eso no es de tu incumbencia —respondo con chulería.

—Puede que sí lo sea —afirma tomando asiento al borde de mi cama.

Da un par de golpes con las palmas de sus manos para indicarme que tome asiento a su lado, pero niego con la cabeza.

—Estoy bien aquí —le digo desde la distancia.

—No muerdo —me reta.

—Puede que yo sí.

Es algo completamente inexplicable, una sensación que no logro definir, es tener a Simon cerca y volverme rematadamente loca, perder el control y el poco raciocinio que poseo.

Doy pequeños pasos en su dirección y me coloco frente a él. Acaricio con extrema delicadeza su mentón y el contacto de las yemas de mis dedos con su cuidada barba hace que mi

cuerpo se llene de expectación y de inquietud.

—¿Tienes frío? —me pregunta con curiosidad.

Me permito negar de nuevo sin dejar de observarle con detenimiento.

—Eres raro.

—¿Eso es bueno o es malo?

Prosigo con mi delicado recorrido por su piel mientras hablamos.

—Malo.

—¿Por qué? —me pregunta.

—Porque me haces cambiar de hipótesis cada poco tiempo.

Simon sujeta con fuerza y decisión mi mano por la muñeca y rompe el contacto de nuestras pieles.

—Y dime, Helena con hache, ¿cuáles son tus hipótesis?

—Que eres un maldito cabrón arrogante —respondo llena de determinación.

—Dime algo que yo no sepa —responde sin un ápice de humildad.

—Te mueres por mis huesos.

Simon sonríe de medio lado, mientras su vista sigue fija en mí. Libera mi muñeca y deja que caiga al lado de mi cadera, relajada. Sus manos vuelan hacia el cierre de mi toalla y sus dedos comienzan a pasearse por la piel de mi escote.

—Tienes la piel más suave que he tenido el placer de tocar jamás.

Su tono, su delicadeza, su forma de contemplarme… todo me embriaga y embruja. Estoy hechizada ante su contacto.

Puede que sea fruto de mi imaginación o de lo que me produce este momento en sí, pero veo en sus ojos mucho más de lo que muestra siempre, es como si en este preciso instante fuese más humano que nunca, como si quisiera que viese lo que hay tras esa máscara de indiferencia y arrogancia en la que se resguarda siempre.

—Me gusta lo que veo —le digo con sinceridad.

—¿Qué ves?

—A un hombre—. Parece confundido, lleno de dudas e incertidumbre—. Un hombre que se empeña en esconderse tras algo que no es.

—¿Esa es otra de tus hipótesis?

—No, ese es mi gran descubrimiento.

Simon parece dudar de lo que acabo de confesarle, porque sí, más que un comentario sin más es una especie de declaración de intenciones, para mí y puede que para él.

Siempre me he sentido atraída por los hombres con ese punto chulesco que hace que me vuelva loca, pero Simon se lleva la palma.

—Creo que es mutuo.

—¿Tú también haces hipótesis? —bromeo.

—No. Yo también he descubierto que eres justo lo que necesito.

Si mi cuerpo y la física lo permitiesen, probablemente contendría el aire hasta poder levitar y verlo desde una realidad paralela, como Matrix pero en mi habitación.

—Dime, señor microbio, ¿qué ha cambiado entre nosotros?

Simon vuelve a sonreír y este gesto me hipnotiza.

—Nada, no ha cambiado absolutamente nada y eso es lo que más me gusta.

En un gesto grácil, suelta la toalla que se arremolina entre mis pies en un segundo, justo antes de verme envuelta entre sus brazos.

Su cabeza se coloca justo entre mis pechos y lo observo aspirar mi olor.

—¿Qué me haces, Helena con hache?

—Justo eso para lo que me has contratado.

—¿Escribir?

—No —niego con más énfasis que antes—, enamorarte.

No espero respuesta, tampoco la da, sus dedos se deslizan por mi piel como si ellos hubiesen sido los creadores de cada una de mis curvas, de mis pliegues, de mis terminaciones nerviosas. Lo recorre con paciencia, logrando que arda ante su contacto.

—Pienso en esto cada maldito segundo, de cada maldito minuto, de cada maldito día.

—Piensa menos y actúa más —le reto con ferviente decisión.

Me deshago de sus brazos y me coloco a horcajadas sobre él. En esta ocasión me permito observarlo con mayor detenimiento. Desde el momento en que lo conocí dije que era un hombre guapo, atractivo, sexy, pero tiene un magnetismo que me atrae sin remedio. Me siento perdida en sus ojos, en su forma de mirarme, en cómo me toca. Empiezo a pensar que estoy irremediablemente perdida ante él.

Su mano comienza a descender hacia mi intimidad, con cada centímetro que recorre, recortando esa distancia hasta dar con mi centro, mi cuerpo se caldea más aún y mi corazón late más acelerado.

—Estás húmeda —afirma al tocarme.

Nuestras miradas vuelven a conectar. Simon se acerca a mis labios y lo muerde con fuerza. Gimo de forma involuntaria, es el efecto de su cuerpo y el mío al entrar en ebullición.

Me permito tumbarlo sobre la cama y saboreo cada centímetro de piel que voy descubriendo al desabotonar su camisa.

—¿Te he dicho alguna vez que el traje te sienta muy bien?

—No, y me sorprende teniendo en cuenta todo lo que hablas.

De mi garganta escapa una carcajada, no le quito razón a su cometario.

—Capullo.

Simon se incorpora con la camisa a medio desabrochar, lleva su mano a mi nuca y me besa con pasión. Nuestros labios chocan y se funden en uno solo.

Hace nada, dije que hay que besar a muchos sapos hasta encontrar a un príncipe, dudo que pueda encontrar a alguien que, solo con besarme, me provoque ese cosquilleo que Simon aviva en mí, es casi tan potente como las ganas de matarlo que tengo cuando se pone chulo.

Me gusta esa forma que tiene de sujetarme por la nuca y besarme con vehemencia, me gusta como nuestras lenguas encajan a la perfección, como si se conociesen desde siempre y simplemente hubiesen estado esperando el momento oportuno para encontrarse.

—¿Qué me haces? —me pregunta de nuevo.

—Besarte.

—No, Helena, no solo me besas, logras meterte en mi cabeza.

—Puede que eso sea síntoma de locura, a mí me pasa —bromeo.

Es la primera vez que me siento completamente libre de ser yo misma, es la primera vez que siento que una broma no limita nuestro momento, sino que lo expande, que lo hace más intenso y más lleno de frenesí. Es la primera vez que voy a confesar que este hombre que tengo frente a mí, ha conseguido llevarme donde no pensé que pudiese estar: en el paraíso.

Me centro de nuevo en su pecho y reparo en un detalle que no había visto antes.

—¿Y esto? —señalo su pecho izquierdo y recorro con mi dedo el contorno de lo que hay en él.

—¿No sabes lo que es? —me reta con burla.

—Claro que sé, pero me sorprende que el señor «soy un capullo arrogante y visto de traje» sea capaz de esconder un secreto como este.

—Pues no es el único —esa sonrisa de nuevo aparece para hacerme enloquecer.

—Me gusta. ¿Entiendes por qué te decía que eres un hombre que se esconde tras algo que no es?

—Soy lo que soy, Helena. No me escondo.

—Pero escondes esto —le digo mientras señalo su tatuaje, ese que acabo de descubrir—. Quiero ver los demás.

Simon me sujeta por las caderas y me pone en pie. Se levanta como si mi desnudez fuese algo natural entre nosotros. Enarca una ceja y yo respondo a su gesto de la misma forma.

—¿Qué? —inquiero mirando hacia el suelo, previo recorrido de mi cuerpo.

—Llevo mucho tiempo queriendo follarte así, sin prisas, sin pausas, sin tiempo.

—Quiero verte —mi voz suena casi como una súplica.

Hemos tenido sexo, le he visto la polla en varias ocasiones y en ninguna de ellas he podido disfrutar de esa calma a la que Simon hace referencia y es algo que me apetece, que va más allá y llega a rozar el límite de la necesidad entre nosotros.

Conoce mi forma de ser o puede aproximarse a una idea de cómo soy y yo empiezo a entender que la mayor parte de las personas poseen una máscara —o varias— en su vida, en su día a día. Puede que sea otra de mis hipótesis, pero Simon es un hombre cercano que intenta simular lo contrario, de la misma forma que yo, Helena Miller, está perdida por sus huesos desde hace más tiempo del que quiero reconocer.

CAPÍTULO 22

CON TINTA COMIENZA TODO

Mis deseos se cumplen al deslizar la camisa por sus brazos. Ahora se encuentra en el suelo, de la misma forma que lo está mi toalla.

Creo que no hay una imagen más sexy en el mundo, que la de dos cuerpos desnudos rodeados de ropa que sobra.

Me quedo obnubilada al ver su cuerpo lleno de tinta.

—Me sorprendes, señor Baker.

—Un placer, Helena con hache.

Doy varios pasos en su dirección y me coloco a su altura. Comienzo a deslizar mis dedos por la piel que porta tinta.

—¿Esto cuenta alguna historia?

Su brazo está completamente tatuado, son dibujos que parecen no tener relación entre ellos, pero que estoy seguro que no es así.

—No —me responde—. Éste si cuenta una historia.

Me enseña los laterales de sus manos, la parte externa de ellas. En su mano izquierda tiene un uno y en su parte derecha un tres. ¿Cómo no he podido reparar en ellos? ¡Está en sus manos!

—¿Trece? ¿Qué significa?

—Es el día en que mi madre nos abandonó.

Y así, como quien no quiere la cosa, te das cuenta de que a veces la tinta cuenta historias, unas divertidas, como cuando te tatúas un conejito playboy en el culo tras una borrachera del copón —no es mi caso, borracha pero aún cuerda, aunque no lo parezca—, y en otras ocasiones, un simple trece que te recuerda el día que tuviste que levantarte y seguir adelante.

—¿Por qué se fue? —pregunto dubitativa.

—Pensaba que íbamos a follar —me dice intentando romper la seriedad del momento.

—Primera ley de Helena Miller: nunca jamás puedes soltar un bombazo e intentar salir sin dar explicaciones de él. Soy curiosa por naturaleza.

—Entre otros tantos defectos —me provoca.

—Virtudes, yo lo veo como virtudes —me defiendo.

—Eres increíble. Desde el mismo momento en que te vi, supe que me traerías problemas —me confiesa Simon.

—Sobre todo con Astrid. Me odia respondo —murmullo restándole importancia a su comentario.

—Te lo has buscado respondiendo a sus ataques.

—No pensarás que voy a quedarme callada viendo cómo me intentan aplastar. No soy de

esas —replico con confianza.

—¿Y de cuáles eres? —inquiere escrutándome con la mirada.

Me lleva de la mano a mi cama y se recuesta para posteriormente tumbarme a su lado.

Esta mañana, cuando me levanté, no pensé que pudiese suceder algo así, hasta hace una hora, estábamos en plena guerra —para no variar— y hemos terminado en un punto de no retorno, por lo menos, por mi parte.

—De las que se defienden.

—¿Qué voy a hacer contigo, Helena con hache?

—Se me ocurren un par de cosas —respondo coqueta.

Simon parece entender lo que le quiero decir porque se coloca sobre mi cuerpo desnudo y de nuevo me besa con posesión.

Noto entre mis piernas su dureza y gimo sin control.

—Prepárate —me dice—, porque voy a hacer que te corras mucho y muy fuerte.

Y yo simple y llanamente, deseo que eso que me dice se convierta en realidad, que sea capaz de arrancarme gemido tras gemido, que mi pulso no deje de acelerarse cada vez que me toca, que me roza con deseo, cada vez que nuestros labios se unen, cada vez que su polla choca con fuerza contra mi coño o que me embiste sin cesar; más fuerte, más duro, más profundo. Y eso es justamente lo que Simon hace.

Se desnuda por completo sin dejar de tocarme. Me pide ayuda, llevando una de mis manos hasta la cinturilla de su pantalón. Aprovecho para pasar mi lengua por su tinta, por esa que cuenta historias y que ahora es testigo de nuestro encuentro.

Saco con precisión su polla de esa tela que la tenía presa y me gusta lo que veo. Me gustaba esta mañana, el día de las escaleras de emergencia o en el reservado, pero así, cerca de mí, de mi boca, me gusta aún más. Me gusta ver su gesto, obnubilado por la pasión que nos arrolla y las ganas de que le devore que tiene en su cara.

Quise hacerlo aquel día y todos los demás días, es algo que escapa de mi control y que se convierte en necesidad.

Hago caso a mi cuerpo y la sujeto con fuerza para posteriormente llevarla hasta mi boca, hasta engullirla por completo y tragarla como si se fuese a terminar el mundo si no lo hago.

Estoy desesperada por él, por su sabor, por su cuerpo, por esta polla que me vuelve completamente loca.

—Necesito más —le pido mientras cojo aire.

Succiono con fuerza y sus gemidos son casi tan altos como los míos minutos antes.

—Me vuelves loco —me dice con la frente perlada de sudor.

Quiero responder, decirle que a mi él también, pero no puedo, no me permito hacerlo, simplemente introduzco su polla hasta mi garganta y aguanto con estoicidad la arcada que me

sobrelleva debido a su invasión. Aun así, no logro tragarla por completo. Es grande. Muy grande.

Se separa de mí y percibo de inmediato ese vacío que me deja. Sé que quiere estar dentro de mí y lo sé, porque me pasa exactamente igual, es algo irrefrenable, lo quiero dentro, pero a su vez lo necesito al completo, es algo que no tiene justificación alguna, algo que se escapa de la razón. Es Simon Baker en todo su esplendor.

Coloca un preservativo con una agilidad pasmosa y se coloca entre mis piernas, lo observo desde mi distancia mientras él me mira con los ojos vidriosos. Está excitado, está completamente desbordado por la pasión.

Me gustaría saber si mi cara muestra ese mismo deseo que yo percibo en la suya.

Lleva su dedo índice a mi boca y lo pasea por mis labios. Lo introduce a la vez que se cuela en mi interior.

—Chúpalo —me ordena.

Hago caso a su petición y meto su dedo en mi boca. Lo paseo por ella como si de su polla se tratase y Simon echa su cabeza hacia atrás. La imaginación… Bendita imaginación.

Saca su dedo de mi interior para llevarlo a mi clítoris. Siento como se mueve dentro, como su polla me lleva a ese maldito delirio que llevo queriendo alcanzar desde que me senté a horcajadas sobre él, ¡maldita sea! Desde que le conocí, desde que me hizo esa entrevista, desde que cogí su polla entre mis manos en esa escalera de emergencias, donde comenzó nuestro disparate.

Sus movimientos se hacen más intensos, más fuertes y profundos, me da exactamente lo que deseo con el vigor que mi cuerpo necesita, lee en mí, me conoce, me entiende, me complementa.

Su dedo traza círculos y su polla también. Comienzo a mover la cabeza y a gemir con más fuerza, soy presa del deseo. Mi cuerpo simplemente reacciona como una maldita bomba de relojería, porque es él, porque soy yo, porque juntos formamos ese huracán que necesitamos. Porque no hay nada más en este preciso instante.

Y me dejo llevar. Pierdo la razón y solo siento cómo se contrae todo dentro de mí y explota, como levito, como mi cuerpo se ha fundido con el suyo…

Varios empellones después, es Simon quien me sigue en su delirio. Se corre con fuerza, con ansias, como si no hiciese escasas horas que follamos en su despacho, pero a veces la cosas son así de sencillas e inexplicables, a veces la necesidad no es más que la carencia y ausencia del otro.

—Aun no puedo darte la razón —finalizo.

—¿En qué? —me dice mientras me aprieta de nuevo contra su pecho, contra su tinta.

—No ha sido suficiente. Necesito saber cuántas veces eres capaz de hacer que me corra, solo de esa forma sabré valorar si efectivamente puedes hacer que me corra mucho y muy fuerte.

—No te preocupes por eso, Helena con hache, porque esto no ha hecho más que empezar.

Y sí, puedo decir que Simon cumplió, y cumplió de verdad.

—Cuéntame algo de ti —le pido mientras sigo acariciando su pecho—. Has sido todo un descubrimiento.

—¿Qué quieres saber? —pregunta mientras retira un mechón rebelde de mi frente.

—¿El significado del trece? —pregunto temerosa, sujetando su mano entre las mías y observando cómo ese número está adherido a su piel como si de una segunda piel se tratase. Me fascina la forma en que algo que no nace con nosotros se une sin más a nuestro cuerpo—. Me parece mentira que estuviese ahí y no me hubiese dado cuenta.

—Mis encantos te tenían obnubilada —responde con socarronería.

—Tu estupidez me obnubilaba mucho más.

—Soy tu jefe, es normal que sea algo serio.

—¿Algo? ¿En serio? «Llámame señor Baker, soy un ogro sin escrúpulos y me estoy follando a Astrid» —le imito con descaro.

—Lo haces fatal.

—Intenta hacerlo mejor, listillo.

Decido obviar que no responde a mi afirmación sobre Astrid, no quiero contaminarme ahora que estamos bien, que empezamos a conocernos y a compartir algún que otro momento en el que no nos lanzamos cuchillos ni objetos que puedan terminar matándonos. Ya sabéis eso de mis instintos asesinos y las consecuencias de ello.

—«Soy Helena Miller, hablo hasta por los codos y soy borde y contestona».

—Gilipollas.

—«Y mal hablada» —apostilla.

—Eres pésimo en las imitaciones, menos mal que te dedicas a otro tipo de negocios.

—Gracias a eso has encontrado trabajo.

—Perdona, *señoritingo*, pero yo ya tenía trabajo. Era camarera

—¿*Señori* qué?

—Esa es una de las expresiones que utiliza mi abuela.

—Cuéntame algo de tu vida —me pide.

Le explico cosas sobre mí; mi familia, mis raíces tan extrañas, mi hermana, mis amigas…

—Y gracias a Loren he acabado trabajando en tu revista —finalizo—. Puede que no te hayas dado cuenta, pero son más de las dos de la madrugada, mi jefe mañana se va a enfadar si llego tarde.

—Tu jefe mañana hará como si no pasase nada.

—Puede que a él lo tenga engañado, ya sabes, mis piernas de infarto y mis turgentes pechos son mi as bajo la manga, pero la pequeña *zorrasca* del inframundo no puede conmigo y

creo que espera a que cometa un error para irte con el cuento.

—Astrid no es mala —la defiende.

Me incorporo y me coloco de lado, con mi cabeza apoyada sobre el brazo derecho y lo observo con cierta ternura. Miro de nuevo su pecho tatuado y sigo sin entender cómo hasta este momento no me había fijado en esos pequeños detalles, en sus manos. Si estuviese desnudo constantemente, lo entendería, porque no apartaría mi vista de su enorme cosita que le cuelga, pero estando vestido… no es normal. No por lo menos en mí.

—¿La defiendes? —pregunto con asombro y celos, muchos celos. La odio, guardadme el secreto.

—Astrid siempre ha estado a mi lado, se ha comportado como una amiga en todo momento, desde que empezó a trabajar y tras pasar por momentos muy duros, siempre estuvo ahí, ayudando y apoyando. Mi padre siempre la consideró un pilar fundamental y yo pienso lo mismo, no es mala, solo tiene un carácter especial.

Quiero decirle que se equivoca y que nada de eso es cierto, pero tampoco soy quien para ello. Puede que, al fin y al cabo, la que tenga una idea equivocada de cómo es ella soy yo. Igualmente, y por muy buena niña que diga Simon que es, yo prefiero no fiarme y esto me lo dice mi instinto, eso y la rabia que me carcome por pretender robarme lo que es mío… ¿lo que es mío? Quién me ha visto y quién me ve.

—Debería marcharme —me dice tras darme ese discurso sobre la amistad y los valores de la pequeña *zorrasca* del inframundo.

Me limito a asentir. Esto que ha sucedido y aunque no sepa mucho de él, es un gran paso, mucho más del que imaginaba hace escasas horas.

—Ha sido un placer —lo miro con ojitos de cordero degollado y Simon sonríe abiertamente. Su sonrisa, me encanta su sonrisa.

Recorta la distancia y se coloca a mi altura, me sujeta por la cintura y me besa de nuevo, con fuego, con deseo, con fervor.

—Ha sido más que eso —finaliza besando mi sien—. Hasta mañana, Helena con hache.

—Hasta mañana, señor microbio.

Cierro la puerta tras un guiño y me quedo apoyada en la madera. Vuelvo a la cama y me dejo caer, con los brazos abiertos y una sonrisa perenne en mi cara. Tiene tatuajes, tiene historia…

—Ejem, ejem.

Abro los ojos y observo a Guille, en bóxer, plantado frente a mí.

—¿Qué haces despierto a estas horas?

—Claro, la señorita santurrona pretende que duerma con su percusión de lo más melódica: «más, sí, oh, dame más, toda, toda, no puedo, hasta el fondo…».

Me tapo la cara muerta de vergüenza, porque a ver, cuando estamos ahí, en pleno momento de calentón, no siempre somos conscientes de la cantidad de cosas que decimos, que todas somos unas santas hasta que… hasta que se nos acerca una berenjena.

—No digas mentiras, yo no he dicho nada de eso —y si lo he dicho no me acuerdo.

—Puede que esté exagerando.

—¡Lo sabía! —le acuso.

—Pero habéis estado follando. Tienes cara de recién follada. Y yo sin nada. Tendrás que chupármela por lo menos.

Le hago una peineta y Guille sonríe.

—¿Quieres tomar algo para recuperar las fuerzas que has perdido cabalgando como una posesa?

—Un zumo me vendría bien.

—Más que un zumo, un complejo vitamínico. Lleváis ahí metidos horas.

—Hemos estado hablando —le cuento mientras nos dirigimos a la cocina.

—Y follando —añade Guille.

—Eso también, es obvio —le digo mientras señalo con mis dedos índice mi cara. Si él dice que tengo cara de recién follada no seré yo la que lo niegue.

—Ese hombre te gusta más de lo que crees —finalmente, tomamos asiento en una butaca de la cocina, ambos, con dos vasos de leche caliente, abortamos la operación zumo. Yo observo mi vaso con atención, como si en él fuese a encontrar una respuesta que hiciese que todo fuese sencillo y que pudiese decir abiertamente que no, que no me gusta él, pero la realidad es otra bien distinta.

—Creo que me gusta más de lo que quiero reconocer.

—Y a él le pasa igual.

Alzo la vista de mi vaso y la poso sobre esos bonitos ojos verdes que tiene Guille.

—¿Cómo puedes saber eso?

—¿Sabes lo que es el instinto maternal?

Asiento mientras le doy un largo sorbo a mi leche.

—Pues ese instinto yo lo tengo desarrollado con los hombres que intentan ligarse a las chicas que me quiero follar.

—Gilipollas —le digo mientras me río.

—Ya caerás… —repite mientras me dirijo a mi habitación.

CAPÍTULO 23

VODKAS, AMOR Y MÁS VODKAS

Llevo toda la maldita semana como un flan. El viernes fue el lanzamiento de mi primera columna y Simon me ha llamado a su despacho.

El finde se ha hecho eterno, pero lo he superado —gracias al vodka de frambuesa y a los pésimos chistes de Mia—. Ha habido momentos en los que he temido salir a la calle y que me tiren tomates podridos y tener que correr a refugiarme en algún portal aleatorio mientras me fotografían como si fuese una salsa andante. Lo de que soy muy dramática lo tenéis claro, ¿verdad?

Esa llamada que Mia prometió que haría el sábado se convirtió en una acampada en casa; pedimos chino, nos hicimos la pedicura y hablamos con Loren y Sarah por teléfono. He guardado el secreto de Sarah a pesar de haber bebido cantidades indecentes de alcohol. Yo he purgado mis penas y acallado mis nervios a base de alcohol, así que he hecho, lo que se conoce como «aprovechar el fin de semana».

Por otra parte, también me ha alegrado compartir tiempo con mis amigos, Mia ha estado algo rara, pero a la tercera copa me dijo que estaba intentando poner en orden sus pensamientos y eso me huele a que se cuecen habas y no quiere que yo le ponga sal. ¡Vaya! Para hacer metáforas tampoco soy del todo buena.

Tampoco quiero presionarla con nada, no somos esa clase de amigas que necesitamos saber todo de la otra una vez sucede, simplemente lo sabremos cuando toque.

Obviamente, la puse al día con el tema Simon. En realidad, Guille me obligó a ello porque nada más entrar mi amiga por la puerta le dijo, y cito textualmente: «estuvo en casa, follaron y tu amiga está coladita por él, pobre que no sabe dónde se mete». Mia pensó que era yo la que no sabía en qué berenjenal me metía, pero la realidad es que compadecía a Simon, no a mí. Luego hablamos de asesinatos y esconder cadáveres, si es que…

Y aquí me encuentro, delante de la mesa de Sophia, esperando a que cuelgue para saber si me van a despedir o si hay una foto colgada en algún sitio con mi cara llena de bigotes y granos, y esté más ridícula de lo que debo estar ahora presa de la histeria que llevo encima.

—Sophia…

—¡Yo no sé nada! —me interrumpe.

Esto tiene su explicación y es que, desde que he llegado, he podido llamarla como…no sé, ¿cien veces? ¡No tantas! Pero más de diez, seguro. No me extrañaría que me escupiese en la taza vaca que me llevó con tila.

Cuento los pasos que me separan desde la mesa de Sophia hasta el despacho de Simon. «Sé profesional, sé profesional», me repito durante el corto trayecto. Al final son menos pasos de los que pensaba y no me da tiempo de mucha elucubración, si fuese en otra planta estaría

planeando cómo pedirle trabajo de nuevo a Stephen y echar a la maldita de Diana de allí, que ahora está ahorrando todo lo que puede para ese dichoso viaje.

Llamo a la puerta y espero a que me permita entrar. Soy una profesional, ya lo he dicho.

Entro tímida y percibo que en esta ocasión está solo. Miro la mesa con complicidad y Simon percibe mi gesto porque sonríe. «Sé profesional». Si la mesa hablase…

Tomo asiento frente a él sin que mencione nada de ello. Perdiendo la profesionalidad…

—Te he llamado porque tenemos los primeros resultados sobre la nueva columna, creo que es lógico que este tipo de cosas que te atañen las veamos directamente, más teniendo en cuenta que soy la persona que se encarga de valorar tu trabajo y a quien debes rendir cuentas.

Cómo me pone el maldito bastardo. Sigo perdiendo la profesionalidad…

—La verdad es que no he entrado en redes sociales y he evitado buscar cualquier cosa relacionada con New York Style.

—¿Y el motivo de ello es…?

—Pues que no quiero saber si ha sido un fracaso. Mia me ha dicho que no prepare mi currículum y que la saco de sus casillas cuando me pongo en plan *dramaqueen*, pero no creas que no lo he pensado.

—¿Eso es lo que has hecho el fin de semana?

—Sí, ¿por? ¿Qué has hecho tú? —parezco la típica novia celosa que le hace el interrogatorio a su chico —y sí, habéis leído bien, he dicho «su chico» queriendo referirme a Simon como «mío».

—Nada especial, he trabajado, he ido a ver un partido de fútbol americano con varios amigos, salí a cenar…

¿Creéis que es lícito preguntar con quién fue a cenar? Entiendo que, con esos amigos, pero a saber…

Me estoy comportando como una loca celosa.

En fin…

—Primero que nada, quiero felicitarte por tu gran labor —explica Simon obviando mi cara de loca celosa—. La columna ha sido todo un acierto, la gente ha respondido muy bien y hemos recibido varios correos electrónicos y muchos comentarios pidiendo más. Quieren saber qué hacer en la segunda cita, si dar el primer paso o esperar… Creo que has dado en el clavo.

Puedo respirar, ¡puedo respirar!

—Entonces… ¿no me vas a despedir?

—No —finaliza con rotundidad—, al contrario.

—¿Me vas a hacer fija? —respondo con cara angelical.

—No —más rotundo aun—. Vamos a sacar una columna cada semana. Así que, necesito que te pongas manos a la obra con ello hoy para poder tenerla lista el miércoles y lanzarla.

—¿Puedo preguntarte algo? —lo haré igual.

—Lo harás igual —finaliza.

—Me acabas de dar miedo, ¿me lees la mente?

—Ojalá —me dice sonriente—, ¿qué quieres saber?

—¿Lo sabe Astrid?

Simon tuerce el gesto, como si le molestase que le pregunte por ella.

—Supongo que habrá visto los comentarios. ¿Loren no te ha dicho nada?

—No —niego.

—Entiendo que ellas sabrán todo de la misma forma que lo sé yo. Ya te expliqué que Astrid me ha ayudado mucho durante este tiempo y ella tiene acceso a determinada información de la empresa, entre ella, esos datos.

—¿Y esos datos se pueden manipular?

Que, a ver, no quiero ser mala ni mucho menos, pero no me gustaría que ella pudiese tocar algo, que Simon se fie de ella no quiere decir que yo tenga que hacerlo.

—Los datos no son manipulables —finaliza Simon.

—Mejor —añado llena de seguridad—. No me fio un pelo de ella —repito.

—Puedes estar tranquila —me dice mientras me guiña un ojo.

Tranquila, dice… Jamás estaré tranquila.

Me pongo en pie dispuesta a empezar con la labor que me han encomendado y muy motivada para ello. Sujeto el pomo de la puerta entre mis manos y caigo en la cuenta de algo.

—Simon…

—¿Sí?

—Comenzaste diciendo «primero que nada», ¿quieres decirme algo más?

Simon se incorpora en su asiento y cierra las manos entrelazando los dedos. Pasea su lengua por esos labios que son mi perdición mientras me recorre con la mirada.

—Te follaría aquí y ahora si pudiese. Te follaría hasta que no te quede voz para gritar más. Te follaría hasta que te deshagas entre mis brazos.

Mis piernas se tornan de gelatina y de mi boca escapa un gemido como preludio de esa expectación de la que hablo cada vez que lo tengo cerca, cada vez que siento su mirada puesta en mí.

—¿Y qué te lo impide? —pronuncio justo antes de abandonar ese despacho haciendo acopio de la poca determinación que me queda.

Esto de juguetear, picarnos, chincharnos y buscarnos es muy emocionante. O eso creía, hasta que me topo en el pasillo con ella. Con su cara de pequeña *zorrasca* del inframundo.

—Vaya, vaya, pero si aquí tenemos a la nueva escritora de moda —el tono de recochineo que ha empleado ha sido del todo motivador—, y saliendo del despacho del jefe, dime algo, ¿te

lo estás follando?

Supongo que mi cara debe ser un poema y poco difícil de entender para ella, porque será una *zorrasca* del inframundo, pero otros adjetivos darían en el clavo y la definirían a la perfección.

—No te debo nada y creo que el señor Baker tampoco —esto ha sido algo así como ni confirmar ni desmentir. También creo que lo propio es referirme a Simon como lo que es, mi jefe, aunque minutos antes mi cuerpo temblase por recibir sus embestidas sin piedad alguna.

—No me importa compartir —me dice con desfachatez—, nos folla a las dos, pero se quedará conmigo.

Es evidente, que mi gesto debe ser claro para ella, porque yo misma noto el calor en mis mejillas y la bilis subir por mi esófago con la firme intención de acabar en su bonito vestido de Prada, Dior o Valentino, en realidad, me da igual la marca, lo que no me es indiferente es lo que me acaba de decir.

—Yo no comparto —respondo con dignidad.

—Tranquila, cariño, entiende que tú eres de segunda clase y yo de primera, por muy buenos resultados que haya tenido esa basura que has escrito. Se te acabará el ingenio, igual que se le acabará el encaprichamiento a Simon contigo.

—¿Qué me has dicho que soy? —porque no sé por dónde empezar, si tener en cuenta que me ha dicho que no le llego a la altura del betún o su comentario del todo desafortunado al referirse a mi como el capricho de turno.

No me considero una persona especialmente insegura, tampoco creo que dé en el clavo en todo lo que hago, soy humana y por lo tanto, tengo derecho a cometer errores, pero, y aquí podemos estar de acuerdo, Sophia me ha repetido en varias ocasiones —en toda esas en las que yo he intentado sonsacarle información por activa y por pasiva—, que Simon nunca está con alguien o no sale con alguien, sale con muchas y se sobreentiende que comparte cama con otras tantas. Si sumamos esta teoría a esa otra de que vanagloria el comportamiento de Astrid y su profesionalidad e implicación —perdonadme que lo ponga en duda y en esto da fe Loren que es la que saca la mayor parte de su trabajo adelante—, pues tiene su lógica que tenga estas dudas sin resolver; en esta ecuación, hay muchas incógnitas que despejar.

¿Y qué hice? Pues lo normal en estos casos, volver a convocar una reunión a la salida de New York Style para poder elucubrar sin piedad y sacar conclusiones —aunque no sean del todo acertadas—, sobre todo esto que ronda por mi cabeza.

Astrid, por supuesto, siguió su camino con la cabeza bien alta, entiendo que ese maldito moño alto era motivo de ello, en ocasiones dudé de sus rasgos asiáticos, gracias a la tirantez con la que llevaba el coletero sujeto. Cosas que se te pasan por la cabeza para no cometer asesinatos. Al final va a resultar que sí que tengo instintos asesinos y yo sin saberlo.

Las chicas, incluida Sarah, aceptaron mi propuesta. Fue toda una sorpresa cuando contestó que se apuntaba, normalmente ponía alguna excusa: trabajo, compras, Chris, trabajo, Chris… lo típico, pero en esta ocasión fue diferente y todas nos asombramos, obviamente, lo hablamos entre nosotras por privado, no lo íbamos a decir abiertamente. Yo me hice la ciega, la sorda y la muda, como la canción de Shakira o los tres monos del WhatsApp. Interpreté esto como el comienzo de un cambio de estilo de vida y me alegré por ella, mucho más cuando la vi entrar en Stephen&Co, con el pelo suelto y sin maquillaje. Mi boca podía ser tan grande como el mayor de los túneles que existiese porque al fijarme en sus pies, habían desaparecido los tacones y llevaba unas zapatillas de deporte chulísimas.

—¡Que baje Dios y vea esto! —me levanté con todo el dramatismo que había en mí, me arrodille delante de ella y la adoré como si fuese mi Diosa de la Fertilidad, todo esto seguido de varias cruces en la primera pared que me ha pillado cerca. Creo que queda bastante claro que estaba en *shock* y que me encantaba todo esto que tenía frente a mí.

—Creo que tu pequeña Sarah quiere volver —confiesa Sarah.

—Creo que mi pequeña Sarah es la chica más maravillosa que existe, y sobra decir, que la he echado muchísimo de menos. Deja que te vean las chicas —le dije casi con lágrimas en los ojos.

Por fin mis plegarias habían resultado efectivas y mi amiga estaba intentando retomar su vida, toda su vida.

Nos fundimos en un tierno abrazo justo cuando Loren y Mia entraban en la cafetería.

—Se los voy a contar —me dijo al oído.

Me limito a asentir mientras, por el rabillo del ojo veo a Diana acercarse.

—Odio este trabajo —ese fue el saludo de mi hermana al grupo.

—Eres una exagerada —le reprocho.

Todas se quedan en silencio, con una ceja arqueada mirándome expectante. Pues no lo pillo, no.

—Somos hermanas —fue la respuesta de Diana.

Hacerme la tonta se me da bien y yo prefiero no entender lo que me quieren decir así que lo mejor era cambiar el tema.

—Me he enamorado de Simon —¿No iba a ser el día de las confesiones? Pues empiezo yo.

Las cejas alzadas habían dado paso a unos semblantes de sorpresa, de esos que si tuviese el teléfono cerca debía inmortalizar porque daban para mucho. Lo imprimiría y les dibujaría pollas en la boca a todas. Guille se descojonaría porque a mí se me da bien eso de dibujar pollas, como ya os he contado, pero a él se le da mejor, supongo que por eso de tener una, ya sabes, de lo que se come se cría, o en este caso, de lo que se tiene se presume. Bueno, que eso de los

refranes sigue sin dárseme bien.

—¿Sabes que es tu jefe? —me pregunta Loren.

—Déjala —me defiende Sarah.

Por un momento miré a Mia pensando que había sido ella, porque es lo lógico, mi siamesa me defiende, pero no, tuve que volver la cabeza y mirar a mi recién recuperada Sarah.

—¡Cómo mola tenerte cerca!

—Diana, quiero un Absolut Vodka de melocotón triple —pide Mia.

—No, mejor trae la botella y varios vasos —rectifica Loren.

Y eso que no sabían todo lo que se nos iba a venir encima esa tarde.

Diana no dijo nada y eso es raro en ella, tan raro como lo sería en mí. Mia siempre suele decir que si no hablo es que algo me pasa, pues en este momento Diana no hablaba, le daré quince minutos y si no, llamaré a una ambulancia para que la lleven a urgencias y le miren la lengua, por si se la ha comido un gato.

—¿Cómo que enamorada? —Loren vuelve a la carga—. Es tu jefe, ¿eso lo sabes? —pregunta de nuevo.

—Ni yo misma sé cómo ha sucedido eso… —les explico.

—¿Pero no lo odiabas? —vuelve a la carga.

—Tú lo has dicho, odiaba.

—¿Para eso has convocado esta reunión? —miré de soslayo a Sarah que me pidió calma con su mirada, entiendo que debemos ir soltando las bombas poco a poco, porque no cabremos toda en la misma ambulancia que Diana y aquí no hay Seguridad Social, eso de compartirla es buena opción y rentable.

—¿Y él qué dice?

—No lo sé —a pesar de que le respondo a Mia, que es quién ha formulado la pregunta, también me lo digo a mi misma porque la realidad es que no sé qué sucede ni qué pasa por su cabeza—. Esta mañana me crucé con Astrid por los pasillos —dije mirando a Loren— y me dijo que él se acostaba con ella y que ya se cansaría de mí.

—¡Bah! Chorradas —exclama Sarah—. Esas cosas te las dice para sacarte de tus casillas.

—Yo sigo pensando que lo mejor es que hables con él y pongas las cartas sobre la mesa.

Y Loren tiene razón en esto, porque muchas veces, las confusiones las creamos nosotros mismos por malos entendidos o por intentar evitar situaciones incómodas. A mí no sé me dan bien estas cosas. Yo he ido a mi rollo durante mucho tiempo y pedir explicaciones a alguien que no es nada —y con nada me refiero a que no es mi pareja o cónyuge— puede que estén fuera de lugar.

—Las explicaciones son necesarias —reitera Loren.

—Pedir explicaciones está sobrevalorado —le dije refiriéndome a lo que acabo de

explicar, a que nada nos une.

Pero no deja de ser cierto que a veces son necesarias.

—¿Sabéis que tiene muchos tatuajes? Tiene uno en el pecho y el brazo y costado derecho tatuado y la espalda al completo.

Diana me tiende una servilleta al llegar a la mesa.

—Gracias.

—No es para la copa, es para que te limpies las babas. Me vas a dejar el suelo perdido.

¡La muy bruja se estaba burlando de mí!

—Y a la abuela ni una sola palabra, a papá y mamá tampoco. Quiero contárselo yo. Así que cierra la boca y no seas chivata —le dije.

—Yo creo que debes dejarte llevar, sin más y ver qué sucede —susurra Sarah.

—¿La habéis visto? —les digo mientras señalo a Sarah—. ¡Ha vuelto! ¡La hemos recuperado! Me está dando unos consejos que son la repera.

Loren y Mia asienten ante mis palabras como si fuesen verdades absolutas y yo sonrío satisfecha porque me encanta que la tónica entre nosotras ahora sea esta.

—Hablando de recuperar…

Todas fijamos la vista en Sarah. Yo para infundirle una calma que no sé si tiene. Loren porque está asombrada por todo lo que Sarah está diciendo y el cambio que ve en ella y Mia porque imagino que está digiriendo el exceso de información que le ha proporcionado, que es probable que se lo huela, pero decirlo en voz alta es harina de otro costal.

—Chris me ha pedido que me case con él.

Ahora sí que era el momento de beber sin pensar en un mañana.

CAPÍTULO 24

Y YA NOS VAMOS, NO NOS CASAMOS…

Había soltado el bombazo como quién no quiere la cosa y lo había dicho de tal manera que Mia se veía vestida de burbujita de Freixenet, Loren ya tenía elegido el tocado que se pensaba poner y Diana estaba provocada porque odiaba el amor y ella solo piensa en el sexo. En el sexo con muchos machos cachas y que la empotren. ¡Joder! Hasta yo por muy colada que esté del señor microbio —mi señor microbio—, pienso en eso y necesito más servilletas.

—¿Nos vamos de boda? —la pregunta que lanzó Loren me hizo tragar de una forma tan sonora que por poco sale Stephen de la cocina para saber qué clase de cosa me estaba tragando, y solo era saliva, no penséis mal.

Sarah me miró de nuevo, pero no por saber si seguía respirando, sino más bien para intentar que la ayudase con todo esto.

—No exactamente —fue todo lo que dije, yo ya había lanzado el cabo, ahora era su turno.

—¿Cómo que no? —pregunta Mia—, ¿qué sabes tú que nosotras no sepamos?

—No es culpa de ella, vino a hablar conmigo…

—¿La otra tarde? ¿Y te lo has callado? —prosigue Mia.

Sarah me guiña un ojo con complicidad para agradecerme que efectivamente le haya guardado el secreto, me da la sensación de que no se lo esperaba.

—Mujer de poca fe —le dije en español.

—Traduce eso —me pide Mia.

Yo alzo los hombros y ella me insulta, por si las moscas.

—Tengo que enseñarte español, hay cosas que no se pueden traducir —me defiendo.

—A ver, a ver, a ver —Diana entra en acción en todo este asunto como si fuese de su incumbencia—. ¿Te casas o no te casas?

—No —responde tajante mi amiga.

—¿Y Chris como se lo ha tomado? —Loren no sabe si reír o llorar.

—Pues no lo sé porque no le he dicho nada.

—¿Y cuándo piensas decírselo? —es lógico y normal que yo haga esta clase de preguntas, porque creo que es de vital importancia saber qué día debo plantarme en su casa para ver cómo se le desencaja la cara y posteriormente —con alevosía, además—me troncho en su jeta de pringado.

—No lo sé.

—¿Pero tú no estás enamorada de él?

Los ocho pares de ojos que hay ahora mismo en esta mesa se fijan sobre mi amiga, estamos todas esperando la respuesta, como cuando te queda un único número en el cartón del

bingo y quieres que la dichosa bola que acaba de salir tenga esos malditos dígitos que te darán cien euros o veinte garbanzos, depende de con quién juegues.

Sarah baja la mirada y comienza a mover sus manos con cierto nerviosismo.

—Somos nosotras —le digo llena de emoción—. Solo somos nosotras.

Ella me sonríe llena de tristeza, pero también de esperanza, porque sabe que no tiene nada que perder, pero sí mucho que ganar.

—Hasta hace unos meses pensaba que sí, que lo quería, que mi futuro estaba con él…

—¿Hay otra persona? —Loren la interrumpe para lanzar esa pregunta al aire.

—Shsss —la chista Diana.

—No, no hay otra persona, Loren. Créeme cuando te digo que pensaba que estaba enamorada de él, pero la realidad es todo lo contrario. Con Chris todo está mal; mis horarios, mis respuestas, mi forma de comportarme, hasta la maldita manera de sujetar el tenedor para coger un trozo de pescado al horno. ¡Todo! —grita apesadumbrada—. Necesito respirar porque siento que me ahogo.

—¡¿Veis lo que os dije de que Sarah ya no era ella?! —pregunto y exclamo, todo junto, así, a lo loco.

—Eso no quita que te pasaras —me reprende Loren.

—Tienes razón —ahora la que agacha la cabeza y se hace pequeña soy yo, recordando ese momento en ese local donde dije cosas muy feas.

—Es cierto que las cosas que me dijo no eran las correctas, pero eso me hizo pensar en todo, digamos que fue lo que me hizo abrir los ojos.

Observo a mi amiga fijamente, de nuevo esa maravillosa sonrisa que me indica que sus palabras son sinceras.

—Cuando el otro día llegaste a mi casa y me esperaste por fuera, me di cuenta de que eso es lo que hace una verdadera amiga, eso y decirte las cosas a la cara.

—A mi prefiero que me las digas con más suavidad —bromea Loren.

—Contigo seguimos luego, que me parece que a la boda que vamos a ir es a la tuya —le suelto con cierto punto de cariño en mi voz.

Todas miramos a Loren y pensamos lo mismo: «ya era hora».

—Necesito volver a ser yo, tiempo y espacio para mí.

—¿Se enfadó cuando llegaste tarde a casa el otro día? Tuve que llevarme a Sarah a casa para emborracharnos y contarnos nuestras miserias —les resumo.

—¿Tú qué crees?

—¡Qué le den! —dice Mia.

—Se me acaba de ocurrir una súper idea de lo más chula. El día que rompas con él, organizaremos una fiesta: saldremos a cenar y luego a comernos la noche y lo que se tercie —

explica Diana llena de convencimiento.

—Me apunto —se apresura a añadir Mia mientras alza su mano.

—No sé cuándo lo haré, cuando hablaré con él, tampoco sé cuál será su reacción o la de nuestras familias que nos ven con cinco hijos correteando en nuestra terraza del Soho, pero esto chicas, es el fin.

—No —la rectifica Loren—, es el comienzo de algo.

Nos permitimos brindar por nosotras, por las tardes en las que nos contamos nuestros problemas y las noches en las que nos decimos verdades dolorosas que dan pie a decisiones correctas.

Soy consciente de que soy excesivamente bruta en muchas, muchísimas ocasiones y que debo marcar como meta filtrar antes de hablar, así conocí a Simon, siendo del todo inoportuna y siempre he tenido ese punto que me hace perder la compostura y hablar sin pensar en la forma de decirlo. No llego a entender de dónde viene eso, si es genético, un mecanismo de defensa o simplemente mi forma de vivir y de ser. Y podéis pensar que lo hago con acritud, pero no es cierto, lo suelto sin más, sin pensar en las consecuencias de ello. He ahí mi tarea pendiente.

—Y bien… —en esta ocasión miramos a Loren, porque sabemos que hay por ahí un hombre, pero no tenemos detalles.

—Todo bien —responde presurosa y comedida.

—¿Eso es todo? Ya sabemos que eres totalmente opuesta a ésta —Mia con «ésta» se refiere a mí, como no podría ser de otra forma—, pero necesitamos más detalles. No queremos saber cómo de bueno es en la cama, solo qué os traéis entre manos.

—Yo si quiero saber lo de la cama —pide Diana.

—Y yo —la secundo.

—Ya que mi vida sexual es un asco, no me vendría nada mal —bromea Sarah.

—Bueno, yo también quiero saber —rectifica Mia—, pero me daba vergüenza quedar como la guarrilla del grupo.

—Me da pena decir esto tras todo lo que acaba de contar Sarah, pero estamos muy bien, Alex es…

—Veo flotar corazones, unicornios, creps de Nutella y veo la casa que ya Sarah no va a tener —lo siento, cariño— con siete hijos en vez de cinco. No quiero ser la madrina de ninguno, un ahijado da muchos gastos.

—Déjala que flote en su nube imaginaria y que nos de envidia a todas —añade Mia con cierta profundidad. Yo le toco la pierna con cariño porque a veces necesitamos una palmadita en la espalda.

—A mí envidia ninguna —añade Diana—, el amor es un invento de las personas que tienen la autoestima baja para que sea otro el que les diga lo guapas que son y lo necesarias en su

vida y eso no nos hace falta a ninguna, porque somos todas divinas y nos tenemos que querer mucho a nosotras mismas. ¡Venga! Ya he repartido sabiduría por hoy.

—Apunta eso y escríbelo en tu blog —le pido tras analizar lo que acaba de decir.

—Lo haré —me responde sin un ápice de duda.

—¿Sinceramente? —Sarah toma la palabra, entiendo que por lo que le acabo de decir sobre que su sueño ahora ya no es suyo—. Me alegro mucho de que las cosas vuelvan a su cauce. Loren —mira con cariño a su amiga, esa con la que comparte miles de ideas y pensamientos y que, por supuesto, las hace afines—, te mereces a alguien que te quiera por encima de todo, con lo bueno y con lo malo.

—Eso también me lo merezco yo —le digo enfurruñada.

—Tú, cariño, has dado con la horma de tu zapato.

—Pero es tu jefe —prosigue Loren.

—Eso lo sabemos todas —me defiende mi siamesa—, pero el amor es así.

—¡Joder con el amor! El amor es un asco, que no os enteráis, leches —protesta Diana.

—Ya te tocará —la amenaza Sarah.

Llegamos al acuerdo tácito, de que cuando hablase con Chris, nos mandaría un mensaje para saber si teníamos que acudir con alguna panda de mafiosos a reventarle las piernas y lo que no son las piernas también. Aún tienen un largo camino por delante para terminar de zanjar cosas, porque el piso en el que viven y duermen, es de ambos, y esas cosas al final se convierten en cargas.

Yo ni siquiera sé dónde vive mi señor microbio, la verdad es que es de esas cosas que no se preguntan habitualmente, en realidad, empiezo a conocer cosas de él, pero parece que hemos empezado la casa por el tejado, porque lo primero que me cuenta es que su madre se fue.

Regreso a casa dando un paseo, observando todos los detalles que hay a mi alrededor. Esa es de las cosas que más me fascinan de esta ciudad y que, los que vivimos aquí, no apreciamos. Somos perfectamente conscientes de los turistas que llegan, porque es fácil de localizar a ese grupo de personas que miran hacia el cielo con admiración. En Nueva York todo parece enorme, gigante y brillante. Hay multitud de cosas que hacer o ver y creo que jamás terminarías de acabar con todas. Por eso mis padres decidieron irse a la costa. Supongo que mi madre prefería vivir cerca del mar, como lo hacía en Grecia. Cambió su estilo de vida por amor, por mi padre e incluso por nosotras, pero ahora que Diana y yo tenemos nuestros caminos decididos —o eso creemos porque nunca se sabe—, fue su momento para comenzar de nuevo.

—¿Mamá?

No hablamos tanto como nos gustaría, pero tampoco somos esa clase de familia que está colgada al teléfono día sí y día también, hablamos varias veces a la semana, intercambiamos

mensajes y normalmente recibimos una postal al mes. A mi madre le encantan las postales y cree que es más divertido que una simple carta, porque en ese trozo de cartón hay una foto chula de algo que ve y le recuerda a nosotras, o eso nos dice.

—Helena, cariño, ¿cómo estás? He leído tu columna, es… muy tú —la imagino sonriendo al otro lado de la línea, buscando el adjetivo adecuado para definir lo que ha leído.

—Estoy súper contenta con el resultado, mi jefe me ha pedido que escriba esta semana otra, van a empezar a publicar una a la semana.

—Eso es señal de que apuesta por ti… Y dime, ¿cómo te va con él?

—¿Diana te ha ido con el chisme? —mira que le pedí que no dijese nada, es una bocazas, debí ahogarla en la bañera cuando era pequeña. No se puede condenar a una hermana menor por ello, ¿verdad?

—No, no he hablado con ella desde hace unos días, pero veo que hay novedades…

—¡Joder! Me he delatado sola —finalizo.

—¿Qué le pasa a mi niña?

—Mamá…

—¿Sí? —pregunta con dulzura.

—Creo que estoy más pillada por mi jefe de lo que es lícito.

—En esta vida nada es lícito. Vivir entre el bien y el mal es muy divertido.

—Es mi jefe —parece que esa pequeña frase que Loren no se cansa de repetirme comienza a calarme hondo y acrecentar determinadas dudas.

—¿Y? ¿Cuál es el problema?

—Pues no lo sé. Loren cree que es un error.

—Bueno, Loren siempre ha sido muy comedida con su forma de ser.

—Ahora tiene novio.

—¿En serio?

—Ajá.

—Pues me alegro mucho por ella, pero volviendo al tema en cuestión, nada es bueno o malo, porque lo malo para ti puede ser bueno para otro, ¿cómo es eso que dice tu abuela?

—¿El qué? —Intento hacer memoria—. Abuela dice muchas cosas.

—Para un roto siempre hay un descocido… —dice mi padre de fondo.

—¿Está papá escuchando nuestra conversación? —inquiero asombrada. Adiós intimidad.

—No estamos hablando de nada malo.

—Mamá, necesito intimidad para ciertas cosas.

—Espera —me dice. Oigo como abre la puerta de la terraza y sale fuera. El sonido de la brisa se hace notar con rapidez y me la imagino sentada en su tumbona, con esas vistas al mar que tanto necesita y a punto de darme consejos sobre mi caótica existencia—. Ya estoy.

—Me he acostado con él —no me lo planteo, lo suelto del tirón y sin anestesia. Dije que era una tarea pendiente eso de pensar antes de hablar y voy por buen camino porque he dicho «me he acostado» y no «hemos follado como conejos».

—¿Y qué hay de malo?

—De malo nada, porque lo hace como los Dioses del Olimpo. Pero, aun así, me siento extraña.

—¿Por qué?

—Porque hablé con abuela hace más de una semana y me dijo que no lo conozco y tiene razón, pero claro, me he enamorado de él, pienso en él a todas horas y quiero conocerlo más allá de la cama, que también me mola, pero la vida no es solo eso, y no sé nada, solo que no sale con nadie pero la jefa de Loren me ha dicho que está con ella o que va a estarlo y a veces siento que no soy suficiente…

—¡Helena! —mi madre interrumpe mi diatriba y aprovecho para coger aire porque todo eso lo he soltado de carrerilla y casi muero asfixiada.

—¿Qué?

—Yo dejé todo por tu padre. Dejé mi tierra, mi familia y me vine a España, con su familia y él, sin nada más. Encontré trabajo y después nos volvimos a ir, por él.

—Ya —claudico—, pero, ¿eso qué tiene que ver conmigo?

—Lo que te quiero decir es que el amor a veces implica sacrificios, que no se gana y se pierde, se empata, que uno no actúa mejor que otro o tiene menos carga o más problemas, que lo que se busca es el complemento perfecto, no la división. Puede que veas a Simon como un problema, algo que te causa dudas, pero ese sentimiento es el que te lleva a querer descubrir más, a superarte por buscar la solución.

—¿Y si esto no es más que un juego para él? Porque no hemos hablado de nada, hemos… ya sabes —es mi madre, ¡joder! No me sale ser malhablada con ella.

—Eso también está muy bien, el sexo es importante en una pareja. Ya tendréis tiempo de hablar, con lo que te gusta hacer un interrogatorio, no me extrañaría nada que en un par de días lo tengas todo atado. Date tiempo, Helena. Lo que es para ti, será siempre para ti.

—Tú y tus misticismos, mamá.

—Tú y tu boquita de piñón, Helena.

—Te dejo, estoy llegando a casa. Dale un beso a papá.

—Será dado, cariño.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—A la abuela ni una palabra, que ya sabes que ella es muy ella.

—Vale —ríe mi madre—, prometo intentarlo.

Y si promete intentarlo, es que no tardará mucho en soltarle todo.

CAPÍTULO 25

¿TE MOLO? ¿ME MOLAS? ¿NOS MOLAMOS?

Cruzo la calle en el último paso de peatones antes de girar la esquina que me lleva hasta mi portal. Camino pensando en todo eso que me ha dicho mi madre sobre los complementos y los dividendos, ¿o eran divisiones?

Como he dicho en alguna que otra ocasión, siempre he ido a mi rollo, viviendo la vida a mi manera, buscando lo que me hace sentir bien y dejando que eso sea lo que tome el control, sin amor sin sentimientos profundos hacia el sexo opuesto —culpa de Jacob, ya lo sabéis—, pero era cómodo. Lo difícil ahora es volver a empezar, quiero decir, el amor mola mucho, todas esas sensaciones que se despiertan y te hacen ver cosas que antes no veías —y no, no hablo de unicornios, eso con un porro lo puedes ver también, o tomates persiguiéndote, ¡flipa! Ser perseguido por una panda de tomates asesinos es épico… Que conste que me lo han contado, que yo de esas cosas no sé ni entiendo—. En fin, que me lío y me disperso. Cuando te enamoras comienza todo a ser raro, dejas de ser tú, te comportas distinto, te arreglas diferente, eres más comedida, no te tiras pedos sino que los aguantas, comes en pequeñas proporciones para que no piensen que eres un saco sin fondo, eliminas todo rastro de pelos que en invierno te hacen compañía y arropan… Lo típico. Y con todo esto, también llegan las dudas: ¿me querrá? ¿Le gustaré? ¿Estará pensando en mí? Todas esas estupideces que nos vuelven locas y a las que les damos vueltas: se ha conectado y no me ha escrito, ¿hablará con otra? Pues así estoy yo ahora mismo. Pensando en que pueda estar de paseo por el Soho con su mejor empleada, ¡zorra del infierno! ¿o era del averno? Mejor todo junto.

—Chss, chsss —escucho una especie de silbido tras de mí y me giro, tras colocar las llaves en la cerradura de mi portal, para comprobar si es real eso que oigo y sí, lo es. Todos esos pensamientos que me asolaban hace escasos segundos se disuelven en un santiamén al verlo parado, en su coche, con las piernas cruzadas y esa pose de arrogante que me provoca enajenación mental.

Sonrío como una estúpida y me acerco a él.

—Las llaves —me dice señalando la cerradura donde he colocado las llaves con el propósito de entrar.

—¿Qué llaves? —le pregunto frenando en seco.

—Las que has dejado puestas en la puerta.

¡Maldita imbécil! Al final va a resultar que me vuelvo una lerda cuando estoy con él. ¡Mierda! Esto es peor de lo que yo creía.

—Es tu culpa —le digo mientras me acerco a recuperarlas.

—¿Mi culpa por qué? —me pregunta sonriendo.

—Te veo y me quedo embobada.

Simon se incorpora y se acerca a mí, lento, feroz, seguro de sí mismo, con esos vaqueros desgastados y esa camisa de manga larga que lleva recogida en sus brazos de forma casual.

—Me gustan tus tatuajes —le digo mientras los miro hipnotizada.

—Y a mí —me responde sonriente.

—Ya, por eso te los hiciste —respondo dejando de lado la obviedad de mí comentario—. ¿Piensas hacerte alguno más?

—Puede —me responde con la vista fija en mí—. Quizás algún día, todo depende.

—¿De qué depende?

—De muchas cosas.

Me quedo obnubilada con su forma de mirarme. No puede no ser real todo esto.

—Helena, ¿qué me haces?

—Te tengo abducido. He acudido a una bruja para que te lance un hechizo y caigas rendido a mis pies —me burlo.

—Pues lo has conseguido. ¿Podré ir yo a ver a esa bruja?

—Depende —respondo.

—¿De qué depende?

—De lo bien que me beses.

Y vaya si lo hace. Me sujeta por la chaqueta y me acerca contra su cuerpo. Tiemblo ante su contacto. Me gusta, me mola, me tiene conquistada, enganchada, abducida, hechizada, podéis llamarlo como queráis y podéis buscar los motivos de esto, porque ni yo misma lo entiendo.

Sus labios son mullidos, dulces, suaves y me aferro con fuerza a su espalda.

—Iros a un hotel —nos gritan.

Separamos nuestros cuerpos y sonreímos al ver que es Guille. Simon levanta el pulgar y mi compañero de piso le devuelve el gesto.

—Tú ganas —claudica Guille a escasa distancia de nosotros.

—Eso lo sabíamos los dos —finaliza Simon.

—Menos lobos —le reprendo justo antes de volver a besarlo con intensidad.

—¡Dios! Me pones muchísimo, Helena con hache.

—Lo mismo digo, señor microbio.

—Sube —me pide mientras abre la puerta de un coche que, hasta este momento, había dejado en el olvido.

—¿Dónde vamos?

—No te lo voy a contar todo —me suelta con sorna.

Conduce más de quince minutos. Su mano ha estado en mi muslo desde el mismo instante en que se subió a ese coche y lo puso en marcha. Me gusta esta forma de conducir. Siento que él tiene la misma necesidad que yo de contacto.

—¿Simon?

—¿Sí? —pregunta desviando la mirada unos segundos de la carretera.

—¿Te molo?

—¿Me molas? —me pregunta extrañado.

—Quiero decir, ¿nos molamos? —Ríe abiertamente y no entiendo el motivo de ello—. ¿Por qué te ríes? —cuestiono mientras separo nuestras manos y me cruzo de brazos.

—Porque eres lo que siempre he buscado —responde lleno de convicción, o quizás soy yo la que le doy ese matiz a su voz en busca de algo más allá que pura atracción.

Llevo mi mano al encuentro de la suya, colocada en este momento justo encima de la palanca de cambios y lo agarro con fuerza para que perciba que eso que me acaba de decir me ha emocionado.

Llegamos a una zona en la zona de West Village, un área de Nueva York demasiado lujosa para poder permitirme siquiera otear los alquileres.

—¿Qué es esto? Quiero decir, ¿dónde estamos?

—En mi casa —me dice justo antes de bajar de su coche.

Me quedo alucinada ante la fachada que tengo frente a mis ojos. Es una preciosa casa recubierta de ladrillos que le dan un toque poco convencional para estar en La Gran Manzana, es como si ya no estuviésemos en la ciudad y ahora formásemos parte de un lugar completamente ajeno al barullo. No se oye el tráfico, ni se ven los viandantes corriendo porque llegan tarde a cualquier lugar, ni siquiera el alboroto del transporte público.

Subimos unas escaleras cogidos de la mano, sin soltarnos, ni siquiera cuando abre la puerta rompemos el contacto.

A los ojos de cualquiera, parecemos una pareja completamente normal, nada de jefe y empleada, nada de dudas, cuestiones, inseguridades, miedos o postureo. Solo él y yo. Sin más.

—¿Qué piensas? —me pregunta como si leyese mi mirada.

—Pienso en esto —le digo señalando con la mirada nuestras manos que siguen unidas y nuestros dedos entrelazados.

—Tienes que acostumbrarte, Helena con hache.

—Creo que no podré hacerlo jamás. ¿Has pensado que hace poco más de tres semanas estábamos odiándonos en silencio?

—Yo no te he odiado nunca —me dice mientras besa el dorso de mi mano.

—Yo sí —confieso con altanería—. Te portaste como un jodido cabronazo. ¿Eres así con todo el mundo?

—Solo con quién quiero y cuándo quiero.

—¿Y por qué querías comportarte así conmigo?

A mi mente viene esa conversación en la que Guille me decía que puede que mi jefe

quisiera explorar mis límites, conocer hasta dónde estoy dispuesta a llegar y pienso si este tipo de cosas dejan de ser ficción y se convierten en reales.

—No puedes negar que fue muy divertido —contesta entre risas, como si ahora fuese él quien ha retrocedido en el tiempo y recordase de forma nítida nuestros primeros encuentros.

—No me has respondido —le reprendo.

—Me comporté así porque llegaste a esa entrevista, con tu seguridad, tu forma de desenvolverte, tu lengua viperina, tus respuestas sorprendentes y simplemente quise jugar…

—Ya… Jugar.

—¿No te divertiste?

—Exactamente, ¿qué parte debía divertirme? Todo ese tocho de papeles que me hiciste leer, traerte un café a las siete de la mañana, reprenderme delante de «tu querida Astrid» por no llamar a la puerta o encomendarme un trabajo para el que no creía estar preparada.

—Eres periodista, Helena con hache y lo has hecho bien, no entiendo eso de que no creyeses estar preparada. Eres una chica resolutiva y camaleónica, te has adaptado y no solo eso, has superado mis propias expectativas.

—Guau… Eso sí que es un halago, pónmelo por escrito, para poder enseñárselo a Astrid, que está deseando que cometa un error para caerme encima e irte con el cuento.

—No cometas errores —me dice con naturalidad.

—Claro, tú sabes que no soy un robot, ¿verdad? Debes tener menos expectativas, porque la columna de la semana pasada ha funcionado, pero no te puedo garantizar que esta semana suceda lo mismo —confieso con cierto temor.

—¿Has escrito algo?

—No, he estado distraída, pensando…

—¿En qué has estado pensando? Ahh, no me lo digas, pero creo que por esa empresa en la que trabajas, hay un chico muy guapo, dicen que las tiene a todas locas; es alto, apuesto, un completo galán, muy cachas, con una personalidad inigualable y una exquisita educación.

—Me parece que ese chico del que hablas, no tiene abuela. Deberías presentármelo, no me he topado con nadie así y eso que he recorrido varias plantas en estas últimas semanas. Tendré que hablar con don piruleta, porque me guio hasta tu despacho el día de la entrevista, pero no me habló de semejante semental.

—Dicen que folla muy bien.

—Pues mañana haré una búsqueda exhaustiva de ese jamelgo, no puedo quedarme yo sin catarlo —bromeo.

—Tiene varios tatuajes.

—¿Sabes si está casado?

—Dicen que no.

—¿Comprometido? —pregunto mientras introduzco mis manos por su camisa y repaso su abdomen.

—Las malas lenguas dicen que está soltero, pero creo que le gusta una chica que trabaja en la misma planta.

—Ah, ¿sí? ¿Crees que no tengo oportunidad alguna?

Simon por fin abre la puerta de su casa y me arrastra hasta dentro, mi sonrisa se ensancha al pensar en que me ha traído aquí, a su casa, a su intimidad.

—Puede que debas intentarlo, pero no te garantizo nada. Tiene pinta de ser de esos chicos que cuando se enamora, no hay vuelta atrás.

—¿Crees que ese chico del que me hablas y que yo no conozco, está enamorado?

—Creo que haces demasiadas preguntas.

—¿Y qué quieres que haga?

—Que me beses —finaliza.

Nuestro primer beso nada tiene que envidiarle a los que han llegado tras él. Porque todos, absolutamente todos, han causado esas sensaciones en mí, similares a una bomba expansiva: comienza por una pequeña chispa, algo sin importancia y se expande y extiende como si no encontrase fin. Mi cuerpo reacciona, mi piel se eriza ante la invasión de su lengua y mi sexo se contrae. Estoy mojada y es fruto del juego, del beso, de nuestro contacto. Es esa exquisita cercanía que nos despierta esa necesidad de más: de más besos, de más caricias, de más palabras, de más tiempo juntos.

Simon sujeta mi mano y la lleva a su entrepierna, dura como una roca, preparada para darme guerra.

—¿La notas? —me dice refiriéndose a su polla.

—Sí —respondo ahogando un gemido cuando aprieta mi mano contra su miembro.

—Estoy así por ti, por tu culpa.

—¿Desde cuándo?

—Desde el mismo instante en que te vi…

—De eso hace apenas una hora.

—No —me rectifica—, de eso hace un mes.

Me alzo con rapidez y me enredo a su cintura. Ahora no siento su polla entre mi mano, la siento en mi pelvis, ahí donde mi cuerpo palpita, donde me exige las atenciones que se merece.

—Fóllame —le ruego. Y sí, le ruego, porque aquí no hay ganador ni perdedor, aquí ganamos los dos, la unión de nuestros cuerpos nos hace experimentar unas sensaciones inigualables.

Simon comienza a caminar conmigo enredada a sus caderas y nuestras bocas se buscan, se encuentran, se besan fieras.

Mis ojos están cerrados, pero percibo nuestros movimientos, intento ser cabal y centrarme en lo que hacemos, en hacia donde nos dirigimos, pero esta aura de excitación que nos envuelve es más poderosa que el resto de emociones.

—Deja caer tus piernas —me pide con extrema dulzura.

Abro por inercia mis ojos y los centro en Simon, no en la estancia, en él. Dejo caer mis piernas y de mi boca se escapa un gemido de frustración.

—Es toda tuya —me dice Simon entendiendo mi sentimiento.

Me permito otear ambos lados de la habitación. Blanco. Impoluto.

Es un aseo, un aseo más grande que mi habitación. Todos los elementos que componen el espacio tienen tonos neutros, el único toque de color se lo trasmite una pequeña planta sin flores. Me acerco hasta ella para comprobar si es artificial. Sujeto varias de sus hojas entre mis dedos y me sorprendo por el tacto de la misma. Me gusta, es suave y delicado.

Simon se coloca tras de mí y me gira hasta colocarme de nuevo frente a él.

Retira mi chaqueta y deja que caiga al suelo sin miramientos, tras ésta, comienza a desabotonar mi camisa, los movimientos son exquisitos, cada botón por su ojal y su mirada imperturbable sobre la mía. He aprendido a leer sus gestos, su forma de apretar el mentón cuando está excitado, sus labios entreabiertos cuando se muere por besarme, el brillo de sus ojos cuando mi desnudez queda ante él. He aprendido muchas cosas sobre Simon en estas semanas, quizás las he asimilado en poco más de diez días, cuando él ha dejado que yo entre y yo me he hecho accesible a él.

—Eres preciosa —me dice siguiendo el contorno de mi sujetador de encaje—. Eres jodidamente perfecta.

Cojo el bajo de su camisa y la alzo. Simon acompaña mi movimiento elevando sus brazos para que pueda sacar la camisa sin problema y su piel queda ante mí. Perfecta, porque no hay otra forma de definirla.

Paseo mis dedos por la tinta de su pecho. Por el lunar que tiene dibujado, el rostro tatuado en su brazo. Por el ancla que cuelga un poco más abajo de ese dibujo. Parece que no tienen conexión pero yo juraría que no hay nada hecho con más intención.

—Me recuerda que debo aferrarme a la vida —me explica mientras recorro los bordes de ese elemento.

Cojo su mano y la coloco sobre mí pecho desnudo.

—Ahora puedes aferrarte a mí.

Simon sonríe, pero no esa clase de sonrisa que hace que mi corazón palpite acelerado, sino suave, tierno, lleno de cariño, de ganas…

Mis manos viajan solas hasta su tejano y las de él me imitan. Comenzamos a desvestirnos sin pausa y sin prisas, como si ésta fuese la primera vez que nos veremos desnudos, como si

fuese terreno inexplorado y a veces creo que con él siempre será de esta forma, nunca habrá un ayer, porque el ayer es efímero, el hoy es fugaz pero el mañana será eterno.

Se separa de mí y se dirige a la ducha. Abre el grifo y ese sonido me estremece. La habitación es cálida, no se percibe el mes de noviembre en ella.

—No tengo frío —le doy voz a mis pensamientos.

—Es nuestra cercanía —me responde con ese brillo en os ojos que he aprendido a leer—. Ven —me pide.

Entro primero en la ducha y me coloco bajo el agua caliente. Mis músculos se relajan al instante y soy consciente de que necesitaba algo así tras todas las emociones que me asolan últimamente.

Repasa mis curvas con devoción.

—Te mereces una noche inolvidable.

—Contigo, cualquier noche lo es —confieso.

—Quédate a mi lado —me pide.

Y entiendo sus palabras, sus miedos, sus inseguridades, porque también es humano, porque su madre se fue y lo dejó…

—¿Qué pasó? —le pregunto.

Me acalla con un dedo y tras él posa sus labios que se hacen con el control de la situación.

—¿Helena?

—¿Sí? —pregunto aun recuperando la respiración.

—Me molas.

Y no puedo más que levitar.

CAPÍTULO 26

CUCHILLO, HACHA Y OTRAS FORMAS DE ASESINAR

Segunda cita, segundo *round*…

¡Confesadlo! Os funcionó tanto el juego de las preguntas que habéis recibido varios mensajes pidiendo más: una cita más, ¿a qué sí? Normal, si es que somos esa clase de mujeres que no pasamos desapercibidas por la vida de nadie. Creo que la cuestión está en sorprender y salir de esas típicas citas basadas en las tres "C": cena, cine y cama… Aunque yo esto de la cama me lo pensaría un poco, porque… ¿a quién le amarga un dulce?

Seguro que habéis jugado a haceros las interesantes y si no es así, coged el teléfono ahora mismo y cancelad esa maldita cita. Nada de poner las cosas fáciles, esto es como un partido de básquet, nosotras queremos obtener la victoria y escalar puestos en la liga, ellos pretenden cogernos ventaja así que no nos podemos fiar del contrincante, porque sí queridas, son nuestros contrincantes. Tenemos que darles lo que quieren, pero a la vez, jugar con ventaja. Así que, si se lo has puesto fácil resístete, cancela la cita y posponla hasta dentro de varios días, si te has hecho la interesante, has tardado en contestar a sus mensajes e, incluso, lo has dejado en visto en alguno de ellos, sitúate delante de tu armario, coge esa prenda de ropa con la que te sientas sexi y atrevida y enfúndate en ella. Es muy importante que te sientas segura porque queremos causar esa impresión, sí, esa en la que la boca les llega medio palmo por debajo de lo habitual. Caída de pestañas seductora, recorrer nuestros labios con la lengua mirándolo fijamente y *voilá*… Los tendremos en el bote.

Otro pequeño consejo, si queréis que de verdad se sorprenda, no dejéis que os invite, pagad a medias o invítalo tú a él, tiempo de que te devuelva el favor —véase la sonrisa pícara, canalla y malvada—tenemos.

Ahh, y se me olvidaba, disfruta de la noche. La conquista es como un baile: se disfruta, se siente y se palpa. ¡A comeros a ese contrincante!

Nos leemos…

—¿Qué te parece?

Estamos en el salón de casa, sentados mientras le leo a Guille lo escrito, porque confío en su opinión y su sinceridad es brutal.

—¿Eso es lo que has hecho con tu novio? —me pregunta con esa picardía implícita en sus palabras.

—No es mi novio —porque no lo es, ¿verdad?

—No es lo que vieron mis ojos anoche… No sé a qué hora llegaste a casa.

—No llegué —le confieso un poco avergonzada.

—¡Uysss! Te estás enamorando y lo sabes —otra vez Julio Iglesias y sus memes, si es que es mítico este hombre.

—Mimimimi.

—Ven —me pide dando unos golpes sobre el sofá con su mano.

Me coloco a su lado y apoyo mi cabeza sobre su hombro.

—Guille, no sé qué es todo esto y me empieza a asustar un poco. Quiero decir…

—El amor asusta —me confirma él—, pero creo que has encontrado a alguien que te complementa. Obviamente, todo esto se ha dado porque he decidido cesar en mi empeño por conquistarte, pero estaba claro que, si yo pongo de mi parte, no hay hombre que me supere. Ya sabes, tengo la poll…

—Basta —le pido riendo—. No quiero hablar de tu polla hoy.

—Lo entiendo, es normal, no hay comparación. Si pones en una balanza a tu jefe y a mí, está claro que gano yo, mi polla pesa más que la suya.

No debería, lo sé y lo sabes, pero el instinto y mi mente me juegan una mala pasada y bajo la vista hasta ese lugar donde se encuentra su miembro y el bulto que deja ver ese pantalón de deporte me indica que las chicas que pasan una noche con Guille, son muy afortunadas.

—No me hagas hablarte de mi intimidad con Simon, esas cosas no las cuenta una damisela.

—Por suerte, no hay ninguna en esta habitación, así que puedes decirme todo lo que quieras y más.

—Simon sabe dar en el clavo —formulo ese símil con la pretensión de que entienda a qué me refiero con él.

—Menos mal que sabe dónde tienes el clítoris, no todos lo saben. Dicen que todavía existen hombres en el mundo que buscan su propio placer, con lo satisfactorio que es que una mujer se corra en tu boca, en tu lengua, sentir como se retuerce entre espasm…

—Basta —le corto de nuevo.

—¡Joder! —jadea—, me estoy empalmando.

Le doy un pequeño golpe en la pierna y Guille se queja por ello.

—Eso por gilipollas —le reprendo—. Oye, Guille…

—Dime —mi compañero de piso me acerca más a él y nos quedamos abrazados por un momento—. ¿Crees que el amor llega así?

—El amor llega así de esa manera, uno no se da ni cuenta, caballo de la Sabana…

Alzo la vista y sonrío ante sus ocurrencias.

—No tenía que haberme buscado un compañero de piso español —bromeo.

—No, lo que tenías que haber hecho era haberte follado a ese compañero de piso antes de enamorarte de otro.

—Estúpido —le doy otro golpe más.

—¿Sabes qué, Helena?

Guille me mira fijamente, con esa intensidad que tiene su mirada cuando hablamos, cuando compartimos momentos y sentimientos, porque Guille es uno de mis mejores amigos.

—Dime.

—Hubo una época en la que pensé que podía enamorarme de ti, que quizás todos esos

muros que he ido alzando se romperían contigo. Pero he llegado a una conclusión.

—¿Cuál? —formulo la pregunta llena de sorpresa por las palabras que acaba de dedicarme y sobre todo, por la seriedad de las mismas.

—Que no estoy hecho para el amor, porque por mucho juego que nos traigamos y muy perfecto que sea, te quiero, pero solo como una amiga, aunque me empeñase hace meses en que fuese todo lo contrario.

—Nuestra relación es la que es, Guille y si no ha pasado nada, es porque no tiene que pasar, es así de sencillo. Algún día aparecerá alguien que logre encandilarte.

—El amor no está hecho para mí —me dice cortante.

—No, Guille, el amor te busca, te encuentra y te atrapa. Y es la única cárcel de la que no puedes escapar, porque los sentimientos no son manipulables, ellos van por un lado y tú por otro totalmente distinto, si no… mírame a mí —le comento mientras me señalo con ambos pulgares.

—Pero follar podemos, por lo menos antes de que te comprometas con ese tío.

—No vamos a follar —le digo mientras me levanto y lo dejo hablando solo.

—Helena —me llama justo cuando voy a entrar en mi habitación. Me quedo con el pomo de la puerta sujeto entre mis manos y alzo una ceja esperando que me diga alguna que otra barbaridad—. Me gusta mucho tu columna. No me extraña que tengas tanto éxito, dan ganas de seguir tus consejos, si en alguna vida me reencarno en mujer, además de tocarme las tetas cada dos minutos, decidiré seguir tus consejos.

Entro en mi habitación carcajeándome. Si Guille tuviese tetas, probablemente sean tan grandes como su cosita. Ahí lo dejo.

Enciendo mi portátil y decido enviarle el documento a Simon para que le vaya echando un vistazo.

Tras la noche que compartimos, hemos estado sumergidos en nuestro trabajo y apenas cruzamos un saludo por la mañana y alguna que otra mirada fugaz sin rubores ni sonrojos.

Esa es otra de las cosas que me preocupa, ¿qué va a suceder si en algún momento se hace público que tenemos un lío? Y lo defino como «lío» pero en realidad, para mí no lo es, va más allá de eso, ya no es un simple intercambio de fluidos, sencillamente ha sucedido.

Mi teléfono comienza a vibrar sobre la mesilla de noche y en ese momento me reprendo por no tener una exquisita silla de ruedas para poder arrastrarme hasta allí sin mayor complicación. La vagancia…

—¿Sarah? —el corazón me late apresurado y una sensación de congoja me envuelve al descolgar el aparato.

—¿Puedo ir a tu casa esta noche?

—Claro —afirmo con rotundidad. La oigo llorar a través del auricular y sé lo que sucede, no es necesario mayor explicación. La vida es así, una de cal y una de arena—. Voy a llamar a

las chicas.

Cuelga sin responder a mi propuesta, imagino que en este momento lo único que necesita es que pase el tiempo, porque esto no tiene otra solución.

Como si de una conexión interestelar se tratase, Loren y Mia me responden sabiendo lo que les iba a pedir.

Son las primeras en llegar hasta mi apartamento.

Guille les abre la puerta y por su expresión, es como si viese a varias brujas llegando para formar un aquelarre en el salón de su casa o en la mitad que me corresponde a mí, porque el alquiler lo pagamos entre los dos.

—Viene Sarah —le digo mientras saco una botella de vodka de la nevera.

—¿Esa es la botella de las emergencias? —me pregunta inquisidor.

—No —respondo ignorando su burla—, estas son las botellas para las emergencias —abro el mueble que se encuentra al final y allí hay varias de distintos sabores—. Haz algo productivo —le pido con burla—, mételas en el congelador y saca frutos secos o lo que quieras, porque se avecina tormenta.

—¿Qué ha pasado?

—Tú hazme caso y vente al salón.

—¿Necesitáis intimidad?

—Necesitamos todo el apoyo del mundo —le digo saliendo en dirección a nuestro salón.

Dejo la bandeja con cinco copas encima de la mesa y la botella intacta.

—Mia, trae hielo.

Ella asiente y se encamina hacia la cocina a por lo que le acabo de pedir.

—¿Todo bien? —le pregunto a Loren mientras nos quedamos solas.

—Sí, genial —me sonríe llena de entusiasmo y sé que es completamente cierto lo que me dice.

Llaman a la puerta y corro hasta ella, como si fuese el último deseo de mi lista antes de morir, porque esa que está tras la madera, es una de mis mejores amigas y no quiero que se sienta mal, quiero que se refugie entre nosotras y que se sienta arropada.

Sarah irrumpe en la habitación hecha un mar de lágrimas y a todas se nos contrae un poco el corazón con su estado.

Se lanza a mis brazos y simplemente la acuno con fuerza y la chisto.

—No quiero joderles el momento, pero es que…

—No jodes nada —le respondo guiándola al salón. Loren la recibe y hace exactamente lo mismo que nosotras. Guille pone mala cara y Mia frunce el ceño. A mí no se me ocurre otra cosa que hacer el payaso.

—¿De melocotón o de frambuesa? —pregunto alzando ambas manos para que decida

entre un sabor u otro.

—¿Cuchillo o hacha? —Mia hace otra pregunta, mucho más interesante que la mía, la verdad. Las comparaciones son odiosas pero…

Sarah se ríe, con las lágrimas bañando sus mejillas, se ríe y es la mejor risa que hemos oído nunca, como cuando te caes de culo pero te lo partes a carcajadas, igual.

—Uno de cada —me responde mientras sigo con las botellas en la mano—. Ninguna de las dos —se dirige a Mia—, el karma lo pondrá en su lugar— Guille nos mira con cara de «ya no son solo cuatro brujas y un aquelarre, esto se está convirtiendo en una reunión de demonias locas y deschavetadas que a la mínima de cambio me cortan la polla por insensato».

—No hace falta que huyas —le consuelo.

—Pero pensamos hablar mal de los hombres —añade Mia.

—En especial del que era mío —apostilla Sarah.

—De Alex no, porque le quiero —finaliza Loren.

Todas hacemos un giro de cuello de trescientos sesenta grados, al estilo La Niña del Exorcista, pero con la dentadura impecable, camisetas molonas y sin olor a vómito.

—¿Qué has dicho? —pregunto atónita.

Ella mira sus manos buscando una respuesta. Yo giro la cabeza hacia Guille, de nuevo como la niña fétida esa buscando que me diga algo de él, solo por si tengo que buscar el cuchillo o el hacha que ha ofrecido Mia antes y cortar pollas por doquier, nada más, precaución, lo llaman.

—El amor es un asco —explica Mia.

—Un invento de las escritoras para que nos volvamos imbéciles —apostilla Sarah.

—Me gusta el amor —aclaro poniéndome del lado de Loren.

—Dais asco —nos señala Sarah.

Nosotras alzamos los hombros y sonreímos cómplices.

Mi teléfono comienza a sonar y le pido a Guille que lo busque.

—Por favor —añado complaciente.

—Si me la chupas luego —me pide a cambio.

Le hago una peineta y él se ríe en dirección a mi habitación.

Tomamos asiento y yo comienzo a servir las copas.

—No podemos beber mucho, mañana tenemos que trabajar.

—Es tu novio —me dice Guille sin tapar el auricular.

—¿Has contestado mi llamada?

Ahora el que alza los hombros restándole importancia es él.

—¿Simon?

—Oh, sí, Simon, te echo de menos, eres mi hombre —se burla Sarah.

—Tapadle la boca antes de que tenga que decirle algo feo —pido.

—Ya me da igual —me responde.

Le quito el teléfono a Guille y contesto con voz angelical, como si el aquelarre fuese ficticio.

—¿Qué sucede?

—¿Te has follado a Guille?

—¿Perdona?

La peineta que me hace Guille es proporcional al zapatazo que le lanzo y que fallo.

—¡Mierda! Tengo que practicar mis tiros libres —me quejo.

—Contesta —me exige Simon.

—¿Estás loco o has comido setas alucinógenas?

—Ninguna de las dos opciones.

—No me lo he follado, gilipollas, Guille intenta buscarte las cosquillas.

—¿Y por qué ha respondido él la llamada?

—Porque estamos todas reunidas con Sarah en el salón. Ha dejado a su novio.

Silencio. Silencio absoluto.

—Estoy en la calle. Debajo de tu casa.

—¿Quieres subir?

—Vamos a criticar a los hombres, los pondremos a parir y hablaremos sobre micropenes —Mia le hace un resumen muy cercano a la realidad de lo que va a suceder en este salón durante las próximas horas.

—Y a emborracharnos —aclara Sarah, que por lo visto se ha liberado porque no para de hablar y soltar cosas por esa boca.

—Tranquilo, cariño —le digo alzando la voz—, no tienes que preocuparte, porque tú tienes un macropene —respondo gritando para que me oigan todas.

—No más que el mío —contesta Guille como un cromañón.

—Sube. Necesitamos todos los refuerzos posibles —estoy al borde de comenzar a suplicar cual niña de tres años ante su chuche favorita. Pensándolo bien, Simon se ha convertido en mi chuche favorita.

Percibo a Simon sonriendo tras la línea y me lo imagino asintiendo. Puede que no sea del todo consciente, pero que quiera compartir un momento así conmigo y mis amigas, me vuelve a hacer levitar.

Estoy irremediablemente perdida.

Perdida por él.

CAPÍTULO 27

¿LA SEGUNDA CITA O LA PRIMERA DE MUCHAS?

—Viene Simon, comportaos como personas adultas y maduras y tú —le digo a Guille apuntándolo con el dedo índice—, ni se te ocurra hacerte el gallito porque te corto la picha —le digo en español.

—Ya están otra vez hablando para que no nos enteremos —me reprocha Mia.

—Pero… ¿puedo sacarme la polla? Solo por ver quien la tiene más grande, ya si luego quieres elegirme a mí, no tengo ningún problema si has follado previamente con él, te lo haré olvidar a base de empellones.

—Gilipollas —grito de camino a la puerta mientras suena el timbre que indica que están llamando al telefonillo.

Abro la puerta entre las risas de mis amigos. Aunque no lo parezca, este tipo de cosas nos relajan y hacen que Sarah vea algo positivo. Lo ha dejado ella y ha sido su decisión, pero eso no quiere decir que no duela. Creo, es más, me atrevo a afirmar, que cualquier ruptura, sea de la forma que sea, implica dolor, por lo menos, una recuperación y adaptarse. La convivencia, las rutinas, el compartir momentos tan sencillos como ver una película, una cena, no sé… Todas esas cosas hacen que luego necesites desintoxicarte o quizás no eso, pero sí recuperar tu espacio. Una vez lo consigues, te das cuenta de que era necesario y vuelves a empezar… Pero ese proceso siempre está ahí y siempre resulta doloroso.

—Helena con hache… —me dice Simon al llegar al rellano de mi piso.

—Señor microbio…

Eso que empezó como un juego entre nosotros, se ha convertido en una costumbre que nos saca más sonrisas de las que esperaba. Aún recuerdo cuando se me escapó por primera vez y colgué el teléfono avergonzada y aturdida porque sabía que me había escuchado y tenía miedo a que mi puesto peligrase.

Lo del puesto sigue estando ahí pero ahora por motivos bien distintos; que Astrid me la juegue envenenando a Simon o que los propios lectores me manden a tomar viento fresco —por no usar otras expresiones menos decentes y más indecorosas—.

Simon me sujeta por la cintura, de esa forma que me encanta y me planta un beso.

Mis amigas y Guille comienzan a aplaudir y a decirnos guarradas. Yo extiendo mi mano hacia atrás y les hago una peineta.

—El amor es una mierda —grita Sarah.

Despego mis labios de los suyos, con mucho esfuerzo, todo hay que decirlo y la observo con el ceño fruncido.

—Aún necesitas beber más —le cuestiono.

Me sorprende que, toda esa seguridad que normalmente veo en Simon, desaparezca. Está

en mi terreno y lo sabe. De lo que no sé si es consciente es de que yo le estoy abriendo mi vida y él apenas la suya. «Tiempo al tiempo», me digo.

Loren se levanta presurosa.

—Señor Baker.

Yo la miro y juro que intento reprimir las carcajadas, pero es que no lo logro hacer.

—Señor Baker —la remedo.

Ella me pone mala cara y tuerce el gesto.

—Simon —la corrige el susodicho—. Solo Simon.

—Aquí —especifico—, en la oficina sigue siendo nuestro jefe.

—Si se entera Astrid —suelta mi amiga.

Simon la observa con atención y me mira a mí de soslayo.

—¿Por? —no sé si formula esa pregunta porque es ingenuo o porque se lo hace. Obviamente, se lo hace.

Loren carraspea. Mia mira hacia Guille, éste hacia mí y Sarah, que creo que ha bebido demasiado, lo que hace que deba retirar lo dicho hace segundos, es la más sincera de todas.

—Porque quiere cazarte como un conejillo.

—¡Te lo he dicho! —exclamo con ímpetu.

—Este viernes es su cumple —nos dice Loren.

—Este viernes es mi fiesta de separación. Diana lo dijo —Sarah comienza a trabarse hablando. Síntoma de que va por el camino correcto.

—Mañana vas a trabajar con resaca, lo sabes, ¿no? —le pregunto intentando hacer una broma de todo esto.

—Me da igual —responde la susodicha—, ¿acaso eres íntima de Chris? Porque él no me dejaba hacer nada.

—Bebe, mi niña —le digo llenándole el vaso—. Aquí hemos decidido por unanimidad, aunque no hayamos votado, que todo eso que Chris no quería que hicieses, nosotras queremos que lo hagas por partida doble.

—Amén, hermana —dice Sarah brindando sola por todas nosotras.

—¿Alguna me va a explicar qué ha sucedido? —interviene Guille.

—Si tenemos que criticar a los hombres, necesitamos saber qué han hecho —añade Simon.

Tomamos asiento como podemos, nos llenamos las copas y comienza el *show*.

—¿Qué ha pasado? —Mia formula la pregunta a la que todos queremos darle una respuesta.

—Estaba cansada, harta, hastiada, enfadada y ha llegado con una actitud que ha acrecentado mis ganas de huir de esa casa. Comenzó a reprocharme que estaba todo tirado, que

no había cena…

—Pues que se la haga él, ¿acaso es manco? —pregunta con enfado Mia.

Todas ponemos los ojos en blanco y yo veo cada vez más cerca la idea de cortarlo en trozos y darle de comer a los tiburones del Acuario.

—Y simplemente sucedió. Yo ya no lo quería —les aclara a Guille y Simon—, y le dije abiertamente lo que sentía. Me miró con un gesto que no supe descifrar, una cara que no le había visto jamás y me dijo lo que diría cualquier madre: «si decides salir por esa puerta, no vuelvas más», con el hándicap de que esa casa también es mía y evidentemente hay que buscar una solución.

—Si necesitas ayuda… —le ofrece Simon.

—Graciasss —le dice Sarah arrastrando la ese—. No me ha llamado y no sé más. Me fui.

—Puede que piense que vas a volver —apostilla Guille.

—Puede que sea gilipollas si piensa eso —añado yo con desdén—. ¿Se nota que lo odio?

—Noooo —responden todos al unísono, incluido Simon, al que pellizco en el interior del muslo.

—Tú tienes que defenderme, no liarte la manta a la cabeza y unirte a esta panda.

—¿Qué has dicho? —preguntan todas menos Guille.

—Les tengo que enseñar español —les repito como casi siempre.

—En realidad —nos corta Sarah—, creo que sí que espera que sea una bronca más. Incluso diría, que no se esperaba que me fuese y puede que esté esperando a que regrese esta noche con la cabeza baja y pidiendo perdón.

—¡Pues que le den! —grito eufórica.

—Brindemos por eso —propone Mia.

—Brindemos —asiente Sarah alzando su copa y derramando la mitad sobre el sillón—. Upssss.

—Te pasaremos la factura de la limpieza —le dice Guille guiñándole un ojo—. Puede que prefieras pagármelo en carne y chup…

—¡Basta! —le grito antes de que suelte por esa boca lo que creo que quiere soltar.

Y sin más, un momento que parecía ser de lo más amargo, se ha convertido en una reunión de amigos lleno de risas, propuestas indecentes y algún que otro pellizco.

Tras prácticamente acabar con las existencias de vodka de frambuesa y dejar una cuarta parte de la botella del sabor a melocotón sin beber, me despido de mis amigas. Mia es la menos perjudicada, ha bebido pero no tanto como las demás, es eso, o que cada vez que girábamos la cabeza para reírnos de Guille por todas las cosas sinsentido que decía — porque Guille cuando quiere es muy payaso pero cuando no quiere le sale solo, es algo que lleva en la sangre, no ahora, porque ahora es obvio que solo le corre alcohol—, volcaba media copa en una maceta. De Loren

nos reímos porque le comenzó a sonar el teléfono, eso que nos comentó sobre los mensajitos que intercambiaba supimos que era cierto. En realidad, no es que no la creyésemos ni mucho menos, pero era de lo más molón saber que está coladita por Alex.

Le hicimos bromas varias sobre ese tipo de cosas que se hacen: «¿Todavía no te ha dado fuerte y flojo? ¿Has bajado al pilón? ¿Te has depilado el gato?» Ella aguanto con estoicidad, como una verdadera campeona, supongo que también fruto del alcohol ingerido. Le recomendamos que fuese a buscar a Alex a su casa, que subiese el ascensor medio desnuda y que le tirase las bragas a la cara cuando abriese la puerta.

Lo normal en otra situación es que nos mirase con cara de espanto, pero esta noche nos observaba interesada, como si los consejos fuesen los mejores que le hemos dedicado en todos los años que nos conocemos. El viernes tendremos que hacerle un interrogatorio, aunque vendrá con él. Pero el servicio de las chicas siempre da mucho de sí.

Simon se hace el remolón, se despide de las chicas y se queda tumbado en el sofá.

—Como si estuvieses en tu casa —le dice Guille con tono irónico.

O Simon no lo pilla o le da exactamente igual.

—Me voy a la cama, estoy agotado, no sabía yo que tener cuatro mujeres usando la boca para algo que no esté por debajo de mi cintura, resultase tan rematadamente fatigoso.

—¿Algún día hablas con alguna? ¿Te paras a saber más de ellas? —pregunto intencionadamente.

—De ti, sí —responde pinchando a Simon.

—Ni se te ocurra —le advierte el susodicho.

—Haré palomitas para cuando llegue ese día —le advierto.

—¿Qué día?

—El día que te cacen —respondo segura de ello. Guille omite mi comentario y prosigue su camino sin más.

Me tumbo al lado de Simon, en el sofá y me abrazo a su cintura mientras él desliza un dedo con suavidad por mi espalda. Noto su corazón latir relajado, en paz, igual que estamos ahora mismo nosotros dos.

—¿Simon?

—¿Sí? —responde a mi pregunta con otra mientras clava su vista en mí.

—Hay algo que me preocupa.

—Tú dirás…

—¿Qué pasará cuando se enteren de esto? —uso mi dedo índice para señalarnos e intentar que entienda sin palabra a lo que me refiero con «esto».

—Nada.

—Para ti nada, porque tú ere el jefe y el señor de su feudo, pero, ¿qué hay de mí?

—Es nuestra vida privada, Helena —me responde lleno de paciencia—, nadie tiene por qué meterse en ella o en las decisiones que tomamos.

—Me van a llamar oportunista —replico.

—Sabrás defenderte —me reta.

—Eso sin duda, pero no quiero que piensen que estoy contigo por el trabajo, por tu dinero o por cualquier excusa relacionada con mi futuro profesional.

—Siempre puedes decirles que estás conmigo porque follo bien —me pica.

—Debería preocuparme, porque empiezas a parecerte a Guille, aunque Guille es menos cabronazo que tú —respondo mientras me incorporo y me dirijo a mi habitación—. Buenas noches, señor Baker.

Cierro tras despedirme y me dirijo a mi armario para coger una camiseta limpia y algo de ropa interior que pueda ponerme tras darme una ducha, buena falta me hace porque el día ha sido de lo más interesante.

Me encamino hacia mi baño pensando en la cantidad de cambios que se suceden en una vida en tan poco tiempo. La cantidad de cosas que pueden cambiar o en lo giros radicales que en cuestión de poco tiempo te ves envuelta, y no solo eso, sino además, la cantidad de cosas que no esperas, no sabes y descubres sin querer.

Sin ir más lejos, una vida como la de Sarah, que a priori parece perfecta y resulta no serlo.

Dejo que las gotas de agua caigan sobre mí y se lleven toda la tensión del día, de la semana, del mes…

Me encanta esa sensación que te recorre cuando te sumerges y deja que el agua se lleve todo y te llene de vitalidad.

Retiro los restos de jabón de mi pelo y lo envuelvo en una toalla. Salgo con cuidado de la ducha. Siempre me ha pasado eso de tener miedo a caerme en la ducha o no en la ducha, sino al salir de ella por resbalar accidentalmente. Se podría decir que vivo con ese miedo, pero la realidad es que tengo varios más. El peor de los miedos, obviando ese en el que entras a un baño y te encuentras un mojón flotante y no sabes qué cojones hacer para no vomitar, ¿de qué me suena esto? Ahh, sí, que lo he vivido y no, no lo he superado. Ese miedo sigue ahí y me persigue, pero no es el peor. Debo decir que el mayor de mis miedos también está relacionado con un baño y no es resbalarme y partirme la crisma, que ojo, a eso hay que tenerle miedo nivel super top, porque puedes morir en el intento. Venga, que dejo de andarme por las ramas, si es que yo sigo siendo muy yo. Mi mayor miedo es entrar al baño, sentarme a hacer pis y salir de ese habitáculo con la falda metida dentro de las bragas y pasearme por alguna de las calles más concurridas de Nueva York con mis preciosas bragas de algodón llenas de margaritas o unicornios —porque de pollas aun no las he encontrado— al aire, ahí, dándolo todo y sin enterarme. La gente me mirará

y yo pensaré que levanto pasiones, ¡pero no! Se reirán de mí y yo sin saberlo. En fin…traumas indescifrables. Debería haber un programa en la MTV que sea «traumas del mundo y otras formas de encerrar a alguien en un manicomio» esto que acabo de contar encabezaría la lista de gilipolleces que lo van a petar y lo sabes —gracias Julio Iglesias, eres todo sabiduría y buen hacer—.

Hago lo mismo que hice con mi pelo, pero con mi cuerpo y pongo los pies sobre seguro encima de la alfombra, alzo la vista y ¡sorpresa!

—¿Tú no te habías ido? —pregunto entornando los ojos.

Plantado frente a mí. Brazos cruzados. Camisa remangada. Tatuajes sexis a la vista. Mirada brillante y hambrienta. Sonrisa canalla. Actitud chulesca. Pose de cabronazo… ¿Resultado? Estoy empapada y no por el baño precisamente.

—¿Y perderme lo mejor?

—¿Y lo mejor es…?

—Lo mejor está por llegar —finaliza acercándose a mí con seguridad.

No hay tiempo de reacción, ni siquiera para replantearme cuáles son sus intenciones, porque en un escaso segundo lo tengo frente a mí, con su mano deslizando la toalla por mis curvas. Me alza con premura y enredo mis piernas en su cintura por inercia. Es realmente mágico como mi cuerpo reacciona al suyo y nos acoplamos a la perfección.

Noto el frío de los azulejos en mi espalda incluso antes de que pueda percibir que he impactado contra ella. Gimo. Alto. Fuerte. Llena de placer y sensualidad.

—Eso es, Helena con hache, así es como quiero tenerte, rendida ante mí.

Y el muy cabrón tiene razón porque es puro deleite sentirme entre sus brazos.

—No voy a ser suave —me dice mientras se desabrocha el pantalón—. No voy a ser delicado —me advierte bajando la cremallera—. Pero voy a hacer que te corras sin parar —finaliza mientras sus pantalones caen al suelo.

De nuevo me presiona contra la fría pared, que ahora la percibo menos como tal y echo mi cabeza hacia atrás, gesto que Simon aprovecha para besar mi cuello.

—Eres perfecta, la puta perfección hecha persona, Helena con hache.

—No puedo decir lo mismo de ti —respondo mientras empujo mi pelvis contra la suya —. ¿Venías preparado? —le pregunto al darme cuenta de que he rozado piel con piel.

—Yo nací preparado —responde lleno de arrogancia.

Tira de mi pelo y de nuevo mi cuello queda a su merced.

—Puedes hacer conmigo lo que te plazca —respondo entregada.

—Haré contigo lo que quiera —dice presionando de nuevo nuestros cuerpos.

Su mano comienza a rozar mis curvas, de forma peligrosa, provocándome.

—¿Has encontrado algo que te guste? —pregunto cuando comienza a tocar mi sexo

húmedo.

—He encontrado lo que andaba buscando —me dice clavando su vista en mí. No sé si se refiere a mi cuerpo o a mi persona, no soy lo suficientemente cabal como para poder leer más allá de ese fuego que ahora mismo veo en sus ojos, o quizás es el reflejo de los míos en su mirada, o la combinación de ambos.

Coloco mis piernas en el suelo y Simon vuelve a alzarme.

—¿Dónde crees que vas?

—A tocarte —confirmo sus sospechas y él, de nuevo, tuerce el gesto dejando entrever una sonrisa de satisfacción—. Hoy no —me responde con celeridad.

Mis piernas de nuevo encierran su cintura entre ellas y Simon, diestro como es él, sujeta su polla y la lleva hasta mi centro.

—Mírame —me pide—. Mira cómo nos compenetramos a la perfección.

Comienza a entrar en mí, sintiendo cada uno el cuerpo del otro, el placer reflejado en nuestros rostros, en nuestras bocas que se buscan, en nuestras miradas que hablan por sí mismas.

—Siente como te follo.

Y vaya si lo hace. Se mece suave, cadente, incitándome…

—¿No decías que no ibas a ser delicado? —le reto.

Esa vez sí se permite sonreír y esa sonrisa me humedece aún más. Sus manos comienzan a recorrer mis nalgas.

—Perfecta —repite mientras me embiste.

Su polla me empuja contra la pared, no hay frío, no hay nada que no sea este maldito calor abrasador que Simon es capaz de provocar en mí. Me siento como se puede sentir una olla exprés justo antes de anunciar que ha terminado su cocción.

—¿Qué quieres, Helena?

—Que me folles fuerte —respondo sin dudar.

Sus manos me sueltan y dejan que descienda y toque el suelo. Me gira y me coloca de espaldas a él. Sujeta mi pelo con fuerza y lo enreda entre sus manos, tirando de él.

Gimo de nuevo. Fuerte. Ronco. Profundo.

—¿Qué quieres? —pregunta de nuevo, mientras su dedo se pasea peligrosamente entre mis nalgas.

Giro la cabeza lo justo para que Simon me penetre de nuevo, esta vez rudo, tal y como me había advertido.

—Tócate —me pide mientras se mueve con acierto.

—¡Joder!

Es todo lo que atino a decir mientras su dedo insiste en mi zona «no descubierta». Es una maldita explosión de sensaciones. Su polla embistiéndome, su dedo recorriendo mi ano sin llegar

a penetrarlo, mi dedo índice jugando con mi clítoris. Es una puta locura.

—Simon…

Su nombre muere en mis labios cuando siento que me gusta, que me gusta más de lo que soy capaz de reconocer, que siento miles de cosas en este momento, que me siento más cerca de él que nunca y no solo físicamente. Que le quiero, ¡joder!

—Me corro.

Es todo lo que logro articular justo antes de que la combinación de su dedo y su polla me vuelvan rematadamente loca.

Simon me sujeta mientras sigue con sus envites, buscando su propio placer, sin dejar que caiga y comienzo a pensar que esto es lo mejor que hay en el mundo. Que haberlo conocido lo es, que estar entre sus brazos es casi como rozar la gloria.

—Simon…

No logro percibir todo lo que hay a mi alrededor. Solo sé que me coge entre sus brazos y me lleva hasta la cama.

—Simon —le digo antes de quedarme dormida—, ¿esto se puede considerar una cita?

—Esta es la primera de muchas —me dice besando mi sien.

CAPÍTULO 28

¡Y SE DESTAPA EL PASTEL!

«Quiero dormir». Ese es el primer pensamiento que le dedico a este viernes, que tú dirás, ¡pero si los viernes son un día fabuloso! ¡Ja! La caca de la vaca.

Llevo toda la semana durmiendo pocas horas. Sarna con gusto no pica, me ha dicho mi abuela, pero sí que pica, sobre todo cuando suena el despertador y quieres morir.

Simon es el culpable de que mis ojeras sean del tamaño de un casquete polar, y hablando de casquetes, hemos follado como conejos, no sé bien siquiera como puedo caminar.

He llamado a mi abuela y la he puesto al día, no podía no hacerlo teniendo en cuenta que en vez de una hermana tengo una chivata. Si perteneciese a una banda de mafiosos, habrían acabado con ella hace tiempo.

—Tenemos algo de lo que hablar —yo, que soy pura ternura y romanticismo, le doy un codazo para que se despierte, porque él es el jefe y yo la empleada, pero eso no quiere decir que no deba madrugar, a ver, que no solo los empleados tenemos que cumplir, esto también debería ser un *quid pro quo*, el ejemplo que da es el que tendrás, si es que yo soy pura sabiduría, los diálogos de Karate Kid los hacía yo, por si no lo sabéis, que una tiene un caché y me tienen desaprovechada.

—Mmmmm —protesta.

—¿Tienes sueño? Pues anoche cuando me follabas encima de esa mesa —digo señalando la impoluta mesa blanca que anoche nos vio retozar sin parar—, no te quejabas de eso.

—Imposible quejarse si estoy dentro de ti.

Lo miro llena de asombro.

—Quién te ha visto y quién te ve, señor microbio —claudico.

—Me tienes loco —me dice lleno de ternura.

Su mirada profunda y sus ojos brillantes me dicen que todo eso es cierto, que es real, a veces, lo que empieza mal, acaba bien, ¿verdad?

A pesar de todo, hay cosas a las que a veces le doy vueltas y quizás no debería hacerlo. Nunca he necesitado que me digan esas dos palabras que tanto consiguen cambiar las cosas, pero es inevitable pensar, ¿estaré en un punto al que él no ha llegado? No tengo miedo al trayecto, tengo miedo a la caída.

Que te digan «me tienes loco» me gusta, pero a veces se necesita más. Loren, Mia, Sarah, e incluso Guille, puede que me digan que ellos prefieren que los hechos hablen por sí solos y es que tampoco hay nada que me demuestre que me quiere, no se ha dado el caso en el que necesite que actúe de una manera u otra que simplifique el concepto del amor con un gesto.

Las caricias, los besos, los abrazos, las cosquillas, las risas a escondidas en un ascensor mientras bajamos a la planta que nos da salida de New York Style, un roce de nuestros dedos,

una pequeña chispa que hace que nuestras bocas no consigan separarse durante horas, no poder parar de hablar —esto no es difícil en mí si observáis mi trayectoria—, todo eso suma y me da como resultado lo mismo que esas palabras, pero sin ellas no existe esa certeza de que sea real.

—¿Qué querías decirme?

—¿Perdona? —respondo con una pregunta.

—¿Qué piensas?

—Nada —finalizo obviando ese pequeño diablo que tengo en mi hombro izquierdo y que alimenta esas carencias que puede que no deban serlo.

—Entonces, ¿qué querías decirme?

—Es verdad… —le digo volviendo a la Tierra—. Me he dado cuenta de una cosa… —me quedo en silencio meditando un poco la forma de decirlo, porque no quiero sonar brusca, ni borde, ni necesitada de una repuesta, aunque lo esté.

—¡Piensas decírmelo de una maldita vez, Helena con hache!

—Creo que ya soy inmune a esa forma de llamarme…

—No cambies el tema.

—No lo cambio, es solo que me lías y si dices otra cosa debo responder.

—Voy a tener que cerrarte la boca —me dice señalando en dirección a su erección matutina.

—¿Te has dormido con una barra de pan metida en los pantalones!

—Te voy a dar yo barra de pan —bromea colocándose entre mis piernas.

—¿En qué momento me has tumbado, he abierto las piernas y tu polla ha comenzado a restregarse contra mi pequeño chumino?

—¿Chu.. qué?

—Tienes que aprender español —y esto ya comienza a ser preocupante porque no hay forma humana de traducir estas palabras.

—¿Vas a decírmelo ya o tengo que sacártelo a base de empujones?

Mmmm, empujones —esto a lo Homer Simpson, para que me entendáis y empaticéis conmigo.

—Vale —claudico— lo que quiero saber es el motivo por el cual te ha dado últimamente por jugar con mi culo.

Simon separa su cuerpo del mío y sonríe con suficiencia. Maldito cabrón.

—¿Te da vergüenza y por eso estabas desviando el tema?

—No desviaba el tema, solo buscaba la forma de plantearlo. El que desvía el tema ahora eres tú.

—Es sencillo, Helena con hache, el motivo por el que he estado jugando con tu «ano» —dice con cierto retintín—, es porque estoy preparándote para mi barra de pan —dice con

socarronería.

—¿Qué te has creído? No sé si te he dicho que eres un completo cabronazo, pero es que no hay otra forma de catalogarte.

—¿Qué he hecho yo ahora? —protesta con una amplia sonrisa en la cara.

—No intentes ganarme con tu sonrisa ensayada, tu cuerpo de infarto, tus tatuajes que me vuelven loca, tu… barra de pan… ¿Quién te ha dicho que yo no haya probado el sexo anal?

—Nadie —dice apartándose y colocándose a mi lado—. ¿Vamos a tener esa conversación en la que yo te cuento lo que he hecho y tú confiesas que eres una completa inexperta y que necesitas clases particulares?

—¿Inexperta? ¿Clases particulares? Perdona, no recordaba que estaba hablando con el Dios del Sexo morboso y desenfrenado. Soy tu súbdita, me postro a tus pies —la *dramaqueen* ha vuelto señoras y señores.

—Estaré encantado de enseñarte todo lo que sé —finaliza sonriendo abiertamente.

—Tú lo que eres, es gilipollas. Te salvas porque tenemos que ir a trabajar —le amenazo con mi dedo índice al estilo Stephen, mientras me encamino en dirección al baño—. Pero que sepas que estarás sin meter tu barra de pan en el horno hasta que se me pase el enfado.

Lástima que Simon entrase al baño conmigo y me convenciera a base de «empujones».

La columna sale hoy y vuelvo a estar nerviosa, esto debe ser comparable con tener un bebé, o no, pero los nervios son los mismos.

Sophia entra al despacho, con una taza mono y me la tiende.

—¿Tienes la colección completa?

—Hay una tienda en la sexta que me encanta, pasar por allí es adictivo. Es tila y vengo a contarte algo.

—Tú dirás.

—Los rumores dicen que entre el señor Baker y tú hay algo —aún me resulta curioso oír referirse a él de esa manera, cuando yo apenas lo hice unos días y delante de él Lo del señor microbio mola mucho más.

—¡Mierda! —al final mis peores sospechas se hacen realidad—. ¿Quiénes han dicho eso?

—Me lo ha contado la secretaria de Astrid, ella ahora mismo está en el despacho con Simon.

—¿Hablando de mí?

—No lo sé. ¿Eso es un sí? Pensé que lo odiabas…

—¡Joder! A ver, confío en ti, ¿vale? Nosotros… Pues resulta que… Ya sabes…

—No digas más —me frena—, sabes que van a decir mil cosas, ¿verdad? —asiento—, ¿y que Astrid va a poner el grito en el cielo y te va a hacer la vida imposible? Ella está convencida de que el señor Baker, tarde o temprano, estará con ella. Si no lo ha estado ya…

—No —finalizo rotunda—, Simon me ha dicho que no.

—Eso no es lo que dice ella. No quiero fastidiar, pero el señor Baker no se ha caracterizado por ser un hombre que se enamore.

—Pero ahora está conmigo —no quiero dudar, no tengo por qué dudar.

—Bueno, tú ten cuidado —me pide—, te he advertido.

—Gracias —murmullo.

Me dejo caer hacia atrás en la silla, con cuidado de que no se vierta el contenido de la taza sobre mi vestido, ese que Simon esta misma mañana levantó para tener mejor acceso a mi culo mientras salíamos de mi edificio.

En realidad, eso que he dicho sobre las dudas, es real, no debo tenerlas ni consentirlas. No soy una persona celosa, o por lo menos no lo era en anteriores relaciones. Siempre he confiado en mis parejas a pesar de que las cosas no fuesen bien, pero el presente no debe pagar los errores del pasado, porque las personas somos distintas, diferentes, raras y extrañas, pero en la variedad está el gusto y en las oportunidades la felicidad, y es por ello, por lo que debemos intentar ser lo más racionales posibles y continuar adelante con lo que la vida nos depare.

Simon está conmigo, estamos juntos o eso es lo que creo a pesar de que esas «palabras mágicas» no hayan sido formuladas. Yo por miedo a su respuesta o no respuesta y él por el motivo que sea. Pero lo triste de todo esto, es que el sentimiento está, que yo lo siento así, aquí y no suelo ser de las que se callan.

Dejo mi taza mono a un lado y aunque la semana no ha terminado y no debo presentar la siguiente columna, necesito escribir. Me gusta esto, he descubierto que me enamora lo que hago, me gusta escribir No sé si he cumplido mi objetivo y estoy dando buenos consejos, tampoco sé si se espera algo más de mí, yo me dejo llevar… que fluya y vibre.

> ¿Tercera cita?
>
> No existe un manual de instrucciones para conquistar a un hombre o a una mujer. El secreto está en gustar tal y como eres y eso pasa por comportarte sin reparos. No, no es el momento de eructar como si no hubiese un mañana, tampoco de hacer sonar la trompeta —ya me entendéis—, pero sí ser abierto y decir lo que se te antoje. Sé diferente, compórtate como eres y quien te quiera, te querrá así. El coqueteo es fundamental, importante e imprescindible, pero llega a causar más estragos cuando acompañas esa caída de pestañas con esos comentarios que hacen que sea perfecto.
>
> Los hombres son sencillos y las mujeres también lo son. Esto, en ocasiones, es simple: o encajamos o no lo hacemos. ¿Qué haría yo en una tercera cita? Beber, reír, decir locuras y enseñar ese tatuaje que tienes escondido por ahí. Los tatuajes molan —guiño, guiño— y siempre puedes recurrir a esa frase: «Si aciertas dónde está, puedes pedir un deseo», el deseo no debe ser el que él quiera. Te propongo tres opciones:
>
> Opción uno: seguir el trazo de sus líneas con el dedo. Ya, lo sé, es bastante comedido, pero creo que no siempre tendría buena acogida si sustituimos dedo por lengua, imaginaos que lo tiene

en el culo, ¿te ves recorriendo el culo de esa persona que tienes enfrente con la lengua? Mejor no respondas, gracias.

Opción dos: Un beso en una parte del cuerpo a elegir, y no volvamos a pensar en el culo, porque acabo esta sección con la mente sucia —que no la lengua—. Pensad bien la zona: el cuello, tras la oreja, el hombro… una zona que te haga estremecer y que esa persona lo pueda sentir con la reacción de tu vello al acercarse.

Opción tres: no, no es sexo, esto es sobre como conquistar, lo otro os lo dejo a vuestra imaginación. Yo propondría un masaje. Imaginaos: boca abajo, sin camiseta, con el sujetador suelto y sus manos recorriendo tu espalda. Una de dos, o se pone cardiaco o se pone cardiaco.

Si elegís la opción tres, acordaos de depilaros, que un masaje con pelos bajo la axila no es nada morboso.

¡A por ellos! Los tenemos en el bote.

Nos leemos.

Me quedo con mis manos recorriendo el teclado, saboreando ese momento en el que crees que has escrito algo bueno y que puede gustar.

La puerta se abre mientras mi vista sigue atenta a la pantalla. Me lo imaginaba.

—Vaya, vaya, vaya, la mosquita muerta ha resultado ser una lagarta de mucho cuidado.

Porque es una persona y la tengo delante, pero juro que tal y como ha formulado la frase, diría que está siendo poseída por el espíritu de «te cojo y te reviento». No entiendo cómo puede haber tanta maldad en un cuerpo tan pequeño. Creo que la forma cariñosa en la que me dirijo a ella «pequeña *zorrasca* del inframundo» le va a la perfección.

—¿Y eso lo dices por…?

—¿Quieres hacerte la interesante conmigo? Yo no soy uno de tus miserables lectores, no es necesario que hagas juegos de palabras.

Pobres lectores, menos mal que no están escuchando lo que dice Astrid.

—Creo que no tengo que darte explicaciones de nada. No es de tu incumbencia.

Astrid comienza a cambiar de color, está colérica, verdaderamente furiosa.

—Te voy a decir algo, estúpida —apoya sus manos en la mesa con rabia y comienza a mover sus dedos haciendo que el sonido de sus uñas al chocar contra la madera me resulte desagradable, como todo en ella…—, crees que tienes el poder por habértelo follado un par de veces.

—Más de un par, para tu información —me gusta sacarla de quicio y hacerla rabiar, porque se lo merece desde el mismo momento en que la conocí, con ese moño alto que sigue teniendo y parece que nunca se suelta.

La oigo inspirar profundamente, está intentando no arrancarme los ojos. Estoy por hacer palomitas y reírme de este momento tan cómico.

—Te crees muy simpática, pero esto solo hará que se intensifique mi satisfacción cuando

te vea caer. Simon es mío, será mío y eso lo tiene tan claro él como yo. ¿Te ha contado que hemos follado? ¿Y que tampoco han sido un par de polvos?

No quiero que perciba en mi gesto que esos comentarios me hacen daño, que me hacen sentir mal e incómoda, porque él siempre ha mantenido que entre ellos no hay nada.

—Quiero que abandones mi despacho, maldita bruja mentirosa.

Se ríe, la muy puta se ríe en mi cara y de mí.

—Así que no te lo ha contado. ¿Y que esta noche vamos a celebrar mi cumpleaños?

—Siento no haberte traído tu regalo, la escoba no me cabía en el bolso —le explico sonriendo.

—Tú ríe, que quien ríe el ultimo, ríe mejor —finaliza.

Sale de mi despacho con aires de grandeza. Muy en su línea.

Me gustaría llamar a Loren y preguntarle, ella debe saber algo, puesto que trabajan juntas y puede que haya escuchado alguna conversación, pero por otra parte pienso que, si eso hubiese sido así, me lo habría contado, ¿no?

Decido que lo mejor es dejarlo para esta noche. Vamos a celebrar la despedida de novia de Sarah y allí podré intercambiar opiniones sobre lo sucedido.

Paso el resto del día en mi despacho encerrada. La verdad es que me siento rara porque pensaba que Simon se acercaría a hablar conmigo. Me he asomado varias veces al pasillo y en todas ellas Sophia me decía que estaba ocupado y veía la puerta de su despacho cerrada, por lo que entendía que no era momento para molestar. Tampoco creo que deba ser yo la que pida explicaciones.

Me voy a casa con mal sabor de boca. Saco mi teléfono, vuelvo a contar las horas y decido llamar a mi abuela.

—¿Helena?

—¿Te sorprende mi llamada?

—Pensaba que estabas trabajando. También es verdad que hace poco que hablamos, me sorprende tu llamada.

—Tengo un pequeño problemilla de nada.

—¿Con el bicho?

—Microbio —la corrijo.

—Bicho, microbio… Todo de la misma familia. ¿Qué sucede?

Le hago un resumen de lo que ha pasado sin omitir siquiera ese momento en el que Astrid me llama lagarta.

—Esa chica, además de que es una harpía de mucho cuidado, es una aprovechada. Yo no le haría caso.

—A ver, abuela, que eso lo he pensado yo también y más conociéndola, ya sabes, pero no

deja de hacerme dudar.

—Y si dudas, ¿por qué no preguntas?

—Porque no quiero parecer una novia celosa.

—¿Sois novios?

—¡Ay! ¡Yo qué sé! Ya me estás liando. No, no somos novios, no hemos hablado de eso.

—Os habéis dedicado al fornicio con tanto ímpetu que os habéis olvidado de definir términos.

—No sé si vamos a definirlos, es complicado.

—Mi consejo es que lo hables con él directamente. Esta noche, en vez de desnudarte, coméntale lo sucedido.

—Esta noche no nos veremos, es la despedida de novia de Sarah y vamos a ir a cenar y luego a un local.

—Pues diviértete, tiempo para los problemas tienes. Pregunta a las chicas, quizás ellas sepan darte algún consejo que pueda servirte.

—Eso haré —confieso.

—Tengo que dejarte, ha venido Casimiro para ir a pasear por el río —me cuenta mi abuela.

—Ay, Casimiro, Casimiro —le digo con ese tono condescendiente que é que tanto le molesta.

—Es un amigo, no empieces —me reprende.

—Esa es la excusa más vieja que existe.

—Excusa o no, es lo que somos —zanja.

—Ya hablaremos —le digo a modo de despedida—. Te quiero.

—Y yo, cariño, y yo —me dice justo antes de colgar.

Me bajo en la parada de la setenta y nueve, un par de paradas antes de llegar a casa, y recorro Broadway a pie. Me apetece sumergirme en el bullicio de la ciudad y dejar de pensar en todas esas cosas que martillean sin cesar mi cabeza.

Llego a casa cansada y con la intención de acostarme a dormir. Me preparo un sándwich y me lo como en la habitación, junto a un vaso de leche. No son horas de eso, pero es lo que me pide el cuerpo.

Guille no ha llegado, así que decido robarle unos pocos de sus cereales —que no se entere, porque a él le digo que los aborrezco—, me los como directamente desde mi puño mientras me encamino a la habitación con el sándwich bajo el brazo y la taza en la mano. Higiénico lo que se dice higiénico, no es, pero no podía con las tres cosas y aún no me ha crecido una tercera mano.

Me tumbo en la cama y observo el techo. La habitación huele al perfume que Simon se

puso esta mañana tras salir de la ducha. En realidad, la cama también me huele a él, su almohada, las sábanas…

¿Sabes ese momento en el que deseas poder dejar la mente en blanco y no recordar nada que te haga sentir mal? O en mi caso dudar. ¡Pues cuando quieres hacerlo, te pasa justo lo contrario! Es como un jodido karma que te persigue hasta que purgues tus pecados.

Hay personas a las que no les afecta en nada su estado de ánimo, yo no pertenezco a ese grupo, soy todo lo contrario. El caso, es que contra todo pronóstico, me duermo como una bendita y si no es por Guille, dudo que hubiese podido acudir a la cena de Sarah y tal y cómo está la cosa, creo que no me lo perdonaría, ni ella ni yo misma.

—Cállate, insensato y deja de protestar por todo. Estoy cansada y necesitaba esa siesta.

Guille lleva peleándome desde que me levanté. Por muchos y muy diversos motivos, el principal, es que estuve todo el rato quejándome de que esto era por su culpa, que no me había despertado antes.

—¿Notas ese olor?

—¿Qué olor?

Me estoy pasando una de esas brochas que hacen que mi cutis parezca el de una niña de diez años y reduzca los efectos de las ojeras, que sí, que ya sé que es por culpa mía que he estado toda la semana trasnochando, pero, ¿qué le hago? Si es que es verlo desnudo y la boca me llega al suelo.

—¿En serio no lo notas?

—No —respondo empezando a preocuparme.

Puede ser un incendio en el edificio y mis fosas nasales estar tan poco entrenadas que no lo perciba y muera quemada. ¡Quemada! ¡Dios! Voy a tener que ir al médico, al pediatra, al cirujano, ¡a alguien que me solucione esto! Ahora viviré porque Guille está conmigo, pero ¿qué pasaría si yo estuviese sola? ¡Moriría! ¡Sería un completo desastre porque yo soy única! Una pieza fundamental en la sociedad neoyorquina…

—Mientras dormía, he pasado mi polla por tu cara, debería olerte a…

—¡Gilipollas! —le lanzo la brocha, que me ha costado un ojo de la cara, pero era eso o un zapato de tacón y con esto, acabaríamos cenando en urgencias, porque no saldría indemne de mi ataque, que yo tengo primero de kárate, aquí donde me veis—. Me vengaré —le reto alzando mi dedo en actitud desafiante.

—¿Tú y cuantas como tú? —me dice en español.

—Ya caerás, ya caerás… —repito las palaras que él siempre utiliza conmigo.

CAPÍTULO 29

UNA BARRA DE PAN, UNA FIESTA DE SOLTERA Y QUÉ BUENO ESTÁ EL MALDITO

Llegamos justo a tiempo a la cena. Es en un local de esos que está de moda y que nos gustan a todas.

—No sabía que los años ochenta hubiesen vuelto —le digo a Guille mientras observo su atuendo.

—Vengo marcando paquete.

—Barra de pan —le digo recordando mis ocurrencias de esa misma mañana.

Guille lo pilla porque sonríe como un verdadero devorador.

—Esta noche triunfo.

—Como siempre —le digo restándole importancia a su comentario mientras accedemos al local de la mano.

Preguntamos al camarero por nuestra mesa y nos indica que somos los últimos en llegar.

—Esto es culpa tuya —le recrimino de nuevo a Guille.

—Porque te quiero…

—Ya, mucho querer y me pasas tu pene por la cara.

Guille se ríe, en esta ocasión abiertamente, mientras me contagio de ese gesto.

—¡Hemos llegado! —gritamos al posicionarnos a su altura.

Parece que no ha sucedido nada. Por un momento, esa parte más dramática que, en ocasiones se apodera de mí, se imaginaba a Sarah hecha una piltrafa y llorando a moco tendido.

—¡Por fin! —nos suelta Loren nada más llegar—. Tenemos que hablar —me dice.

—¿Ya te has enterado?

—¿Qué nos hemos perdido? —pregunta Mia señalando al grupo al completo.

—¿Y tu novio? —le pregunto a Loren obviando el comentario de Mia.

—En el baño.

El susodicho, como si se oliese el pastel, camina en nuestra dirección, viene secándose las manos.

—Por lo menos es limpio —me burlo mientras juzgo su gesto.

—Y muchas cosas más —confiesa la lela de mi amiga.

Guille se provoca una arcada y Sarah le acompaña. Tal para cual…

—Ahora que ya estamos todos…

—¿Qué sucede? —pregunta de nuevo Mia.

—Si me dices que estás embarazada, dejo de hablarte de por vida —me advierte Sarah.

—¿Qué? ¿Estás loca? ¡Ni de coña! Soy antibebés.

—Y yo antirelaciones —añade Guille.

—Eso ya lo sabemos —lo pincha Mia.

—Pero a favor del sexo liberal… —prosigue mi compañero de piso.

—Eso también lo sabemos —continúa Mia.

—Y de los intercambios de pareja —me guiña un ojo mientras me pellizca.

—Tú, calla —le señala Sarah—. Tú, habla —me apremia.

—¿Preparadas?

Les hago un breve resumen a todas las presentes —y lo formulo en femenino porque somos mayoría mujeres— de todo lo sucedido, hasta les cuento la conversación con mi abuela porque ella es sabia, cosas de la edad y eso.

—¿Quién es Casimiro? —pregunta Loren, a la que le gustan las historias de amor, los globos, el confeti y los unicornios, por si no lo habéis notado.

—Eso no es relevante. ¿Te ha dicho eso la muy sinvergüenza? —Mia está ofuscada, eso de ser siamesas es lo que tiene, nos duele mucho lo de la otra. Y sigo dándole vueltas a su cambio de humor de la semana pasada y pienso que necesita alguien aunque ella se empeñe en negarlo categóricamente.

—Me ha dicho todo, todo…

—Doy fe —apostilla Loren—, llegó hecha un basilisco, se encerró en su despacho y comenzó a dar gritos a todo el que se atreviese a molestarla.

—Es una bruja —afirma Sarah.

—Es una pequeña *zorrasca* del inframundo —la rectifico yo.

Todos ríen por mi comentario, hasta Alex, que parece enfadado por el trato de la susodicha.

—¿Y Simon qué dice? —la pregunta mágica la formula mi amigo.

—Nada, porque no he hablado con él —respondo mirándole directamente y alzando los hombros. Guille tuerce el gesto porque sé que no le parece bien.

—Pensaba que te había llamado esta tarde y habían comentado algo.

—Nada.

—Tu abuela tiene razón —reconoce Mia—, debes hablar con él y dejar de restregaros cual adolescentes llenos de hormonas.

—Está en el cumpleaños de Astrid —explica Loren.

—Lo sé. Gracias por recordármelo. ¿Creéis de verdad que se han acostado?

Todos niegan con la cabeza menos Guille.

—¿Por qué? —pregunto mientras me dirijo al él.

—No quiero ser el malo de la película, pero hace poco que os conocéis y no sabes qué ha pasado en su vida.

—Me dijo que no se había acostado con ella. Si fuese al contrario, me habría engañado.

—No tiene por qué haberse acostado con ella estando contigo.

—Eso ya sería lo máximo.

—Te dije que follases conmigo y no me hiciste caso, ahora quizás, estaríais empatados.

Le hago una peineta a Guille. Esta conversación, lejos de tranquilizarme, se está convirtiendo en una tortura. Mia parece darse cuenta porque intercede por mí.

—Déjala tranquila. Si Simon le dijo que no, es que no.

Guille se alza de hombros y deja de meterse conmigo.

Cambiamos de tema, y Sarah nos cuenta que se siente bien dentro de lo mal que debería estar.

—Me ha dicho que si quiero la casa, tengo que pagarla.

—¿Qué quieres tú? —le pregunta Alex.

Todas centramos la atención en él, porque hasta el momento ha escuchado pero no ha intervenido.

—Yo le he dicho que se la puede quedar —le contesta Sarah—, no quiero ese piso. No me gustan los recuerdos que tengo ahí. Por lo pronto, creo que me voy a ir de vacaciones y luego veré. Estoy con mis padres, cuando regrese buscaré un nuevo sitio donde quedarme. ¿Te vienes? —le pregunta a Mia.

—¿De vacaciones? —la cara de asombro de mi siamesa es bastante épica.

—Eres tu propia jefa, puedes coger vacaciones, podemos irnos a algún sitio cerca de la costa. Empieza a hacer frío.

Mia alza los hombros y asiente.

—¿Os vais de vacaciones y me dejáis aquí tirada con este marrón que tengo encima? —dra-má-ti-ca.

—Puedes venirte tú también —me propone Sarah.

—Paso. No creo que mi jefe me vaya a dar vacaciones.

—Astrid te las quiere dar indefinidas —añade Loren.

—Gracias por esa información de vital importancia en mi vida ahora mismo.

—De nada —me dice sonriendo.

Total, que mis amigas se pasan parte de la cena planeando donde ir, Loren no para de mirar embobada a Alex y Guille me mira con gesto serio.

—Tranquilo, no estoy enfadada contigo —le cuento mientras vamos en dirección a la primera parada de taxis que pillemos.

—No quiero hacerte daño, pero tampoco quiero que él te lo haga.

—Me sé defender, papi.

—Si me llamas papito, te follo en esa esquina.

—Hay gente.

—También estoy a favor del sexo en público.

—Pervertido.

—Demasiado —me dice sujetándome más fuerte.

Llegamos al famoso local, quince minutos después.

—No me puedo creer lo que hemos tardado en llegar teniendo en cuenta lo cerca que estamos —protesto.

—Es viernes noche —me responde Alex.

Entramos cogidos de la mano, como si formásemos una auténtica cadena humana, puesto que el local está a rebosar. Si alguien nos ve de esta guisa, pensarán que hemos ido a una de esas manifestaciones pacíficas pero vestidos con tacones y ropa de viernes noche.

—Esperaba una de esas coronas que dicen «está libre y es una hacha en la cama».

Ese es el primer comentario que suelta mi amiga tras sentarnos en el reservado que tenemos.

—¿Dónde está Sarah y qué has hecho con ella?

—La he dejado en esa casa donde viví varios años —responde sonriendo.

Creo que todo esto que mi amiga cuenta es fruto de la transición en la que ahora mismo se encuentra, es obvio que ha vivido cosas buenas con Chris aunque ella ahora no lo vea o no quiera verlo. Todas las relaciones son así, hay ocasiones en las que decimos: «cuando estamos bien, es maravilloso, pero cuando estamos mal…». Y esto pasa más de lo que creemos. No soy muy buena dando consejos —aunque escriba una columna sobre darlos—, pero es normal y es una fase más.

Por otra parte, me parece hasta lógico que ahora mismo quiera, llamémoslo, «desintoxicarse» y toda pareja que ve le deje mal sabor de boca. A todas nos ha pasado en alguna ocasión, Mia aún se está recuperando.

—¡He llegado! —mi hermana llega como un vendaval hasta nosotros, hay poca luz y los *flashes* esos de colores que hacen que nos volvamos todos más locos si cabe, no me dan la opción de reírme de ella por los sudores que debe de haber pasado hasta llegar a nuestra posición.

—Has elegido un local que está a rebosar —protesta Loren.

—Pero tenemos tíos buenos para dar y regalar. Que una necesita darle mambo al cuerpo —dice mirando fijamente a Guille.

—Si te acuestas con él, dejas de ser mi hermana —me cruzo de brazos para darle más énfasis a mi protesta, obviamente, pienso hacer huelga de hambre y todo, si eso sucede. Es mi hermana y mi compañero de piso, eso es incesto, ¿no?

Miro a Guille esperando por su parte una respuesta tranquilizadora que dé pie a que no tenga que comenzar a cortar pollas y poner cinturones de castidad, pero el muy «grfgrfgrf», no

hace más que sonreír y eso no es nada tranquilizador.

—Si de verdad le tienes aprecio a tu barra de pan, más te vale dejarla guardada en tus pantalones de los años ochenta.

—Ya sabía yo que quieres que mi barra de pan entre en tu horno.

—¡Gilipollas! —protesto ante la risa común de todos los presentes. ¡Hasta de Alex! A lo que hemos llegado.

—Voy a dar una vuelta, necesito ver qué clase de presas hay disponibles esta noche.

—¡Voy contigo! —dice Guille.

—A ver, a ver, a ver… Que haya un mínimo de un metro de distancia entre vuestros cuerpos.

—¿No te fías de mí? —pregunta Guille.

—No me fio de Diana —y no es mentira. Mi hermana es… mi hermana. Dejémoslo ahí.

Los dos se van, sin ese metro de distancia, por dos motivos claros: la primera es que no hay espacio suficiente con la cantidad de personas que hay en el local y la segunda y más importante, quieren joderme, ambos.

—¿Quieres que demos una vuelta nosotras también? —inquiere Mia.

Observo a Sarah, que se ha metido en una conversación profesional con Alex y Loren está satisfecha por ello.

Creo que cuando un grupo de amigas, con unos lazos como los nuestros, encuentran pareja y esa persona comienza a formar parte del grupo, lo que deseas encarecidamente es que encaje dentro de ese círculo que para ti es tan importante.

Alex no es mal chico, es tímido, todo lo contrario, a lo que es Guille y eso, por una parte, me sorprende y por otra no. A nosotras nos pasa exactamente lo mismo. Mia y yo tenemos caracteres más parecidos, Loren y Sarah también, pero a su vez eso no es impedimento para que cuando estemos juntas disfrutemos de la compañía de las demás.

—¿Damos una vuelta nosotras también? —repite de nuevo Mia tras darse cuenta de que no le hice caso la primera vez.

Asiento encarecidamente al escuchar las palabras: «bolsa» —y no de la basura, tampoco de ropa cara y preciosa—, «valores» y no hablan de los superhéroes de Marvel— e «intereses» —tampoco se refieren a la larga lista de deseos que tengo en Amazon—.

—Ahora volvemos —lo digo en alto, pero la única que me responde con un asentimiento es Loren, a los otros dos ya los doy por perdidos. Obsesos…

—Si algún día me convierto en una zombi por hablar del trabajo, te dejo que me des una cachetada.

Mia me da una en el culo y yo protesto con un grito quejumbroso.

—Solo oí la palabra cachetada, creí que me pedías una.

Finge hacerse la inocente, pero sé que eso es solo por fastidiar, entendió a la perfección mi petición. Me las cobraré…

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

Mia me sujeta por las manos y me frena en seco. El chico que venía detrás nuestro masculla una palabra fea y pasa mirándonos con cara de asco. Se ha chocado contra nosotras, ahora bien, eso le pasa por no guardar la distancia de seguridad o dejar de mirarnos el culo, eso también es una buena réplica.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —miro hacia todos lados por si están empezando a evacuar el local y tengo que comenzar a dar codazos, patadas, empujones, arrancar pelo… lo lógico en situaciones de ese tipo. Bueno, a ver, lo lógico sería no entrar en un bucle de «me voy a morir y no he vivido todo lo que quería, no tengo hijos, no me he casado, no he follado lo suficiente…» pero claro, yo no podría hacerlo con calma pensando que se me va a quemar el pelo o peor, mi camiseta favorita…

¡Estoy quedando fatal! Pero a ver quién en situaciones de crisis no correría como alma que lleva el diablo. Las piernas me llegan al cuello, no digo más…

—A la derecha.

Miro a mi derecha y veo un grupo de chicas que probablemente no sean mayores de veintiuno.

—¿Quieres que nos chivemos?

—¡No! ¡Joder! A mi derecha —bufa exasperada.

—La que dijo a la derecha fuiste tú —protesto ofendida.

—Quería decir a mi derecha —claro, ahora todo cuadra, teniendo en cuenta que se ha plantado frente a mí y su derecha no es la misma que la mía.

—Esto se está convirtiendo en una conversación de besugos.

—Por tu culpa.

No respondo, sino que intento ver «a su derecha» eso que la ha hecho frenar.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

—¿Lo entiendes? —me pregunta mi siamesa.

—¡Joder!

—Tíos buenos a la vista…

Y entonces se me ocurre una idea jodidamente fantástica.

—¿Cuánto tiempo hace que no follas? —le pregunto.

—Poco.

Vale, tengo que reformular la pregunta porque esa no era la adecuada.

—¿Cuánto tiempo hace que no conoces a aun tío bueno?

—Poco —me responde de nuevo.

—Contigo no se puede.

Tiro de su mano en dirección a ese pequeño grupo de tíos que no bailan, pero sí sostienen una copa observando el local como aguilillas y eso nos viene bien. Si Mia se ha fijado en uno es porque le ha gustado lo que ha visto.

—¡No! —exclama tirando de mi mano, haciendo que frene en seco de nuevo.

—No va a volver a suceder —le digo entendiendo ese miedo que ahora mismo siente—. No te vas a casar con nadie, solo vamos a conocer a un chico que te ha llamado la atención y con el que quieres tener una conversación amable.

—Y sexo —sentencia.

—En esas cosas ya no me meto, no me va eso de ser una *voyeur*.

—No sabes lo que te pierdes —bromea, porque bromea, ¿verdad? —Vamos, anda —me apremia—, y cierra la boca —me aconseja.

Nos acercamos al grupo de chicos usando nuestra técnica, esa que se remonta a tiempos remotos. Bailar haciendo el estúpido y reír a carcajadas, pero alto, muy alto, como si nos hubiesen contado el chiste más bueno que jamás haya existido.

Tropiezo —aposta— contra uno de los chicos del grupo y ¡listo! Ya hemos conseguido que nos miren todos.

—Upsss.

—¿Upsss? —pregunta el moreno de ojos verdes que está frente a mí. Creo que ese es el que le gusta a Mia, estoy perdiendo facultades, porque antes de atacar siempre teníamos bien identificada a la presa—. Es la peor forma de ligar que he visto nunca.

—¡Oye! —protesto—, que yo no quiero ligar. Es ella.

Sí, como veis lo mío no es eso de guardar las formas, antes quedé mal diciendo que pensaba correr como si me persiguiese un león en un safari, ahora le he cargado el marrón a mi amiga, después de esto, no me va a querer nadie.

—Gracias —me dice mi amiga mientras tuerce el gesto.

Yo alzo los hombros, no puedo tener todo, ¿no?

—¡Qué bueno está el cabrón! —Le digo a Mia cuando me pongo a su lado—. Gracias —murmullo al chico que me ha cogido entre sus brazos y ha evitado que tenga que hacerle una visita urgente a mi odontólogo.

—Te he oído.

—Es la verdad —interviene Mia.

El chico ahora sí que clava su vista en ella y la observa con atención. Está bueno, pero yo solo pienso en Simon, el amor es un asco, ahora mismo podría estar intentando ligar con uno de estos chicos tan monos y a mi cabeza solo viene él.

¡Qué horror!

—Aquí estás.

Me giro para ver quién se atreve a sujetarme por la cintura de esa forma, entre tanto grito es imposible concentrarse.

—¿Habéis encontrado algo que valga la pena?

—Sí —responde guiñándome un ojo.

Guille tiene esa habilidad, siempre dice algo que me saca una sonrisa, hasta cuando me confiesa cosas como que ha pasado su polla por mi cara, bueno, en realidad eso no me hizo gracia alguna, pero de resto, lo normal es que sí, que me haga reír abiertamente, se ha convertido en alguien imprescindible en mi vida.

—He dejado a Diana con un chico, me da que no tiene escapatoria.

—¿Diana?

—El chico —bromea mi amigo.

Miramos hacia Mia y nos damos cuenta de que se han quedado solos, el chico de ojos verdes y ella están unidos en alguna conversación y ya no existimos.

—Amigas para esto —me enfurruño.

—Pensaba que Mia acabaría conmigo esta noche.

—¿Alguna vez dejas de pensar con la barra de pan?

—Cuando hago planos.

—Menos es nada —confieso hasta orgullosa.

Nos damos la mano y caminamos en dirección a nuestro reservado.

—Parece que esta noche, no vamos a triunfar, en realidad, yo quiero triunfar con uno que ahora mismo está en el cumpleaños de otra y ni siquiera sé dónde.

—Mejor no saberlo, nos habrías hecho ir hasta ese sitio con bigote falso y gafas de pasta negra para ver que hacen.

—Me empiezas a asustar, creo que me conoces mejor de lo que pensaba.

—Me fijo en los pequeños detalles —susurra Guille en mi oído.

Seguimos caminando y en un momento dado, Guille me empuja y se coloca a mi izquierda.

—¡Auuu! Me has hecho daño —me quejo mientras le doy un golpe en el hombro.

No me responde, sino que tira de mi mano con fuerza.

—¿Qué pasa? —sigue sin responder—. Guille, para —le digo mientras me suelto de su agarre—, vas a lograr que tropiece y me caiga y no quiero tener que ponerme dientes de esos de quita y pon, soy demasiado joven y…

Llamadlo instinto, señales, reflejo, intuición… Como queráis, pero mi mirada se desvía lo justo para que en mi campo de visión entre él. Simon. El señor Baker. El señor microbio… y ella. Astrid.

—No están haciendo nada —Guille lo había visto.

—¿Has intentado que no lo vea? —no me responde y eso no me gusta ni un pelo—, ¿lo has intentado?

—No quiero que nos fastidien la noche y si los ves bailando como lo están haciendo...

—Restregándose —aclaro.

—Sabía que te ibas a enfadar.

—Ven aquí —sujeto a Guille por la camiseta, a riesgo de que se le arrugue y comenzamos a movernos al son de la música. No en esa clase de ritmo que invita a bailar como lapas, pero estoy enfadada, realmente enfadada.

—Respira —me pide Guille—, estoy aquí contigo.

Y eso me hace enfadarme más aún, porque debería haberme dicho algo, no sé… dónde estaría, haberme llamado y contármelo esta mañana, haberme defendido… ¡Cualquier cosa! ¡Pero no! Prefirió salir y disfrutar sin pensar en que puede que una ciudad tan grande como Nueva York se convierta en un lugar muy pequeño donde dos personas pueden encontrase por casualidad y una de ellas terminar con un enfado monumental.

—¿Quieres que nos vea?

—Por lo pronto, no —le pido—, quiero ver qué hacen.

—Solo te diré que, si sigues restregándote así, mi barra de pan se va a poner tan dura como si fuese de varios días.

—Estúpido —exclamo.

Hasta en un maldito momento como este, Guille tiene la capacidad de sacarme una sonrisa.

Seguimos bailando y moviéndonos al ritmo de lo que quiera que esté sonando, porque en mi mente, en mi cabeza, solo están ellos dos. Las manos de él en la cintura de ella, la sonrisa de lela que tiene ella al mirarlo a él, llamadme loca, pero juro que veo brillar sus ojos de plenitud porque ahora él está con ella y sus atenciones son suyas y no mías, ni siquiera de ninguna otra.

—Lo va a besar —le digo a Guille.

—No creo —me dice él sujetándome más fuerte.

—Lo va a besar.

Son todos esos malditos gestos los que me dicen entre líneas que eso va a suceder, que no son imaginaciones mías y que es muy probable que eso suceda y yo… Y yo, no solo termine con un enfado monumental, sino con el corazón hecho trizas.

—No mires —me suplica Guille—. Vamos —me pide arrastrándome de nuevo.

Una milésima de segundo, un maldito momento es el que logro clavar mi vista en ellos de nuevo, a riesgo de que todos mis miedos dejen de serlo y se conviertan en realidad, y sí, ahí está eso que me estaba temiendo, sus labios están unidos.

El dolor lo ocupa todo… Eso es lo último que sé.

CAPÍTULO 30

BUITRAGO DE LOZOYA

Guille es algo así como mi ángel protector. Ha sido capaz de llevarme a casa, quitarme la ropa, darme un par de toallitas desmaquillantes y una caja de Kleenex y no ha dicho absolutamente nada malo. Ni siquiera un «te lo dije», porque él fue el que en el restaurante me avisó de que podían haberse acostado y mi maldita conciencia creyó que lo más sencillo era obviar esos comentarios que en el fondo, sí que me estaban haciendo mella.

—Escucha, Helena, te dije que podían haberse acostado en algún momento de su vida, pero jamás pensé que Simon fuese capaz de algo así. Pienso que debe haber alguna explicación para eso que hemos visto. Yo he estado presente en momentos que habéis compartido, como el del otro día en el salón de esta misma casa, y no creo que para él haya sido solo un capricho…

—Sophia me advirtió de que Simon era así, un hombre que no se compromete, un chico que picaflores y amanece cada día con una distinta —le cuento apesadumbrada, mientras las lágrimas resbalan por mis mejillas—. Y yo…

—Te enamoraste, Helena y eso no es malo.

—Esto es malo —le digo señalándome—. Esto es una mierda —claudico hipando.

Guille permanece en silencio a mi lado, aguantando con estoicidad todas mis lágrimas y acariciándome el pelo con devoción.

—Ahora entiendo tus tres reglas de oro.

No responde. No dice nada. No es necesario.

Guille duerme conmigo esa noche y la siguiente también. Las chicas vienen a verme pero yo no quiero salir de mi habitación, me siento cansada y no me apetece ningún tipo de sermón de esos en plan: «te dije que follaras y no te enamoraras», eso bien podría definir mi vida y sus veintiocho años, porque cada hombre que aparece me rompe un poco por dentro, pero Simon se ha llevado la palma, porque esto dejó de ser un juego hace mucho, más de lo que quiero reconocer.

No sé si me habrá llamado. He decidido desconectar el teléfono. Pero una parte de mí se encuentra ansiosa por prender el aparato, insertar el pin y ver la importancia que tengo en su vida. Aunque después de lo sucedido la otra noche… Sobran palabras, ¿no?

—¿Sabes algo de él? —le pregunto a Guille mientras se toma un bol de cereales en mi cama. Niega con la cabeza mientras mastica con paciencia el contenido de la cuchara que acaba de llevar a su boca—. Me voy a ir unos días —le explico tras su confirmación.

—¿Irte a dónde? —ahora sí que responde con palabras.

—Con mi abuela.

—¿Tan lejos? ¿Por qué? ¿Y el trabajo?

—He escrito una columna nueva, lo hice el viernes mientras él estaba en su despacho…

—no termino la frase, pero no es necesario porque Guille sabe a lo que me refiero—. Le enviaré la columna por correo electrónico junto a mi carta de renuncia, con esa columna puede pasar esta semana mientras encuentra a alguien que ocupe mi puesto. Hace mucho tiempo que no le hago una visita a mi abuela, creo que es hora, además de que ella me conoce y sabe todo lo que ha sucedido… Eso y que pongo tierra de por medio.

—¿Qué harás cuando regreses? Porque vas a regresar, ¿verdad?

Me acurruco contra su cuerpo y lo abrazo por la cintura.

—Claro que volveré —le digo forzando una sonrisa.

Saco mi portátil y comienzo a buscar vuelos ante su atenta mirada. Sé que no es nada agradable para él, porque estamos muy unidos y además, aunque él no quiera reconocerlo, es muy protector y ahora mismo tiene ese sentimiento conmigo.

He pillado el primer vuelo que sale en dirección a Madrid. Con este asunto ya resuelto, tengo claro cuál es el siguiente objetivo en mi plan.

—¿Y si viene? Yo que sé, es lógico que cuando vea que no vas a trabajar llame o aparezca por casa, no puedo decirle que has desaparecido de la faz de la Tierra, no sonaría real.

—Ciertamente, no. Pero puedes decirle que no sabes.

—Claro, la mejor excusa que he dado en el mundo —me rebate lleno de ironía—. Compartimos piso y no sé dónde estás. Sí, veo lógico el argumento y lo convenceré seguro. Porque es subnormal y eso —dice lleno de sátira.

—Me he evaporado.

—Lo estás mejorando.

Esta conversación la estamos manteniendo de camino al aeropuerto.

Puede que sea una cobarde, o que no tenga las suficientes agallas para enfrentarme a esto, pero la realidad es que necesito desconectar, salir de todo este asunto y en esta ecuación, visitar a mi abuela es un añadido que me motiva.

—A Diana ni una palabra.

—Lógico, tampoco se va a enterar. Es el plan más pésimo que he tramado en mi vida. Que has tramado —se corrige—, porque esto es cosa tuya…

—¿Pretendes apoyarme o quieres hundirme un poco más? He visto al chico del que estoy enamorada besando a la chica que más odio ahora mismo en el mundo, en realidad, la que más he odiado desde que conozco, si es que ya mi instinto femenino me quería decir algo y él me había dicho que no existía nada, que no era más que una compañera de trabajo, una profesional… —comienzo a llorar de nuevo. Menos mal que conduce Guille porque con esta congoja que siento no podría tener un mínimo de motricidad y reflejos para llegar hasta el aeropuerto. Acabaría en Cuba y el coche sería un submarino…

Guille tuerce el gesto y parece caer en la cuenta de que puede que se esté pasando un

poco.

No cruzamos ni una sola palabra más hasta llegar al JFK.

—Te echaré de menos —le digo antes de cruzar el control.

—Y yo a ti —me dice con cara de pena—. Te dije que follaras conmigo y mira… Nunca me haces caso. Nos habríamos ahorrado todo esto —me reprende con suavidad.

—Recuérdamelo la próxima vez —sonrío llena de tristeza.

Las lágrimas comienzan a descender por mi mejilla de nuevo y Guille me abraza y acuna en su pecho.

—Shhhh —me chista—, ni una sola lágrima por él.

Y tiene razón, pero es imposible no llorar cuando te sientes rota, cuando hay algo dentro de ti que no está como debe estar, cuando los sentimientos se agolpan y te asfixian, cuando quieres un jodido final feliz por una vez en la vida y te das cuenta que no lo hay, que ahora mismo no existe esa opción y eso pesa, duele y te ahoga. Mucho.

—Deja de lloriquear, nenaza —le pido a Guille—, voy a volver. Mira la parte positiva, vas a poder traer chicas a casa y acabar con ellas en cualquier rincón del apartamento, cosa que conmigo allí era imposible.

Guille sonríe apesadumbrado y asiente.

—Nos vemos a la vuelta.

Le doy un beso en la mejilla y me encamino al control. Lo cruzo sin mirar atrás. No tengo fuerza para más tristeza. Aquí dejo muchas personas que me importan y muchas de ellas con peso dentro de mi vida. Guille, Mia, Loren y Alex, Sarah y su renacer… Pero necesito mi tiempo, mi espacio, mi momento, porque cuando algo de este tipo sucede, necesitas recuperarte.

«Es el momento», me digo a mí misma mientras tomo asiento frente a mi puerta de embarque, aún cerrada.

Saco el portátil y abro mi correo electrónico.

No doy demasiadas explicaciones en él.

> Señor Baker:
>
> Adjunto remito mi carta de renuncia. No voy a volver por New York Style. En mi ordenador he dejado una columna escrita que puede usted publicar esta semana, se encuentra en la carpeta donde están las otras dos que ya se han publicado, esto le dará cierto margen hasta que encuentre a alguien que supla mi puesto. Igualmente, si lo necesita, puede usted escribirme un correo electrónico e intentaré escribir otra si le cuesta encontrar una sustituta.
>
> Gracias por la oportunidad que me ha dado y por dejarme descubrir muchas cosas que hasta el momento no sabía. Entre ellas, que le quiero.
>
> Le deseo lo mejor.
>
> Helena Miller.

Es triste que haya tenido que confesar mis sentimientos de esta forma, así, con esa

impersonalidad que no es propia de mí ni de mi forma de ser, pero ahora mismo no me siento con fuerza para una llamada de teléfono mucho menos para plantarme frente a él. Esconderme tras una pantalla no es lo mejor, pero hoy, a mí me vale.

Me subo en ese avión, con ganas de dejar todo el dolor en este aeropuerto, en esta ciudad. Espero conseguirlo.

A mi lado, se sienta una señora mayor que se pasa la mitad del trayecto contándome cosas sobre sus nietos, esos a los que va a visitar en España. Me explica que acaba de nacer el último retoño de su hijo y la idea de ella es pasar una temporada con cada uno.

—Quiero disfrutar al máximo el tiempo que me queda, no sabemos cuándo puede ser el último día.

La idea que esta señora me plantea, hace que deje de escucharla y piense en mi abuela Lucía. Se enamoró y vivió su amor con intensidad, con pasión, tanta, que dejó toda su vida, su casa, su pueblo y su tierra, para venir a Nueva York a vivir con mi abuelo. El destino, decidió que se debían separar pronto, demasiado y ella se quedó al cargo de su pequeña familia, esa que habían creado con la esperanza de compartir durante muchos años. Cuando se dio cuenta de que aquí ya nada le quedaba, se volvió a Buitrago de Lozoya y allí comenzó de nuevo, cerca de los suyos, de su madre, mi bisabuela.

¿Alguna vez habéis visto a un niño que habla y al momento cae rendido y se deja dormir en medio de la conversación? ¿Os han contado alguna historia así? Pues a mí me ha pasado con mi acompañante, no sé si es que ha percibido que he dejado de estar atenta a su historia o que simplemente la ha vencido el sueño, pero ha sido un visto y no visto. Decido seguir su ejemplo, quedan muchas horas por delante hasta llegar al Aeropuerto Adolfo Suarez y no han sido mis mejores días, he conciliado el sueño, pero las pesadillas, los problemas, las inquietudes y los miedos se han apoderado de mis horas de descanso. Espero que mejore al llegar a España.

Desorientada, cansada y con ese sentimiento de pena aun aflorando dentro de mí, aterrizamos en Madrid. La azafata me despierta educadamente para que coloque el asiento en la posición correcta, por un momento no sé ni dónde me encuentro. De nuevo soñaba con Simon, todo eso del beso había sido una pesadilla y dormíamos plácidamente después de haber sucumbido a nuestros encantos en varias ocasiones.

La realidad te golpea de una manera poco cuidadosa, cuando despiertas de algo que sí que te gusta y te topas con una situación que dista mucho de lo que quieres y deseas, más aún cuando el dolor vuelve a tomar el control.

La señora que me acompañó todo el vuelo, me sujeta de la mano para que bajemos juntas, como si ahora una de sus hijas fuese yo.

—No te quedes de las últimas —me recomienda apretando mi mano más fuerte.

Yo me limito a asentir. Con lo que yo hablo y la escasez de palabras que tengo ahora.

Nos colocamos en la cinta para recibir nuestro equipaje, allí, las dos plantadas como si fuésemos conocidas que no lo son. La realidad…

—Esta parte siempre me pone nerviosa, mi imaginación me juega malas pasadas y siempre temo que no aparezca. Cuando sale, parece que respiro de otra manera —me explica sonriendo.

De nuevo asiento, porque a mí me pasa más o menos lo mismo, salvo porque no suelo volar demasiado. Cada vez que voy a visitar a mis padres y eso suele ser en Navidades y algún cumpleaños que me cuadra con descanso o en el que Stephen me daba libre porque sabía que era una fecha señalada para nosotros, hacía el trayecto en coche. Habían bastantes horas de distancia, pero me gustaba subirme en uno de esos coches de alquiler y recorrer las carreteras vacías. Diana me acompañaba a veces, otras ella prefería subirse en un avión, aun a riesgo de que la insultara por mala hermana.

En realidad, siempre nos estábamos peleando, desde pequeñas hemos sido así, nos hemos criado entre bromas y risas, entre chicles pegados en los zapatos, la ropa y si la putada queríamos que alcanzase límites insospechados, lo hacíamos en el pelo de la otra. Como veis, siempre hemos sido muy buenas hermanas.

Luego crecimos y comenzamos a contar a nuestros padres todo lo que hacía la otra, nos convertimos en unas chivatas de mucho cuidado, pero creo que eso lo que hacía, era alimentar mucho más nuestros lazos. Era nuestra forma de ser, nuestro amor fraternal, ¡o yo que sé!

La señora expira con fuerza cuando ve una maleta de color rojo salir por la cinta.

—Es la mía —me dice confirmando mis sospechas.

Tras esa maleta sale la mía, un pequeño bulto de color azul con unos círculos en azul marino más intenso.

—¿Has metido ahí muchas cosas?

Obviamente, lo dice por el tamaño. No me he complicado mucho, he metido varias camisetas, unas cuantas camisas de manga baja, un pijama y varias sudaderas, ropa interior también, no me va ese rollo de darle la vuelta para amortizarla bien, soy más de meterla en la lavadora, llamadme higiénica y pulcra.

Ayudo a la señora a coger su maleta de la cinta y colocarla para que pueda caminar con ella sin molestia alguna. Tras eso, bajo la mía y nos encaminamos de nuevo hasta la salida.

Allí, de frente, varios niños pequeños y dos parejas bastante jóvenes, tienen un cartel en las manos con su nombre. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que sabía gran parte de su vida, pero no su nombre. Ofelia.

—Todo pasará —me dice la recién conocida Ofelia antes de partir al encuentro de su familia. Sus dedos recorren mi mentón y de nuevo varias lágrimas pugnan por salir al encuentro de esas manos que me hacen sentir nostalgia.

Parece que soy un libro abierto.

Me paro en una cafetería y pido un café solo con hielo. Sé que no es la época más indicada para ello y que habría muchas personas que prefieren tomar un chocolate caliente, un café con leche o algo «más *fuertito*», pero hasta para eso soy bastante rara.

Saco mi teléfono del bolso mientras espero mi bebida. Me tiembla el pulso, como si fuese mi primer asesinato y no supiese bien dónde clavar mi cuchillo jamonero. Podría utilizar algún arma mucho más rápida, pero me gusta mucho el jamón serrano y ha sido lo primero que me ha venido a la mente.

Tengo miedo a las reacciones de mi cuerpo si no hubiese nada de él, ninguna intención de contacto o noticias suyas. También lo tengo si las hubiese, porque no quiero vivir esa clase de sensaciones en las que tu mente va por un lado y te dice: «no le escribas, pecadora de la pradera» y tu corazón por otro: «dile donde estás, que te mueres por sus huesos y que necesitas ver de nuevo toda esa tinta que cuenta su historia y en la que quieres estar presente de por vida». ¡Esto es un asco!

¡Y ahí está! Muchas, muchas notificaciones me indican que ya es oficial, que ha recibido mi correo y que debe estar en *shock* y no entiende nada de lo que sucede. Espero que Guille aguante con estoicidad y no le diga nada. Este es mi momento.

Elimino las notificaciones que se han agolpado en la parte superior de mi *smartphone* y me conecto a la Wifi del aeropuerto, para obtener la forma más rápida y eficiente de llegar al pueblo.

Según esto, debo coger varios metros y llegar hasta Plaza de Castilla, ahí coger un autobús que me lleve hasta Somosierra. La parada está cerca del Paseo de La Castellana.

Veo los horarios y tengo tiempo más que suficiente hasta que salga el primer autobús.

Me tomo el café viendo pasar personas y más personas, unas que se reencuentran con familiares y otras que parten en busca de nuevas aventuras, trabajo, amigos, familia… Me incorporo y soy más consciente que nunca de que mi aspecto debe mostrar cómo me siento.

El metro no se hace esperar, accedo a él con mi pequeña maleta de mano y tras varias paradas llego a mi destino. Compro un billete de ida, aún no me queda claro cuando regresaré. Mi situación económica no es boyante, pero siempre me queda la opción de trabajar en alguna tienda de comestibles o en alguna cafetería.

No quiero plantearme cuanto tiempo estaré aquí. Tampoco he hablado con Guille sobre la parte económica. Él piso está a mi nombre y no quiero simplemente desaparecer del mapa y dejarlo todo, la idea al venir al pueblo es la de intentar pasar página y recuperarme. Luego cuento con que el karma haga de las suyas y al igual que en veintiocho años jamás me había encontrado con Simon Baker por sus calles, el resto de mi vida suceda exactamente lo mismo.

Tampoco quiero entrar en un bucle de dramatismo —ese que sé que tanto os encanta de

mí—, pero la vida sigue para todo el mundo y, al final, él encontrará su camino y yo el mío.

Y me jode, me fastidia mucho pensar que al final ella, Astrid, tenía razón y toda esa paciencia que tuvo durante tiempo y esa afirmación que una y otra vez formulaba, finalmente se hizo realidad y se quedó con él. No me alegra, no os voy a mentir, pero tampoco entiendo esto como una derrota ante ella, más bien como un fracaso personal porque me he enamorado, por una maldita vez me he dejado llevar contra todo pronóstico sin casi pensar en las consecuencias de esta relación y al final, ha resultado ser un fracaso más.

Y está claro que al final, los fracasos también enseñan y que de todo se puede obtener un aprendizaje en la vida, pero permitidme que en este momento yo no sea capaz de verlo, puesto que el dolor es más fuerte que las ganas de aprender de él.

Aún con el temblor rondando mis dedos, es el momento de aprovechar las casi dos horas de trayecto hasta el pueblo, para otear los mensajes y notificaciones.

Quince llamadas perdidas de Simon.

Dos llamadas perdidas de Sarah.

Cinco llamadas perdidas de Mia.

Una llamada perdida de Loren.

Tres llamadas perdidas de un número que no conozco y no pienso devolver jamás.

Un mensaje de Guille advirtiéndome que vendrá a buscarme y me dará dos nalgadas si no le cuento que he llegado sana y salva.

Simon también ha decidido escribirme. Me entran ocho notificaciones de mensajes y dos correos electrónicos suyos, ¿por dónde empiezo?

El primero de los correos electrónicos y el que responde al que yo envíe, me dice que me deje de bromas y que nos vemos en la oficina en unas horas. Ese queda relegado a un segundo esa misma mañana, hora neoyorquina, donde habrá visto que bromas las justas y que no me voy a presentar. También me dice que tenemos que hablar, ya hemos hablado bastante y follado mucho más. Y siempre he sido yo la que ha terminado expresando todo, todo menos ese «te quiero» que mencioné en el correo y del que no dice absolutamente nada.

Le mando un escueto mensaje a Guille donde le pido que me llame cuando pueda, sea la hora que sea, ahora con el *jet lag*, estaré bastante aturdida, hasta que me adapte. Y quiero pensar que solo me afectará eso, el cambio horario sin más, pero tengo ese cierto temor que me dice que hasta que todo no mejore, mi sueño no volverá a ser como el de antes.

Los ocho mensajes de los que os hablaba son los siguientes:

> Simon
> ¿Qué significa ese correo?
> Simon
> Contesta, Helena con hache.

Esto me hace llorar, maldito Señor Microbio…

Simon

He ido por tu casa, no contesta nadie, ¿qué pasa?

Simon

Guille no me quiere decir nada, Helena, por favor, empiezo a asustarme. Contesta.

Simon

Dime que estás bien.

Simon

Entiendo que estés enfadada, pero yo necesito saber que estás bien, por favor, Helena.

Simon

Helena…

Simon

Te necesito.

Este es su último mensaje y con esas dos malditas palabras comienzo a llorar. No soy capaz de contener el llanto tampoco la sensación que me oprime el pecho y hace que me cueste respirar. Siento que me rompo un poco más por dentro, que quizás estoy equivocada y debía haberme quedado, enfrentarme a esto con valor, no salir huyendo. Otra parte de mí me dice que no he huido, sino simplemente me he tomado un tiempo de reflexión y puede que las dos tengan parte de razón, pero, aunque penséis que esto es un error, que todo debía haber sucedido de otra forma, para mí es importante seguir al corazón y él me decía que saliese de allí.

Te necesito…

¿Por qué no fue capaz de decirme eso? ¿Por qué la besó? Muchas preguntas y pocas respuestas. Ese es mi resumen, por una vez en la vida he logrado resumir y ha sido gracias a él… Un nuevo logro.

El trayecto se me ha hecho corto, no he contestado a ningún mensaje, ni siquiera a ese de Guille en el que me amenazaba con darme una buena paliza. Habrá momento para todo.

Toco suelo y las sensaciones se agolpan ante mí. Mi pueblo, ese que me vio crecer antes de partir, las calles en las que jugaba al tejo, al escondite, al pilla pilla. Es como si nada hubiese cambiado.

Arrastro mi pequeño *trolley* por esas calles y voy embebiendo todas las sensaciones y emociones que se agolpan en mi pecho. Todos los recuerdos. El río me da los buenos días al verme y ahora me hago consciente de las ganas que tengo de acercarme, como cuando era una niña pequeña y llevaba a mis amigas hasta allí y las empujaba dentro, otros días eran ellas las malvadas que me devolvían la jugada. Muchas veces, sabíamos a lo que nos exponíamos, pero nos encantaba sumergirnos entre esas aguas frescas que hacen que Buitrago de Lozoya tenga su propia defensa natural.

Mi abuela vive cerca del río y eso era algo que me fascinaba, para mí, era como vivir

cerca del mar. Hasta allí me estoy encaminando, paso por delante de varias personas, muchas me observan con curiosidad porque este no es uno de esos pueblos que reciba miles y miles de turistas ansiosos por recorrer el casco histórico del pueblo, es más sencillo que eso, más rural, más nuestro, de los que habitan aquí siempre.

A lo lejos la veo. Sigue igual que siempre. Su pelo más blanco pero recogido, apuesto que en su trenza, que a su vez la hace moño y termina recogida dejando su cuello moreno al aire.

Está hablando sin parar y acompaña su diatriba con gestos, es increíble cómo puede gesticular sosteniendo una taza. A su derecha está un hombre sentado, con una taza exactamente igual a la de mi abuela en la mano. A su izquierda, una mujer de su edad, ésta sin nada. La vecina. Los tres comparten ese banco de madera en el que me sentaba muchas tardes, cuando casi no me rozaban los pies el suelo.

Los seis ojos se posan sobre mí, el sonido de mi maleta de mano es inconfundible. Me acerco con cierto nerviosismo, pero con una sonrisa en mi cara, una sonrisa sincera de esas que hace días no salía voluntariamente.

—Abuela…

Es todo lo que atino a decir antes de que se le caiga la taza al suelo.

CAPÍTULO 31

MI PASADO, TU FUTURO

—Abuela —repito con esa pequeña congoja que siento al estar, por fin, frente a ella.

No quiero llorar, juro que lo primero que quiero que mi abuela vea, es a la misma Helena que hace años que no ve y de la cual se despidió con una sonrisa en la cara, pero hay cosas que son imposibles y ésta, es una de ellas.

—Bonita.

El señor que está sentado al lado de mi abuela ha sido el artífice de esas palabras y eso provoca que lo observe… ¿Casimiro?

—Nunca jamás alguien había sido capaz de dejarme sin palabras, hasta este momento —verbaliza esa mujer con la que comparto algo más que un simple lazo sanguíneo.

—Doy fe —dice la vecina—. Tú debes de ser Helena, ¿verdad? No sé si me recuerdas, pero yo soy Maribel, la señora…

—La señora que me regañaba porque le robaba las bragas del tendedero —respondo sonriendo.

Por fin, por fin una sonrisa sincera.

—En realidad, yo te iba a decir que soy la señora que te preparaba los bocadillos de pan de pueblo untados en paté, pero gracias por contarme que eras tú la que me robaba las bragas.

Mi abuela está intentando contener la risa y el acompañante mira hacia otro lado.

—No era yo… —me defiendo, en realidad intento rectificar, parece que no me regañaba por el robo de su ropa interior sino por otras trastadas varias—, quiero decir que me obligaban a hacerlo, pero yo no quería, lo intenté, pero era eso o aguantar mucho tiempo bajo el agua, tenía miedo a morir asfixiada.

—Ya, ya —me dice no muy convencida—. Tranquila, te lo he perdonado.

—Gracias —convengo.

—¿Tienes hambre? —pregunta mi abuela.

Es curioso como la primera pregunta que me hace es esa, no el motivo de mi viaje sorpresa, sino si he cubierto mis necesidades básicas. Más extraño es aún, que no haya sido consciente hasta este momento, que llevo muchos días sin probar bocado, o quizás comiendo mal y poco, porque mi propio estado no me permitía que algo tan sencillo como un vaso de leche no lograse que se me indigestase.

Las abuelas son así, ¿verdad? Quiero decir que es un mal muy común ese de que las madres y las abuelas se preocupen por si comes bien o no. Mi madre no es especialmente atenta a ese tipo de cosas, ella se preocupa mucho más porque mi estado de ánimo sea el mejor, que la felicidad sea plena y que esté en paz conmigo misma y con mis actos. Supongo que no ha desarrollado esa cualidad que tan innata es, conforme vamos madurando, ¿me pasará a mí

también? ¿Seré esa clase de madres o abuelas que solo piensan en que cuantas más lorzas te cuelguen son síntoma de mayor felicidad?

En muchas de esas llamadas que intercambiamos mi abuela y yo, me ha contado quién se ha casado o prometido, de algún que otro bombo fuera del matrimonio también me ha mantenido informada. Ese tipo de chismes son los que más vidilla me daban, ya sabes: «fulanito de tal ha dejado embarazada a la hija de pascualita» y ahí ya se liaba la de Dios porque comenzábamos a elucubrar sobre los motivos de ello. Casi siempre llegábamos a la misma conclusión: un fallo técnico o quería cazarlo porque no había otra forma de que se comprometiese. Cazarlo…

Ya ves, ese tipo de cosas que pasan en la actualidad y que nos transportan al siglo pasado, porque con la independencia que tiene la mujer hoy en día y que aún suceda algo de este estilo…

¡Menudo discurso feminista me acabo de pegar! Quizás entre todas mis cualidades —y otros miles de defectos— haya que añadir que me gusta defender al sexo femenino, porque bastante hemos vivido supeditadas a ellos y su supremacía como para permitir que en el siglo en el que estamos siga sucediendo. No sé si recordáis eso que he contado sobre gobernar La Casa Blanca, creo que es un plan digno de análisis, ya si me va bien allí, me propongo lo de España y eso.

—La verdad es que bastante —respondo aún con mi maleta en la mano.

—Es grata la compañía, pero mi nieta y su estómago me necesitan más que vosotros. Hasta más ver.

Y dicho esto, mi abuela con una agilidad pasmosa, se incorpora y entra en casa.

Deja la puerta abierta y yo balbuceo un triste «hasta luego» y me encamino en su dirección. Entro, cierro y las mismas emociones que me embriagaron al llegar a Buitrago de Lozoya, se intensifican cuando el aroma al hogar donde pasé la mayor parte de mi infancia irrumpe en mí. De nuevo siento ganas de llorar y alguna tímida lágrima se escapa sin control.

—Juro que yo creía que era una chica dura —confieso bajo la atenta mirada de mi abuela Lucía.

Ese abrazo que no llegó al verme, ese beso que no fue dado, es compensado por un arrumaco que para mí, dura minutos, horas, días si eso fuese posible.

Me acuna entre sus brazos sin chistarme, sin decirme que deje de llorar, que las chicas duras no lloran, ¡los cojones! Las chicas lloramos —y los chicos también— porque es necesario. Siempre he pensado que las lágrimas son cobardes, pero ahora que siento cómo se derraman, simplemente creo que son un mecanismo de defensa que logra que nos vaciemos de algo que sobra y dejemos que ese hueco sea reemplazado por un sentimiento que le de veinte mil vueltas al dolor.

Y mi dolor es mucho, aunque en ocasiones intente aparentar que no es así. Por lo tanto, quien diga que llorar es innecesario miente, o se engaña a sí mismo, o las dos cosas. Ya sabéis

que a veces no hay más ciego que quien no quiere ver —o como diría alguien que yo me sé: cada uno se engaña con la mentira que más le conviene—.

—Le he visto…

—Shhhh —ahora sí que me chista y no deja que acabe—, primero comemos, luego paseamos y ya tendremos tiempo de que me pongas al día. Me da igual el motivo, estás aquí.

Me sujeta de la mano y me lleva hasta la cocina. Está tal cual la recuerdo, con las vasijas de arcilla encima de varias estanterías de madera y varios tarros llenos de especias y de azúcar al lado de la ventana. Las cortinas son las mismas; verdes con lunares blancos.

—No ha cambiado nada. La gente debería saber dónde compraste esas cortinas porque llevan en esta cocina más de veinte años —susurro con nostalgia.

—Esas cortinas las elegiste tú, ¿no lo recuerdas? —me limito a negar con la cabeza—, de pequeña te encantaban los lunares, toda tu ropa debía tenerlos, daba igual el color, pero esos círculos adornaban todas las piezas que tu armario escondía.

—¡Odio los lunares! —por lo menos ahora.

—Quien lo diría —dice señalando hacia arriba, hacia donde están las habitaciones.

—¡No puede ser!

—Es —afirma.

—¿Los conservas? —pregunto refiriéndome a la ropa llena de lunares. Hace tanto tiempo de eso, que ni siquiera recordaba ese detalle.

Mi abuela asiente. De pronto no tengo hambre solo quiero verlo con mis propios ojos. Subo las escaleras y me encamino hacia mi antigua habitación. Hace mucho tiempo que no venía, que no estaba de nuevo en esta casa, no sabría decir cuánto, pero es cierto que no recordaba que estuviese todo así. La cortina es muy flamenca, ¡flamenca total! Roja con lunares blancos. Mi cama sigue intacta, en esta ocasión, el nórdico es blanco con lunares azules. Ningún color pega, pero todo, en conjunto, es maravilloso.

—Mi Betty Spaguetti —pronuncio cogiendo entre mis manos esa pequeña muñeca que me dejaron los Reyes Magos y que tanto deseaba.

—No salías sin ella. Todos los días la metías en la mochila para llevarla al cole y yo tenía que sacarla sin que te dieses cuenta.

—¿Eras tú? —pregunto asombrada—. Pensaba que era mamá.

—Aegea era mi cómplice, pero normalmente, la que urdía el plan era yo.

—Eras mala.

—Y lo sigo siendo —me dice sonriente.

Me lanzo de nuevo a sus brazos, con esa nostalgia de dos personas que se quieren mucho y se reencuentran.

Bajamos de nuevo a la cocina, dejando la puerta de mi habitación abierta.

—Diana no sabe dónde estoy —le digo de camino a ese lugar donde huele de maravilla.

—Vale.

—No quiero que lo sepan.

—Vale.

—¿No vas a …?

—Primero comer —me corta—, luego pasear y ya se irá viendo el transcurso de los acontecimientos.

—Lucía, siempre tan filosófica.

Delante de mí coloca un plato de su especialidad: calamares en salsa.

—No es la hora de almorzar.

—Helena siempre tan protestona —me reprende.

—¿De quién habré heredado esa cualidad?

—Pues no me suena…

Sé que se hace la dura o quizás simplemente quiere romper un poco ese estado que sabe que me trae hasta aquí, porque las abuelas, además de saber todo lo necesario sobre el estómago, también saben mucho del corazón. Y esta mujer que tengo frente a mí no podía ser de otra manera e incumplir ese algoritmo genético.

—Mmmmm —el primer bocado es pura delicia—. Esto no hay *pancake* que lo supere —articulo con total sinceridad.

Ella se limita a calentar agua en un cazo de metal bastante arcaico y a meter unas hierbas dentro.

—Espero que eso lo cueles luego, no querrás beber pelos de esa cosa.

—No me hables de pelos y de la relación que puede existir entre eso y la boca, porque tienes las de perder.

Y la maldita tiene razón, porque sé que Diana no es discreta, a estas alturas creo que lo sabemos todas y es motivo más que suficiente para saber todo lo que han hablado. Mi hermana es muy cabrona cuando quiere y la mayor parte de las llamadas que mi abuela realiza son por algún chisme que me toca desmentir. En el caso de Simon, muchos han sido confirmados porque si hay algo que no me gusta, es tener que mentirle a mi abuela cuando la realidad es la que es.

Creo que el haberme ido de Nueva York, haber dejado todo atrás y haber viajado hasta aquí es la forma en la que mi mente, mi alma y mi cuerpo han decidido actuar para reconducir mis pensamientos y poner en su lugar todo eso que burbujea dentro de mí.

Podéis pensar que no ha sido suficiente, que ha pasado poco tiempo, que no ha dado pie a sentir, pero nadie es dueño de lo que siente, puedes serlo, quizás, de lo que verbalizas, pero no de lo que hay dentro de uno mismo. Los sentimientos son libres, etéreos, abstractos, incontrolables e involuntarios, no decidimos de quién nos enamoramos o cuál camino elegimos. Las personas

aparecen, arrasan y se quedan o se van, y los sentimientos son así, de esa misma forma. Puede que con este viaje busque que todos esos sentimientos me demuestren que no eran de verdad, que era un espejismo, fugaz y pueda regresar de una pieza, no de dos, como estoy ahora.

—Es el momento del paseo —me ordena tras retirar mi plato.

—No he terminado de comer —replico con la vista fija en ella y el tenedor en la mano.

—Has terminado de comer —me dice mientras señala ese plato vacío del que no había sido consciente de haber acabado.

Coloco el cubierto en el plato que porta en sus manos y me levanto, si es que me pongo a pensar y no carburo.

—¿Vamos?

—Vamos —responde cediéndome el paso.

Comienzo a caminar en dirección a la puerta seguida por mi abuela.

—Debería cederte el paso, dicen que es de mala educación no tener en cuenta a las personas mayores.

—Si se te ocurre volver a llamarme vieja, juro que te tragas la zapatilla de dormir.

—Veo que el carácter no mejora con los años.

—Empeora —afirma—. Cuanto más maduras, menos gilipolleces aguantas.

—Eso es cierto, estoy empezando a urdir un plan para deshacerme de Diana. Es insoportable.

—Es mi mejor espía, a ella ni tocarla.

—Voy a creer que es tu favorita —le lloriqueo.

Hemos salido a la calle, esto es un pueblo que bien podría sobrevivir con calles sin asfaltar, me gustaría que fuese como esa época en la que las calles aún eran caminos que se transitaban a pie y que no te importaba llenarte de polvo los zapatos e incluso, los talones, se disfrutaba de otra forma Cierto es, que esa época la vives de otra manera, porque eres más pequeña e inocente y ese tipo de cosas no se tienen en cuenta cuando disfrutas de verdad de algo. Como del pueblo…

—No tengo favoritas —me reprende con una mirada severa—. Cojamos por el camino corto.

—¿Cómo el cuento del lobo y Caperucita?

—Me pido el lobo —sonríe burlona.

Caminamos en silencio, acompañadas solo del sonido de nuestros zapatos al chocar contra el pavimento. Es uno de esos momentos en los que no necesitas más que esto que se respira, esta paz y tranquilidad que te llenan de sosiego, eso y a Simon…

Eso y a Simon…

—¿Crees que pensará en mí? —pregunto rompiendo esa calma.

Mi abuela me observa con atención y sigue caminando, sin detenerse para fijarse en mi semblante. Parece que no sabe, pero diría que eso de que cuanto más maduras, menos gilipolleces aguantas, es proporcional a que cuanto más adulta eres menos explicaciones necesitas para saber lo que sucede a tu alrededor, sobre todo con la familia.

—Había una vez, una mujer que se enamoró de un hombre solo con verlo. Las personas que no conocían los sentimientos de ella, pensaban que estaba loca, que el amor no es así de espontáneo, que el amor se construye tras una amistad previa y yo digo que es mentira. Ese hombre puede que no fuese lo que todos esperaban para esa mujer inocente y de buena familia, mucho menos si no era de ese pueblo en el que ella vivía, sino que estaba de paso, un simple turista sin más. Lo que no entienden es que a veces las elecciones no se eligen, suceden sin más. A veces resulta que todo es superior a ti…

»Esa mujer decidió que esperarlo era lo mejor, porque él no vivía aquí, no trabajaba aquí y no tenía su familia aquí, donde estaba ella, pero eso no fue impedimento para que ambos decidiesen prometerse que volverían a encontrarse y dieron su palabra sobre la firme intención de cumplir su promesa pasara lo que pasase. La promesa de él era sincera porque ella lo vio en sus ojos.

»Ese hombre se dijo a sí mismo que lucharía contra lo que hiciese falta para volver a buscarla y no solo luchó, sino que lo hizo. Porque el amor que él vio en los ojos de ella estaba lleno de franqueza.

»Cuando estuvo frente a esa mujer, no hicieron falta palabras porque ambos habían cumplido la promesa de quererse eternamente. Y la cumplieron, vaya sí que la cumplieron y así fue hasta tal punto que nunca más se separaron, no hasta que…

—Hasta que murió, ¿verdad? Esos dos sois abuelo y tú, ¿cierto?

—Cierto.

—¿Te quedaste esperando toda la vida? —he hablado con mi abuela en miles de ocasiones, me ha contado el amor que le profesaba a mi abuelo, pero nunca me había dicho abiertamente todo esto que me cuenta ahora.

—Hicimos una promesa.

—Pero la promesa se cumplió, el destino fue quien hizo el resto.

—El destino me dijo que ese era el amor de mi vida y a día de hoy lo sigue siendo. Tengo un hijo maravilloso, dos nietas que, a pesar de ser adultas, siguen siendo un trasto —sonrío malvada ante su comentario porque sé que tiene razón, aunque yo ahora no me encuentre en mis mejores momentos—, mi familia es maravillosa y todo eso lo construí a su lado.

—Pero él se fue… ¿No te merecías tú seguir adelante?

—¿Y quién te dice que no lo haya hecho? —me reta.

—¿Lo has hecho?

—¿No me ves? Sigo aquí, viva. Respiro, siento, camino…

—Pero no estás con nadie, quiero decir…

—Sé lo que quieres decir —me corta—, no estoy sola. ¿Te sientes sola?

—Sí —respondo refiriéndome a Simon y nuestra separación.

—¿Por qué? —Hemos llegado al río, a esa orilla en la que me sumergía, en la que muchas veces hacíamos trastadas y otras tantas me dedicaba a dar patadas a piedras o lanzarlas con todas mis fuerzas porque estaba enfadada por algún castigo que en ese momento creía que no me merecía—. Siéntate —me sugiere tomando ella asiento primero encima de una piedra lisa. Mi abuela se descalza y comienza a mover los dedos alternativamente. Yo me siento a su lado y recojo las rodillas y me abrazo a ellas.

—Lo vi —clavo la vista al frente, observando el vaivén del agua, como se mueve sin parar, sin cesar.

—¿A tu jefe?

—Simon. Lo vi con ella.

—Necesito más detalles —me pide.

—Cuando lo conocí, sentí que lo odiaba —mi abuela sonríe condescendiente—. No te rías —la reprendo.

—Es que ya se lo que me vas a decir.

—Ilumíname.

—Sabes que del odio al amor hay un paso, ¿verdad?

—Ya —me limito a pronunciar.

—Sigue.

Suspiro con fuerza, suelto mis rodillas y me dejo caer hacia atrás. Veo a mi abuela pero ella no me ve a mí, fijo mi vista en el cielo y me descalzo yo también.

—Creía que era el ser más canalla que pueda pisar la faz de la Tierra; prepotente, chulo, arrogante, cortante, borde… Un completo cabrón.

—Y te enamoraste —resume.

—Resumes mejor que yo —bromeo mientras limpio una tímida lágrima que se ha atrevido a salir sin permiso, como siempre, como esos sentimientos de los que hablaba antes—. Me enamoré y lo vi con ella, besándose.

Mi abuela se gira y se coloca de lado. Apoya sus pies fríos sobre mis muslos. Coloco mis manos bajo la cabeza para poder mirarla fijamente.

—¿Estás segura de lo que viste?

—Astrid me odia desde que entré en escena…

—Supongo que ella es la susodicha del beso.

—Sí. Es la jefa de Loren y siempre mantuvo que ella tendría algo con él. Las malas

lenguas me decían que ella quería cazarlo… Ya me entiendes.

—Es una lista.

—Y la odio a muerte —murmullo.

—¿Estás segura de lo que viste? —me pregunta de nuevo.

—Estoy segura.

—Puede que haya una explicación, puede que te hayas precipitado y hayas actuado como eres tú, de esos prontos tan característicos y tan poco acertados. Estoy segura de que ha intentado contactar contigo.

—Me ha mandado varios mensajes y algún que otro correo electrónico. ¿Sabes lo que más me fastidia? En realidad me fastidian varias cosas —rectifico.

—Dime —me pide moviendo sus dedos sobre mis muslos.

—Me molesta que haya sucedido, sí, pero más que a pesar de eso no me haya llamado y me haya dicho: «Helena, ha pasado esto y ha sido un error», dar la cara, ¿me entiendes?

—Perfectamente. ¿Y qué más?

—Que haya tenido que irme para que me diga que me necesita.

Mi abuela de nuevo se coloca de frente al río y nos quedamos en silencio mucho tiempo, demasiado, ella digiriendo mis palabras y yo analizándolas más en profundidad.

Tengo razón. Sería más sencillo si él hubiese llegado y me hubiese dicho lo que había pasado, más sencillo si tras eso me hubiera confesado sus sentimientos, pero no, pasó y contactó conmigo tras mandar el correo con mi renuncia, si no hubiese sido así…

Puede que esté con ella, que ese te necesito sea un simple reflejo de eso que se dice de que no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde, o un espejismo, un clavo ardiendo, o quizás yo quiera ver en esas dos palabras algo que no existe, puede que me necesite profesionalmente… Puede que me vuelva loca de remate.

—Helena —la voz de mi abuela me hace abrir los ojos y enfocar mi vista en esa pequeña mujer a la que adoro—. A veces, cuando el amor llega, cuando es de verdad, ya no hay vuelta atrás y eso también cuesta razonarlo. A veces, los cabrones también se enamoran…

CAPÍTULO 32

CUANDO EL CORAZÓN LE PUEDE A LA RAZÓN

Jaque mate.

Mi abuela siempre ha tenido esa capacidad, la de decir algo que te deja en un estado de revolución permanente…

Ella se fue de camino a casa, como si entendiese que necesitaba paz y tranquilidad, que necesitaba analizar toda esa conversación que habíamos mantenido cargada de sinceridad. Cuando eres capaz de verbalizar lo sucedido y lo contemplas desde otro punto de vista, observas que los blancos no son blancos y que los negros no son negros, que existe otra gama de colores: rojos, azules, verdes y amarillos también decoran la paleta.

No quiero llamarlo. Aún no, a pesar de la conversación que acabamos de mantener, de que puede que yo necesite esa explicación que nunca llegó y que no fui capaz de pedir, aun así, no estoy preparada. Necesito más tiempo, necesito mi espacio.

No entiendo mi propia mente y mis necesidades, por una parte, lo que siento tumbada en este lugar, no tiene comparación alguna con lo sentido en cualquier otro sitio, es como si te trasladase fuera de tus propias miserias. A pesar de todo ello, me levanto de un salto y corro en dirección a casa de mi abuela.

Llego antes de lo que esperaba y eso que estoy desentrenada, para que luego digan que estar tumbada en el sofá, comer lo que pillas por casa —hasta esos malditos cereales de la muerte que Guille engulle sin parar— y hablar por teléfono sobre pollas y los machos que la tienen, no sirven para mucho.

Nunca he sido amiga del deporte, ni verlo ni practicarlo, pero me declaro fan absoluta de esas personas que tiran de su constancia y esfuerzo para levantarse del sillón e invertir varias horas en él. A pesar de todo ello, llego viva, asfixiada pero viva.

—Helena —mi abuela sale con el paño en la mano al verme correr.

—Ahora no puedo —le contesto mientras subo las escaleras saltando los escalones de dos en dos, para ir a mi habitación.

Saco el portátil de la bolsa y me tumbo encima de mi colcha de lunares, al final va a resultar que todos esos círculos me van a comenzar a gustar de nuevo, y tecleo sin parar.

Probablemente, he descubierto lo que sienten los escritores cuando les dan vida a sus obras, incluso entiendo a Diana, cuando se recluye en su casa porque necesita escribir algún post de esos que tanto furor causan entre las lectoras.

Yo me meto con ella mucho, demasiado, al igual que ella conmigo, pero ahora me apetece abrir un documento en blanco y picar teclas sin cesar. Ese trabajo me ha cambiado en muchos sentidos, no solo ha hecho que conozca lo que es enamorarse de alguien sino de una profesión. Me gustaba servir *pancakes* en Stephen&Co pero he encontrado mi verdadera

vocación y eso también ha sido gracias a New York Style y a Simon.

> ¿Cuarta cita? ¿El principio o el final?
>
> ¿Ya te encuentras en ese punto en el que no paras de pensar en él y quieres que te escriba, te llame o te mande algún correo electrónico? ¿Sientes que necesitas volver a verlo porque habéis encajado a la perfección? ¿O quizá vuestro último beso ha sido digno de recordar?
>
> Os voy a contar algo, un secreto que debe quedar entre nosotros. Yo conocí a alguien, hace poco, así, por casualidad, sin cita, sin previsión de nada y todo comenzó con muy mal al pie, como suele pasar, porque la vida no es un maldito camino de rosas. No saltaron esa clase de chispas que puede que ustedes hayáis sentido al tener a vuestro bombón particular delante, no fue tan sencillo como eso, pero fue intenso. Comenzamos con un encuentro en una escalera tras pensar que era un maldito bastardo al que le arrancaría los ojos de cuajo, muy yo, obviamente, pero ese momento fue digno de recordar porque aún hoy, más de un mes después de eso, se me sigue erizando el vello al pensar en lo que sucedió allí. Se metió bajo mi piel —que no dentro de mis bragas— y el destino parecía ser muy caprichoso porque nos veíamos en todos sitios. Éramos como esas piezas que se atraen y sabes que solo encajan cuando están juntas y comencé a sentirme bien a su lado y a necesitar esos encuentros, llamadas, mensajes y correos de los que os hablo. También necesitaba que él me necesitase y que diese el paso de buscarme significaba mucho para mí, como para vosotras, esto es exactamente igual.
>
> A veces no es necesario muchas citas para darte cuenta de si esa persona te toca, te llega y se queda. A mí me pasó y a ti también lo hará, si esperas ese mensaje que no llega, escribe tú. Si necesitas esa llamada, hazla tú. No te quedes esperando algo que tienes a tu alcance, puede salir bien, o puede salir mal, pero lo que está claro, es que, si no mueves ficha, jamás sabrás si tiene un comienzo, un desarrollo y un final. La vida es como un libro, se escribe día a día y se llena de todo eso que nosotros hacemos. Dime, ¿qué decides? Quizá otro día me anime a contarte cómo termina mi secreto.
>
> No leemos.

¿Qué haces cuando tu cabeza te dice que hagas algo que tu corazón no aprueba? ¿Y viceversa? Mi corazón me dice: «mándale la carta a Simon, porque necesitas desahogo, decirle lo que has sentido y en lo que te has transformado». Por el contrario, mi corazón me dice: «no lo hagas, deja que pase el tiempo porque al final, en esta vida, todo pasa». Evidentemente, yo siempre he sido muy racional, pero donde manda capitán no manda marinero como bien dice mi abuela, así que, mi corazón impera a la razón.

Abro el correo electrónico y le adjunto el documento. Sin asunto, sin saludo ni despedida. Tal cual está. Bajo la tapa del aparato tras la confirmación del envío. Llevo unas horas aquí y han sido suficientes para que le tenga que dar la razón a mi abuela en todo, en que huir está bien pero no siempre es lo correcto y que las cosas se hablan, se razonan y se entienden y si cada uno tiene que seguir su camino, sencillamente se hace. La besó, sí y eso es algo que no puedo entender, porque yo pensaba que éramos nosotros, sin más, porque me había dicho que no sentía nada por ella y es verdad que para besar no hay que sentir, pero los besos de Simon eran míos al igual que

ahora mi corazón es suyo.

Empezamos como esas parejas que solo juegan a jugar, a buscarse y a disfrutar de la sexualidad, pero la cosa se complica y no siempre es tan sencilla como esperas. No siempre es solo sexo.

Astrid también jugó sus cartas y la entiendo, pero eso no me hace sentir mejor. Esto de intentar racionalizar las cosas parece sencillo pero no lo es.

No soy consciente del tiempo que transcurre hasta que comienzo a moverme de nuevo, solo percibo que está anocheciendo y que la habitación se mantiene en una sempiterna oscuridad que me reconforta.

Puede que lo mejor hubiese sido quedarme en Nueva York y resolver todo esto, pero en realidad, haber venido hasta aquí ha valido la pena. Coloco el portátil sobre la alfombra, como no, de lunares y me acerco hasta la ventana. Desde mi posición se ve el río y varias personas caminar en diferentes direcciones, la mayor parte, abuelas que pasean de regreso a sus viviendas.

No está anocheciendo. No regresan a sus casas, salen de ellas. ¿Amanece? Giro mis pasos hacia la puerta.

Bajo las escaleras, aún con los sentidos algo turbados y desorientada. Encuentro a mi abuela en la cocina, con un tazón demasiado grande lleno de ese líquido humeante que necesito para vivir.

—¿Cuántas horas he dormido? —inquiero llena de asombro. No dormía tanto desde que era una adolescente.

—Subí anoche a buscarte para que cenaras y salir de nuevo a dar un paseo, pero te encontré durmiendo y no quise molestar, necesitas descansar.

Asiento mientras me acerco hasta la cafetera italiana que está aún en la cocina de gas que mi abuela se niega en rotundo a cambiar.

Me lleno un tazón como el de mi abuela y me siento frente a ella. Parece un duelo de miradas, como en las películas de Clint Eastwood en las que antes de disparar enfocan a uno y a otro, recrudeciendo las miradas para que al final los dos salgan heridos y uno de ellos pierda la vida, normalmente el malo, ese que quieres que muera desde la primera escena. Pues así está ella.

—¿Qué sucede?

—He recibido una llamada.

—¿Y? —pregunto buscando la lógica a su comentario.

—Nada —me dice.

—¿Qué escondes?

—Nada —repite—. Llama a tus amigos, deben estar preocupados por ti.

Asiento mientras seguimos bebiendo en silencio. No he llamado a nadie desde que llegué,

es más, creo que lo único que hice fue mandar un par de mensajes y apagar el teléfono por miedo a que él me llamase y yo caer rendida a sus pies y contestar. Qué poca voluntad nos queda cuando estamos enamoradas.

Calculo la diferencia horaria y no coinciden, así que de nuevo mando un par de mensajes para que sepan que sigo bien y que los llamaré en cuanto pueda. De Simon no hay señales de vida. Parece que esas explicaciones finalmente no van a llegar.

Me siento frustrada y con todos esos sentimientos me voy de nuevo hasta el río. Rondan poco más de las nueve de la mañana y es probable que vaya a coger una pulmonía si salgo sin abrigo, porque ya el frío comienza a calar, pero me apetece ir hasta allí, sentarme y pensar.

¿Pensar? ¿Más?

Puede que sea todo mucho más sencillo, que yo espere una explicación y que no la haya, que estén juntos y yo sea un pasatiempo. Pero me dijo que me necesitaba…

¡Dios! Me voy a volver completamente majara si sigo así.

Los días comienzan a sucederse unos tras otros y la rutina suele ser la misma: levantarse, pasear, ayudar a la abuela en las cosas de la casa y pasar la tarde criticando junto con Casimiro y la vieja de las bragas, que ahora hemos intimado las dos y ya no hay rencores. Me siento una más del grupo sin casi ser consciente de ello.

Cada mañana hago el mismo recorrido y voy al río y por la tarde vuelvo con mi abuela.

Hoy no podía ser menos. He logrado hablar con Guille y Mia, aunque están muy raros todos, no tienen suficiente tiempo y en cierto modo es normal porque siguen con sus vidas. Y yo intento seguir con la mía.

—¿Sabes cuánto tiempo vas a quedarte?

Vamos de nuevo de camino al río. Como todas las tardes, aunque hoy parece que el tiempo amenaza con descargar una tromba de agua, aun así, mi abuela mantiene que no será hasta pasadas unas horas que eso suceda.

Hemos hecho planes para la tormenta; recogimos madera por la mañana, compramos carne y verduras y me quiso convencer de cometer alguna ilegalidad, porque pretendía que descargase varias pelis ñoñas, yo para llorar a moco tendido y ella para reírse de mí, o eso es lo que me confesó.

—¿Empiezo a molestarte?

Mi abuela ríe abiertamente y eso no me da respuesta alguna a mi pregunta.

—He hablado con tus padres y saben que estás aquí. No entiendo cómo puedes llevar seis días y no haber dicho la verdad.

—No quiero que sepan dónde estoy porque eso sencillamente les alarmaría y, probablemente, a estas alturas Diana ya lo sepa y lo deba saber medio Nueva York.

—¿Lo dices por él?

—Llámame estúpida, pero pensé que si se enteraba vendría a búscame y me llevaría con él. Creo que veo demasiadas películas de amor —confieso abatida.

—Estúpida —susurra mi abuela.

Giro mi cara en su dirección y la veo mirando de frente al río, de nuevo sentada en esa piedra que siempre está disponible para ella.

—Gracias.

—Lo dijiste tú —me reprocha clavando su vista en mí—. Me voy —me dice poniéndose en pie—, tengo que ir a hacer calceta con tu nueva amiga.

—¿La de las bragas?

—Esa misma —sonríe—. No vengas tarde, que luego tenemos que ver el capítulo de hoy.

—No me gusta esa telenovela.

—Hoy se resuelve todo.

Otra de esas cosas que odio y que forma parte de la rutina de mi abuela, es la de ver la telenovela de la tarde. La parte negativa es que solo hay un televisor en esta casa y sin posibilidades de otro, por varios motivos, y uno de ellos es que me iré pronto.

La parte buena es que me ha dado tiempo de ver varias series *on line* y la he convencido para contratar Netflix.

—Esta tarde te haré el gusto y veremos esa serie en la que salen esos chicos que no tienen ni pizca de desperdicio. En eso… *fliflis*.

He logrado que entienda qué es, pero dudo que sepa algún día cómo se pronuncia.

—Parece que quieres matar moscas —me río haciendo alusión a su forma de referirse a dicha plataforma.

—Tengo convencido a Casimiro para que lo paguemos entre los dos, le he dicho que puede ver CSI.

Rompo a reír porque mi abuela es un poco peculiar. Me gusta pensar que me parezco mucho a ella, salvando la diferencia, porque ella es mucho más realista que yo y yo mucho más *dramaqueen* que ella.

—Abuela —la llamo cuando ha comenzado a dar varios pasos de regreso a casa—, me iré pronto.

—No tengas prisa —susurra—, no tengas prisa.

—No la tengo… —digo para mí misma.

Me descalzo, coloco mis calcetines dentro de las zapatillas de deporte y remango mis pantalones vaqueros todo lo que puedo. Sé que estará fría antes de llegar a tocarla y en cierto modo me apena que no haya sido en otro momento, en otra estación, quizás menos noviembre y más agosto, porque tengo muchas ganas de zambullirme en esas aguas que me llaman desde el mismo día que llegué a este pueblo. Pero sabré conformarme.

El primer contacto es frío, como esperaba, y mis dedos se quedan paralizados al roce del agua helada.

Comienzo a moverlos y a enterrar los pies en la arenilla que está en la orilla donde me encuentro. Miro al cielo, retando a esas nubes que quieren descargar, pero no se sienten preparadas porque saben que no es el momento, justamente como yo me he sentido desde que llegué y mi abuela me hizo ver las cosas de otra forma. Mi teléfono suena dentro de mi bolsillo, lo saco de él y sonrío al ver en la pantalla el nombre de Guille.

—Pensaba que ya no tenía amigo —protesto fingiendo enfado.

—¿Ya me echas de menos y te has dado cuenta de que necesitas de mi cuerpo para sentirte bien?

—Ja, ja —me río falsamente—, ¿aún no tienes quién te caliente la cama?

—No es lo mismo sin ti. Sabes que mi chica te necesita. Hace tiempo que nadie me espía en la ducha.

—Yo no te espío en la ducha. Solo te vi por casualidad… ¡Y me tapé los ojos!

—¡Mentirosa! ¿A quién quieres engañar? Te mueres por mis huesos y por esa parte que no tiene.

Comienzo a reírme abiertamente, a carcajadas y me doy cuenta de que hacía días que no me sentía así, que la risa no fluía con tanta naturalidad y espontaneidad como ahora, cuando Guille se pone a provocarme.

—Te he visto desnudo más veces de las que son políticamente correctas, Guille.

—Y las que no has podido —bromea—. ¿Cuándo vuelves?

—Mi abuela me ha hecho la misma pregunta hace escasos minutos. Empiezo a sospechar que le molesto.

—Creo que ella quiere que vuelvas a tu vida y yo a la mía. No tengo con quién meterme, el piso está muy solo sin ti. No tiene la misma gracia tocarme una paja sin que tu protestes porque gimo demasiado alto.

—Gilipollas —le insulto.

—Vale, pero, ¿cuándo vuelves?

—Pronto —declaro con cierto asombro—. ¿Sabes? Eres al primero que le digo que tengo intención de recuperar mi vida, de volver a la rutina, aunque debo confesarte que aquí me encuentro bien, he vuelto a mi infancia.

—¿En serio has retrocedido medio siglo? ¿No me lo puedo creer? ¿Hay fuego o comes crudo?

—Gilipollas —repito de nuevo riendo con más ganas.

—Te echo de menos, señorita periodista.

—Oye, Guille…

—Sí, sí ha llamado, no te quiero mentir —responde digno de uno de los mejores telépatas del mundo.

—¿Cómo sabías que…?

—Porque veo tus engranajes moverse desde aquí, sé lo que sientes y si yo tuviese corazón, es lo primero que preguntaría, no entiendo como no he recibido quince llamadas tuyas diariamente para saber cómo y cuándo…

—No estoy tan desesperada… Y sí tienes corazón, no digas estupideces, conmigo te has portado como un ángel de la guarda.

—Porque te quiero follar en la ducha, pero no hay manera —zanja—. Y con respecto a lo de «es mi jefe y no me voy a colar por él», vuelves a mentir…

—Vale —claudico—, en realidad me he propuesto darme espacio para razonar todo esto. Y no voy a follar contigo, ya te lo he dicho.

—Dudo que tenga mucho que razonar sin conocer lo que opina la otra parte. Y si probases te olvidarías de tu jefe, soy un auténtico…

—¡Basta! —le corto—. ¿Tú lo sabes? —pregunto haciendo alusión a eso de razonar y conocer lo que opina la otra parte.

—Sí —afirma lleno de rotundidad—, o me daba una explicación o le llenaba la cara esa que tiene de morados y dudo que pueda ejercer en un par de meses tras probar lo puños de Guillermo Del Moral —se jacta.

—Ya será menos —me río de nuevo—. Pareces un pavo con el pecho henchido de poder, quisiera yo verte enfrentándote a Simon.

—No dudes nunca de mi capacidad defensiva. Perdería, lo siento por él.

—Eres el mejor amigo que se puede tener jamás. En serio…

—Amante. Amante soy mejor —me rebate cortando mi discurso sentimental.

—Capullo —le insulto entre risas.

Hablamos un rato más sobre todo y sobre nada. Me pone al día de las novedades, parece que Mia se está viendo con ese chico que conoció en la discoteca aquella noche y no me ha contado nada. Viendo… Un par de cafés y espero que sin sexo… La perdono, obviamente, supongo que eso de ser siamesas justifica que ahora que ella está bien o intenta estarlo, y yo no, sea motivo más que suficiente para no restregarme su situación. Yo lo haría también y no la juzgo.

Parece que Alex y Loren van viento en popa a toda vela. Yo, que conozco mucho a mi amiga, estoy bastante segura de que en su mente ya tiene elegido el lugar de la boda, el vestido, los zapatos y hasta los trajes de las damas de honor. Del menú tengo más dudas porque ella no se conforma con cualquier cosa y es muy puntillista con todo eso y debe probar antes de elegir. La quiero mucho, pero si me llega una invitación a su boda, me volveré a España o me quedaré aquí

si aún sigo dándole la lata a mi abuela.

En cuanto a Sarah, está siendo ella misma, sin más, supongo que le toca recuperar el tiempo perdido. Eso de organizar el viaje con Mia me parece que se va a quedar en proyecto si la susodicha se cuelga del moreno de ojos verdes. Soy subnormal profunda, porque la que tendría que haberse colado de un chico esa noche era yo, así no estaría como estoy, hecha una piltrafa.

Me quedo un rato más allí sentada, observando el cielo cada vez más amenazante. Me incorporo, coloco mis calcetines y mis zapatillas y guardo el teléfono en el bolsillo trasero de mi pantalón. «Es hora de regresar», me digo a mí misma. Comienzo a caminar con cierta agilidad porque no quiero parecer un perro mojado al llegar.

Debo lavarme el pelo con urgencia, esto de estar aquí recluida y deprimida hace que me esté cuidando bastante poco. No huelo mal, tampoco os paséis, pero esos potingues tan caros y maravillosos no han formado parte de mi día a día.

Varias gotas tímidas comienzan a caer sobre mi cara.

—¡Mierda!

Alzo la vista y freno en seco. Como si hubiese un cristal que me impide continuar mi camino.

—¡Mierda! —repito.

A varios metros de distancia está mi abuela, acompañada de… de él.

—¿Cómo? Pero…

Refriego mis ojos con mis manos, por si es un espejismo de esos, producto de haber comido tomates alucinógenos o de haber bebido un té hecho con alguna planta no apta para el consumo humano, que cualquier cosa puede suceder si tengo a mi abuela cerca.

Mi abuela sonríe y se da la vuelta, colocándose un chubasquero que tiene más años que ella.

Simon comienza a caminar en mi dirección y mi corazón comienza a latir acelerado. Hasta hace un momento no era consciente de que contenía la respiración, de que mis manos descendieron de mis ojos apretadas y se mantuvieron en esa posición, sin más y que no logro contener de nuevo las lágrimas.

—Ahora que me estaba recuperando… Ahora que tenía planes para volver —susurro.

—Y vas a volver —me dice Simon al situarse a mi altura mientras acaricia mi cara y limpia mis lágrimas—, pero vas a volver conmigo, a mi lado, para no irte más —murmulla cerca de mis labios.

—No puedo —estoy asustada, aturdida, confusa y miles de sentimientos que se contradicen me invaden. Es un quiero, pero no puedo que no tiene explicación alguna.

—Tienes que escucharme —me pide.

Y sé que tiene razón, que esa parte racional de la que he presumido desde que he llegado

aquí y mi abuela ha hecho de abogado del diablo, aflora y me dice que es cierto, que no se puede juzgar sin saber de verdad lo que ha sucedido.

—Me voy a enfadar, ¿verdad?

CAPÍTULO 33

LOS CABRONES TAMBIÉN SE ENAMORAN

Esta es posiblemente la pregunta más crucial que haga en mi vida, o no, pero ahora dejadme que sea dramática, entended que esto es una locura.

—Puede que te enfades, pero me arriesgaré a ello. Igualmente quiero que sepas que yo también estoy muy enfadado contigo.

—¿Enfadado? ¿Tú? ¡Lo que me faltaba! —Al final va a tener razón y voy a empezar a repartir leches por doquier. El enfado, es por el enfado…

—Te fuiste —afirma.

—La besaste —me defiendo.

—Me besó —contrataca.

Esas tímidas gotas comienzan a coger fuerza e intensidad y empiezo a empaparme. No sé si dar las gracias o echarme a llorar.

—Podemos discutir en casa de tu abuela —me pide alzando la vista y siendo consciente de lo que se nos viene encima.

Observo yo también el espectáculo que se avecina y le doy la razón. Me sujeta con fuerza de la mano y esa carrera que el otro día hice para llegar a casa de mi abuela, se queda muy corta en comparación con esta que hacemos juntos. Juntos, como uno solo.

Nuestros pasos se acompasan mientras la lluvia no nos da tregua y comenzamos a mojarnos de verdad. Noto el peso de las zapatillas por el agua que ha calado en ellas y la sudadera pegarse a mi cuerpo.

—No voy a llegar, si me caigo, déjame morir, dile a mi abuela que la quiero y a Guille que debía haberle hecho caso y haberme acostado con él y no contigo. Puede que necesite la extremaunción, la quiero y que me incineren y esparzan mis cenizas por el río que me vio crecer. Y quiero ir al cielo, no me gusta el infierno, aunque el calor que hay allí sea bastante alentador y me haga dudar, pero yo soy una chica buena, el cielo está hecho para mí. Que luego se muere Astrid y me encuentro con ella allí y es probable que quiera robarme algo mío de nuevo.

Simon se ríe mientras sigue tirando de mi mano y yo me dejo llevar.

—Veo que sigues manteniendo tu dramatismo.

—¿Cómo te atreves? Lo que soy es realista. Vamos a morir y mi teléfono también —murmullo recordando que está dentro de mi bolsillo y ya debe ser agua pasada, nunca mejor dicho.

—Ya…

Simon frena en seco y choco contra su pecho. Me acaricia la mejilla con total devoción, lo siento, lo noto, lo percibo en su mirada.

Sus labios se unen a los míos y la lluvia deja de existir, estamos empapados, pero eso es

secundario, como todo lo demás. Sabía que, si algún día me lo cruzaba de nuevo, no iba a ser sencillo deshacerse del torrente de sentimientos que burbujean dentro de mí, porque, como he dicho en miles de ocasiones, el amor se siente o no, y eso no es cuestionable.

—Te he echado de menos —murmulla aun con sus labios pegados a los míos.

—Y yo a ti —claudico sin separarme de él.

Mis manos se colocan sobre su pecho y percibo el latir acelerado de su corazón.

—No tenías que haberte ido —me dice.

—No tenías que haber dejado que te besara.

—No lo hice aposta, me besó, fue algo fugaz y sin importancia.

—No es lo que parecía desde mi perspectiva. Lo peor de todo no fue que la besaras, bueno, sí, fue lo peor de todo, pero quiero que sepas que me dolió mucho que no contactaras conmigo para contármelo. Yo no tenía por qué haberlo visto.

—Guille me lo contó todo. Por cierto, ese hombre adora los cereales.

—No me cambies el tema —le reprendo—. No me llamaste.

—Tienes razón y es mi culpa, pero no sabía cómo enfrentarme a la situación. ¿Qué te iba a decir? «Hola, Helena, he sido un completo capullo porque Astrid me ha besado y yo no quería, pero ha sucedido».

—Quedaría mejor de esta manera: «Hola, Helena, he sido un completo cabrón porque Astrid me ha besado en contra de mi voluntad, pero quiero que sepas que me ha dado tanto asco que he echado hasta la primera papilla sobre ella, aún debe estar buscando con qué eliminar el olor a putrefacción».

Simon arruga el gesto porque le ha debido impactar mi forma narrativa, si es que soy un partidazo de chica.

—Sí, definitivamente te he echado de menos, Helena con hache.

—Y yo a ti, señor microbio.

—Vamos —me apremia.

Recorremos bajo la lluvia el resto del camino hasta llegar a casa de mi abuela, esta vez con más calma porque ya no hay solución. Ella nos observa desde la distancia, bajo el pequeño techo que cubre la puerta y su sonrisa se percibe desde aquí.

—Vais a coger una pulmonía —nos reprende.

—Abuela —le cuento—, él es…

—Ya sé quién es —me corta—, el de la escalera de emergencia.

—¿Lo sabe? —inquiere Simon sorprendido—, ¿qué más sabe? —pregunta con el ceño fruncido.

—Lo sé todo —replica ella muy altanera.

—Es culpa de Diana —le explico—, mi hermana —matizo.

Mi abuela sonríe de nuevo, complacida y nos cede el paso.

—Subid a daros un baño, por turnos, no quiero oír ni un solo gemido en esta casa —me guiña un ojo antes de girarse e irse en dirección a la cocina—. Recordad que las paredes escuchan —grita.

Subimos las escaleras aún con las manos cogidas y entramos en mi habitación. Veo su maleta allí y lo miro con atención y desconcierto.

—Llegué hace rato —me explica—, tu abuela lo sabía, la llamé hace unos días.

—¡Maldita vendida! Si es que… entre que Diana es su favorita y esto… Aún no te he perdonado —le señalo con el dedo acusador para que entienda que no voy de farol.

—Yo tampoco, aunque esa ropa te marca mucho las tetas y no dejo de pensar en…

—¡Basta! Esto es serio. La besaste…

—No, Helena —Simon acorta la escasa distancia que nos separa y se coloca frente a mí, a irrisorios centímetros—. Mírame —me pide—, ella me besó y yo me aparté rápidamente. Eres una mujer impulsiva y con carácter, pero si escuchas lo que te digo e intentas razonarlo —puñetera razón—, sabes que no quiero nada con ella. Con la única que quiero algo es contigo, desde que te conocí, desde que cruzaste la puerta y te atreviste a decirme todas esas barbaridades, desde que probé tus besos por primera vez y me llamaste cabrón. Eres especial, única, irrepetible y quiero todo eso y mucho más de ti, hoy y mañana.

—¿Y siempre? —pregunto aturdida.

—El tiempo que tengamos será tuyo y mío.

—Nuestro.

—Pero no quiero que vuelvas a irte, porque me ha costado muchísimo venir a buscarte. Si tienes un problema conmigo, prefiero que lo hables abiertamente y me lo digas, pero no huyas, eso fue lo que hizo mi madre, huir y no quiero que se repita, no contigo. Eres importante para mí, Helena con hache. No soy un hombre con una gran capacidad oratoria, no sé decir las cosas como se esperan, soy más de demostrarlo; si he venido a buscarte es porque me importas y te necesito.

—¿Me necesitas, señor microbio? —pregunto alucinada.

—Mucho más que eso… Te quiero, Helena con hache.

Vale. Podéis darme de tortas e incluso llamarme estúpida —también está permitido que me envidiéis porque tengo a un macho tatuado, que ha cruzado el océano para venir a buscarme y eso no lo hace cualquiera—. Me he equivocado, he intentado presumir de racional y resulta que lo que he hecho ha sido actuar dejándome llevar por el enfado y la decepción.

Tampoco os paséis, porque muchas podríamos haber hecho lo mismo en mi lugar, otras tantas coger a Astrid de los pelos y arrastrarla —esto último no lo descarto—, pero al final, me quedo con lo bueno: ambos nos hemos equivocado y hemos sabido reconducir la situación y eso

es lo que importa.

—¿Me vas a contar ya lo que pasó? —pregunto con ciertas dudas. Aquel día, no hace tanto, en mi cama, no quiso decirme lo que había sucedido, pero yo suelo ser de esas que no cesan en su empeño hasta saber lo que ocurre, o como diría mi abuela, esa que puede que esté escuchando tras la puerta, debo conocer al enemigo. O en este caso, a mi chico.

Simon no contesta a mi pregunta y comienzo a dudar de que algún día vaya a ser capaz de abrirse a mí como para desenterrar sus fantasmas. Observa su ropa y se despoja de su abrigo y su camiseta. Ante mí, aparecen de nuevo todas esas líneas que contiene parte de su vida, de sus decisiones y de su historia, esa que me muero por compartir. Sus pantalones terminan en el mismo lugar que el resto y toma asiento en la alfombra, con su espalda pegada a la cama.

—Ven —me pide con cierto brillo en su mirada. Hago exactamente eso que me demanda. Mi ropa termina en el mismo lugar que la suya. Ya tendremos tiempo de recoger ese pequeño desastre. Me coloco a su lado y decido sentarme con la cabeza en sus piernas, mirándolo desde abajo—. No soy un chico con traumas, ni miedos, ni inseguridades. No soy esa clase de hombres que cree que si uno de sus padres decide poner tierra de por medio, porque lo más importante es la propia felicidad y no la de su hijo, se trastorna y comienza a forjarse como un huraño solitario. Pero sí soy de esos que reconoce que necesitaba a su madre.

»Yo no entendía nada de lo que sucedía porque tenía pocos años. Sí que era consciente de que mis padres discutían más de lo habitual y que nunca compartían una cena o una película. Solía contárselo a mi mejor amigo y su situación distaba bastante de lo que yo vivía en mi hogar.

»Uno de esos días, mi madre se acercó a despertarme y me dijo que me esperaba en la cocina. Supe inmediatamente que pasaba algo al encontrar a mi madre sentada en un lateral de la mesa y a mi padre frente a ella, yo me vi en el medio. Aquello estaba peligrosamente cerca de parecerse a un juicio y yo me sentía el culpable dada mi posición.

»Mi madre comenzó a explicar que necesitaba algo que no encontraba en casa. Yo veía como fijaba su vista en mi padre y éste la reprendía con la mirada por lo que decía. No era más que un mocoso de nueve años que no quería nada más que una familia normal y corriente. Ya por aquel entonces, mi padre trabajaba en New York Style y mi madre le increpaba sus larga ausencias, su abandono y una cantidad de cosas que dejé de escuchar porque la congoja que sentía ante tanto reproche comenzaba a abrumarme. Volví a pisar la Tierra cuando mi madre nos dijo que se iba. Yo miraba a ambos lados como el que está en medio de un partido de tenis. Mi padre dio un golpe en la mesa, se levantó y se fue. Mi madre se acercó a mí y sonreía con pena. Una pena que a día de hoy no creo que sienta.

»Un 13 de mayo se marchó. La vi salir de casa sin saber bien qué sucedería tras ese momento. Sé que vive en Bruselas, que tiene un marido y un hijo y que hizo lo que se propuso. Dejó todo atrás porque no nos necesitaba.

»Mi padre comenzó cada vez a trabajar más, yo me centré en intentar labrar un futuro y seguir adelante como si ella nunca hubiese existido…

He escuchado todo su discurso con asombro, enfado, disgusto e indignación. Es cierto que mis padres viven en la otra punta del país, pero eso no hace que yo sienta su ausencia.

—Mis padres tampoco viven cerca, pero existe una cosa que se llama teléfono y hoy en día me parece bastante surrealista lo que me cuentas.

—Es su vida, Helena y nosotros no encajamos en ella.

—Que no encaje tu padre, pues vale —me incorporo y me siento frente a él, con mis manos rodeando mis rodillas—, pero que una madre no se preocupe de su hijo… Es algo que no concibo.

—Cada persona es un mundo y cada familia otro —responde tajante.

—¿No has pensado en ir a buscarla?

—¿Para qué? —me pregunta—, ¿con qué intención? Si ella no quiere saber de mí… Tampoco la necesito. No es algo que condicione mi presente, ya no condiciona nada de mí. Es una vivencia más. Solo eso.

Ahora entiendo esto que me dice, entiendo que esté enfadado porque me haya ido y me siento culpable por no haber hablado las cosas.

—Lo siento —claudico—, no era mi intención hacerte revivir determinadas cosas —confieso apesadumbrada.

—¿Entiendes ahora por qué me ha costado tanto venir hasta aquí?

—¿Por qué…? —no me deja terminar la frase.

—Quería mucho a mi madre y no pude correr tras ella para pedir determinadas explicaciones que descubrí conforme fui madurando y entendiendo su ausencia, pero contigo sí podía, y necesitaba hacerlo. Si tenía que cerrar un capítulo, que fuese de la forma correcta.

—Yo también te quiero, señor microbio.

—No te he dicho eso… —bromea.

—Sabes que te mueres de ganas por decírmelo —le reto sonriendo como una lela.

—Me muero por ti —me responde acariciando mi mejilla.

—¿Leíste mi último correo?

—Lo leí —afirma.

—¿Y?

—Mientras me ducho, puedes leer mi respuesta —me pide.

CAPÍTULO 34

¿QUIERES JUGAR?

Va muy sobrado si cree que va a ducharse sin mí.

—De eso nada, voy a necesitar quien me enjabones la espalda —dejo caer mis pestañas disimuladamente y Simon sonríe de esa forma que tanto me gusta.

—La señora Lucía ha dicho…

—¿Desde cuándo el señor Baker respeta las normas? —le pico.

—¿Desde cuándo Helena Miller las incumple?

—Desde que el amor ha llamado a mi puerta.

—¿Sabes qué? —me pregunta apretándome contra su cuerpo, piel con piel.

—¿Qué? —inquiero embobada,

—Eres la mujer más chalada que he conocido en mi jodida vida.

—¿Eso es bueno o es malo?

—Eso es lo mejor que me ha sucedido jamás.

Nuestros labios se vuelven a unir en un beso tierno.

—Vamos a la ducha, estamos empezando a temblar.

—Tiemblo por ti —murmulla cerca de mi oído.

Se levanta y se coloca frente a mí, con sus manos tendidas para que las mías vayan a su encuentro y me incorpore. No soy capaz de contener la sacudida de mi cuerpo al verlo ahí, plantado frente a mí, con ese brillo de deseo en su mirada, con la tinta cubriendo su piel, con sus labios murmurando palabras obscenas, diciendo todo lo que quiero que me haga.

—¿Vas a llevarme a la luna?

—Voy a hacerte ver las estrellas —susurra cuando estoy pegada a su cuerpo.

Lo conduzco de la mano hasta el baño de mi habitación. Dejo que entre y cierro la puerta tras de mí. Pego mi espalda a la fría madera y percibo cómo la lluvia choca de forma insistente contra los cristales.

—¿Por qué tiemblas? —me pregunta al ver el escalofrío que acaba de sacudirme.

—De anticipación —respondo sincera.

Recorta la distancia que nos separa y se coloca justo frente a mí. Su mano comienza a pasearse por mi sujetador, bordeando con sus dedos mi pezón, logrando que reaccione a la caricia. Cierro los ojos e inspiro profundamente.

—Te necesito —confiesa.

—Y yo —respondo abrumada por el calor que percibo en mi piel.

—¿Recuerdas nuestro juego?

Abro los ojos y lo observo con atención.

—Sí.

—Te dije que si te portabas bien, podrías pedirme lo que quisieras.

—¿Me he portado bien?

—Has sido mi mejor empleada —me dice bromeando.

—¿Me vas a dar permiso para pedir lo que quiera?

—Te concedo lo que desees.

—¿Todo? —pregunto embobada.

—Todo —afirma rotundo.

—Quiero esto —coloco mi mano sobre su pecho y percibo el latir acelerado de su corazón.

—¿Mi corazón?

Asiento sin apartar mi vista de la suya.

—Es tuyo desde hace mucho.

Esta vez, su mano se coloca sobre mi pecho.

—¿Qué hay de éste?

Mi corazón late acelerado, fruto del resultado de la excitación, la emoción, sus palabras y mis sentimientos. Fruto de las confesiones.

—Tuyo es —finalizo.

De nuevo tiemblo, pero no siento frío, muy al contrario, siento una necesidad arrolladora que me pide más; más de él, se sus besos, de sus caricias, se sus palabras calientes, de sus dedos recorriendo mis pliegues, estudiando cada reacción de mi cuerpo ante su contacto abrasador.

—Te necesito —le digo yo en esta ocasión.

Alza mi cabeza y sus labios se colocan a escaso centímetros de los míos.

—¿Qué pasaría si te beso aquí? —me pregunta sonriendo.

Una carcajada escapa de mi boca. Parece mentira que hayan pasado escasas semanas desde ese momento.

—¿Te gusta jugar? —le pregunto.

—Me gusta jugar a comerte —me responde.

Su rodilla derecha separa mis piernas y sus manos comienzan a descender peligrosamente. Un gemido escapa de mi boca.

—¿Te gusta? —me pregunta cuando sus dedos comienzan a pasearse por encima de mis braguitas mojadas.

—Sí —declaro extasiada.

Sus labios vuelven a poseer lo míos y profundiza en el beso a la vez que sus hábiles dedos apartan la tela que le impide rozar mi ardiente piel.

—¿Te gusta? —inquiere de nuevo mientras me penetra con un dedo.

—Sí —respondo jadeante.

Se agacha frente a mí y me observa desde abajo. Noto mis labios hinchados a causa de sus besos y mi piel ardiente por el momento de intimidad que estamos compartiendo.

Baja mis braguitas con sumo cuidado, sin dejar de medir la reacciones de mi cuerpo, de mi cara ante lo que hace. Otro gemido se escapa sin control.

Sujeta mi pierna izquierda y la coloca sobre su hombro derecho.

—Tienes que guardar silencio, no queremos que tu abuela escuche como su nieta se corre —me advierte socarrón.

—Estás muy seguro de ti mismo —le reto.

—Demasiado —me responde.

Acaricia mi pierna con ductilidad mientras acerca su boca a mi centro, a ese que lleva palpitando desde hace minutos. Me mira desde su posición y sonríe antes de hacerse con el control de mi piel, de mis gemidos, de mi sexo fogoso.

—¡Oh, dios! —alzo mis manos intentando encontrar un punto de apoyo para no caer.

Simon me observa sin despegar su boca. Sus lamidas son largas y profunda y abre mi pierna para facilitar el acceso de su lengua a mi sexo empapado. Uno de sus dedos comienza a jugar con mi entrada, moviéndose con suavidad, sin llegar a entrar en ella. Mezcla los movimientos, suaves y largos, con otros bastante más rápidos y centrados en mi clítoris, ¡me está volviendo completamente loca!

—¡Joder! ¡Joder! —gimo.

—¡Shhhh! —me chista sin separar su boca de mis pliegues.

—No puedo.

Parece que está satisfecho con mi respuesta. He perdido en control de mi cuerpo. Comienzo a moverme buscando ese desenlace, mi pelvis se balancea intentando encontrar ese final y agarro su pelo con una de mis manos, para indicarle que estoy a punto, que necesito más. Su boca comienza a moverse con mayor ímpetu. Su lengua descarga sin piedad contra mi clítoris e introduce uno de sus dedos dentro, que comienza a mecerse.

—¡Joder! —masculla en esta ocasión él.

Se levanta y baja sus calzoncillos mientras protesto por la ausencia de su lengua.

—No puedo más —me dice.

Mi cuerpo obedece sus órdenes y apoyo mis manos en el lavabo. De nuevo, su rodilla separa mis piernas y Simon empuja mis manos para facilitarle el acceso.

—Mírate —me ordena. Coloca su polla en mi entrada y me penetra con suavidad—. ¿Ves lo mismo que yo? —Veo mis mejillas arreboladas, mi pelo enmarañado, mis ojos brillantes, las perlas de sudor cubriendo mi pecho—. Lo que yo veo, es mágico.

Saca su polla y sonríe canalla.

Respondo a su gesto con uno similar, porque sé que lo que se avecina no es delicado,

pero es arrollador.

Me penetra con ímpetu, de una certera estocada y lleva su mano a mi hombro para penetrarme con mayor profundidad.

—Tócate —me pide—. Tócate y mírate en el espejo.

Llevo mi mano a mi entrepierna y una descarga me sacude cuando se mezclan sus envites con los movimientos de mis dedos. Percibo de nuevo esas sensaciones que hasta hace escasos segundos me provocaba su lengua, en esta ocasión, multiplicados.

Me folla con fuerza, con ganas, con necesidad implícita en cada movimiento. Y vuelvo a mecerme a su encuentro.

—¿Qué quieres? —No puedo responder. Estoy completamente obnubilada ante la imagen que me devuelve el pequeño espejo de mi baño—. ¿Qué quieres? —insiste Simon.

—Que te corras, que me llenes de ti.

Un latigazo de placer me sacude cuando comienza a moverse dentro de mi con fuerza. Escucho el sonido de nuestras pelvis chocar, mis gemidos acompañar a esos sonidos y la mirada de Simon, seria y cargada de deseo, de ganas de explotar, de darme lo que quiero, lo que le pido, me hace perder el control.

—Me voy a correr, Helena con hache.

—Me voy a correr, señor microbio.

Los espasmos que nos sacuden se hacen eco en la habitación. Simon gime con fuerza y yo correspondo a su gesto con otro similar.

Mis dedos comienzan a relajarse y Simon bombea dentro de mí con mas suavidad.

—Esto es, oficialmente, una reconciliación —bromeo recuperando el aliento.

—Tranquila, Helena con hache, aun nos queda la ducha —y de nuevo una sonrisa canalla enmarca su cara.

Sé que mis días en Buitrago de Lozoya están contados y que tenemos que volver a Nueva York, porque allí está mi vida. Simon se ha quedado con mi abuela y aunque no se entera de lo que le dice, el lenguaje universal es maravilloso, porque los gestos se entienden en cualquier sitio.

He venido al río, de nuevo a mi lugar favorito, porque tengo que despedirme de él en solitario.

—Tengo mucho que agradecerte.

Mis palabras son sinceras porque es la realidad de lo que siento. Eso que tengo enfrente, a priori, puede ser agua y nada más, pero lo que me ha hecho sentir no tiene explicación.

Varios fueron los veranos que dancé dentro de sus aguas, temiendo tener que contener la respiración por no haber robado las bragas, pero también muchos momentos increíbles se forjaron en él; amistades, juegos, risas, ahogadillas, muchas cosas.

Años después, más en el presente, volví y me dio esa paz y tranquilidad que necesitaba. Si esa agua que se mueve sin cesar pidiese una moneda por mis pensamientos, no tendría dinero en la cuenta, porque han sido muchas diatribas las que he planeado aquí, sentada sin más, observando su mecer y saco algo maravilloso de todo esto: la vida siempre sigue, nunca pasa, como sus movimientos.

Me dirijo a él como si fuese capaz de entenderme y es que me siento así. Comprendida y entusiasmada porque parece que todo vuelve al lugar donde deben estar.

No he tenido forma de imprimir esa carta que supuestamente Simon me respondió, pero le he pedido que la escriba, de su puño y letra, porque así le da más personalidad y porque me apetece leerla con su exquisita caligrafía.

Empiezo a pensar que me gusta mucho su sonrisa, pero también su letra y dudo de cuán psicópata puedo llegar a ser… El amor, me repito constantemente.

> ¿A la quinta va la vencida?
>
> Dicen que no hay dos sin tres y yo digo que no hay cuatro sin cinco. Hoy me toca a mí contarte un secreto, uno de esos que piensas que debe ser inconfesable pero que al final no lo es.
>
> Me enamoré. Simple y llanamente. Sin florituras ni adornos raros, la de las palabras eres tú y yo el de los actos.
>
> Apareciste sin más y desde ese momento me dije que era el destino el que te había traído hasta mí. Lo primero que pensé fue que eras un completa loca que no sabe contenerse ni tenía reparos al decir las cosas, obviamente, eso en una entrevista de trabajo no era la mejor forma de comenzar, pero llamaste mi atención y necesité saber más.
>
> Si continúo con los secretos, debo confesar que habían mejores candidatas para la vacante, pero la mejor forma de estudiar al enemigo era tenerlo cerca y ese fue el plan que decidí tramar, si no salía bien, siempre tenía tiempo de intentar follarte en unas escaleras de emergencia, pero fíjate, hasta eso me salió mal.
>
> Chula y con una verborrea propia de ti —y que a día de hoy no cambio, cariño—, muy dramática y siempre poniéndome a prueba. Con cada acto, sentía que te acercabas más a lo que buscaba pero a la vez, necesitaba tomar distancia para entender lo que sucedía.
>
> No pretendí que las cosas sucediesen como lo han hecho, pero es cierto que no cambiaría nada, en realidad sí, pero hasta eso ha hecho que me sienta libre y capaz de decirte lo que siento y que hasta el momento, no me atrevía.
>
> Eres, sencillamente, mi complemento perfecto y por ello te quiero, Helena con hache. Te quiero…
>
> Ahora necesitamos más citas, sin flores ni corazones, solo nosotros como hemos sido siempre, desde el principio…
>
> Nos queremos…

Me gusta esto. Yo termino cada columna con un «nos leemos» y Simon lo ha adaptado a nosotros…

Las palabras de mi madre, en esa conversación que mantuvimos donde me decía que hay

que buscar el complemento adecuado para compartir tu vida llegan a mí con total naturalidad. Mi complemento está aquí, ha venido a buscarme

Suspiro con fuerza y tengo ganas de gritar, de llorar, de correr y lanzarme a sus brazos, de dar gracias al destino por dejarme vivir todo esto, por encontrar a alguien que busca lo mismo que yo, porque al final, las cosas suceden sin más y como diría mi abuela, a veces los cabrones también se enamoran.

EPÍLOGO HELENA MILLER

Creo que jamás había tenido tantas ganas de regresar a casa y a su vez, de quedarme en España.

Se cierra una etapa y comienza una nueva. Cierto es, que aún quedan muchas cosas en el aire y es que la realidad no es más que esa que te demuestra que las cosas no se pueden controlar al cien por cien aunque te empeñes en que así sea.

Hemos llegado hace escasas horas a Nueva York y yo, muy chula como soy, he pedido una reunión con el señor Baker tras bajarme de ese avión que nos ha traído de vuelta. Él, sonriente, canalla y mi cabronazo particular, me ha respondido que me esperaba en su despacho mañana a primera hora. Yo, igual de altanera que él, le he dicho que sí, que estaré allí y seré puntual, como buena ¿empleada?

He llegado la primera a Stephen&Co y observo el ajetreo que tiene Diana tras la barra.

—Vaya, vaya, cualquiera diría que trabajas —comento llena de socarronería. Al final eso de que todo se pega va a ser cierto y empiezo a ponerme muy sinvergüenza por estar tanto tiempo con Simon.

—¡Hombre! Si es mi hermana —responde llena de ironía—, pensaba que se había ido de voluntaria a alguna tribu del centro de África y no sabría más de ti, no entiendo cómo te fuiste con la abuela al pueblo y no has sido capaz de llamar, me he tenido que enterar por Guille y todo tengo que decirlo, cuando recibí la llamada y lo cuestioné, tuve que agradecer a nuestra abuela que me lo confirmase porque llamé mentiroso a tu compañero de piso, hizo una apuesta que yo acepté y ahora le debo una cena donde él quiera. De follar no hablamos, pero conociéndolo…

—Parece que a Guille le precede su reputación.

—Eso parece, y que mi hermana es una zorra que no cuenta las cosas.

—Puede que si no fueses tan chivata…

—En eso tengo que darte la razón —claudica.

—Venga, dame un abrazo y déjate de tonterías —le pido con nostalgia.

Diana, aunque quiera parecer una mujer fría y distante, no lo es. Es pasional y le pone cuerpo y alma a su familia y a todo lo que hace. Ahora bien, chivata es un rato… Y parece que Guille también lo es porque no supo callarse… Ya hablaremos, ya.

—Cucú —Mia me abraza por la espalda y presiona su cuerpo con fuerza contra el mío—. ¡Joder! Como te he echado de menos, siamesa.

Le guiño un ojo a Diana que prosigue con sus labores y me giro para poder responder a la muestra de cariño como se merece.

—Y yo a ti, mi pequeña diseñadora.

Nos abrazamos un rato, con su barbilla apoyada en mi hombro y viceversa, meciéndonos

como si estuviésemos bailando una pieza en nuestra boda.

—¿Cómo estás?

—le pregunto.

—Estupendamente —me responde sonriente.

A través del cristal veo a Loren caminando con celeridad, porque ella es muy puntual y en su libreta imaginaria sobre las cosas que jamás se deben hacer, la lista la encabeza llegar tarde. ¡Mentira! Es sacarse los mocos y comérselos, pero eso no creo que lo haga nunca. En realidad, no creo que lo haga nadie… Nadie con cabeza.

—Amiga… —grita Loren al verme.

—Amiga —respondo emocionada—. Parece que me he ido mucho tiempo y muy lejos.

—Yo te veo más delgada.

—Supongo… He estado algo preocupada…

—Guille nos puso al día.

—Guille —suspiro.

—No te enfades —lo defiende Mia—. Nos plantamos una noche en tu casa, le hicimos chantaje, bebimos más de la cuenta todas para intentar sonsacarle la información. La última en caer en coma fue Sarah y ella nos dijo que estabas con tu abuela y que necesitabas unos días para ti. Para reflexionar.

—No hemos querido llamarte —afirma Loren.

—Yo sí la he llamado —confiesa Mia bajo la mirada reprobatoria de Loren.

—Hola —saluda Sarah—. Por fin has vuelto —sonríe mientras me abraza—. ¿Qué me he perdido?

—Mia acaba de confesar que ha llamado a Helena y nosotras sin saber nada —Sarah se separa de mí como si se hubiese abrazado a una llamarada de fuego.

—En mi defensa diré, que no hemos hablado de nada raro, solo he querido saber cómo está y fue una única llamada en plan: «¿estás bien? Stop» «Por aquí todo igual. Stop» —explica Mia intimidada por las miradas que está recibiendo de Loren y Sarah.

—Poneos ahora dignas que ninguna ha dicho nada —nos reprende nuestra madre Loren.

Tomamos asiento en una de las mesas libres, cercanas a la barra donde ahora mismo se encuentra Diana atendiendo y dejamos una silla vacía para ella. Parece que todas sabemos que en algún momento vendrá y nos dará la vara, creo que se ha convertido en una más…

—Le he dicho a Guille que venga, pero no puede, está ocupado con algo del trabajo, o eso me ha dicho. Apenas he tenido tiempo de hablar con él, porque llegué, dejé las cosas y vine a veros. Tengo mañana una reunión con mi jefe —cuento socarrona.

—Tú jefe, ya… —murmulla Sarah.

—¿Ese que te follas?

—Ja, ja —respondo a Mia—. Por cierto, un pajarito me ha dicho que…

—Mia está saliendo con un chico —suelta Loren precipitada.

—No estoy saliendo con nadie —niega la susodicha cruzándose de brazos.

—¡Mentira! —la apoya Sarah—. Ha quedado con él tres veces y eso ya se consideran citas. Yo por menos citas, tenía a alguien planeando hasta la primera comunión de mis hijos…

—¿Estás mejor? —pregunto cayendo en la cuenta de que no hemos hablado en estos días, y aunque Guille me haya dicho que está recuperando el tiempo perdido, una ruptura es una ruptura y el duelo es el duelo.

—Bien, sí, gracias —me dice con cierto brillo en los ojos—. No he hablado mucho del tema y sé que he intentado ser fuerte…

—Porque lo eres —la corto—, y eso es incuestionable.

—Gracias —dice colocando su mano sobre la mía y presionando con fuerza—. El caso es que he tenido que adaptarme a la nueva situación, a las cuestiones de mis padres que ya se veían celebrando una boda por todo lo alto, con barcas y caballos en Central Park y tampoco es sencillo, tenemos que solucionar lo de la casa, buscar una nueva…

—Puedes vivir conmigo hasta que consigas algo.

Diana ha llegado en el momento oportuno para formular esa frase tan interesante y que hace que todas fijemos nuestra atención en ella.

—Todas tenemos hueco en casa para ti, sabemos que con tus padres no es sencillo —le explico.

—Tranquilas —dice con calma—, he comenzado a buscar piso nuevo y tengo varias citas para visitar hoy y mañana. Espero que algo me guste aunque no me encuentre en pleno centro.

—Dicen que Brooklyn es el nuevo centro —la consuela Loren.

—Ya, lo dice una que vive en Yorkville… —le reprocha Sarah.

Mia, Diana y yo, parecemos meras espectadoras ante la conversación que ellas mantienen.

—Creo que lo importante es lo siguiente…—y ahí llega la sabiduría de mi hermana que si no la conociera, diría que va a soltar algo sobre follar como si no hubiese un mañana porque el mundo se acaba—. Lo importante es que vivas donde te sientas a gusto, sin más…

—Hostias —pronuncio estupefacta.

—¿Qué? ¿Un fantasma? ¿Un ovni? ¿Un macho desnudo que haga que los ojos brillen de deseo? —¿Y la dramática soy yo? Esto es cosa de genética…

—No —me llevo la mano a la frente para intentar digerir eso de los machos, que estoy enamorada, pero ciega no—. La realidad es que pensaba que ibas a decir alguna estupidez y has formulado esa frase tan profunda que me he sentido orgullosa de que seas mi hermana. Luego la

has cagado, pero me quedo con tu madurez.

—Soy muy madura —me reta.

—Ya… Por eso escribes sobre poll…

—Ojo —me corta—, tengo que decir la verdad sobre el sexo y eso no es malo…

—Déjala —la defiende Mia—, da unos consejos que son la pera y tiene muchos seguidores.

—Algún día seré la presidenta de Estados Unidos y te dejaré dormir en la habitación de invitados, trátame bien, hermanita —me dice sonriente.

Me hace reír mucho, porque me recuerda a mí hace semanas, cuando yo me proclamaba defensora acérrima de los días sin sujetador y las zapatillas para dormir…

Pasamos unas horas juntas en la cafetería. Stephen nos invitó a merendar, porque dice que nunca un grupo de mujeres tan divertidas como nosotras había animado tanto la cafetería. Diana se tuvo que quedar allí mientras hacía pucheros por irnos. Prometimos vernos pronto, también sé que conforme salga de trabajar, cogerá el teléfono y llamará a mi abuela para decirle que me ha visto buena cara y que puede estar tranquila.

La despedida de ella fue bastante dura, insistí en que volase con nosotros y ya volvería unas semanas después, pero ella no quiso, me decía que su lugar estaba allí, con Casimiro y Maribel, además de que ahora empieza su época favorita, llega el invierno y ella lo vive de una forma muy intensa porque es la época en la que murió mi abuelo, supongo que ella también necesita su tiempo y su espacio. Es humana…

Mia camina a mi lado, sonriente y con un gesto de paz absoluta.

—Me alegro mucho —le digo mirándola de reojo.

—Y yo…

—Debías habérmelo contado…

—No era el momento de ello, tú no estabas bien y yo soy tu siamesa… Sé lo que se siente.

—Aun así…

—Aun así, estás aquí, estamos juntas y Simon se ha comportado como un hombre de verdad, como un cabrón enamorado —bromea.

Me río con ganas, porque todas somos conscientes de que Simon se ha comportado desde el principio de esa forma, pero la realidad es que esa actitud es la que hizo que me fijare en él y la mía, la que hizo que él se fijase en mí.

—Aún no sé nada de Astrid… No he querido preguntar.

—Eso no tiene que preocuparte, porque tú estás por encima de eso.

—Tienes razón —zanjo—. Y dime, ¿ya te has acostado con tu nuevo chico?

—A ti te lo voy a contar —se ríe Mia.

Me acompaña hasta casa. No le pilla de paso a la suya pero parece que ha quedado con su chico en un local cercano. Me gusta esto de poder decir que Mia tiene a alguien y que se ha dado la oportunidad de avanzar. Porque se lo merecía y ya era hora de ello.

Llego a casa, me descalzo y me tumbo en el sofá. Guille debe de estar al llegar, salvo que esté sumido en esa vorágine de trabajo que dice que tiene y que yo no me creo.

Siempre le digo que eso que él dice que hace no es importante y el cuestiona que diseñar planos sí que lo es porque en los trazos que le da, está la seguridad de las personas que luego habiten en él. Cuando ya me sale con ese tipo de discursos empiezo a bostezar y él me lanza cereales…

El ruido de la puerta me sobresalta…

—¿La Bella Durmiente en el sillón de mi casa?

—De nuestra casa —le corrijo.

Me levanto y me lanzo a sus brazos.

—¡Joder, Guille! ¡Qué duro estás!

—Y eso que no has visto mi pecho —dice socarrón.

—Gilipollas, no hablaba de tu…

—Déjame soñar —me dice tapándome la boca con un dedo—. ¿Sabes? —me pregunta—, siempre creí que terminaríamos juntos, no sé… Tenemos una conexión tan buena que tuve dudas… Ya lo sabes —me confiesa Guille—. No soy lo que tú buscas —finaliza sonriendo.

—Tampoco lo que buscas tú… Cuando llegue, lo sabrás —le explico llena de convencimiento.

—Yo no estoy buscando nada, ya sabes que el amor no está hecho para mí…

—Ya, ya sé, Guille y sus tres normas… —su tres estúpidas normas, porque antes me gustaban, hasta que llegó Simon y me demostró que vivir sin normas es interesante.

—Exacto…

—Ya caerás, ya —le digo repitiendo sus palabras de siempre—, y yo estaré aquí, dispuesta a reírme de ti.

—Conmigo —me corrige.

—No, en esa ocasión me reiré de ti y no tendré piedad —le advierto.

—Bruja —me insulta.

—Muajajaja —me río malvada.

La Tierra está en constante movimiento y no para por nadie, aunque nos empeñemos en huir o haya cosas que no nos gusten y la vida es exactamente igual. Somos peones en una partida de ajedrez y no podemos controlar la partida porque los movimientos de nuestro contrincante son desconocidos. El destino pone de su parte y nosotros nos dejamos llevar para terminar en un punto donde quizás, a priori, no esperas.

No pensé que esa entrevista hace ya más de un mes, hiciese que yo acabase de esta forma. Puede que Sarah tampoco pensase hace un mes que tuviese valor para tomar las riendas de su vida y terminar con una relación que no es lo que ella esperaba, simplemente, porque Chris no era la persona para ella.

Tampoco Mia pensó que esa noche dónde nos decidimos a celebrar, tras una propuesta de lo más loca de Diana, conocer a un moreno de ojos claros que la dejase hechizada y que tras quedar con él varias veces se diese cuenta de que ella se merece una oportunidad y de que vale la pena intentarlo.

Loren fue otra que estuvo supeditada a esos movimientos que no controlamos, porque conoció a Alex y todo fluyó solo, sin más.

De Guille poco puedo decir, solo que es mi mejor amigo, que lo quiero muchísimo y que espero que encuentre a alguien que lo complemente o que lo haga sentir pleno, eso sí, espero que esté a su altura porque se merece lo mejor. Aunque él no quiera reconocerlo, sé que ha sufrido y que huye de los sentimientos por miedo… Muy humano también.

Enciendo mi ordenador y abro un nuevo documento mientras repaso mentalmente todos los cambios que han dado nuestras vidas en tan poco tiempo.

¿La quinta cita?

Esta, dicen que es la cita más arriesgada de todas porque se supone que es esa en la que más intimidad se producirá, aunque yo soy partidaria de hacer lo que quieras cómo y cuándo te plazca.

Os dije que tenía que contaros un secreto y yo soy mucho de cumplir mi palabra. Soy feliz y lo soy con él, con mi «no cita», porque no las hubo o no como estamos acostumbrados. Tuvimos varios encuentros raros, demasiado para ser comunes y eso alimentaba ese sentimiento de querer más. Era como cuando te tomas el primer sorbo de vodka y te deja ese sabor dulce en la boca que hace que quieras probar un segundo y ver si vuelve a dejar el mismo sabor a melocotón o frambuesa —o cualquier sabor, porque en la variedad está el gusto—, el caso es que caí rendida a su sabor y tuve miedo por ello. El camino no es sencillo, en realidad, ninguno lo es, pero tienes que tener valor para arriesgarte e ir más allá y simplemente descubrir lo que sucede porque a veces y solo a veces, te sorprende y cuando eso ocurre, flotas, como una nube.

No hay secretos, no hay unas pautas a seguir, solo hay que correr el riesgo y dejarse llevar sin más, porque lo mejor está por llegar y si caemos, nos levantamos, sacudimos nuestros pantalones y seguimos adelante, porque los hombres también se enamoran y en ocasiones, los cabrones también.

EPÍLOGO SIMON BAKER

Estoy en mi despacho, revisando esta montaña de papeles sobre los resultados de este año de la revista por áreas y departamentos.

—Gráficas y más gráficas —estoy saturado ya de información y no debería, pero... Solo pienso en ella.

—Cada departamento elabora una gráfica con los datos de sus lectores. Hemos decidido que todas las sugerencias se reflejen en el apartado de propuestas y cosas a mejorar que encontrará al fondo del dossier —me explica Sophia obviando mi gesto.

—¿Los datos de la señorita Miller los tenemos? —pregunto, esto sí que me interesa.

—Esos lo ha preparado la jefa de prensa —dice señalando el dossier que tengo entre mis manos—, ya que la ausencia de la periodista estas semanas, ha provocado que no pudiese ser ella la que lo hiciese.

—Gracias, Sophia. ¿Hiciste lo que te pedí?

—Sí, señor —me dice tendiéndome un nuevo dossier.

Sé que ella sabe que Helena y yo hemos vivido una historia, aunque no sepa la magnitud de la misma. También sé que es consciente de los rumores que Astrid ha hecho que circulen por la revista sobre nosotros, pero es muy eficiente y no dice nada, por eso es mi secretaria y la valoro como tal.

Lo primero que cojo entre las manos es el dossier que Astrid ha preparado y si no estoy mal encaminado, ella habrá modificado los datos en su beneficio. Confiaba en ella y en su forma de trabajar, a pesar de que Helena me decía que no estuviese tan seguro, pero ha estado trabajando en New York Style desde hace mucho tiempo, antes incluso de que yo cogiese la gerencia de la misma y jamás he recibido una queja sobre ella o su trabajo.

Loren, la semana antes de irme a España, tuvo el valor de plantarse en este despacho y decirme que su jefa era una completa tirana y no es porque Loren y Helena sean amigas, pero siempre he tenido en cuenta la opinión de mis empleados y jamás he obviado los comentarios y las opiniones de cualquiera de ellos.

Hablé con Sophia, porque confío lo suficiente en ella y me contó, no sin cierto recelo, las cosas que suceden en la planta en la que ella trabaja. Tuve que darle el beneficio de la duda porque no puedo dejarme llevar por los impulsos, pero la realidad es que quise traerla a este despacho y poner las cartas sobre la mesa.

Abro ambos dosieres y les echo un vistazo a los datos que en él se reflejan, no coinciden.

—Sophia —la llamo por el teléfono interno—, dile a la señorita Astrid que suba.

—Sí, señor —contesta con eficiencia.

Observo mi reloj y una pequeña sonrisa aparece en mis labios. Una hora, me digo a mí

mismo.

He quedado con Helena dentro de una hora en estas instalaciones y pretendo convencerla para que regrese a su puesto. Sé que le gusta y le pone pasión, como todo lo que hace, como conmigo mismo. Pero primero, quiero jugar un rato…

Unos golpes en la puerta me distraen de mis pensamientos y alzo la vista mientras murmullo un sencillo «adelante».

—¿Me has llamado?

Coloco a un lado el dossier con los datos que Sophia me ha hecho de la columna de Helena y me dedico a analizar la suya.

—Sí, gracias por venir. Quería que me explicases esta información que aquí figura, al no estar la señorita Miller, no puedo contrastar los datos con los de ella y Sophia me ha confirmado que has sido la encargada de hacer esta recopilación.

—Así es, cariño.

No me gusta que Astrid se tome determinadas licencias, nunca me ha gustado, pero al principio lo obviaba porque no consideraba que fuese más allá. Nunca desconfié de sus capacidades y mucho menos de que mezclase temas personales. Astrid y yo hemos tenido muy buena relación y aunque en alguna ocasión hayamos compartido alguna que otra copa, nunca hemos ido más allá, porque no soy de los que se acuestan con sus empleadas, o no lo era hasta que apareció Helena con hache…

—La columna es un auténtico desastre, pero eso ahora no nos debería preocupar porque ella ya no está, podemos sustituirla por otra persona y enfocarla más a la moda o las artes, ya sabes que Nueva York es una ciudad frenética y siempre hay cosas nuevas que hacer y descubrir.

—Yo pensaba que funcionaba —le explico convencido—. Los datos que obtuvimos de la primera columna fueron muy buenos.

—Así es —me dice mientras se remueve en su asiento—, pero tras eso, perdió fuerza. Simon —me dice mientras se levanta y se acerca—, las chicas de hoy en día no quieren consejos sobre cómo enamorarse, saben lo que tienen que hacer…

—Entiendo —mis manos se unen y comienzo a mover los dedos chocando entre ellos.

—Las chicas como yo, sabemos que si quieres algo, tienes que ir a por ello —me dice acercándose a mí más de lo apropiado.

Sus labios intentan acercarse a los míos pero no lo permito.

—Astrid, no creo que esto sea correcto, soy tu jefe y tú mi empleada.

Eso parece no sentarle del todo bien porque tuerce el gesto.

—Con ella no tuviste ese problema.

—Porque Helena es Helena y no es cuestionable.

—¿Qué quieres decir? —pregunta ofuscada.

—Que estoy enamorado de ella.

Retrocede varios pasos y me observa con cierta perspectiva.

—¿Es una broma? Porque si es así, es de muy mal gusto.

—No es ninguna broma —digo con contundencia.

—Me besaste en mi fiesta de cumpleaños.

—No, te equivocas —la corto—, me besaste tú a mí y yo me aparté rápido porque no quería absolutamente nada contigo, mi cuerpo y mi corazón son de ella. Puede que esté siendo duro o cortante, pero creo que es mejor dejar las cosas claras para que no hayan malos entendidos, menos cuando quiero que Helena vuelva a la revista.

—No va a volver —me dice muy segura de sí—. Los resultados hablan por sí solos y sería una pésima decisión por tu parte si la traes de vuelta.

—Volverá —afirmo.

Astrid se gira y se encamina hacia la puerta.

—No hemos terminado —pronuncio rotundo.

—¿Hay más? —me responde con chulería.

Parece que Astrid no era lo que yo pensaba, parece que Helena tenía razón. Y Loren… Y Sophia…

—Toma asiento —le pido obviando su tono.

Ella me hace caso y tras sentarse, le tiendo el dossier que ha preparado Sophia con esmero.

—¿Qué es esto?

—Le he pedido a Sophia que prepare un informe sobre los datos de la columna que ha llevado la señorita Helena Miller y no entiendo cómo tus datos distan tanto de los suyos. Me gustaría que me lo explicases…

Su cara pasa de un estado de completa ira a temor.

—Es que… Esto… Los correctos son los míos.

—No te creo y tú sabes que es mentira. Debes dar gracias a que no te despida porque es justamente lo que debería hacer, pero van a haber cambios. Loren será la nueva responsable del departamento y tú su ayudante.

—No puedes hacer eso —me dice gritando.

—Tú tampoco debías mentir en los datos y lo has hecho simplemente porque quieres mantenerla lejos y lo que debes tener claro es que Helena no va a salir de mi vida y tú tampoco vas a entrar en ella.

—Eres, eres…

—Lo sé, soy un cabrón.

—Pero es mi cabrón —dice Helena irrumpiendo en el despacho sin tocar.

Astrid la mira con verdadero odio y ella simplemente sonríe embobada al verme. Cómo me gusta que me mire de esa forma.

—No tengo más tiempo. Recoge tus cosas y cambia de despacho. Luego hablaré con Loren sobre el cambio.

Astrid sale del despacho hecha una auténtica furia y Helena sonríe al verla de esa guisa.

—Eres mala —me río al verla.

—¿Qué cambios? —pregunta.

—Loren va a ser la nueva jefa de prensa.

—Ya era hora.

Le explico todo lo sucedido y me observa con cierto enfado.

—No te preocupes, como ves, he hecho cambios.

—Con ella aquí será imposible trabajar bien.

—¿Quién te ha dicho que vayas a trabajar aquí?

Ella sonríe, como me gusta a mí que lo haga y me reta con la mirada.

—¿Y para qué me has llamado?

—Para hacerte una entrevista, si la pasas, te contrataré, si no…

—Perfecto —responde convencida.

Llamo de nuevo a Sophia al teléfono interno y le pregunto si la sala de reuniones está lista. Tras su confirmación nos dirigimos hacia allí

—¿Es necesario todo esto?

—Lo es —respondo arrogante.

Le cedo el paso al entrar y ella acepta. Se sienta en la misma silla que lo hizo en su día.

—Te falta la camiseta de los Rolling Stone.

—Y a ti la corbata azul.

—Soy el señor Baker. Y tiene permiso para llamarme señor Baker —le digo en el mismo tono que en su día. Serio y sin un ápice de dulzura.

—Soy la señorita Miller. Puede llamarme señorita Miller —repite—. ¿Tiene la corbata muy apretada, señor Baker?

—No, señorita. —La corbata no, pero la bragueta comienza a oprimirme cierta zona.

—He llegado dos minutos antes de lo previsto —me dice haciendo alusión a la impuntualidad de su día. Yo simplemente sonrío.

—Dos minutos no es suficiente —le explico.

—¿Acaso es usted un maniático de la puntualidad?

—Lo soy —admito. Y de muchas otras cosas también pero esto no lo verbalizo.

—¿Es usted mi jefe? —me gusta mucho este juego, es divertido y excitante. Probablemente tenga que follármela tras esto.

—Es obvio que no soy el conserje.

—No. El conserje es más simpático que usted un rato.

Minipunto para la señorita.

—¿Ha trabajado en el circo?

—Las contorsiones me van en un único lugar —responde chula.

—¿Y ese lugar es…?

—Si se lo cuento, tendría que matarlo luego.

Vuelvo a sonreír complacido por su respuesta. Por eso me he enamorado de ella, porque no es una mujer común.

—¿Ha traído su currículum?

—¡Mierda! ¿Otra vez?

—Entiendo que eso es un no.

De nuevo me levanto y me acerco al mueble que hay detrás. Cojo papel y saco un bolígrafo del bolsillo de mi americana.

—Debería usted llevar un currículum consigo, más cuando acude a una entrevista de trabajo.

—Nadie me dijo que fuese a una entrevista de trabajo.

—No supo leer entre líneas.

—Puede que no, estaba demasiado ocupada en ese momento —me responde recordando cómo la follaba en la mesa de su habitación.

Es mala… Muy mala…

—Nombre completo —necesito terminar pronto, no aguanto mucho más.

—Helena Miller—apunto de nuevo su nombre mal, para que me corrija, como en su día.

—Helena se escribe con hache —me explica.

—Helena con hache —repito.

—¿Está usted riéndose de mí? —me pregunta chula.

—¡Nunca sería capaz de eso! —respondo sin borrar mi sonrisa.

—Pues es lo que parece. ¿Quiere usted contratarme o reírse de mí?

—Dígame, señorita Helena con hache, ¿por qué se supone que debo contratarla? ¿Y por qué quiere usted este puesto?

—¿Quiere la versión extendida o la resumida?

Conociéndola como la conozco…

—Resumida.

—Estuve trabajando en una revista como ésta —me cuenta—, pero me enamoré de mi jefe como una completa adolescente. El problema es que había una chica que también estaba enamorada de él y los vi besarse cuando yo pensaba que mis sentimientos eran correspondidos

por el susodicho. Descubrí con ese empleo que mi pasión era trabajar ahí, para él, escribiendo su columna, y también conocí lo que era de verdad que te rompiesen el corazón. Tuve que dejarlo para poder recuperarme.

—¿Aún lo quiere? —le pregunto.

—Como nunca —me confiesa—. Aunque debo reconocer que es un maldito cabrón. Así que, siento decirle que conmigo no tiene nada que hacer, si lo que intenta usted es ligar conmigo —me explica.

—¿Y él la quiere a usted, señorita Helena con hache?

—Le gusta hacerse el duro, pero está loquito por mi cuerpo serrano.

—Entiendo… —Y tanto que la entiendo, porque tiene razón—. Le diremos algo en unos días. Ahora si me disculpa —me levanto y me dirijo a la salida dejándola perturbada.

—¿Eso es todo? —me pregunta sorprendida.

Me giro tras llegar a la puerta, cierro con llave y me encamino hasta ella con paso decidido. La tumbo sobre la mesa bajo su atenta mirada y la observo desde mi posición. Es magia, pura magia…

—No, Helena con hache, esto no ha hecho nada más que empezar…

AGRADECIMIENTOS

Creo que esta es la parte que más me cuesta escribir de un libro, porque hay muchas personas que te tienden una mano y te ayudan cuando lo necesitas.

Voy a intentar ser breve, aunque si algo compartimos Helena y yo, es la poca capacidad de resumen.

Primero, quiero agradecer a mi mejor amiga, por ese título que salió solo y que ella aplaudió con énfasis y no me dejó cambiar. Te lo he dicho mil veces y creo que lo repetiré las que hagan falta, te quiero.

Quiero agradecer a Raquel Antúnez, compañera de letras y alma gemela, por todo lo que me ha aguantado en el proceso de escritura de este libro (en realidad, le doy la chapa día sí y día también y no solo con Los cabrones, sino con cualquier libro). Muchas gracias por todo, espero que la vida te traiga todo lo bonito que te mereces porque eres única e irrepetible.

Dacar Santana, aunque eres una perra canariona, te quiero igual. Gracias por tus audios a cual más absurdo y que me hacen reír a carcajadas, eres súper top y lo sabes.

A mis chicas Románticanarias, por todos esos ratos que hacen que te despejes y por apoyarme siempre.

A los hombre de mi casa, Roberto y Pablo, porque sois lo mejor que me ha pasado en la vida. Os quiero mil.

Mi familia: mi suegra Mati, que me manda cada meme que es único, Ana, que no hace falta que diga una sola palabra porque es la primera que se tira de cabeza por mí y Ruth, que me lees en tus largas noches de guardia, mil gracias.

Ruth y Davi, esas mamis que son unas locas con cara de santas y que me llenan el chat de fotos de machos desnudos, jajajaja. Gracias por todo.

Sayo, mi Sayo… cayó en tus manos un libro mío por casualidad y ahora eres mi lectora cero y mi repostera favorita. Gracias por devorar mis historias y leerme sin parar (y por tus galletas y tartas que están de vicio).

Eve, esos booktrailers tuyos hacen magia, yo escribo y tú lo haces real en tres minutos. De verdad, persigue tu sueño porque vales oro.

Vanessa, eres la chica ideal para buscar inspiración, creo que te lo he dicho, pero te nombro mi «buscadora oficial de maromos». Gracias por todo.

Laura, mi Laura, apareciste de la nada y ahora no paramos de chatear sobre todo y sobre nada. Gracias, pequeña loca, porque me sacas sonrisas sin parar.

Mada, esa consuegra que mola muchísimo y que desde siempre me ha llamado escritora, con todas las letras.

A esas lectoras que siempre confían en mí, que me siguen, me leen, me piden más y eso a

mí, me hace feliz. Gracias a todas porque me llenáis de vida y sin ustedes, no habría logrado llegar a dónde he llegado.

A ti, que me lees, que esta historia haya logrado conquistarte y hacerte reír, si es así, como siempre digo, para mí, habrá valido la pena.

Nos leemos…